Me enamoré de
UN LORD
KATHARINE
ASHE
TITANIA

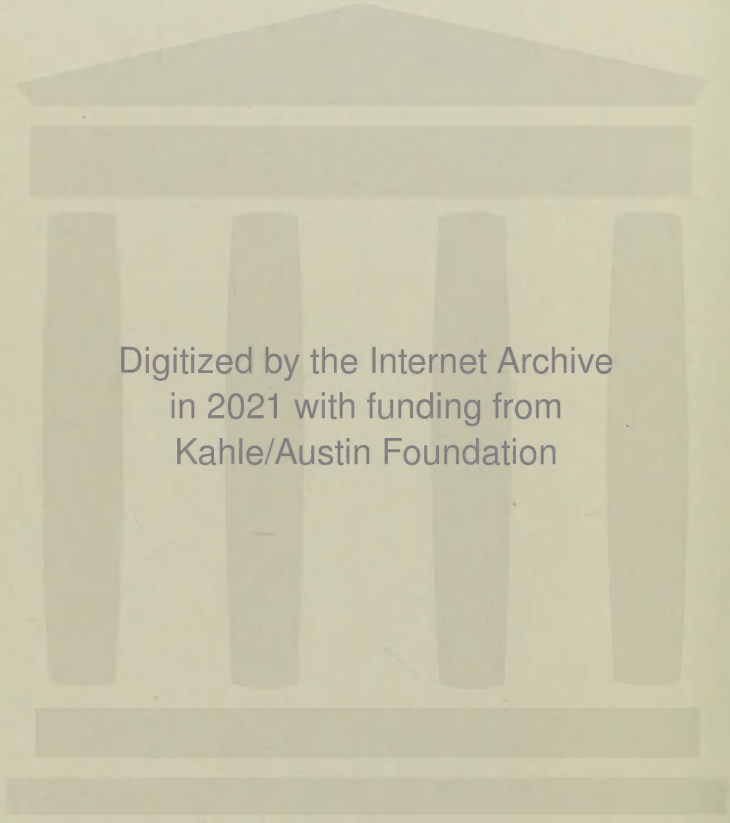
## *Katharine Ashe*

*Es una de las nuevas estrellas del romance histórico de la Asociación Americana de Bibliotecas. En 2011 ganó el preciado Reviewers Choice Award, y Amazon eligió la novela* Cómo ser toda una dama *entre los diez mejores romances de 2012.*
*Katharine es profesora de historia europea y ha vivido en California, Italia y Francia. Actualmente reside en el sudeste de Estados Unidos con su esposo, su hijo y su perro, y un jardín que prefiere considerar romántico en lugar de descuidado.*
*www.katharineashe.com.*

**Reseñas en prensa**

*Me enamoré de*

# UN LORD



Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/meenamoredeunlor0000ashe

# *Me enamoré de* UN LORD

KATHARINE ASHE

TITANIA
Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

Título original: *I Adored a Lord*
Editor original: Avon Books — An Imprint of HarperCollins*Publishers*, New York
Traducción: Laura Fernández Nogales

1.ª edición Noviembre 2016

Todos los personajes de esta novela son ficticios, y por lo tanto son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2014 by Katharine Brophy Dubois
All Rights Reserved
© 2016 de la traducción *by* Laura Fernández Nogales
© 2016 *by* Ediciones Urano, S.A.U.
Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-16327-15-7
E-ISBN: 978-84-9944-990-6
Depósito legal: B-21.457-2016

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.
Impreso por Romanyà Valls, S.A. – Verdaguer, 1 – 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España – *Printed in Spain*

*Para Darlin*

*«Las [enfermedades] de... los animales son pocas y sencillas, y se curan con facilidad... pues el remedio consiste en poco más que poner al animal en la dirección contraria a aquella que causó el desorden.»*

John Hinds,
*The Veterinary Surgeon* (1836)

*«Contigo mi espíritu está completo.»*

Thomas Ken,
*Hymn from the monastic Divine Office* (1692)

# *Querida lectora*

Las obras de ficción que más me gustan son las novelas románticas bien escritas. Y si además incluyen un poco de aventura, me encantan. También adoro los misterios ambientados en mansiones de campo y castillos lejanos, en especial si son asesinatos. Por eso, cuando Ravenna Caulfield, la hermana más joven y rebelde de mis cazadoras de príncipes, me sugirió que se moría por vivir esa clase de diversión espeluznante, aproveché encantada la oportunidad de escribir su historia. Metí en la maleta mis jerséis llenos de pelusa y los calcetines de lana, y me marché a las montañas de Francia.

¿Francia, dices? ¿Por qué Francia? Bueno, imaginé que si el Hércules Poirot de Agatha Christie, que era belga, podía resolver misterios en Inglaterra, mi heroína inglesa podría resolver un misterio en Francia. *N'est-ce pas?* Y, además, tenía el pálpito de que en el lugar al que me dirigía encontraría la inspiración ideal.

*Quel* éxito! Cuando viajaba por el sudeste de París, me detuve cerca de Suiza, en una de las regiones más poéticas de un campo precioso, el Franco Condado. Aquí, las antiguas montañas Jura descienden hasta convertirse en valles regados por la luz del sol y cubiertos de viñedos. En este paraíso degusté el Comté, un delicioso queso duro suave, que acompañé del famoso vino blanco típico de la región. Mojé cortezas de pan crujiente en burbujeantes cazuelas de *fondue* humeante, y saboreé tartas de ciruela deliciosas mientras

admiraba iglesias medievales y castillos del siglo XVIII. Estudié sus escalinatas, los muebles, los dormitorios, los salones, los establos, los garajes de los carruajes, hasta la fontanería de aquellas gloriosas mansiones donde residieron, en su día, príncipes y princesas, y estuve paseando por los cuidados jardines de aquellas mansiones en un estado de euforia. Resumiendo, me enamoré. Y me pareció el lugar perfecto para que mis protagonistas se enamoraran también.

Os ofrezco *Me enamoré de un lord*, una historia de misterio envuelta en un tierno y apasionado romance ambientado en un entorno muy elegante. Espero que disfrutéis tanto leyéndola como disfruté yo escribiéndola.

*Con cariño,*
*Katharine*

# *Los sospechosos*

(Por orden de aparición)

Sir Beverley Clark: el primer jefe de nuestra protagonista

Mr. Francis Pettigrew: un amigo de Sir Beverley

Príncipe Sebastiao: príncipe portugués, anfitrión de la fiesta, y hermanastro de nuestro protagonista

Lord y Lady Whitebarrow: un rico conde inglés y su mujer

Lady Penelope y Lady Grace: sus malvadas hijas gemelas

Sir Henry y lady Margaret Feathers: criadores de pura sangres y recién llegados a la sociedad

Señorita Ann Feathers: su hija, una chica desafortunadamente tímida

General Dijon: antiguo héroe de guerra de las tropas de Napoleón (del bando francés)

Mademoiselle Arielle Dijon: su preciosa hija

Duquesa McCall: viuda de un escocés de las Tierras Altas

Lady Iona: su impactante y divertida hija

Wesley Courtenay, conde de Case: heredero del marqués de Airedale y hermanastro mayor de nuestro protagonista

Lord Prunesly: reputado biólogo y barón

Señorita Cecilia Anders: su hija

Señor Martin Anders: su poético hijo

Obispo Abraccia: un antiguo arzobispo italiano

Señorita Juliana Abraccia: su sobrina huérfana

# 1

## *La fugitiva*

La perdición de Ravenna Caulfield comenzó con un pájaro, prosiguió con una horca para remover el heno, y culminó con un cadáver con armadura. El pájaro apareció antes, varios años antes del incidente de la horca y del día en que Ravenna descubrió a aquella pobre alma vestida con una armadura, aunque quizá aquel descubrimiento fuera de lo más oportuno, depende de la opinión que tenga cada cual sobre asuntos de tanta importancia como el destino y el amor.

Ravenna se quedó huérfana de niña y vivía en un orfanato con sus dos hermanas mayores. Allí fue donde adquirió el valor de su hermana Eleanor y la resistencia de su hermana Arabella. Por desgracia, ella nunca llegó a dominar esas virtudes. Y, por eso, el día que robó una zanahoria para el viejo caballo que tiraba del carro, el señor *Bones*, y la castigaron a pasar seis horas encerrada en el desván, donde encontró al pájaro herido metido en una grieta entre dos ladrillos astillados, cerca de la ventana, no pudo ignorarlo. Ninguna chica de buen corazón se podría haber resistido a los tristes trinos del animalito. Se acercó a él, descubrió que tenía el ala rota, miró esos ojos negros que tanto se parecían a los suyos, y juró que lo salvaría.

Pasó cuatro semanas fregando el suelo pegajoso del comedor mucho más deprisa que las otras chicas —y como consecuencia no dejaba de clavarse astillas en los dedos—, para conseguir diez minu-

tos de libertad. Y durante esas cuatro semanas, se le aceleraba el corazón cada vez que se colaba en el desván donde masticaba los restos correosos del pan que le había sobrado del desayuno, y se los daba al pájaro. Pasó esas cuatro semanas guardando el agua de lluvia del alféizar en una hoja, y observaba cómo la pequeña criatura bebía hasta que sus trinos dejaron de ser trises y empezaron a sonar más alegres. Pasó cuatro semanas animándolo a subirse a la palma de su mano y le estuvo acariciando el ala herida hasta que el animalito consiguió estirarla tanto como la otra y dar unos saltitos cuidadosos hasta la ventana.

Y un día, cuando subió, ya no estaba. Pero se quedó allí, rodeada de muebles rotos y arcones viejos, y lloró.

Entonces oyó un trino breve y alegre en la ventana. La abrió y se encontró con los ojos del pájaro, que estaba posado sobre la rama de un árbol. Voló hasta su palma abierta.

Aquella primavera la joven vio cómo se esforzó para construir su nido en esa rama. Cuando puso huevos, Ravenna se arrodillaba sobre sus pequeñas rodillas llenas de callos en la capilla cada mañana, y rezaba por la salud de las crías. Para celebrar su nacimiento, le llevó a la pequeña madre un gusano que había encontrado en el huerto de la cocina, y observó cómo lo utilizó para alimentar a sus crías. Aquel día se sintió tan feliz que llegó tarde a las plegarias de la noche. La directora la reprendió con las mejillas encendidas delante de las demás chicas, y luego las puso a pelar nabos a todas hasta que les dolieron los dedos y las mandó a la cama sin cenar.

La mañana siguiente, cuando salió del desván, tres de las chicas más malas de todo el orfanato la estaban esperando al pie de la escalera. La recibieron de brazos cruzados y con una mueca en los labios, y le dijeron lo que le decían siempre: «Gitana». Pero el día siguiente, cuando salieron al patio para dar el acostumbrado paseo

de media hora, las tres estaban justo debajo de la ventana del desván. En el suelo delante de ellas había una piedra enorme y los restos de un nido hecho con ramas y hojas.

El pajarillo no regresó.

Arabella peleó contra las chicas empleando las uñas y los puños, y ganó, claro. Aquella noche, en el dormitorio frío, mientras Eleanor curaba los moretones y los cortes de Arabella, su hermana estuvo tranquilizando a Ravenna. Pero a pesar de la ayuda de su hermana, ella llegó a la conclusión de que algunas chicas no tenían corazón.

Después de lo del pájaro, se abrió la veda. Las chicas malvadas hacían todo lo que podían por ponerles la zancadilla a las tres hermanas delante de la directora, y lo conseguían muchas veces. Eleanor vivía con sus crueldades. Arabella se enfrentaba a ellas.

Sin embargo, ella escapaba. Se perdía en los modestos campos del orfanato, ya fuera en la reconfortante calidez del verano, las brisas frescas del otoño, la paz del invierno, o el suave y húmedo gris de la primavera. Se inventó un mundo en el que no tenía que sufrir que le tiraran de las trenzas y donde nadie la llamaba «egipcia», insulto que ella no comprendía. Fuera de las paredes blancas de su prisión, cantaba con los pájaros negros, buscaba zorros, comía moras que cogía de las zarzas y los frutos que caían de los árboles. El señor *Bones* era la mejor compañía que podía desear, el caballo nunca le escupía ni le pellizcaba y, como la piel de la joven era muy parecida a la del animal, tampoco le hacía ningún comentario.

Cuando el reverendo Martin Caulfield las sacó a las tres del orfanato, Eleanor dijo:

—Es un buen hombre, Vena. Es un erudito. —Significara lo que significase—. Ahora todo será distinto.

El reverendo Caulfield era un hombre de pelo gris y ropas grises, y se las llevó a su casita, que estaba escondida detrás de la igle-

sia, en una esquina del pueblo. Nunca les pegó ni las obligó a fregar el suelo (eso lo hacía Taliesin, el chico gitano que fregaba a cambio de las clases). El reverendo les enseñó a rezar, a leer, a escribir, y a escuchar con atención todos sus sermones. A Ravenna le costaba mucho atender, en especial cuando llegaban los sermones. El gato que tenían en la iglesia para que se comiera los ratones, se acurrucaba sobre su regazo durante el servicio y ronroneaba tan fuerte que siempre le acababan pidiendo que lo sacara de la iglesia. Y cuando la niña conseguía salir, ya no volvía a entrar. A ella le parecía que la catedral de la naturaleza era un lugar mucho más apropiado para venerar al Gran Creador que el interior de cualquier edificio.

El día de su octavo cumpleaños, el reverendo la llevó a la tienda del herrero y abrió la puerta del establo; en el suelo había un perro dormido y, pegados a su vientre, un racimo de cuerpos peludos muy movidos. Todos tenían manchas menos uno. El diferente, un perro tan negro y peludo como si lo hubiera dejado sobre la paja el mismo Matusalén, apartó la cara de la teta de su madre para mirarla, abrió sus ojos dorados, y ella se quedó tan sorprendida que no pudo ni susurrar siquiera.

Le puso de nombre *Bestia* y no se volvieron a separar nunca. El perro la acompañaba a todas sus clases, y los domingos se sentaba bajo el olmo del cementerio de la iglesia y la esperaba. Pero la mayor parte de los días los pasaban en el bosque o en el campo, corriendo, nadando y riendo. Eran muy felices, y Ravenna sabía que su amigo era demasiado fuerte, demasiado grande y demasiado feroz como para que pudieran hacerle daño, y demasiado leal como para abandonarla.

Los días de lluvia el establo se convertía en su casa; la joven disfrutaba del olor a paja, de los animales y de la cálida humedad. Veía cómo el anciano mozo de cuadra curaba las pezuñas heridas de los

caballos con una cataplasma de leche, cera y lana. Luego dejaba que lo hiciera ella. Le enseñó a reconocer los cólicos y le explicó que, en invierno, un buen forraje y el agua caliente los prevenían mejor que el afrecho. En invierno, cuando los gitanos acampaban junto al bosque, Taliesin —a quien ella siempre esperaba que el reverendo acabara adoptando para que pudiera ser su hermano—, la llevaba a los establos de los caballos y le enseñaba más cosas sobre pezuñas, cólicos y todo lo demás.

Entonces Eleanor se puso enferma. Papá vivía muy preocupado y Arabella se ocupaba de cocinar, coser y de hacer todas las tareas de la casa, y ella aprendió —viendo cómo lo hacía el doctor—, a administrar una dosis de láudano, a calentar telas para colocarlas sobre el pecho de Ellie, y a hervir raíz de regaliz para hacer té. Cuando Eleanor mejoró, empezó a acompañar al doctor a visitar a los demás pacientes. Por la noche, mientras cenaban, le contaba a su padre todo lo que había aprendido, y él le daba una palmadita en la cabeza y decía que era su gatita de buen corazón.

Cuando Arabella cumplió diecisiete años, se marchó a trabajar como institutriz para los hijos del terrateniente, pero volvió ocho meses después. Después de aquello, su padre le dijo que no debía salir a pasear sola por el campo.

—Las jovencitas deben comportarse con decoro —le dijo mirando a *Bestia* con preocupación.

El perro estaba tendido delante de la chimenea.

—Pero papá...

—Obedece, Ravenna. Ya te he permitido demasiada libertad, y no has tenido una madre que te inculcara el decoro que tu hermana Eleanor tiene por naturaleza y Arabella aprendió en la escuela. Si no cambias de hábitos, te mandaré a ti también a la escuela.

Ravenna no tenía ninguna intención de regresar a aquel mundo de puertas cerradas e interruptores.

—No me lleves allí, papá. Obedeceré.

Y a partir de entonces dejó de alejarse y ya solo se escapaba al establo. Le demostró a su padre que podía ser tan tranquila como su hermana mayor, aunque por dentro se asfixiara.

Cuando cumplió dieciséis años, fue al pueblo a mandar una carta a una agencia de colocación de Londres. Le contestaron un mes después, y a los seis meses recibió una oferta de trabajo.

—Me marcho, papá —dijo agarrada a la manecilla de una maletita de viaje.

El hombre le dio su bendición, parecía aliviado. Entonces fue al establo, le dio una galleta de más al caballo, acarició la cabeza del gato del granero, y se marchó seguida de *Bestia*.

Eleanor la siguió y la abrazó con fuerza.

—No podrás escaparte de mí, hermana. Me da igual donde te escondas, te encontraré.

Eleanor jamás volvió a recuperar el rubor que tenía en las mejillas ni la figura que tenía antes de caer enferma. Pero poseía unos brazos fuertes y una gran determinación en sus ojos color avellana.

Ella se retiró un poco.

—Me parece muy bien, porque nunca querré escapar de ti. Y cuando esté en Shelton Grange, estaré más cerca de Bella ahora que está en Londres.

—Pero ¿qué sabes de esos hombres?

—Lo que me explicaban en la carta los de la agencia de colocación.

Que tenían una casa grande con mucho terreno y que necesitaban la ayuda de una persona joven con energía para que los ayudara a cuidar de sus doce perros, dos pájaros exóticos y un cerdo.

—Escríbeme mucho.

Ravenna no se lo prometió, escribir no se le daba muy bien. Pero le dio un beso en la mejilla y la dejó plantada en medio de la carretera, con la silueta recortada contra la fachada de la iglesia de su padre.

Sus jefes no se alegraron de descubrir que la persona que se escondía tras la firma R. Caulfield de sus cartas no era un joven.

—Es imposible —dijo sir Beverley Clark con un tono implacable. No tuvo que pasar mucho tiempo en aquel masculino pero cómodo salón para darse cuenta de que aunque su amigo, el señor Pettigrew, era mucho más amable, en aquella casa mandaba sir Beverley. Posó la mano sobre la cabeza del perro lobo que aguardaba junto a él y le dijo—: No pienso permitir que una jovencita resida en Shelton Grange.

—No estoy interesada en usted —afirmó dejando de mirar a los carlinos que le lamían los dedos y le mordían los bajos del vestido para concentrarse en las redondas y sonrosadas mejillas del señor Pettigrew—. A pesar de su evidente riqueza, los dos son mayores que mi padre, y tampoco tengo ninguna intención de casarme, así que no tienen por qué preocuparse. Lo único que yo quiero es cuidar de sus animales, tal como acordamos en las cartas que intercambiamos.

Entonces vio brillar una luz en los ojos entornados del señor Pettigrew.

—La verdad es que es un alivio. —Su voz era tan alegre como su sonrisa y su pelo, que en su día debió de ser rubio, pero ahora era blanco como la nata—. Pero, querida, lo que sir Beverley intenta explicarle es que no es correcto que viva usted acompañada de dos hombres con los que no le une ningún parentesco.

—Pues tendrán que adoptarme. —Dejó la maleta junto a *Bestia*, que estaba sentado a su lado muy quieto, como si comprendiera la seriedad de la situación—. Yo les doy permiso. De todas formas, mi padre no es mi padre biológico, y no creo que le importe siempre que no me peguen o me maltraten.

Sir Beverly la observó con sus ojos claros como la lluvia.

—¿De qué está huyendo, señorita Caulfield?

—De la cárcel.

El señor Pettigrew alzó las cejas.

—Tenemos una fugitiva en casa, Bev. ¿Qué crees que deberíamos hacer con ella?

Y entonces, en la comisura de los labios de Sir Beverley, apareció por primera vez el ápice de compasión tolerante que tanto llegaría a apreciar ella.

—Pues esconderla de la ley.

Se pasó los tres días siguientes cepillando tres perros lobo, cortándoles las uñas a los nueve carlinos, y escribiendo cartas a varios expertos para pedirles consejo sobre guacamayos y loros. Se hizo amiga del cochero de sir Beverley, un veterano de guerra con una sola pierna, que estaba asombrado de lo bien que se le daban las criaturas de cuatro patas, y que se encargó de proseguir con la instrucción donde la había dejado Taliesin.

Lo que más le gustaba a sir Beverley era disfrutar de la comodidad de Shelton Grange, pero de vez en cuando aceptaba invitaciones a otros lugares, y viajaba rodeado de opulencia. El señor Pettigrew, cuya casa estaba solo a ocho kilómetros de distancia, pero que prefería pasar el rato en Shelton Grange, siempre lo acompañaba. Cuando no estaban, Ravenna se quedaba en la casa acompañada de *Bestia* y del resto de los animales, y disfrutaba de la soledad del lago, los bosques, los campos y la casa.

Cuando estaban en Shelton Grange, sir Beverley y el señor Pettigrew disfrutaban consintiéndola, como la primera vez que la joven ayudó en la granja de la familia de arrendatarios y asistió al parto de varias ovejas. Como se mareó y le salieron unas ojeras espantosas, el señor Pettigrew preparó su receta especial para las resacas, y sir Beverley le estuvo leyendo en voz alta un tratado sobre medicina veterinaria. En el fondo, la joven apreciaba mucho que se preocuparan de ella, pero nunca dejaba de hacerles bromas y de decirles que la trataban como si fuera una niña y ellos sus enfermeras. A ellos

parecía hacerles gracia. Ella los llamaba «las niñeras», y ellos la llamaban su «pequeña».

Ravenna pasó seis años siendo muy feliz.

Entonces Arabella se casó con un duque y sir Beverley le anunció que debía empezar a pensar en marcharse de Shelton Grange, porque no podía tener como empleada a la hermana de una duquesa por mucho cariño que le tuviera. Poco después de aquello, una mañana *Bestia* no se despertó, y ella comprendió que el paraíso solo era un sueño inventado por los hombres piadosos para engañar a todo el mundo.

# 2

## *El beso*

*10 de febrero de 1818*
*Combe Park*

*Estimado sir Beverley:*

*He recibido una carta del señor Pettigrew que me ha apenado mucho. Me ha dicho que* Bestia *ha muerto y que mi hermana está desolada. Le he pedido a Ravenna que se venga conmigo a Combe, pero mi hermana no contesta. Sé que estará de acuerdo conmigo en que le convendría cambiar de aires. Por eso quiero hacerle una proposición. Un buen amigo de mi marido, Reiner de Sensaire, me ha informado de que el príncipe Sebastiao de Portugal celebrará una fiesta en Francia el mes que viene. ¿Sería tan amable de acompañar a Ravenna a la fiesta? Allí habrá un castillo con muchos caballos y otros animales, y estoy convencida de que eso podría consolarla un poco. Ya he conseguido invitaciones para usted, para mi hermana y para el señor Pettigrew. Le ruego que acepte.*

*Con mis mejores deseos,*
*Arabella Lycombe*

Ravenna contemplaba el camino desde la ventana con parteluz de una torrecilla con vistas al patio delantero del Chateau Chevriot; era un camino tan lleno de piedras y tan gris como debe de ser un camino en pleno invierno. Justo debajo de ella, había un hombre ataviado con un abrigo de estilo militar con charreteras doradas y numerosas medallas honoríficas. El joven príncipe Sebastiao tenía la nariz larga, los ojos rojizos y un aspecto de reticente libertinaje. Se había educado en Inglaterra durante la guerra, y hablaba un inglés tan bueno como el de cualquier joven inglés rico y consentido y, por lo visto, tenía tan pocos modales como cualquiera de ellos. A Ravenna le extrañaba que un miembro de la familia real portuguesa —aunque fuera de una rama menor—, pensara que una fortaleza medieval situada en la grieta de una montaña era el lugar perfecto para celebrar una fiesta cuando la primavera quedaba todavía tan lejos.

—Los ricos son despreciables y hacen lo que quieren cuando quieren, querida —le dijo Petti—. Yo estoy encantado de ser amigo suyo.

Los demás amigos encantados del príncipe Sebastiao fueron llegando durante todo el día en carruajes salpicados de barro y polvo debido al largo viaje y, sin embargo, bajaban siempre muy elegantes. Ravenna no podía despegar los ojos de aquel desfile de riqueza móvil con la clase de horrorizada fascinación que uno sentiría por su propia ejecución.

—¿Quién es ese?

Pegó el dedo a la ventana. Sir Beverley se acercó a ella. Todavía nadie se había dado cuenta de que los estaban espiando, y Ravenna pensaba que sus anteriores patronos debían de conocer a toda la aristocracia europea.

—El conde de Whitebarrow —dijo—. Es un título antiguo, y la familia es muy rica.

—Mmm.

Más allá de los invitados y pasado el patio delantero, la fachada de la montaña se erigía orgullosa. Aquella mañana había salido a pasear por la orilla del río y había visto pájaros de invierno revoloteando por encima de los arbustos, un par de halcones volando en círculos sobre su cabeza, y dos docenas de ciervos paseando por entre las píceas y los pinos que crecían en la cumbre de la montaña. Aquella colección de personas ataviadas a la última moda que descendían de sus carruajes, parecían completamente fuera de lugar.

—¿Y esas son sus hijas?

—Lady Grace y lady Penelope.

—Gemelas.

Llevaban sendas capas de terciopelo inmaculadas y las manos ocultas en manguitos de piel blancos. Las dos sílfides rubias volvieron sus caras de porcelana hacia otra de las invitadas: una joven que aguardaba sola junto a un carruaje, como si se la hubieran olvidado allí. Se veía enseguida que era una chica tímida. Iba tapada hasta el cuello con una pelliza larga que tenía hasta tres hileras de faralaes y miraba el camino con los ojos como platos. A escasa distancia, había una matrona que vestía ropajes con volantes parecidos, y hablaba animadamente con otra dama.

Una de las hermanas Whitebarrow observó a la chica tímida y alzó las cejas. Luego intercambió algunas palabras con su hermana y esbozaron sendas sonrisas.

Ravenna sintió un escozor en la garganta. No debería haber venido. Pero cuando llegó la invitación a la fiesta del príncipe hacía ya algunas semanas, Petti insistió en acudir aduciendo que siempre había querido visitar las montañas francesas. Solo quería llevarse de viaje a *Caesar*, *Georgiana* y a la señora *Keen* (los demás carlinos quiso dejarlos en casa), pero ella hubiera preferido quedarse algu-

nos meses más con ellos antes de marcharse a vivir a la casa ducal de su hermana. Por eso, cuando le comunicó que no quería partir, él le dio unas palmaditas en la mano y le dijo que comprendía que le costara incluso entrar en la casa y dejar solo a *Bestia* a oscuras bajo aquel viejo roble. Petti le aseguró que su viejo amigo estaría bien mientras ella estuviera en Francia, igual que lo estaría cuando se trasladara a Combe; ya descansaba en paz.

Pero no era por eso. A *Bestia* le encantaba descansar bajo la sombra de aquel roble y el campo floreado que lo rodeaba. Era ella la que no soportaba estar en la casa sin él.

Entonces miró a la chica tímida que aguardaba sola y olvidada en el camino.

—¿Quién es esa chica?

—La señorita Ann Feathers. Su padre, sir Henry, ha hecho fortuna con la crianza de caballos de pura sangre. El padre del príncipe Sebastiao, Raynaldo, cría caballos andaluces. Él no va a venir a la fiesta, y será el príncipe quien se encargue de ultimar los detalles del negocio que van a emprender juntos.

—¿Y esa dama?

Una chica de exquisita y delicada belleza vestida de blanco y negro caminaba del brazo de un joven caballero en dirección a la puerta.

—Es mademoiselle Arielle Dijon. Es hija del famoso general francés Dijon, que evitó que aniquilaran sus tropas cuando los cosacos abrasaron la tierra en 1812. Quedó muy desilusionado con Napoleón después de aquel fiasco...

—Comprensiblemente —terció Petti.

Hacía solo una hora roncaba acurrucado en un sofá con tres rollizos carlinos que también roncaban a sus pies.

—Después del tratado dejó el ejército —prosiguió sir Beverley—. Se llevó a su familia a América. Me parece que a Filadelfia.

Un perrito asomó por entre los pliegues de la capa de mademoiselle Dijon, y ella le acarició la cabeza con delicadeza.

—Ya me cae bien —dijo Ravenna.

Del último carruaje salió una chica alta, con unos mechones salvajes que escapaban del sombrero. Era extremadamente hermosa, desprendía mucha energía y tenía una mirada brillante y despierta. Un caballero desmontó de su caballo cerca de ella, se aproximó, se quitó el sombrero y le hizo una gran reverencia.

—Esa es lady Iona, que ha venido con su madre viuda, la duquesa McCall —murmuró sir Beverley—. Ha hecho un camino muy largo para seducir a un príncipe.

—¿Para seducir a un príncipe?

Petti se rió.

Ravenna se volvió para mirarlo.

—¿Para seducir a un príncipe? —repitió.

—¿No se lo has explicado, Bev?

Asomó un brillo a sus ojos entornados.

—¿Explicarme el qué?

—Esta fiesta, querida —dijo Petti con alegría—, no la han organizado para que los invitados puedan venir de vacaciones a la montaña.

Ella los miró a los dos.

—Y entonces, ¿por qué lo han hecho?

—El príncipe Sebastiao busca esposa —contestó sir Beverley.

—¡La fiesta es una cacería! ¡A por él, chicas! —exclamó Petti—. ¿No es fantástico?

Ravenna tardó unos segundos en comprender a qué se refería.

—¿Vosotros sabéis lo de la pitonisa? —les preguntó con oscura desaprobación.

—¿Qué pitonisa?

Petti acarició el cuello arrugado de uno de los carlinos.

—La pitonisa que le dijo a Arabella que una de nosotras debía casarse con un príncipe o nunca llegaríamos a saber quienes eran nuestros verdaderos padres. Te lo explicó ella, ¿verdad?

—Nos lo dijiste tú —le recordó sir Beverley—. Hace años.

—Pues debí decíroslo para haceros reír. Y ahora me habéis traicionado.

—Me parece que estás exagerando —opinó sir Beverley esbozando una pequeña sonrisa.

—Tu hermana quería que conocieras a un príncipe, querida. Nosotros solo accedimos a echar una mano.

Ravenna no podía articular palabra. Arabella se había casado con un duque, pero seguía decidida a encontrar a los padres que habían perdido hacía ya varias décadas.

La joven miró la puerta, luego la ventana, el camino y por fin los árboles y la montaña que se erigían en lo alto.

—¡Vaya! —exclamó llamando la atención de sir Beverley—. Me temo que vuestros planes casamenteros no servirán para nada. Veréis, para poder casarme con un príncipe necesito...

—¿Esto?

Sir Beverley se sacó del bolsillo un grueso anillo de hombre hecho de oro y rubíes.

Ravenna dio un paso atrás.

—¿Te lo dio Arabella?

—Para que te lo entregara a ti.

Sir Beverley le cogió la mano y le dejó el anillo en la palma. Seguía siendo igual de pesado y cálido que siempre, incluso aquel día, cuando Arabella se lo llevó a la pitonisa y todas escucharon la profecía: el día que una de ellas se casara con un príncipe, descubriría el misterio que encerraba su pasado. Y aquel anillo era la clave de todo.

Pero a ella le daba igual el misterio de su pasado. Era muy pequeña cuando su madre las abandonó, y nunca le había importado. Pero

ahora Arabella era la mujer de un duque, y ella sabía muy bien por qué no le había concedido el dudoso honor de casarse con un príncipe a su hermana mayor, Eleanor. Nunca hablaban del tema, pero las dos sabían el verdadero motivo por el que Eleanor no se había casado todavía, y no era por devoción a su padre.

—Deja de preocuparte, querida —dijo Petti con comodidad—. Cuando una dama se encuentra en el delicado estado en el que está tu hermana, hay que consentirla.

—Yo no estoy preocupada. —Ravenna se metió el anillo en el bolsillo. Cayó a peso contra su muslo—. Entonces, ¿debo suponer que todas estas chicas, damas de gran belleza, riqueza y estatus, y mucho más jóvenes que yo, van a competir conmigo para ganarse los favores del príncipe?

—Es una lástima que se hayan molestado en hacer un viaje tan largo para venir —dijo Petti guiñándole el ojo.

—Lady Iona McCall tiene veintiún años —comentó sir Beverley—. Solo es dos años menor que tú.

—Estáis los dos como cabras. Y mi hermana también. —Se volvió hacia la ventana y se quedó mirando a las preciosas y ricas damas que desfilaban a sus pies—. Yo no me quiero casar con ningún príncipe. —Ni con nadie—. ¿Quién es ese hombre tan guapo que va del brazo de lady Iona?

—Lord Case, heredero del marqués Airedale —le explicó sir Beverly—. No tengo ni idea de por qué ha venido. No tiene ninguna hermana, solo un hermano al que nadie ha visto en años.

—Puede que lord Case también esté buscando esposa y haya oído que este es el mejor sitio donde encontrarla —opinó—. No me extraña que su hermano haya desaparecido; nadie querría tener un pariente tan calculador.

—Sigues siendo una chica muy impertinente —dijo sir Beverley con los ojos rodeados de arrugas; luego se volvió a concentrar en el camino—. ¿Y dices que es muy guapo?

—¿Te gustaría entrar en la nobleza, querida? —preguntó Petti.

—Tanto como convertirme en princesa. —Se marchó hacia la puerta—. Ahora que ya están aquí todas las novias potenciales, ¿cuándo comenzará la fiesta? ¿Creéis que tendré tiempo de preparar el carruaje para escapar antes de que empiece a nevar?

Aquella noche Ravenna estaba acostada boca arriba en una cama con las sábanas más suaves que había tocado en su vida y unos brocados de seda que solo había visto en la nueva hacienda ducal de su hermana Arabella; estaba muy triste. Ya habían pasado dos meses, pero todavía no se había acostumbrado al vacío en la cama. Ya no notaba esa presión contra la cadera que la obligaba a recular hasta el borde del colchón. Ya no oía bostezos a media noche que la despertaran de sus sueños. Ya no la despertaba su cálido aliento por las mañanas, ni podía ver cómo corría hacia el parque al amanecer. A *Bestia* le habría encantado aquella cama tan suave. Las cuerdas estaban tan bien tensadas que no se oía ni un solo chirrido al subir.

Cerró los ojos con fuerza deseando poder sentir un cuerpo cálido a su lado al que poder abrazar.

Tenía que bajar a las caballerizas. Se abrochó los botones de una bata que no avergonzara demasiado a Petti, si por casualidad se topaba con alguien por la casa, y salió de su dormitorio.

Chevriot era imponente visto desde fuera: una masa elegante de piedra caliza marrón grisácea rodeada de un muro inflexible con pesadas torres y techos austeros. Pero dentro del castillo reinaba el lujo. Las gruesas alfombras que forraban la longitud de los pasillos se tragaban sus pasos, y la luz del candil que llevaba en la mano bailó por encima de la silueta de un lacayo que aguardaba sentado en lo alto de la escalinata, y que la saludó con la cabeza cuando la vio pasar.

Bajó hasta la cocina por la escalera del servicio y se coló por una puerta que había escondida en el muro, luego siguió la corriente de aire helado hasta el huerto. La noche olía a nieve, era un aroma limpio y afilado. Por la tarde había visto cómo se formaban pliegues de nubes de un color gris blanquecino alrededor de la cumbre de la montaña. Sabía que por la mañana empezaría a nevar y se quedaría allí atrapada.

Salió del huerto por la puerta de la verja y siguió el muro del cementerio hasta el garaje de los carruajes, luego continuó hasta las caballerizas.

En el interior reinaba el frío y el silencio. Un único farol iluminaba el pasillo central y Ravenna caminó en silencio por el suelo recién barrido. Los caballos descansaban en los establos que había a ambos lados del pasillo, como en las caballerizas de sir Beverley, como en su hogar, en Shelton Grange, donde ella y *Bestia* jugaban y trabajan. Donde él se quedaría para siempre. Donde ella ya no podía vivir porque su preciosa y valiente hermana se había casado con un duque.

Una lágrima le resbaló por la mejilla como si fuera una diminuta bofetada ardiente. Luego apareció otra. Una tercera se quedó encallada en la comisura de sus labios. Un solitario gato marrón la observaba desde las sombras y la juzgaba con la mirada. Ravenna se limpió con el reverso de la mano.

Entonces oyó un ruido procedente de uno de los establos: suave, chillón, seco y luego largo, desesperado y después triste y cansado. El gato se marchó corriendo. Ella sonrió. Los sonidos de los cachorros eran inconfundibles.

Siguió el sonido hasta una cuadra que no estaba concebida para albergar caballos, sino enseres. Sobre una de las paredes colgaba una horca para remover heno, una hacha y una pala, además de un cubo y cepillos muy bien ordenados encima de un banco. Había

una espesa capa de paja en el suelo, y los cachorros estaban acurrucados en un rincón. Alguien les había hecho una casa provisional.

Se puso de rodillas. Había cuatro perritos blancos y negros entrelazados entre las sombras, dos de ellos dormían, otro cabeceaba, y el último se arrastraba gimoteando por encima de sus hermanos. La madre no estaba, quizá hubiera salido a por comida, o puede que ya los hubieran destetado y no estuviera más con ellos. Ya tenían el tiempo suficiente, probablemente entre nueve y diez semanas.

Entonces asomó una nariz negra por debajo de un montón de paja que tenía amontonada al lado. Sus minúsculos orificios nasales inspiraron el aire gélido.

Ravenna dejó el candil encima del banco, se agachó junto al cachorro escondido, apartó la paja y observó al pequeño de la camada. Era evidente que era el más joven, porque estaba separado de sus hermanos y era mucho más pequeño que ellos. Igual que *Bestia*.

Lo cogió y acarició su piel helada. Ahora que ya no tenía a su madre y al no ser lo bastante fuerte como para pelearse con sus hermanos, no aguantaría con aquel frío. Y, sin embargo, había conseguido hacerse un agujero en la paja. Un pequeñajo con recursos. Lo acurrucó en su pecho. El perrito se revolcó con habilidad contra ella y utilizó sus minúsculas zarpas nuevas —que parecían cuchillas—, para aferrarse a su capa con actitud hambrienta. Se rió y le acarició la cabecita con la nariz.

—Lo siento —susurró—. No te puedo ayudar. No he pensado en traerte una galleta.

Se pegó el cachorro al cuello y lo calentó hasta que se le entumecieron los dedos y la punta de la nariz. Luego dejó al perrito junto a sus hermanos dormidos, lo tapó con un poco de paja y las quejas del animalito aumentaron lastimosamente.

Se oyó una pisada al otro lado de las caballerizas. Era un hombre. Luego oyó otro paso. Se detuvo junto a la puerta que ella había dejado abierta.

«Silencio.»

Pensaba que estaba sola. Y ahora había un hombre que guardaba silencio al otro lado de la puerta. Si había venido a ver a los cachorros, entraría. Si la había seguido y tenía malas intenciones, quizá guardaría silencio. No sería la primera vez que un hombre asumía que ella se mostraría dispuesta a darse un revolcón sobre el heno. Pero esta vez su protector no estaba con ella para gruñir y enseñarle los dientes. Esta vez estaba sola.

Parecía que el cachorro sollozaba cada vez con más desesperación. No se oía ningún otro sonido que rompiera la calma, ni una brizna de aliento, ni un movimiento. Pero el hombre seguía allí. Hasta el último de los vellos de punta del brazo de Ravenna sentía su presencia.

Empujó la puerta hacia fuera. Se agitó y se volvió a cerrar. El tipo cayó al suelo y se oyó un escueto y profundo gemido en el silencio.

Luego... nada.

El cachorro gimoteó.

Ravenna contó hasta treinta. Luego dio un paso adelante y abrió la puerta.

La luz era tenue y apenas pudo distinguir el perfil del hombre recortado contra el suelo: tenía el sombrero torcido y por debajo asomaba pelo oscuro que se le rizaba alrededor del cuello, una nariz larga, y una mandíbula oscurecida por unas patillas. Llevaba una ropa sencilla, una casaca marrón, calzones oscuros y botas. Tenía las manos grandes. Se le veía una cicatriz en la mano derecha que nacía de la uve que dibujaban su dedo índice y el pulgar, hasta la manga, el recuerdo de alguna herramienta afilada descarriada. Ella

había visto muchas cicatrices como aquella en manos de granjeros y mozos de cuadra.

Aquel hombre debía de ser un mozo, un mozo que no tendría que haberla asustado. Cuando recuperara la conciencia tendría un moretón en la cabeza del tamaño de Devonshire.

Su cuerpo bloqueaba la puerta. Si quería ir en busca de ayuda tendría que pasar por encima de él. Pero la falda estrecha que llevaba no le permitía sortearlo de un solo paso. Eso le pasaba por intentar vestirse como una dama para darle gusto a Petti.

El hombre no se movía. No podía estar muerto. Pero seguía muy quieto. Estaba oscuro y parecía que no respiraba. Entonces sintió un picor en los dedos, y la costumbre venció al miedo. Debería palparle el cráneo. Si le había hecho una herida con la puerta, ella sabía lo que debía hacer. Pero primero tenía que examinarlo.

La joven alargó el dedo con recelo y se lo clavó en el hombro.

El tipo rugió. Se lo clavó con más fuerza.

La agarró del tobillo con tanta fuerza que se resbaló de la puerta. Giró para evitar desplomarse sobre los cachorros y se cayó al suelo aterrizando sobre el hombro; la paja amortiguó la caída. Pero él no la soltó. Ravenna trató de recular hasta la pared en busca de algo que utilizar como arma. Agarró un asa. Blandió lo que había agarrado hacia delante y se le escapó de entre los dedos entumecidos. La horca aterrizó sobre la pierna del hombre.

—¡Cielo santo! —rugió—. ¡Maldita sea!

En lugar de agarrarse la pierna, el tipo se abalanzó hacia delante, la cogió de la rodilla y la rodeó de la cintura con la otra mano. Entonces se colocó encima de ella, la aplastó con todo su peso, la inmovilizó sobre la paja con las rodillas, las caderas y el pecho, y le tapó la boca con la mano para reprimir el grito que emitió. Ella intentó soltarse. Él le rodeó los tobillos con los suyos y le inmovilizó las piernas. La cogió del brazo y el otro quedó atrapado debajo de su cuerpo.

—Estate quieta —le rugió como un animal.

Ella se quedó quieta.

—¿Por qué atacas a un hombre inocente? —preguntó arrastrando las palabras—. Maldita sea, ahora me duele la cabeza. Y la pierna.

El corazón acelerado le palpitaba pegado al pecho de aquel hombre. Tenía su cara a pocos centímetros de distancia, y veía cómo algunos mechones de pelo satinado se descolgaban por delante de unos ojos que eran pozos de pura indignación. El aire helado que corría entre ellos no olía a alcohol. No estaba bebido. Debía de hablar de esa forma a causa de la herida. Le había dado un buen golpe con la puerta.

—Te voy a destapar la boca —dijo y entornó los ojos como si estuviera intentando enfocar. Tenía las pestañas largas. Para ser un hombre—. Pero si gritas, no te gustarán las consecuencias. Si has entendido lo que te he dicho parpadea una vez.

Ella parpadeó. Le destapó la boca, e inspiró hondo.

—Sigo sin poder respirar —jadeó.

El cachorro gimoteó.

—¿Qué haces aquí? —Paseó los ojos por el cuello de su vestido y luego le miró el pelo—. ¿Eres una doncella?

—He salido, necesitaba aire. Me estás aplastando, los pulmones. Apártate, o gritaré, y me enfrentaré a las consecuencias.

—Si no tienes aire no podrás gritar. —Su voz empezaba a sonar más normal. Y demasiado racional—. Dime quien eres y te soltaré.

—Regina Slate. Hija —duque de Marylebone—, invitada. Hará que te cuelguen cuando se entere de que me has tocado.

—Marylebone es un vecindario, no un duque. Y amenazar a un hombre con colgarlo cuando te tiene inmovilizada es una tontería. —Ahora percibía un tono agradable y quebrado. Era extranjero. Pero no era francés, pensó, y hablaba perfectamente el inglés. También sa-

bía que Marylebone era un vecindario de Londres. Menuda suerte la suya—. Y si tu padre es duque —dijo—. Yo soy el emperador de China.

—Es un placer —jadeó—. Me alegro de conoceros, alteza.

La agarró con más fuerza de la muñeca.

—¿Cómo te llamas y qué haces en este establo?

—Ravenna Caulfield. De verdad. Tenías razón. No soy nadie. —No tenía a nadie que la abrazara por las noches ni que la protegiera de hombres que se abalanzaban sobre ella porque no era nadie—. Ahora... quítate de encima.

—Caulfield. —Frunció el ceño. Se relajó un poco la presión que sentía en el pecho y Ravenna intentó llenarse los pulmones. Pero él seguía agarrándola del brazo con fuerza—. ¿Has venido con sir Beverley?

Para ser un mozo de cuadra parecía estar muy bien informado.

—Trabajo para él.

Aunque eso ya no era verdad ahora que era la hermana de una duquesa. Pero ¿cuánto podía saber aquel tipo sobre la hacienda de sir Beverley?

—¿Y a qué te dedicas? —Entonces la observó con un interés especial y ella sintió un pequeño torbellino de excitación—. ¿Eres su amante?

Por lo visto no sabía tanto sobre sir Beverley a fin de cuentas.

—Me dedico a cuidar de sus perros y sus pájaros exóticos.

El tipo dejó de fruncir el ceño de golpe. Y apareció un pliegue en sus descuidadas mejillas.

El corazón de Ravenna dio un brinco.

—Cuidas de sus...

—Perros y de sus pájaros exóticos. Doce perros. Dos pájaros. Y un cerdo.

Una extraña agitación se estaba adueñando de sus extremidades entumecidas. Debía de ser miedo. No podía deberse al pliegue

de la mejilla que asomaba por encima de su firme mandíbula. Era un desconocido peligroso que la estaba atacando. Pero los asaltantes no sonreían como si estuvieran curiosamente complacidos. ¿no?

Un brillo rojo asomó por encima del pelo que le caía sobre la frente, le estaba empezando a salir el golpe. Una cataplasma de galleta le aliviaría el dolor. Puede que en la cocina pudiera encontrar leche y un poco de...

—¿Animales? —preguntó mirándola de nuevo a la cara; el pliegue de su mejilla era cada vez más evidente.

—Cuido de ellos y me ocupo de atenderlos cuando se ponen enfermos. Cuando estoy en el campo también lo hago por los animales de los demás y no recibo ninguna compensación, porque como no soy un hombre nadie cree que deba pagarme, y me dan cestas de huevos, nata o una pastilla de jabón, cosa que siempre he pensado que me dan porque piensan que una mujer debería oler mejor que yo. Y este forcejeo sobre la paja empapada de orín de cachorro no está ayudando en ese sentido. Así que quítate de encima.

Pero él no pensaba soltarla. Ella advirtió el cambio en sus ojos y lo notó en su cuerpo en cuanto sucedió. Ravenna no tenía mucha experiencia con los hombres, solo se había rozado ocasionalmente con alguno cuando estaba agarrando el extremo de alguna oveja y el granjero cogía el otro. Pero sabía lo suficiente sobre animales como para reconocer la excitación masculina, incluso en los ejemplares de su propia especie.

A su atacante se le dilataron las pupilas en la oscuridad. Entonces le miró los labios. Puede que no la hubiera seguido hasta el establo con la intención de aprovecharse de ella. Pero era evidente que en ese momento sí que estaba pensando en ello.

—Pues yo creo que hueles muy bien —dijo con la voz más grave que antes, como una noche cálida de otoño, y sus vocales sonaban especialmente agradables.

No era francés. ¿Sería italiano? ¿Español? Debía de haber llegado con alguna de las demás invitadas, alguien con poco juicio para elegir a sus mozos de cuadra.

—Yo...

—Y, *por Deus* —dijo con la voz entrecortada y sin dejar de mirarle los labios—, eres encantadora.

El impulso debió de apoderarse de él. La única criatura de sexo masculino que la había considerado encantadora era *Bestia*, y era porque ella, a veces, olía a beicon.

Tenía que distraerlo.

—Te puedo curar el moretón de la frente —le dijo luchando contra el miedo.

—¿Ah, sí?

Parecía desconcertado. Los golpes en la cabeza podían atontar un poco.

—Se te está empezando a hinchar. Te va a salir una herida dolorosa que se podría infectar. Deja que me levante y le pediré al ama de llaves que...

La besó sin previo aviso. No lo hizo con fuerza, ni con violencia, ni siquiera con imposición. Pero el contacto fue absoluto.

Ravenna apretó los labios. Respiró por la nariz y percibió un olor a caballo, paja y algo desconocido que le resultaba muy masculino y... atractivo. Como el whisky pero sin el toque punzante. O la piel pulida. Le soltó la muñeca y la agarró de la mejilla con su enorme mano.

Ella no le apartó. «Debería hacerlo.» Pero su olor, el calor de su piel, la sensación que le provocaba sentir esos labios sobre los suyos —provocándola, animándola, deseándola—, la tenían paralizada. Le acarició el cuello muy delicadamente con el pulgar. Sus caricias eran cálidas. Íntimas. Tiernas. El hormigueo de placer se mezcló con el pánico en su vientre. Podría devolverle el beso. Podría descubrir qué se sentía realmente besando a un hombre.

«No puedo hacerlo.»

Después del beso él querría más, y ella no podía satisfacerlo.

Le hizo lo que *Bestia* le hubiera hecho a cualquier atacante.

—*¡Colhões!*

Se sobresaltó, se alejó de ella rodando y se puso de pie.

Ella retrocedió, se le enredó la falda en las botas al levantarse, y saltó para esquivar a los cachorritos. El tipo la miró por entre las sombras con ira en los ojos. La sangre brotaba por entre los dedos que se había llevado a la boca.

—Espero habértelo arrancado de un mordisco —le dijo sin pensar.

Él bajó la mano: el labio inferior seguía intacto, aunque chorreaba sangre por la barbilla.

—Maldita sea, mujer. Solo te he besado.

—Pero me tenías atrapada.

—Sí, bueno, está claro que ha sido un error.

Se limpió la sangre con suavidad utilizando la manga. Era alto, tenía los hombros anchos, y los músculos del cuello muy marcados. No parecía un mozo de cuadra, más bien tenía aspecto de caballero, pero esos músculos eran como los de un granjero. Aquel hombre trabajaba duro, y la había inmovilizado con muy poco esfuerzo. Si hubiera querido le habría podido hacer cualquier cosa. Y todavía podía hacérselo. Tenía la horca para remover heno al lado de la bota. Estaba bloqueando la puerta. Seguía estando atrapada.

—Apártate —le dijo—. O te daré una patada en los *colhões* con más fuerza de la que he utilizado para morderte.

Él se apartó de la puerta sin decir una sola palabra, y ella pasó por su lado y cruzó el patio corriendo. Una vez dentro, cerró la puerta de su dormitorio, se envolvió en una manta y se sentó delante de las brasas del fuego temblando un poco. Nunca se había imaginado

como sería su primer beso. Nunca se había imaginado que alguna vez le darían su primer beso.

Ahora ya lo sabía.

# 3

## *El monje*

Cuando lord Vitor Courtenay ató su caballo a una rama y entró en la iglesia de piedra gris que había en la cima de la montaña, ya se veían algunos copos de cristal gélido flotando por entre los árboles. Cerró la puerta y cruzó la nave desnuda de adornos, sus pasos resonaban en la bóveda. Al llegar a los escalones de piedra caliza del presbiterio, se puso de rodillas, se quitó el sombrero, y se santiguó.

Años atrás, había acudido a aquella ermita de la montaña en busca de comida, refugio y seguridad. En ese momento no necesitaba nada de eso. La riqueza que había amasado durante la guerra trabajando para Inglaterra y Portugal estaba cogiendo polvo en su banco de Londres, y en ese momento disponía de todos los lujos del Chateau Chevriot.

Esa mañana buscaba otra clase de ayuda.

La iglesia olía a incienso y a velas de sebo, y la fragancia se mezclaba con un aroma antiguo y sagrado: el olor de la tierra de su verdadero padre. Catorce años atrás, cuando descubrió quien era su padre biológico, Vitor viajó primero a esta tierra, pero volvió a partir cuando la familia real portuguesa se llevó la amenaza de Napoleón hasta Brasil. Sin embargo, no cruzó el Atlántico junto al resto de la corte. Su padre, Reynaldo, primo del príncipe regente, se retiró a las montañas. Desde su escondite envió a su hijo inglés —joven y ansio-

so por demostrar su valía—, a España, y luego a Francia, para que aprendiera lo que pudiera con el objetivo de poner a salvo Lisboa y restaurar la corte de la reina.

Y él no lo decepcionó.

Se tocó el labio hinchado con la lengua. Por lo visto no todo el mundo respetaba a los héroes de guerra.

Por detrás de las gradas de madera del coro crujió una puerta. Agachó la cabeza y esperó. Los pasos de unas sandalias se arrastraron hasta él y se detuvieron a su lado. El ermitaño se arrodilló en la piedra fría y el tintineo de las cuentas de su rosario quedó amortiguado por la lana de su hábito.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

No le olía el aliento a vino. Todavía.

—Amén.

—¿Para qué pecado has venido en busca de absolución, *mon fils*? —preguntó el sacerdote, y luego añadió—: Esta vez.

—Padre...

—¿Has actuado con ira?

El ermitaño le hizo la pregunta siguiendo una tradición antigua, según la cual el sacerdote sonsacaba la confesión del pecador mediante las preguntas. Los dos años que Vitor pasó viviendo en el monasterio que estaba en lo alto de las montañas de la Serra dal Estrela, había leído todos los libros que encontró en la biblioteca de los hermanos benedictinos, incluyendo algunos manuales del confesor. Y aquel ermitaño no había elegido el pecado de la ira por capricho. Ya sabía que era una de sus debilidades.

—No —contestó con la garganta seca—. No ha sido ira.

«Esta vez no.»

—¿Codicia?

—No.

—¿Orgullo?

—No.

—¿Envidia?

—No.

—Es imposible que hayas pecado de perezoso —dijo el ermitaño con un tono de voz suave—. No has dormido ni una sola noche entera en toda tu vida, joven vagabundo.

—No.

«Elige ya al pecado correcto.»

—¿Has mentido?

—No.

—¿Has robado?

Eso se podría discutir.

—No exactamente.

—¿Has codiciado los bienes de tu vecino?

Por un momento, aunque la palabra «bienes» no era la más adecuada para definirlo.

—No.

—Hijo...

—Padre...

Vitor se llevó los nudillos a la frente.

El sacerdote guardó silencio un momento que se alargó mecido por el aire helado.

—¿Has vuelto a matar?

—No.

El suspiro de alivio del francés resonó en las paredes del presbiterio. Se sentó sobre los talones y se cruzó de brazos por encima de las voluminosas mangas que llevaba.

—Y entonces, ¿qué has hecho que te haya llevado a abandonar la reunión que se celebra en la casa de tu hermanastro, y dónde se requiere tu presencia?

—He besado a una chica.

Silencio.

—¿Padre?

—Vitor, vas a acabar en un manicomio.

—O en el infierno. —Se pasó la mano por el pelo y se volvió hacia el sacerdote. El anciano francés lo miraba con paciente tolerancia. Vitor negó con la cabeza—. No tendría que haberlo hecho, Denis.

—Puede que te estés tomando tus votos monásticos demasiado en serio, *mon fils*, en especial teniendo en cuenta que los abandonaste hace seis meses. —Alzó sus cejas peludas—. O eso me dijiste entonces.

El monasterio fue el lugar perfecto donde retirarse después de la guerra. Pero los padres de Vitor, el marqués de Airedale y el príncipe Raynaldo de Portugal, no opinaban lo mismo. ¿Dónde estaba aquel hombre leal a ambas familias, el hombre al que habían confiado las misiones más peligrosas para que sirviera con lealtad tanto a Inglaterra como a Portugal? ¿Dónde estaba aquel hombre sediento de aventura?

«Atado a una silla, apaleado, hecho jirones.»

El monasterio le vino muy bien. Durante un tiempo. Pero cuando hubo conseguido reprimir su ira, empezó a sentirse ansioso por seguir adelante.

—No es por los votos. —Volvió la cabeza hacia el altar desnudo hecho con piedras de granito extraídas de aquella misma montaña—. No era exactamente una chica.

El sacerdote se atragantó.

—Puede que ya sea hora de que hablemos sobre ese monasterio.

Vitor lo miró con el ceño fruncido.

—Oh, cielo santo, Denis. Era hembra.

—Ah. *Bon.* —El viejo sacerdote volvió a suspirar aliviado—. Entonces, ¿estás confesando el pecado de la fornicación?

—No. —Vitor se volvió para sentarse en el escalón y aliviar así el dolor de la pierna que ella le había golpeado con la horca más pesada del mundo. Se pasó la mano por la cara—. Solo la besé.

El ermitaño se rió.

—Si te cobró solo por eso, debería ser ella quien se confesara.

Denis se metió la mano en un bolsillo del hábito y sacó una bota.

—No era una puta. Era una dama. —Aunque llevaba un vestido de sirvienta y estaba trasteando en los establos en plena noche—. Yo la asusté. —En sus ojos vio ira, indignación y miedo. Tenía unos preciosos ojos negros. A la luz del candil, parecía un ángel. Un ángel oscuro y tentador—. Fue como si un demonio se apropiara de mis actos. Ella estaba allí... —debajo de él, él notaba todas sus curvas bajo su cuerpo, su cuerpecito exuberante y femenino, sus ojos brillantes— y yo quería besarla, más de lo que he deseado nada en la vida. No pude reprimirme.

Debería haberse contenido mucho antes de seguirla hasta el establo. La vio cruzar el patio en plena oscuridad como si estuviera acostumbrada a ir por ahí sola, con paso firme, con la tela de la falda ceñida al trasero y a los muslos, y esa imagen lo excitó, pues la estaba observando desde las sombras gélidas. Ninguna mujer de buena cuna caminaba de esa forma. La luz del candil se reflejaba en el cabello negro que le enmarcaba la cara y suplicaba que alguien lo liberara de sus confines. La había seguido tanto para poder verla mejor, como porque le pareció que tenía intenciones sospechosas.

Su joven hermanastro Sebastiao disfrutaba citándose con las sirvientas en los establos. Curiosamente, decía que le hacía sentir como el libertino que no era. Sin embargo, ese divertido pasatiempo no encajaba con los invitados del príncipe.

Pero Sebastiao no estaba en el establo con la chica, solo había un montón de cachorros mestizos y una maldita horca que parecía de

piedra. Y, entonces, cuando la inmovilizó en la paja y ella le miró la boca...

Se volvió un poco loco.

Dos años de silenciosa contemplación no lo transformaban a uno necesariamente en un monje convencido.

Denis asintió.

—Al diablo le encanta adoptar forma de mujer.

—No. Yo malinterpreté la situación.

La joven no era una sirvienta que había ido a las caballerizas en busca de un revolcón rápido con algún mozo de cuadra, sino, por lo visto, una de las potenciales esposas de Sebastiao. Una elección extraña: la antigua sirvienta de un baronet inglés menor. Pero el deber de Vitor en Chevriot no era el de juzgar las intenciones de su padre biológico, solo la de asegurarse de que su hermanastro cumplía con su deber.

Denis le miró el labio hinchado.

—¿Le pediste perdón después de besarla?

—No.

Lo haría hoy. Y luego se mantendría todo lo alejado de ella que pudiera.

—Hay muchas chicas en ese castillo —dijo el francés haciéndose eco de sus pensamientos—. Sebastiao se quedará sin opciones si tú te interesas por una de ellas.

No. Ya había creado problemas en una ocasión al interponerse entre uno de sus hermanos y una mujer. No pensaba volver a hacerlo.

—No tengo ningún interés en ella —murmuró.

—Sigues en secreto de confesión, Vitor.

Volvió la cabeza.

—¿Cómo lo haces?

—¿Reconocer las mentiras? Es un don. El tuyo es servir a tu familia. A tus dos familias. Hay que conseguir que Sebastiao siente la

cabeza. Después de todas las veces que le has salvado del desastre, tú lo sabes mejor que nadie.

—Es posible que obligarlo a casarse lo tranquilice un tiempo, pero no cambiará su forma de ser.

Igual que él no había cambiado después de sufrir torturas. Puede que su hermano mayor Wesley hubiera heredado toda la templanza de los Courtenay. Puede que él, como no tenía tanta sangre Courtenay, hubiera heredado la inconstancia de su madre.

Era un vagabundo.

—Sebastiao es inestable y propenso a los excesos —dijo Denis—. Pero la nieve lo retendrá aquí hasta que elija esposa —opinó el ermitaño—. Y el príncipe Raynaldo sabe que tú no le fallarás.

Nunca lo había hecho. Pero esta misión le quedaba grande.

—Cuando todo esto haya acabado, Denis, regresaré a Inglaterra.

—¿Para hacer qué, *mon fils*? Gastar tu oro en bebida, juego y mujerzuelas?

—¿Por qué no? No tengo nada mejor que hacer con él.

Durante las largas y silenciosas noches que pasó en el monasterio, con la barriga vacía y las manos llenas de callos, estuvo considerando entregarse a la vida para la que había nacido, una vida que se podía permitir. Pero incluso entonces sabía que eso no le satisfaría. Pronto se enteraría de alguna oportunidad en el extranjero, u olería el frescor de los vientos de la primavera, y se volvería a marchar.

Se frotó distraídamente la cicatriz que tenía entre el pulgar y el dedo índice por encima de los guantes. Le picaba.

—*Bon.* —El sacerdote dejó la bota sobre el escalón y entrelazó las manos—. Te has confesado del pecado de la lujuria, *mon fils* —dijo con sencillez—. Estás arrepentido, *n'est-ce pas*?

Vitor cerró los ojos y vio los de aquella joven, brillando como estrellas.

—Sí.

—Como penitencia te impongo una novena a nuestra madre la Virgen María, y la tarea de emparejar a tu hermano con una mujer que le haga sentar la cabeza.

—¿Solo eso? —Vitor alzó una ceja—. Padre, eres demasiado indulgente.

El padre dibujó una cruz en el aire delante de su frente.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

—Amén.

—Ahora ve a buscar una puta de verdad y apaga parte de ese fuego que te corre por la sangre.

Cogió la bota.

El camino que bajaba por la ladera estaba salpicado por la nieve que cada vez caía más rápido por entre el toldo de píceas y pinos. Un jinete apareció como una sombra por entre la cortina blanca. Cuello de la camisa levantado, botones dorados, unos calzones impolutos y fusta torcida, tenía la pose estudiada hasta cuando iba a lomos del caballo.

—¿Ya estás otra vez con ese rollo papista, hermano? —dijo Wesley Courtenay, conde de Case, arrastrando las palabras.

Tenía el pelo castaño lleno de copos de nieve y también algunos alrededor de los ojos de color azul oscuro que ambos compartían con su madre.

—¿Y tú ya vuelves a poner esa pose de lord de siempre, hermano?

Se detuvieron uno frente al otro y se dieron la mano.

Wesley sonrió.

—Me alegro de verte después de tanto tiempo, Vitor —dijo con el tono grave y con la voz cálida, una voz que, a veces, podía sonar fría como el acero en invierno—. Pero ¿qué narices te has hecho en el

labio? —Ondeó la mano—. Da igual. Te afea un poco, así que me siento casi en deuda contigo.

—Mi ayudante de cámara me debe de haber cortado mientras me afeitaba.

—Eso podría ser si tuvieras ayudante —contestó su hermanastro mayor—. O puede que ahora sí lo tengas. Hace tanto tiempo que no te veo por Inglaterra que apenas sé cómo te van las cosas. Me puse muy contento cuando recibí tu invitación para venir a esta reunión —dijo en un tono conversador mientras de fondo se oían los sonidos apagados de la nieve cayendo a los pies de los árboles.

—¿Ah, sí?

—¿Un castillo lleno de damiselas buscando esposo? —Wesley fingió sorpresa—. Pues claro. ¿Qué hombre razonable no estaría encantado ante tal perspectiva?

Vitor se rió.

—Ya sé que es probable que esas chicas sean demasiado inocentes para tu gusto, Wes. Pero sus padres son muy ricos. Unas sesiones de juegos nocturnos no te harán daño.

—Claro. ¿Por qué me has invitado, Vitor?

—No fue cosa mía. Papá te invitó y te dijo que había sido yo. Recibí su carta un día antes de salir de Lisboa.

Wesley detuvo su montura.

Vitor prosiguió y dejó que *Ashdod* siguiera al paso que quisiera.

—Tengo entendido que mamá se muere por tener nietos. Puede que tenga la esperanza de que, si te quedas atrapado con un montón de doncellas casaderas, acabes encontrando esposa.

—Papá quiere que nos reconciliemos —dijo Wesley por detrás de él.

Vitor detuvo al rucio y miró por encima del hombro.

—Por si te sirve de algo, me alegro de que papá lo hiciera. Me alegro de verte, Wes.

—Eso espero, después de siete años.

Pero no hacía siete años que había dejado de oír la voz de su hermano, solo cuatro. Sin embargo, Wesley era un tonto arrogante y desconocía que él lo sabía.

—Bueno, no me podía resistir a la invitación. —Wesley contempló aquellos bosques que tan alejados estaban de su moderna sociedad londinense—. En esta época la ciudad es muy aburrida, y mamá es un fastidio. —Le brillaron los ojos—. ¿Por qué no naciste tú primero en lugar de ser yo el primogénito?

—Si aceptas las reglas, el destino es una amante cómoda, Wes.

Destino: la amante que hacía cuatro años lo puso en manos de unos mercenarios que se lo entregaron a los británicos para que lo torturaran.

—Ahora el monje pretende sermonearme sobre amantes. —Wesley se rió—. Y hablando del tema... El príncipe no parece muy contento con las perspectivas matrimoniales. ¿Ha venido obligado?

—Pregúntaselo tú mismo.

Wesley nunca había reconocido en voz alta la relación de Vitor con la realeza portuguesa. Pero sabía que su madre se había acostado con otro hombre y de esa unión había nacido un hijo. El marqués de Airedale, un padre indulgente para sus dos hijos, no se opuso a que él abandonara Inglaterra para irse a vivir a casa del hombre que lo había engendrado. Y la única vez que había regresado a Inglaterra siendo ya un hombre, el marqués lo había recibido con los brazos abiertos.

Vitor comprendía a su hermano mayor. Por mucho que Wesley se preocupara por él, también estaba resentido por el amor que le profesaba su padre. Pero sobre todo le odiaba por culpa de un agravio de hace siete años que, por lo visto, no podía olvidar ni perdonar. Vitor lo sabía porque, durante la guerra, cuando había estado prisionero en su propio país, acusado de traición, había oído la voz invernal de su hermano mayor mientras lo torturaba.

Ravenna paseó los dedos de los pies por la alfombra mientras se acercaba a la puerta del salón; e iba dejando marcas en el estampado. Ahora que el mundo fuera del castillo se había convertido en un torbellino de nieve y viento, no podía evitar a los humanos que se alojaban allí a menos que quisiera quedarse encerrada en su dormitorio. Pero retrasó su salida todo lo que pudo.

Le sonrió al lacayo apostado en la puerta del salón y miró por encima de su hombro.

—¡Por nuestro anfitrión! —exclamó sir Henry, el criador de pura sangres—. ¡Le deseo mucha prosperidad!

—¡Por nuestro anfitrión!

Los invitados levantaron sus copas en dirección al príncipe. Estaba plantado ahí, resplandeciente en medio de la estancia, con un cuello que le llegaba hasta la barbilla y unas solapas enormes. Tenía los ojos rojos, la mirada desorientada y una sonrisa vacilante. Les hizo una reverencia, era evidente que estaba bebido.

El conde de Whitebarrow, un hombre alto y rubio de mirada arrogante y nariz aristocrática, le echó a Ravenna una ojeada rápida y evaluadora. El joven señor Martin Anders se la quedó mirando fijamente por debajo de un flequillo despeinado. Tenía el ojo derecho rojo y rodeado de una sombra, como si le hubieran dado un puñetazo. Su padre, el barón Prunesly y reputado biólogo, la miró por encima de las gafas y frunció el ceño.

Ravenna buscó la delicadeza oscura de mademoiselle Dijon y la encontró sentada junto a su padre, el general. Tenía su perrito acurrucado en el regazo y decorado con los mismos lazos que ella llevaba en el vestido. Por lo menos había una persona en la fiesta que estaba bien acompañada.

El almuerzo había sido un purgatorio de conversaciones banales, taimadas y silenciosas evaluaciones por parte de las mujeres, y peculiares escrutinios por parte de los hombres. Ella estaba se-

gura de que la cena sería más de lo mismo. Y todavía tendría que soportar docenas de comidas más hasta que sir Beverley la dejara marchar de aquella cárcel. Tenía que encontrar alguna actividad, y rápido.

Y, preferiblemente, algo que la mantuviera alejada de los establos.

Sir Beverley había hablado con el jefe de los mozos del príncipe. No había ningún mozo de establo, cochero ni otro sirviente que hubiera venido con alguno de los invitados que encajara con la descripción del hombre que la había inmovilizado en el suelo la noche anterior. Había un pueblecito al otro lado de la fortaleza, pero el mozo dijo que allí vivía muy poca gente y que los conocía bien. Chevriot era propiedad de la familia del príncipe Sebastiao desde hacía un siglo, lo consiguieron después de que algún miembro de su familia se casara con una heredera francesa. Los lugareños eran leales a sus señores, que acostumbraban a estar ausentes, y recelaban de los desconocidos.

De todas formas, cuando salió el sol, Ravenna había cruzado los caminos llenos de nieve que conducían al pueblo y había entrado en las tiendas de todos los artesanos que encontró, lo estaba buscando. Si se enfrentaba a su atacante a la luz del día, en público, el príncipe se vería obligado a tomar medidas contra él. A fin de cuentas, que el mundo la considerara una dama tenía sus ventajas.

Pero no encontró ningún hombre de espaldas anchas y ojos de color añil al que se le hacía un pliegue en la mejilla izquierda cuando sonreía, y que le provocaba un aleteo en el estómago. Regresó al castillo de muy mal humor con la nieve pegada a las medias y los bajos del vestido cubiertos de hielo.

Y aquella fiesta tampoco la estaba ayudando.

Al otro lado del salón, las rubias gemelas Whitebarrow se estaban acercando a la tímida Ann Feathers como si estuvieran pasean-

do con despreocupación. Pero se adivinaban las malas intenciones en sus pálidos ojos azules. A ella se le erizó el vello de la nuca.

La señorita Ann Feathers levantó su agradable mirada del suelo y les hizo una reverencia incómoda a las gemelas. Entonces comenzó la tortura, parecían un par de niñas malcriadas arrancándole las alas a una mariposa. No necesitaba oírlas hablar para imaginar su conversación. La señorita Feathers se sonrojó, abrió mucho los ojos y el champán empezó a bailar en su copa cuando se puso a temblar. Se llevó una mano a los volantes que le adornaban el cuello para tocárselos con timidez, y lady Penelope esbozó una sonrisa dura.

Ravenna rugió por lo bajo. Se separó de la pared y se acercó al trío.

Alguien le tocó el codo y, cuando se volvió, se encontró con los ojos de lady Iona McCall, eran tan azules como el cuerpo de una libélula en verano.

—Señorita Caulfield —dijo en voz baja con un tono musical—. Admiro su valentía. —Echó una rápida ojeada en dirección a las hermanas Whitebarrow, que seguían torturando a la señorita Feathers—. Pero yo intentaría no hacer enfadar a nadie a estas alturas tan tempranas del juego.

Ravenna se rió.

—Bueno, es un alivio saber que hay más personas que son conscientes de que es un juego.

—Sí. Está claro que es una competición. —Los diamantes que adornaban el flamante recogido de lady Iona brillaban a la luz de las velas. Aquella belleza de las Tierras Altas era hija de una duquesa viuda y también heredera, y tenía más posibilidades de ganarse la admiración del príncipe que cualquiera de las demás presentes—. Pero hay otros premios que una dama inteligente podría valorar además de su alteza real —añadió.

Ravenna siguió su mirada divertida hasta el otro lado de la habitación.

Lord Prunesly y su hija Cecilia estaban junto a la chimenea acompañados de otros dos hombres, el conde de Case y otro que les daba la espalda.

—Lord Case es guapo, cierto —comentó ella señalando lo evidente.

—Sí. Pero su hermano es todavía más guapo —dijo Iona con un ronroneo de puro regocijo—. Solo hemos hablado una vez, pero creo que ya podría estar enamorada de él.

—¿Es ese? —La verdad es que tenía buen porte visto desde atrás, las piernas largas, su postura desprendía seguridad y la casaca se ceñía a la perfección a sus hombros anchos—. ¿Acaba de llegar?

—No. Llegó ayer, pero nadie lo había visto hasta ahora. Lord Case ha dicho que se ha pasado todo el día en la ermita de la colina. —Se rió—. ¿Se lo imagina, señorita Caulfield? ¿Un lord inglés que prefiere rezar que divertirse?

El hombre volvió la cabeza hacia Cecilia Anders y Ravenna notó el aleteo de una mariposa en el estómago. Tenía la mandíbula suave y recia, y un pelo casi tan oscuro como el suyo que se descolgaba por su cuello. La señorita Anders se rió de algo que le dijo y él sonrió. Desde el otro lado de la habitación, Ravenna pudo ver el pliegue en su mejilla recién afeitada.

Se calentó de pies a cabeza. Luego se enfrió. Y luego volvió a sentir calor.

«Imposible.»

Entonces él pareció percibir su alarma, miro por encima del hombro y la vio. Y la saludó inclinando la cabeza con aquella pequeña sonrisa todavía en los labios heridos.

—Vaya, señorita Caulfield —dijo lady Iona—, ya tiene un admirador. ¡Muy bien, muchacha!

«No puede ser.» Y, sin embargo, ahí estaba, su labio morado era la prueba definitiva.

¿Era un lord? ¿El hijo de un marqués? ¿El hermano de un conde? ¿Es que no podía tener más mala suerte? Pensaba que le había dado una buena lección a un mozo de cuadra. Pero ahora resultaba que su atacante era de una clase muy superior a la suya. Ya no podía pedir justicia.

Pero podía conseguir que se hiciera justicia en otra parte. Le asintió a lady Iona y prosiguió su camino en busca de la tímida Ann Feathers y las gemelas Whitebarrow. Cuando se acercaba, lady Penelope y lady Grace parecían estar examinando el bolso de la señorita Feathers.

—¿No te parece fantástico, Grace? —preguntó lady Penelope.

—Ya lo creo, Pen. Cuántos abalorios —comentó Grace con una sonrisita.

—Los bolsos y los abanicos con abalorios eran estupendos... —Penelope se posó la mano en la boca y le dijo a su hermana con un susurro perfectamente audible—: el año pasado.

La señorita Feathers tocó los brillantes abalorios cosidos en la tela del bolso.

—Papá me lo compró en la calle Bond en enero.

Lady Penelope la miró con una mueca de lástima.

—Bueno, eso lo explica todo. Las mejores tiendas de la ciudad cierran después de Navidad.

—¿Ah, sí?

Igual que todo lo que la concernía, los ojos de la señorita Feathers eran redondos como las ruedas de un carro.

—Lo dudo. —Ravenna se metió en aquel pequeño círculo que destilaba crueldad y tristeza—. Lo ha dicho para hacerla sentir mal, señorita Feathers. Sus abalorios son muy bonitos. Mucho más que cualquier cosa que yo pueda tener, eso se lo aseguro.

—Vaya, esa es una sugerencia envidiable, ¿no?

Vio un brillo en los ojos entornados de Penelope.

—Querida señorita Caulfield —ronroneó lady Grace—. ¿De dónde ha sacado ese vestido? ¿De la habitación de la doncella?

—La verdad es que sí —dijo con el cuello en llamas.

No era verdad. Pero cuando Petti había chasqueado la lengua al juzgar los vestidos que había elegido para aquel viaje, ella le había dicho que las muselinas delicadas y las sedas no iban con su personalidad, y que acabaría destrozando esas telas tan finas; se sentía mucho más cómoda con lanas resistentes. Sería más ella misma.

—Oh, querida —dijo lady Penelope. Era más sutil que Grace, y paseaba la mirada entre Ravenna y la señorita Feathers—. ¿No es cierto que su madre fue doncella, señorita Feathers?

—Cuando mi padre la conoció era la cocinera de un conde —susurró la señorita Feathers.

—¿Cocinera? Eso lo explica —comentó lady Grace observando la figura rotunda de lady Feathers—. Pero querida señorita Caulfield. —Se volvió hacia Ravenna—. Usted debe de haber pasado toda la temporada de verano en el mar.

—No.

—Y entonces, ¿cómo es posible que su piel haya adquirido ese brillo tan... bonito?

—Puede que le guste pasear, Gracie —terció lady Penelope—. ¿Recuerdas la temporada pasada cuando paseabas cada día por el parque del brazo del vizconde Crowley? Ni siquiera el sombrero y el paraguas consiguieron protegerte del todo del sol.

—No creo que el problema de la señorita Caulfield tenga nada que ver con los paseos del brazo de un vizconde, Pen —objetó lady Grace—. ¿Verdad, señorita Caulfield?

—Supongo que tienes razón, Grace —añadió su hermana—. Pero puede que le guste montar a caballo. A veces eso puede provocar un moreno espantoso. ¿Le gusta montar, señorita Caulfield?

Entonces apareció un lacayo junto a Ravenna con una bandeja de plata en la que había copas llenas de burbujeante vino blanco. Ella no acostumbraba a beber vino. «Tengo que salir de aquí.» Alargó la mano para coger una copa y pidió —con todas sus fuerzas—, que el sol brillara y se fundiera la nieve.

—Permítame.

La voz que había oído entre las sombras la noche anterior, profunda y maravillosamente otoñal y muy alejada del tono de un mozo de cuadra, sonó sobre su hombro. Le quitó la copa medio vacía a la señorita Feathers con la mano en la que tenía la cicatriz, y le dio una copa llena, luego le ofreció otra a Ravenna. Ella se vio obligada a aceptarla, no importaba que él no la hubiera mirado, pero debía de haberla reconocido.

—Buenas noches, milord —lo saludó lady Penelope haciendo una reverencia.

Lady Grace y la señorita Feathers siguieron su ejemplo. Las tres chicas se lo quedaron mirando como si fuera un dios. Ella se quedó inmóvil. Solo le haría una reverencia a un hombre que la había atacado cuando el cerdo de sir Beverly aprendiera a volar.

—Señorita Feathers, dado que usted es la única dama que conozco de este encantador cuarteto —dijo con una sonrisa que dejaba muy claro que sabía que estaba dejando sin aliento a todas las damas de la sala—, ¿sería tan amable de presentarnos?

La señorita Feathers obedeció. Las gemelas le hicieron otra reverencia, más pronunciada esta vez. Lord Vitor Courtenay, el segundo hijo del marqués de Airedale, se inclinó.

—¿Qué le ha pasado en el labio? —le preguntó Ravenna—. Parece doloroso.

La señorita Feathers se llevó los dedos a la boca.

—Le agradezco su preocupación, señorita Caulfield. —Tenía los ojos de un azul muy oscuro, y seguían rodeados por las pestañas

más largas que ella había visto en ningún hombre. Era una combinación perfecta de atractivo, virilidad, seguridad y arrogancia. No le extrañaba que aquellas tontas se lo quedaran mirando embobadas—. Me mordieron —dijo.

—Oh, cielos —exclamó lady Penelope haciendo un puchero—. Eso debió de ser terrible.

—No tanto. Ya me había mordido algún gato. —Esbozó media sonrisa—. Pero este —dijo volviendo su oscura y divertida mirada hacia Ravenna—, era encantador.

—¿Y qué me dice del moretón de la frente? —le preguntó ella—. ¿Eso también se lo hizo el gato?

—Me caí del caballo —dijo esbozando una lenta sonrisa mientras le miraba los labios—. Y al caerme también me hice daño en la pierna.

Era absolutamente impertinente y muy atractivo, uno de esos nobles consentidos de los que tanto había oído hablar a Petti, la clase de hombre que se comportaba de forma irresponsable y que esperaba no tener que responder nunca por ello. Ravenna supuso que sería igual que el príncipe.

—Vaya, qué lastima —dijo—. El hecho de que haya sido maltratado por un gato y después por un caballo, no dice mucho de su buena relación con los animales, ¿no? Quizá sea mejor que no se acerque mucho a ellos.

—En realidad, eso refuerza mi determinación de hacer todo lo contrario. ¿Qué clase de hombre sería si huyera de los desafíos?

Un escalofrío de pánico se mezcló con aquel extraño calor que sentía y se coló en su interior. Había algo en esa sonrisa... ¿Cómo podía ser que su boca le resultara tan familiar?

«Porque cuando me inmobilizó contra la paja, se la miré.»

No, no lo había hecho.

«Sí, se la miré.» Pero por miedo, claro.

Fuera por miedo o no, tenía una boca perfecta, tanto cuando estaba en reposo como cuando sonreía, y a pesar de aquella herida violeta. Y él lo sabía.

—Milord —dijo lady Penelope con dulzura—. No debe culpar a la señorita Caulfield por desconocer el comportamiento masculino. Su padre es sacerdote en un pueblo. No es de extrañar que no sepa nada sobre la determinación de un noble.

Hasta el aliento que escapaba por entre sus labios era condescendiente.

—Pero debe usted saber que la iglesia es la más noble de las profesiones, milady —contestó lord Vitor, y cogió dos copas más de la bandeja del lacayo. Le ofreció una a lady Penelope—. Señorita Caulfield, qué admirable guía moral ha debido de disfrutar durante su impresionable juventud...

El lacayo se inclinó hacia delante de repente, la bandeja se tambaleó, y la última copa de champán se volcó sobre lady Grace.

Jadeó. El lacayo cogió la copa. Lord Vitor le cogió la bandeja y la dejó encima de una mesa. Ravenna se quedó mirando la escena fijamente, pero no a lady Grace. El pliegue de la mejilla de lord Vitor se había intensificado.

Lady Grace miró al lacayo con furia.

—Maldito...

—Me temo, milady —terció Vitor—, que la culpa no es de este pobre hombre, sino mía.

—*Mais*... monseigneur... —balbució el lacayo.

—No, no, buen hombre. No pienso dejar que cargue con la culpa. Esta maldita herida de la pierna me ha provocado un espasmo. Le he dado una patada, lamento mucho haberlo hecho tropezar. —Se volvió hacia lady Grace e inclinó la cabeza—. Estoy devastado, milady. ¿Podrá perdonarme?

La joven separó los labios y después de un momento de silencio dijo:

—Pues claro, milord.

Entonces apareció lady Whitebarrow y se colocó entre Ravenna y la señorita Feathers.

—Querida Grace, ¿qué ha pasado? —preguntó con serenidad—. Ven. Retrasarán la cena para que puedas cambiarte. No te preocupes. Le pediremos a su alteza que despida a este lacayo inmediatamente.

Lady Penelope posó la mano sobre la de su madre.

—Eso no será necesario, mamá. Grace estará bien en cuanto se cambie de vestido. —Miró a Ravenna y el color azul de sus ojos pálidos se tornó duro como el diamante—. No es culpa de nadie.

Ravenna le devolvió la mirada. Puede que la inocente Ann Feathers no hubiera entendido lo que había pasado, pero lady Penelope lo comprendía perfectamente. Había sido el noble quien había cargado con las culpas, pero sería Ravenna quien lo pagaría.

Sin embargo, aquella vez no había ningún pájaro, ni crías, no podían utilizar nada para hacerle daño. Estaba sola y, aún así, era perfectamente capaz de defenderse, incluso de un atacante oculto entre las sombras. Podía enfrentarse a dos memas caprichosas y vengativas. Incluso podía conseguir que se hiciera justicia con un lord arrogante.

# 4

## *El caballero*

Vitor ya había llegado al rellano de la escalera que conducía a los dormitorios superiores cuando oyó los pasos que lo seguían, ligeros y demasiado rápidos para ser los de una dama. Empezó a dar zancadas más largas y ella aceleró el paso.

—¡Espera! —le gritó.

No podría eludirla. Posó la mano en la barandilla, se detuvo en el último escalón y se volvió reprimiendo la mueca que le provocó el dolor que sentía en la pierna. Ella subió hecha una fiera.

—Señorita Caulfield.

Fue lo único que se le ocurrió decir. Le pasó lo mismo que en las caballerizas, y también en el salón, sintió una necesidad urgente de cogerla de la cintura y besarla. Era un impulso instintivo, animal y completamente innoble que se debía, sin ninguna duda, a los dos años que había pasado de celibato forzoso. Lo dejaba sin palabras.

La joven se detuvo junto a él en el escalón.

—¿Y bien?

Ella lo miró con las mejillas ligeramente sonrosadas y los ojos tan brillantes como estrellas de medianoche. Aquella chica no coqueteaba, no se advertían en ella las reservas propias de las señoritas de su edad ni ademanes superficiales, sino más bien una indignación completamente justificada que la hacía parecer sorprendentemente guapa.

—¿Y bien? —repitió ella.

Él se esforzó por decir algo.

—Me sorprende su elocuencia, señorita Caulfield, por sugerir que quizá está usted tan cansada como yo al final de este largo día, después de haber pasado una noche bastante incómoda, aunque puede que usted no haya pasado tan mala noche como yo. —Se permitió esbozar una pequeña sonrisa—. Le aconsejo que se vaya a su dormitorio para disfrutar de un sueño reparador, tal como pretendo hacer yo.

—¡Oh! —exclamó ella con alegría—. ¡Qué ingenioso! Me he quedado anonadada.

La joven le examinó la casaca, el chaleco, los pantalones y las botas —lo miro de arriba abajo—, y su mirada transformó la tensión que notaba en el abdomen en una presión intensa. Luego subió el último escalón y se detuvo en el rellano. Sus ojos brillantes estaban directamente delante de los suyos. Y eso no era bueno.

—Me tiraste al suelo y luego me besaste —dijo.

—Y tú me golpeaste con una puerta, luego con una horca y después me mordiste. Por lo visto los dos somos terriblemente *outrés*.

—Es posible —accedió ella frunciendo unos labios suaves y generosos del color de una puesta de sol sobre el Mediterráneo—. Pero tú te lo merecías.

—No sé lo que me pasó.

Celibato. Dos años de celibato. Y esos labios suculentos. Esos labios morenos y tentadores a escasos centímetros de los suyos. Y un cuerpo suave y redondeado, también debajo de él. Esa noche sus curvas estaban ocultas bajo otro vestido de tela sencilla con aspecto de pertenecer a una chica del servicio y, aún así, no podía quitarle los ojos de encima. No sabía qué pecado había cometido para merecer ese tormento, pero fuera el que fuese, estaba dispuesto a rezar mil novenas para no tener que volver a hablar con ella en privado nunca más.

Ravenna se puso las manos en las caderas, gesto que enfatizó sus exquisitas curvas. No importaba que llevara un vestido sencillo y estuviera despeinada, lo estaba dejando sin aliento.

—Me besaste porque pensaste que era una sirvienta, cosa que es despreciable.

—Te besé porque me pareciste suave y torneada, y estabas debajo de mí, cosa que es bastante razonable.

—No fui yo quien se puso ahí.

—Y yo no esperaba ser atacado por una gata rabiosa en la oscuridad. Fue un error. Buenas noches, señorita Caulfield.

Siguió caminando por el rellano y continuó por la larga galería de techos altos que su abuelo biológico había construido para exponer la vasta colección familiar de armaduras medievales. A ambos lados del pasillo se podían observar los atuendos de acero que habían lucido sus antepasados, algunas armaduras eran sencillas carcasas de metal, pero otras estaban decoradas con relieves muy elaborados.

—¿Eso es todo? —Ella le siguió—. Supongo que piensas que las personas de tu clase no deben disculparse.

En realidad estaba pensando en volver a ponerla debajo de él, en lo bien que le había hecho sentir y en lo mucho que le gustaría volver a experimentar esa sensación. Se detuvo.

—Señora, le ofrezco mis más sinceras disculpas. No volverá a ocurrir. —Entonces sus pies parecieron moverse por voluntad propia y se acercó a ella—. A menos que tú lo desees.

Ella retrocedió.

—No será en esta vida.

Pero había un brillo receloso en sus ojos.

Bien. No quería asustarla. Pero podía convenirle que ella recelara. Y, sin embargo, no se deshacía de esa poderosa necesidad de estar cerca de ella. Claro que no. Después de dos largos años, necesitaba

una mujer. Aunque no debía buscarla entre las potenciales esposas de su hermano.

—Supongo que será una ventaja para mí —dijo.

Ella frunció el ceño.

—¿Ah, sí?

—Manejas muy bien la horca.

—También sé utilizar la azada.

Esbozó una sonrisa. Era una sonrisa reticente que parecía suplicar el contacto de unos labios que la hicieran crecer.

«Oh, no.»

—No me cabe ninguna duda —respondió él retrocediendo—. Te mantendré informada si en algún momento quiero acabar con mi vida. Le dio la espalda a aquella tentación y empezó a caminar de nuevo por el pasillo. Pero... tenía que saberlo. La miró por encima del hombro—. ¿Cómo sabías lo que significaba *colhões*?

—Me lo imaginé.

—¿Te lo imaginaste?

—Paso mucho tiempo con mozos de cuadra y granjeros. Bueno, ¿qué hay de la otra disculpa que me debes?

Cuando la miró, deseó tener una lista de pecados por los que disculparse. La noche anterior, si hubiera estado en sus cabales, quizá no le hubiera devuelto el golpe. Podría haberla seducido despacio, con cuidado, y lo habría conseguido. Podría haberla tentado y haber conseguido que ella lo tocara voluntariamente. Y luego, en la oscuridad, podría haber explorado esas caderas y esa cintura con las manos, subir hasta sus pechos, llenos, jóvenes y del tamaño ideal para las manos de un hombre, le habría separado las piernas y...

«No.»

Negó con la cabeza.

—No te hice nada más.

«Cosa que fue un gran error.»

—No me refiero a eso. ¿Qué me dices de lo de lady Grace cuando estábamos en el salón?

Ah. El rescate del champán. Algunas gatitas como las hijas de Whitebarrow merecían que les dieran una dosis de humildad de vez en cuando. Era bueno para sus almas.

—No me des las gracias. —Le hizo un gesto con la mano para que lo olvidara—. No ha sido nada.

—Lo empeoraste.

—¿Qué?

—Como he presenciado la humillación de lady Grace, ahora están enfadadas conmigo.

—Pero dejaron de insultarte, ¿no?

Ella frunció el ceño con gesto obstinado.

—Puedo defenderme sola.

—Es evidente que lo estabas haciendo muy bien.

Ravenna se quedó mirando fijamente sus ojos del color de la medianoche y no le gustó advertir la diversión y la calidez que brillaba en ellos. Aquel atractivo y viril noble no podía saber lo mucho que tenía que esforzarse para no decirles a chicas como Penelope y Grace lo que pensaba de ellas. Ese hombre, que la miraba ahí plantado con un zafiro en su pulcra corbata blanca almidonada y su sangre aristocrática, era incapaz de comprender nada importante. Pero no sabía qué decir. El provocativo pliegue que se le formaba en la mejilla izquierda la confundía tanto como haber sentido esas caderas sobre su cuerpo.

—Mm, mmm —murmuró observándola con sus intensos ojos del color de la medianoche—. Eso pensaba. Buenas noches, señorita Caulfield. Espero que sueñe con su venganza.

Le hizo una reverencia y se marchó con el paso un poco inestable. Cojeaba un poco de la pierna izquierda, la que ella le había golpeado con la horca.

Entonces sintió una punzada de culpabilidad y confusión en el vientre.

—No pienso soñar contigo, ni siquiera por venganza —le dijo a su espalda.

Él la miró sonriendo por encima del hombro y ella se quedó sin aliento. Aunque por un momento la sonrisa de lord Vitor parecía apesadumbrada.

—Me refería a la venganza contra lady Penelope y Grace —le dijo.

Entonces notó algo muy raro en la cara. Se tocó la mejilla. Estaba caliente. «¿Caliente?»

Él se dio media vuelta y regresó muy despacio. Ya no sonreía. Se detuvo justo delante de ella y se volvió a inclinar, en esta ocasión con seriedad.

—Señorita Caulfield, te ruego que me perdones. —Hablaba en voz baja y sus ojos parecían buscar los suyos—. La verdad es que no pretendía hacerte daño. Mi comportamiento ha sido imperdonable, no debería haberte asaltado, ni provocado, ni rescatado, ni provocado de nuevo. ¿Me vas a perdonar o esos ojos brillantes como estrellas seguirán mirándome de forma acusadora durante el resto de las semanas que se alargue esta reunión?

«¿Ojos brillantes como estrellas?» Ravenna se alegraba de no tener costumbre de relacionarse con lores. Sus cumplidos ensayados sonaban completamente huecos.

—Sigues provocándome. Y me estás pidiendo perdón con las mismas palabras con que has pedido el de lady Grace.

—Pero en este caso soy totalmente sincero.

—No suelo perdonar a nadie.

—Quizá esta vez puedas hacer una excepción.

—No sé por qué debería hacerlo.

—No olvides mis heridas. —El pliegue se volvió a acentuar—. Puede que ya haya recibido suficiente castigo.

Ella intentó reprimir una sonrisa.

—No pienso disculparme por eso.

—Nunca he esperado que lo hicieras. ¿Crees que podemos olvidarnos de ese desafortunado episodio y fingir que somos dos personas que se han conocido al derramarse una copa de champán?

—¿Y por qué íbamos a fingir tal cosa?

—Si no elegimos ese momento, tendremos que recurrir a lo de la horca.

Ravenna vio un brillo en sus ojos oscuros.

—Está bien. Pero no vuelvas a hacerlo.

—¿Besarte en el establo o defenderte de las gatas salvajes?

Volvió a notar que se sonrojaba.

—Ninguna de las dos cosas.

—Me parece que puedo prometértelo. —Se inclinó de nuevo—. Buenas noches, señora.

Se marchó.

Ravenna se quedó mirando su espalda, pero le seguían ardiendo las mejillas. Clavó los ojos en el suelo. Allí no encontraría nada que la hiciera sentir especialmente acalorada o inestable como le ocurría cuando miraba sus hombros, su pelo oscuro o sus musculosas y largas piernas.

Cuando bajó la vista, vio que una gota de líquido oscuro empezaba a brotar de la punta del dedo de una armadura. Se agachó y observó el goteo. No era negro, pero era de un tono carmesí muy oscuro y estaba coagulado. Sangre. No había duda de que era sangre. Demasiada para que pudiera pertenecer a algún ratón que se hubiera quedado atrapado en el pie de la armadura, o incluso un gato. Inspiró hondo. El olor que percibió era tan punzante como el de un animal muerto y, sin embargo, le resultaba desconocido, desprendía un extraño olor a cebolla. Se le erizó el vello de la nuca.

Se puso de pie y se quedó mirando la visera de la armadura. El acero parecía impenetrable. Tenía una minúscula abertura por encima de los ojos que, en ese momento, estaba envuelta en sombras. Era uno de esos cascos viejos que llevaban los caballeros de la antigüedad. Ravenna no comprendía cómo podían ver algo. Alzó la mano y levantó la visera.

Se tambaleó hacia atrás. La visera se cerró con un chasquido. Pero había visto lo suficiente como para que la empapara un sudor frío.

—¿Te interesa el armamento medieval, señorita Caulfield? —La voz de lord Vitor resonó desde el lado opuesto de la galería—. Y yo que pensaba que preferías las herramientas del campo.

—Hay un hombre muerto dentro de esta armadura.

Él se acercó a ella a toda prisa sin que se notara en su paso señal alguna de la herida que le había hecho cojear hacía solo un momento.

—He visto la sangre en el suelo saliendo del pie —le explicó cuando se detuvo a su lado.

Levantó la visera, luego la bajó y la miró. Sus ojos de color zafiro ya no eran cálidos ni derrochaban diversión.

—Le suplico que se marche, señorita Caulfield —le dijo.

—No.

—Vete.

—¿Por qué?

—Vete. Una dama no debería ver estas cosas.

—Yo no soy ninguna dama. Y no es la primera vez que veo un cadáver.

Se le hizo un nudo en el estómago. *Bestia* era el más reciente. Lo había tendido sobre su manta preferida, lo había envuelto en la lana y luego había derramado muchas lágrimas sobre la tierra.

—Vete.

—Me pregunto quién será. Ese diente de oro no es barato, así que está claro que no es un sirviente.

—Era un hombre con más vanidad que dinero.

Ravenna apartó la vista del cadáver, miró al noble que tenía al lado y se le encogió el estómago. Estaba tan lleno de vida. Le resultó muy extraño pensar en eso: en la vitalidad de un hombre. Nunca lo había pensado, y se le había ocurrido en ese momento, ante la realidad de la muerte. Pero lord Vitor Courtenay desprendía una profunda vitalidad muy cálida que brillaba en sus ojos y se advertía en la relajada seguridad que transmitía su postura.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Se llama Oliver Walsh. Hace muchos años que lo conozco, pero no sabía que lo habían invitado.

—Oh. Lo siento. —Volvió a mirar la armadura—. Supongo que se ha quedado atrapado y se ha asfixiado, aunque es evidente que eso no explica la sangre. Deberíamos...

Lord Vitor la agarró del brazo.

—Señorita Caulfield, ¿me harías el favor de retirarte? Le pediré al ama de llaves que se ocupe de cualquier cosa que necesites.

Ella se soltó.

—No necesito nada. Ya te he dicho que...

—Mujer, haz lo que te digo —rugió.

—Ah, volvemos a la actitud del establo, ¿no?

Él apretó los dientes.

—Señorita Caulfield...

—Tú no piensas que se haya asfixiado. Crees que lo han asesinado y luego lo han metido en esta armadura.

Él negó con la cabeza.

—Eres la dama más rara que he conocido en mi vida.

—Ya te he dicho que no soy ninguna dama. Déjame ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Te ayudaré a quitarle la armadura y lo examinaré.

—No.

—Tengo mucha experiencia, tanto con animales como con humanos.

—Con humanos vivos, imagino.

—Normalmente sí, pero no siempre. Hace tres meses resolví la misteriosa muerte del carnicero de mi pueblo.

Él parpadeó. Dos veces.

—¿Ah, sí?

—Lo envenenaron con sosa cáustica. Se la pusieron en la carne que se había comido.

Lord Vitor se frotó la mandíbula con la mano y negó con la cabeza.

—Señorita Caulfield, esto no es...

—Lo siento. Ya sé que el señor Walsh era amigo tuyo, pero...

—No era mi amigo.

—No sabes por qué está en la fiesta del príncipe, pero ya me he dado cuenta de que sospechas algo. ¿Qué es?

—No vas a transigir hasta que no te salgas con la tuya, ¿verdad?

—No.

—Entonces vete a buscar al *majordome*, por favor. Dile que traiga a los dos lacayos más fuertes que haya en la casa. Y no se lo cuentes a nadie más.

Ravenna sintió un hormigueo en la barriga.

—¿Seguro que no desaparecerás con él mientras no estoy y luego fingirás no saber de qué estoy hablando cuando te lo pregunte?

Él frunció su atractivo ceño.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Porque pareces reservado.

—Lo que hay es lo que ves, señorita Caulfield.

Ella no le creyó. La silenciosa distancia que se adivinaba en sus ojos explicaba una historia completamente distinta.

—Iré a buscarlo —dijo ella, y se marchó con ese cosquilleo, vivo, en la barriga.

Mientras sendos lacayos bloqueaban el paso a ambos extremos de la galería, le quitaron la armadura al señor Walsh. El reloj que descansaba en la repisa de la chimenea del salón menos utilizado del castillo tocó las dos justo cuando lord Vitor se despedía de los lacayos y cerraba la puerta. Los sirvientes les habían traído candiles. Ravenna observó cómo él los disponía alrededor del cuerpo que estaba tumbado sobre la mesa.

—¿No eres un invitado de la fiesta?

Lord Vitor le desabrochó la corbata al señor Walsh.

—Igual que tú.

—No exactamente. Tú perteneces a esta sociedad, mientras que yo estoy aquí por accidente.

—¿Por accidente?

—Hasta hace muy poco mi hermana era institutriz. Pero ahora es duquesa y quiere que me case con un príncipe. Sir Beverley y el señor Pettigrew conocen a toda la alta sociedad de Europa y de Inglaterra, y les pareció que sería divertido presentarme a uno y ver qué pasaba.

Él levantó un momento la vista por debajo de la cascada de pelo negro que caía sobre sus ojos y luego se volvió a concentrar en el cadáver.

—Si eres un invitado —dijo cuando vio que él no contestaba—, ¿por qué el mayordomo ha hecho todo lo que le has pedido?

—Los sirvientes de la familia real me conocen bien. No es la primera vez que vengo a Chevriot.

—¿Cómo es que el príncipe no viaja con un médico?

—Lo hacía. Pero cuando desembarcó en Bordeaux metió a su médico junto a dos de sus mejores consejeros en un carruaje, y los mandó a Nantes para que disfrutaran de unas vacaciones.

Ella se rió.

—¿Por qué?

—Sospecho que se debió a que su padre quería que se ocuparan de él mientras estaba aquí.

—¿Es que no están de acuerdo con el licencioso estilo de vida del príncipe?

—A veces.

Se metió la mano en el bolsillo del pecho de la casaca y sacó un objeto plano de metal. Ella observó mientras lo abría: se convirtió en una cuchilla, luego cortó la casaca del señor Walsh con eficiencia. A continuación le quitó las botas.

Era evidente que lo habían apuñalado. Tenía una mancha de sangre en la camisa a la altura de la cintura que se extendía por los pantalones, pero estaba más concentrada en la zona de la entrepierna.

Lord Vitor sacó la camisa ensangrentada de los pantalones.

—Date la vuelta, señorita Caulfield.

—No es el primero que veo.

Apareció el pliegue de su mejilla.

—Supongo que te referirás a los de los toros y los carneros.

Por mucha curiosidad que tuviera de ver, por fin, el instrumento y los testículos de un hombre, no podía mentir. Ella había curado las partes masculinas de muchos animales y había asistido a muchas castraciones. Pero a pesar de que durante los últimos años había empezado a tratar las enfermedades de la gente, nunca había atendido los problemas íntimos de los hombres. La mayoría de las veces visitaba a mujeres y, cuando se trataba de hombres, solo lo hacía cuando no podían disponer del doctor Snow lo bastante rápido o cuando se trataba de alguna dolencia menor, una herida sin mucha importancia, un hueso roto o fiebre.

—Sí —contestó—. Pero estoy perfectamente cómoda con la situación. —Hizo un gesto señalando las partes íntimas del cadáver—. Si los dos examinamos la herida, sacaremos conclusiones más concisas.

—Puede que tú estés cómoda con este examen —dijo mirándola con los ojos entornados—, pero me parece que yo no estoy preparado para presenciar lo cómoda que estás con esta situación.

—Teniendo en cuenta que eres el mismo hombre que me encontré en el establo ayer por la noche, no me creo ni una sola palabra.

En el rostro de lord Vitor no se reflejó inquietud ni diversión, sino una evidente incomodidad.

Ella se volvió y examinó la ropa del señor Walsh. Era de muy buena calidad y le iba como un guante. Se trataba de un hombre joven y tenía un buen cuerpo, la frente alta y una buena nariz que le daban un aire caballeresco. Ya hacía un buen rato que a ella se le había entumecido la nariz, y también los dedos de los pies y de las manos. Pero lord Vitor les había pedido a los lacayos que trasladaran el cadáver hasta aquella estancia fría para conservarlo en buen estado durante el máximo tiempo posible.

La ropa del muerto no tenía mucho interés, no encontraron nada que contradijera que el diente de oro del señor Walsh era una prueba irrefutable de su riqueza. Entre las posesiones que llevaba encima había una caja de rapé cuya insignia se había borrado del uso, un pañuelo andrajoso, una funda de cuchillo vieja, y un clip para sostener billetes con un único billete de una libra.

—Si la intención del asesino era robarle —comentó Ravenna—, le habría arrancado el diente. Es lo más valioso que lleva encima.

—Puede que llevara otros objetos de valor en las maletas.

Ella observó la funda vacía.

—La cuchilla que encaja en esta funda mide, por lo menos, quince centímetros. Es lo bastante larga como para infligir una buena herida.

Su compañero no contestó.

Dentro del bolsillo del chaleco del señor Walsh encontraron un trozo de papel. Ravenna lo desdobló y se detuvo.

—¿Ya me puedo dar la vuelta?

—Sí.

Los calzones del señor Walsh estaban hechos un ovillo y aguardaban junto al cadáver sobre la mesa. La camisa ensangrentada le cubría la entrepierna. Tenía las piernas pálidas y peludas hasta los pies desnudos.

—¿Lo leo en voz alta? —preguntó.

Lord Vitor le tendió la mano. Ella le entregó el papel y lo observó mientras leía: intentaba no pensar que la mano con la que sostenía el papel había estado pegada a su cara. No podía recordar cuándo había sido la última vez que la había tocado algún hombre, a excepción de Petti, claro, que era propenso a demostrar su afecto con palmadas cariñosas.

—¿Qué pone?

Le devolvió la nota.

—Ven a mi habitación a las diez en punto —leyó en voz alta—. No está firmada. Supongo que a los asesinos no les gusta firmar con su nombre.

—No es lo más habitual —admitió.

—¿Ah, sí? ¿Sabes mucho sobre asesinos?

Él se limpió las manos con un trapo y extendió una sábana sobre el cuerpo del señor Walsh, que ocultó la mueca de horror del difunto.

—Sé que hay un asesino entre nosotros.

—La sangre de la ropa está húmeda por dentro, pero empieza a secarse por las esquinas. La sangre del suelo apenas estaba seca cuando la descubrí, y el cuerpo todavía no estaba a temperatura ambiente. Creo que murió como una hora antes de que lo descu-

briéramos, como a las once y veinte o así. Teniendo en cuenta la nieve que está cayendo, no puede haberlo hecho alguien que esté muy lejos. Me pregunto si asistiría a su cita de las diez en punto. ¿Estás seguro de que es un asesinato?

—Bastante —respondió con tristeza—. No hay muchos hombres que decidan castrarse.

Ravenna no pudo reprimir su sorpresa.

Él asintió.

Ella recuperó la compostura.

—Lo han hecho en plena tormenta de nieve y sin posibilidad de escapatoria... Le han apuñalado en la entrepierna... —Se le aceleró el pulso—. Ha sido un crimen pasional.

—Es posible. Aunque la dificultad y el detalle del procedimiento sugieren que podría haber muerto antes de la castración.

—No te voy a preguntar cómo puedes afirmar tal cosa con tanta seguridad —murmuró ella—. Supongo que es lógico, a menos que hubiera más de un asesino y alguien lo inmovilizara.

—Los crímenes pasionales no se suelen perpetrar por más de un asesino —dijo—. Y hay otro detalle relacionado con esta herida que me da qué pensar.

—La gran cantidad de sangre.

La miró con detenimiento.

—Sí.

—La castración, incluso cuando se hace amputando el miembro viril, no conlleva una perdida de sangre tan grande.

—Supongo que no —dijo él—. El asesino ha debido de clavar el arma más profundamente con toda la intención.

—Está claro que ha alcanzado la arteria ilíaca. Entonces el dilema que debemos resolver es cómo habrá conseguido inmovilizar al señor Walsh para poder hacerlo. ¿Con veneno? ¿O quizá por asfixia como pensé al principio? —Se acercó a él, que aguardaba a la cabeza

de la mesa, se inclinó sobre la cara cerúlea del cadáver, e inspiró hondo—. No tiene la lengua hinchada ni la cara tan azul como la de la mujer del médico, que se atragantó con un fruto seco del pudín de Navidad y murió en cuestión de segundos.

Él la miró con curiosidad.

—¿Pudín?

—Yo tampoco lo entiendo. Tampoco he advertido que le huela la boca a podrido.

—Yo tampoco. —Asintió—. Bueno, señorita Caulfield, espero que su curiosidad ya esté satisfecha.

—Al contrario. Esto acaba de empezar.

—Me lo temía. —Se acercó a la puerta—. Permíteme que te acompañe a tus aposentos.

Ravenna se acercó a él. Le sacaba casi una cabeza; no tenía ninguna duda de que nunca había estado tan cerca de un hombre tan guapo, con su camisa de lino y su chaleco de seda brocada. La sombra de las patillas de la noche anterior —esa aspereza con la que le había rozado la barbilla—, había desaparecido; tenía las mejillas suaves, los pómulos marcados y la mandíbula recia.

—Pareces muy cómodo con la situación.

—Yo he estado en la guerra, señorita Caulfield. Ya no hay muchas cosas que puedan incomodarme.

Pero eso no era del todo cierto. Ahora no parecía tan cómodo como cuando la miraba hacía un rato.

—Como has visto, tengo conocimientos que podrían ayudarte a encontrar al asesino —le dijo.

—¿Qué te ha sugerido que tengo alguna intención de perseguir esa meta?

—Es evidente, si no, no les habrías pedido a los sirvientes que lo trajeran aquí, ni les habrías dicho que lo mantuvieran en secreto.

—No los he sobornado.

—Deberías. Yo lo habría hecho. Cuando se lo digas al príncipe, supongo que le pedirá a los agentes de la ley locales que investiguen el caso. Cuando lleguen, quiero que me dejes ayudar.

—Mi buena conciencia no me permitiría hacerlo.

—Pues deja que lo decida tu mala conciencia.

—Señorita Caulfield...

—Tienes que dejarme ayudar.

—Pero no lo haré por muchas ganas que tenga de complacerte.

—Tú no quieres complacerme, quieres boicotearme.

—Tienes razón. Por lo menos en eso. —Le clavó los ojos en los hombros, bajó la mirada por sus brazos, con los que ella se rodeaba la cintura, y pasó por encima de sus pechos como si no estuvieran allí—. Tienes los labios azules. Debes retirarte a tu dormitorio y entrar en calor. Le pediré a monsieur Brazil que te envíe una doncella para que te encienda otra vez el fuego.

—¿No te preocupa que el asesino se dé cuenta de que hemos encontrado el cuerpo, se entere de que yo lo sé, y venga a buscarme?

Él volvió a apretar los dientes, pero Ravenna no sabía si era fruto del humor o del enfado.

—Sí.

—Si te quedas cerca de mí, no se podrá acercar tan fácilmente.

—Interesante elección de palabras procedente de una mujer que no hace ni dos horas prometió que no se volvería a acercar a mí en esta vida.

—Solo para encontrar al asesino —dijo con la boca repentinamente seca—. Por supuesto.

—Ah. —Una diminuta sonrisa asomó a la comisura de sus labios y apareció de nuevo el pliegue en su mejilla—. Por supuesto.

—¿Qué sabes en realidad sobre el señor Walsh? —preguntó Ravenna.

—Durante un tiempo fue secretario de un hombre de un estatus y riqueza considerable. Después de eso luchó contra España en el

ejército de Napoleón. Tenía unos treinta y cinco años. Y le gustaba jugar a los dados.

—¿Y por eso sospechas de los motivos que podía tener para asistir a la fiesta del príncipe?

—Podría tener otros motivos. Supongo que un hombre como él tiene tan poco derecho a estar en el castillo de un príncipe como yo. Pero no importa. Tengo argumentos suficientes para que la policía aprecie mi colaboración en este caso.

—¿Acaso eres experta en muertes relacionadas con armaduras medievales?

—Soy mujer.

Lord Vitor se quedó de piedra. Volvió a bajar la vista, pero en esa ocasión, en lugar de pasar la vista por encima de sus pechos, se regodeó mirándolos.

—Tengo que admitir que no entiendo por qué eso te convierte en una experta investigadora de asesinatos.

La miró a los ojos. Eran muy oscuros, pero tenía la mirada un poco borrosa. La noche anterior la había mirado de la misma forma cuando estaba excitado encima de ella.

—Yo puedo hablar con las mujeres que se alojan en el castillo de una forma que, me parece, que no está a su alcance. Puedo entablar conversaciones, como si tuviera intención de chismorrear, y animarlas a facilitarme información que pueda ayudar a descubrir por qué han asesinado a ese hombre y lo han metido en una armadura.

El mayordomo de Chevriot apareció en la puerta. Ravenna se acercó a él.

—Monsieur Brazil, ¿tiene usted esposa o alguna hija mayor?

—Una hija, mademoiselle.

—¿Y cómo se llama?

—Clarice, mademoiselle.

—Si yo quisiera hablar con Clarice sobre un asunto privado, ¿cree que compartiría más información conmigo o con un hombre?

—Ah, mademoiselle, yo no...

—Pues claro que sí. —Se volvió hacia lord Vitor—. Y, además, yo puedo tachar, ahora mismo, a casi dos docenas de personas de la lista de sospechosos.

—¿Ah, sí?

—No me crees. Monsieur Brazil, ¿dónde estaba el personal del castillo y los sirvientes de los invitados antes, durante e inmediatamente después de la cena?

—A excepción del cocinero, las doncellas de la cocina y los lacayos que han servido la cena, estaban todos en el comedor del servicio, cenando y poniéndose al día sobre los procedimientos del castillo.

Lord Vitor se volvió hacia el mayordomo.

—¿Podría proporcionarme una lista detallada de las personas que abandonaron el comedor del servicio durante ese tiempo?

—*Oui, monseigneur.*

—Pues hágalo ahora mismo, por escrito, y también quiero una lista de todos los sirvientes que permanecieron en el comedor del servicio durante ese tiempo, y escriba el nombre de los invitados junto al nombre de sus sirvientes. Tráigamela en cuanto acabe.

—*Oui, monseigneur.*

El mayordomo se inclinó y se marchó a toda prisa. La luz de la vela que llevaba se reflejó en el ribete plateado de su casaca cuando dobló la esquina.

—¿Cómo se te ha ocurrido preguntarle eso? —quiso saber lord Vitor.

—Llevo seis años sirviendo en casa de un señor a quien le encanta celebrar fiestas.

—Y ahora eres una dama en un castillo en busca de un novio principesco.

En absoluto, le daba igual lo que dijera su hermana.

—Pienso investigar este asesinato tanto si tú y la policía local me dejáis como si no.

Lord Vitor la miró con tal relajación que Ravenna inspiró hondo: esa mirada la confundía.

—Por lo visto me tienes entre la espada y la pared —dijo al fin.

—Exacto.

—En cuanto tenga una sola duda sobre tu seguridad, te mandaré al pueblo.

—Tú no me mandarás a ninguna parte. No tienes ningún derecho sobre mí. Puede que no sea una dama de verdad, pero soy una invitada del príncipe...

—Que hará lo que yo le aconseje.

Parecía completamente seguro de sí mismo.

Entonces Ravenna sospechó.

—¿Quién dice que el asesino no eres tú y ahora que sabes todo lo que sé me matarás a mí también?

—Eso solo puedo afirmarlo yo.

Ella miró hacia la oscuridad por la que había desaparecido el mayordomo, y luego miró a aquel hombre oscuro que la había inmovilizado con tanta facilidad en el establo la noche anterior.

—Y ahora es cuando sacas la daga llena de sangre, ¿no?

—¿Y por qué no lo he hecho antes de que monsieur Brazil supiera que estabas involucrada?

—No hay ninguna duda de que se te acaba de ocurrir ahora.

—Por lo visto tengo muy poca vista.

—Eso parece.

—¿Señorita Caulfield?

—¿No eres el asesino?

—Vete a la cama. —Le cogió los dedos y se los colocó sobre el asa del candil. Tardó un segundo en retirar la mano. La suya, grande y fuerte, envolvió la de Ravenna, y ella pensó que ningún hombre capaz de asesinar a otro podía ser dueño de unas caricias tan cálidas y suaves. Entonces la soltó—. El príncipe reunirá a todos los invitados después del desayuno. Si de verdad quieres ayudar en este...

—Sí.

—Tendrás que estar alerta.

—Yo siempre estoy alerta.

—Me parece que estoy empezando a darme cuenta de que es verdad.

—No me has matado porque sabes que necesitas mi ayuda.

—¿Ah, sí? —Se acercó medio paso más—. Quizá no te he matado porque, a pesar de ser un depravado, cuando te miro los labios sigo sintiendo tu cuerpo debajo del mío sobre la paja. Y si me deshiciera de ti, esa situación no volvería a repetirse nunca.

La respiración de Ravenna ya no era profunda, sino rápida y entrecortada.

—Felices sueños, señor. Eso es todo cuanto volverás a conseguir de mí.

Él sonrió.

Ella lo esquivó y escapó.

# 5

## *Los sospechosos*

Volvía a nevar y el salón estaba envuelto en una luz pálida salpicada de tonos dorados procedentes de los candiles y las chimeneas encendidas al otro lado de la estancia. Los invitados del príncipe Sebastiao estaban sentados en ansiosos grupitos alrededor de mesas doradas. Colgados sobre sus cabezas, los observaban los rostros de los reyes y las reinas fallecidos hacía ya muchos años, monarcas ataviados con enormes cuellos de volantes y pelucas que relucían en marcos dorados. El príncipe aguardaba en la puerta y examinaba a sus invitados al lado de lord Vitor.

—¿Por qué crees que nos ha reunido aquí? —Lady Iona se inclinó sobre el hombro de Ravenna—. ¿Crees que ya ha elegido novia?

—No creo que la haya elegido tan pronto.

Esa extraña reunión no tenía nada que ver con las novias del príncipe.

—Preferiría que hubiera elegido novias para sus amigos. Eso sería mucho mejor, ¿verdad? Te dejaré elegir al que más te guste —lord Case o lord Vitor—, y yo me quedaré con el otro. ¿Trato hecho?

Lord Whitebarrow entró en el salón con su esposa de nariz estrecha. Lady Iona siguió susurrando por lo bajo.

—Tampoco me habría importado quedarme por ese lord —susurró—. A pesar de sus cuarenta y cinco años, es un hombre que no está nada mal. Me gusta su pelo. Es una lástima que la reina de hie-

lo le haya echado el lazo. Probablemente se lo camelara con esa cara bonita antes de dejarlo ver su corazón de piedra.

Lady Penelope y lady Grace, que eran ambas lá fría imagen de lady Whitebarrow, siguieron a sus padres hasta el salón. Penelope se detuvo junto a lord Vitor y el príncipe y los miró agitando sus pestañas doradas.

—Cómo me gustaría darle un buen pellizco —susurró lady Iona—. Esa ha sacado la sonrisa falsa de su madre.

Ravenna se rió. Lord Vitor la miró y ella notó algo caliente e inoportuno que se retorcía en su vientre.

El lacayo cerró las puertas.

—Lamento deshinchar los ánimos a estas alturas de las festividades —dijo el príncipe Sebastiao arrastrando las palabras, cosa que podía deberse a un tono natural en él o a una consecuencia de los excesos. Eran las once de la mañana, y Ravenna esperó que solo fuera su forma de hablar. Pero cuando hablaba en inglés tenía un acento maravilloso, pronunciaba con suavidad algunas palabras, y otras con cierta incomodidad—. Pero me temo que debo anunciarles una tragedia espantosa: ha habido una muerte en la casa.

El silencio se adueñó de la estancia. Se oyeron algunos murmullos de disgusto y algunos invitados miraron con disimulo a su alrededor.

—¿De quién se trata, alteza? —preguntó al fin el señor Martin Anders con un brillo dramático en el único ojo que se le veía; el otro estaba oculto bajo una cortinilla de pelo oscuro.

—De un inglés llamado Oliver Walsh. El problema es... —prosiguió el príncipe haciendo un gesto con la mano. Tenía la muñeca rodeada de cordones dorados al más puro estilo militar— que al parecer ha sido asesinado.

Lady Margaret jadeó y las joyas que le colgaban de las orejas, de las muñecas y del cuello se agitaron. Mademoiselle Arielle Dijon se

tapó la boca con sus manos esbeltas. Un anciano obispo italiano que había llegado justo antes de que empezara a nevar, y que iba ataviado con un hábito violeta con su capa, se santiguó con gesto cansado. Su sobrina, la señorita Juliana Abraccia, siguió su ejemplo, agachó la cabeza oscura con gesto piadoso y entrelazó las manos enguantadas. La señorita Ann Feathers palideció. Lady Iona se quedó mirando al príncipe con sus ojos brillantes, estaba completamente estupefacta.

—Teniendo en cuenta que estamos atrapados por la nieve, y que el difunto no lleva muerto ni un día —explicó el príncipe con mucho dramatismo—, hemos llegado a la conclusión de que el asesino tiene que ser uno de nosotros.

—¡Cielo santo!

—*Mater Dei.*

—¡Alteza!

—Me temo que no podemos hacer nada —dijo el príncipe agitando la cabeza con pesar—. La policía local llegará pronto para interrogarlos a todos.

—Alteza. —El conde de Whitebarrow dio un paso adelante y alzó su mandíbula angulosa—. Esto es insultante.

—Para todos —lo apoyó lord Case.

Miraba a su hermano con un brillo en los ojos.

—Supongo que nadie interrogará a las familias nobles —dijo lord Whitebarrow.

—Es evidente que debe de haberlo hecho algún sirviente —opinó lady Whitebarrow volviendo su nariz hacia lady Margaret, sir Henry y su tímida hija—. Nunca se puede confiar del todo en la servidumbre.

—Mi Merton no puede haber sido —comentó lord Prunesly observando la escena a través de sus anteojos—. Lleva muchos años conmigo.

—La mayoría de sus sirvientes estaban juntos en el salón del servicio cuando se produjo el asesinato —dijo lord Vitor—. Por tanto, ya han sido informados, y están de camino al pueblo. Se alojarán allí hasta que descubramos la identidad del asesino.

—¿Nuestros sirvientes se han marchado? —Lady Penelope abrió las pestañas doradas de par en par—. Mamá, no puedes permitir esto.

—Es una lástima que la belleza de una muchacha dependa de sus sirvientas —opinó la duquesa McCall. Miró con orgullo a su hija—. Si quieres, Iona puede intentar ayudarte.

—¿También me planchará los vestidos y me limpiará los zapatos? —le espetó la rubia de los ojos cristalinos.

—Tranquila Penelope —siseó lady Whitebarrow. Se volvió hacia la duquesa—. Verá, duquesa, como siempre ha vivido en Londres, mi hija no está acostumbrada a la relajación que imagino que reinará en su casa del norte. Pero nos las arreglaremos de todas formas. Gracias.

La señorita Cecilia Anders se rió. Lady Penelope le lanzó una mirada gélida.

—Los sirvientes que no estaban presentes mientras los demás cenaban juntos —comentó lord Vitor—, son una doncella de la cocina, el cocinero, tres lacayos y la sirvienta personal de lady Iona. Ellos se quedarán en la casa hasta que se haya resuelto el misterio de la muerte del señor Walsh. También se quedarán los guardias de su alteza.

Lord Whitebarrow frunció el ceño.

—Esto es un ultraje.

—Bueno —exclamó la duquesa—. Si no lo hizo usted, ¿por qué está tan preocupado?

—¿Disculpe?

Los ojos de la duquesa brillaron con la misma luz traviesa que lucía en los de su hija.

—Puede que no sea a mí a quien deba pedir disculpas, sino al difunto.

—Oiga, yo...

—Bueno, bueno —intervino el príncipe Sebastiao extendiendo un brazo—. ¿Quién dice que no entró algún intruso mientras estábamos todos bebiendo champán, y se topó con el hombre por accidente?

—En nombre de Zeus, ¿quién era el desafortunado señor Walsh? —preguntó sir Henry.

Su tímida hija agachó la cabeza a su lado.

—Un amigo lejano de la familia —contestó el príncipe lanzando una rápida mirada a lord Case, luego se llevó la copa a los labios—. ¿Por qué lo pregunta, sir Henry? ¿Acaso le conocía? Quizá lo conociera lo suficiente como para desear su muerte.

Sir Henry frunció su pesado ceño.

—Verá, alte...

—Papá —susurró Ann Feathers—. Por favor.

Su madre se puso en pie y le crujieron las ballenas del vestido.

—Jamás había escuchado semejante montón de extrañezas. Pero si su alteza desea interrogarnos a todos, yo seré la primera en prestarme a ello. Creo que deberíamos hacer lo que sea necesario para que encuentren al asesino lo más rápido posible y podamos dormir bien esta noche.

Lady Margaret se volvió a estremecer de nuevo y sus joyas repicaron otra vez.

—No sé cómo podrá dormir bien después de que, en la cena, se comiera su postre y después el de sir Henry —le susurró lady Penelope a su hermana.

A la señorita Ann Feathers le ardieron las mejillas.

—Eso no puede ser, Margaret —protestó sir Henry—. No pienso permitir que te interrogue nadie, aunque se trate de un caballero.

—Sí que lo permitirá, monsieur —dijo un hombrecillo desde la puerta. Contemplaba la reunión con un temblor en el bigote pelirrojo—. Si no accede, su alteza los mantendrá retenidos en sus aposentos hasta que hayamos descubierto la identidad del asesino. *Sommes-nous bien d'accord?*

Lord Whitebarrow se puso rojo.

—¡Por todos los santos! ¿Quién es usted?

—Gaston Sepic —dijo inclinando un poco la cabeza—. *Maire de* Chevriot durante los últimos seis años. Los cuarteles de la policía más cercanos están al otro lado de la montaña. La nieve no permite el paso. Así que, en ausencia de los detectives de la policía, yo supervisaré *cette enquête.* Este es monsieur Paul, mi adjunto. —Hizo un gesto para señalar hacia atrás. El hombre que aguardaba junto a él tenía las mejillas caídas y los ojos rojos, y portaba un abrigo de lona y unas botas desgastadas que parecía haber olvidado que llevaba puestas desde el mes de enero—. Él me ayudará —concluyó monsieur Sepic.

Monsieur Paul se quitó el sombrero y dejó al descubierto su pelo lacio y una mirada un tanto grosera.

—No pienso permitirlo —afirmó lord Whitebarrow.

—Venga, milord. —El príncipe Sebastiao trató de engatusar al conde con una sonrisa—. Aceptemos todos los deseos del alcalde y acabemos con esto cuanto antes para que podamos volver a divertirnos. ¿Sí?

Al final, lord Whitebarrow asintió con reticencias.

—*Alors* —dijo el alcalde—. Llamaré a los primeros sospechosos a declarar *cet après-midi.*

Se dio media vuelta hacia el príncipe y lord Vitor y le dio la espalda a la estancia llena de lores y damas.

Los invitados empezaron a murmurar. Ravenna se acercó a lord Vitor y al alcalde.

—Monsieur Sepic —le estaba diciendo cuando se acercó—, los guardias del príncipe tienen instrucciones de mantener vigiladas todas las salidas y entradas al castillo y al pueblo.

El alcalde se inclinó para hablar en voz baja al tiempo que miraba a su adjunto con los ojos entornados.

—Por desgracia, monsieur, solo cuento con la asistencia de un único ayudante. Me temo que es *incompétent* para la ardua tarea que tenemos entre manos, pero deberemos proceder con tales limitaciones. —Negó con la cabeza—. *Mais bon,* en cuanto esté al corriente de los hechos, lo enviaré de vuelta al pueblo para que interrogue a los sirvientes que han mandado ustedes allí. —Observó a lord Vitor—. Eso ha sido muy inteligente, monseigneur. Pero ahora debe dejar la investigación en manos de profesionales. —Se volvió hacia el mayordomo—. *A présent,* monsieur Brazil, lléveme a ver el cadáver. Me pondré a trabajar enseguida.

El mayordomo se llevó al alcalde y a su ayudante.

—Un asunto feo. —El príncipe Sebastiao negó con la cabeza como si estuviera apesadumbrado. Luego se le iluminó la cara y dio una palmada—. Bueno, ¿quién quiere jugar a cartas?

Algunos invitados se marcharon del salón con el príncipe. Lord Case se acercó a ellos.

—Ya le estás salvando el culo otra vez, ¿verdad, hermano? —dijo lord Case arrastrando las palabras mientras veía marchar al príncipe Sebastiao. Se volvió para observar a Ravenna con aprecio y luego la saludó inclinando la cabeza—. ¿O acaso tu conversación confidencial con monsieur le Maire solo tenía la intención de impresionar a esta dama?

—Eso es poco probable —respondió ella—. La otra noche intentó besarme y yo le ataqué con una horca para remover heno.

El conde esbozó una sonrisa.

—Bien hecho, señorita Caulfield. ¿Quiere que me bata en duelo con él en su nombre? La verdad es que no debería dispararle a mi

hermano en el corazón. Pero no veo qué otra cosa podría hacer para defender la virtud de una dama.

—Gracias. Puedo defenderme sola. Y tengo la intención de ayudar a monsieur Sepic en la investigación.

—Pero él no quiere que lo ayuden —dijo lord Vitor lanzándole su mirada oscura e inquietantemente cálida—. ¿Cómo espera superar ese obstáculo?

—Supongo que de la misma forma que lo hará usted.

Él esbozó una escueta sonrisa.

—¿Qué crees que hacía Walsh en el castillo, hermano? —preguntó lord Case—. Y precisamente cuando nosotros también estamos aquí.

—No tengo ni idea. ¿Y tú?

—No. —El conde miraba a su hermano con los ojos entornados, pero luego volvió la vista hacia el resto de los invitados que quedaban en el salón—. Un grupo de sospechosos... interesante. ¿El príncipe tiene algún recelo?

—No sabe más de lo que sabemos tú y yo.

Se comunicaron algo en silencio. Ravenna observó el intercambio como si fuera un partido de tenis y advirtió la sorprendente ira que reflejaron los ojos de lord Case, y la firme aceptación de esa emoción en los ojos de su hermano.

—¿Acaso Sebastiao o su padre invitaron a Walsh a la fiesta? —preguntó al fin lord Case.

—Me ha dicho que no.

—Ah. —Hizo una pausa—. ¿Y tú, Vitor?

—¿Por qué crees que haría una cosa así, Wesley?

Entonces sonó un grito de angustia en la puerta. Mademoiselle Dijon estaba allí con sus preciosos ojos abiertos como platos y se tapaba la boca con una mano pálida.

—¡*Ma petite Marie* ha desaparecido! —exclamó por entre los dedos—. ¡Alguien me ha robado el perro!

Monsieur Sepic y su adjunto examinaron el cuerpo del señor Walsh y su equipaje, y declararon que no le habían robado nada. Ravenna no tenía ni idea de cómo estaban tan seguros. Pero no mostraba mucha confianza en la inteligencia del alcalde y mucho menos en la de su adjunto. Aquel misterio necesitaba un detective mucho más despierto.

Se pasó toda la tarde consolando a Arielle Dijon por la pérdida de su perro y tomando una taza de té tras otra mientras animaba a las damas a parlotear. Cuando cayó la noche —y mientras monsieur Sepic disfrutaba de un aperitivo junto a los hombres—, monsieur Paul empezó a entrevistar a las damas. Ravenna contestó a sus escuetas preguntas con sinceridad. Acabó con ella en un cuarto de hora y luego se sirvió una copa del decantador lleno de vino que tenía encima de la mesa.

La mañana siguiente, después de encender el fuego de su habitación, lavarse con agua congelada, y pasear a los carlinos por el patio, regresó al salón donde las damas se habían reunido el día anterior. Solo se encontró con el mayordomo, que estaba recogiendo tazas y platitos. Ataviado con aquel abrigo y pantalones inmaculados, y a su edad, daba una imagen un tanto peculiar entregado a aquella tarea. Pero como solo se habían quedado en el castillo el cocinero, una doncella y unos cuantos lacayos, y estaban todos ocupados preparando y sirviendo comidas, encendiendo fuegos, y atendiendo todas las peticiones personales de los invitados, monsieur Brazil tenía que hacer el trabajo de dos docenas de sirvientes.

—Lord Vitor se ha marchado, mademoiselle —le dijo, como si hubiera advertido sus intenciones.

Ravenna notó un pinchazo en el corazón.

—¿Se ha ido?

—*Oui, mademoiselle.*

Ravenna miró por la ventana en dirección al patio delantero, convertido en un extenso manto blanco. La nieve había cubierto las torres, las almenas, las colinas y las copas de los árboles que rodeaban el castillo durante la noche. En ese momento el sol brillaba en un cielo despejado.

—Pero ¿adónde se ha ido?

—No lo ha dicho, mademoiselle —le contestó el mayordomo con rigidez.

—¿Se ha marchado a caballo?

—*Non, mademoiselle.*

Bajó al vestíbulo, se puso la capa, se subió las solapas para taparse las orejas y salió al patio. Examinó el brillante manto blanco. De la puerta principal se alejaban un único par de huellas. Se volvió a mirar hacia el castillo y vio movimiento en una de las ventanas de arriba, una cortina que volvía a su sitio.

Junto a una de las puertas abiertas de la verja había un guardia apostado.

—Buenos días —lo saludó.

El príncipe había dado órdenes de que nadie saliera del castillo. El guardia la saludó inclinando la cabeza, pero no le dijo nada. Ravenna se escabulló rápidamente por la puerta.

El reguero de pisadas que se distinguían sobre la nieve fresca no bajaba en dirección al pueblo, sino que seguía por el lateral derecho de la valla en dirección al flanco norte del castillo, siguiendo el cauce del río. Ravenna siguió el rastro por el muro exterior sorteando la nieve que le llegaba por encima de los tobillos. A su derecha, un grupo de cedros viejos bordeaban el claro de una colina. Ella ya había paseado por aquel camino hacía dos días, justo antes de que empezara a nevar. Ahora estaba oculto por la nieve, era una ruta irreconocible que descendía junto al río hasta unas salinas que estaban a unos quinientos metros de distancia. Cientos de años atrás,

los dueños de aquella montaña habían erigido la fortaleza para proteger aquel bien tan preciado.

Le costaba mucho seguir las pisadas y avanzaba muy despacio; pronto empezó a sudar y a jadear. Se detuvo en la colina y se volvió para mirar hacia atrás. Los muros del castillo se elevaban sobre el río plateado y asomaban por encima de los pinos y los cipreses. Los tejados y las almenas estaban cubiertos por una espesa capa de color blanco, pero el edificio era tan oscuro como el río que corría a sus pies, parecía que estuviera casi en su elemento entre aquella naturaleza tan elegante, era un gigante dormido en pleno paisaje invernal.

Un conejo demasiado delgado debido al largo invierno, asomó la nariz por entre el follaje al pie de los arbustos que crecían en el camino, e inspiró a la luz del sol. Ravenna sonrió.

Un brazo la rodeó por la cintura y alguien le tapó la boca. Ella forcejeó, intentó gritar, las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos.

—Qué mujer más tonta —rugió una voz dura junto a su oído.

Pero a pesar del olor a miedo que ella misma emanaba, advirtió el de él: limpio, masculino, como de piel. Se retorció entre sus brazos.

Lord Vitor la soltó, la agarró de los hombros y la hizo volverse. La luz del sol se reflejó en sus pómulos, que parecían obra de un escultor.

—Si sigues así acabarás siendo la segunda víctima del asesino. ¿Es que quieres morir?

—Tengo una pista. —Se soltó y se tambaleó hacia atrás—. Pero si me vuelves a agarrar sin mi permiso, te haré lo que le hizo el asesino al señor Walsh.

Vio un brillo en los ojos del color de la medianoche de lord Vitor.

—¿Sin tu permiso?

—Jamás.

—¿Una pista?

—Sobre el asesinato. —Ravenna tenía la cara muy caliente y los pies fríos. A su alrededor, la nieve sumía el mundo en un profundo silencio, y solo se oía el trino de los pájaros del invierno y su respiración agitada—. Sé como se hace, ¿sabes?

Él esbozó media sonrisa con su boca perfecta.

—¿Reses y ovejas?

—Bueno, nunca lo he hecho. Pero he presenciado el procedimiento muchas veces.

—Ahora que sé que eres una experta me siento mucho más aliviado. ¿Podemos centrarnos en la pista?

—¿No vas a poner ninguna objeción a que intente resolver este crimen?

—¿Acaso serviría de algo?

—Probablemente no. El asesino no era un hombre.

—¿Cómo lo sabes?

El cielo enmarcó su atractivo rostro de azul. Por detrás de él, los cipreses se alzaban altos y gruesos.

—¿Qué haces aquí fuera? ¿Por qué te escondes detrás de los árboles para poder abalanzarte sobre las mujeres confiadas?

—Estaba en el pueblo. Quería estar presente cuando monsieur Paul interrogara a los sirvientes. El alcalde no exageraba cuando afirmó que su ayudante es un incompetente.

—¿No es de ayuda?

—Es un mentecato y un borracho. Y también es el sobrino del alcalde. —Volvió a sonreír—. Qué le vamos a hacer, esto es una comunidad rural.

—Pero ahora estás aquí. Al norte del castillo. Y el pueblo queda hacia el sur.

—Debo de haberme perdido.

Ravenna frunció los labios.

—Me estás ocultando información. Eso está claro. Pero es cierto que monsieur Sepic es un zoquete. Si queremos descubrir la identidad del asesino, será mejor que trabajemos juntos. ¿Vale?

Él pareció considerarlo, aunque más bien parecía que la estuviera mirando a ella, y luego dijo:

—¿Qué has descubierto?

Ella se quitó los guantes y se levantó la capa para meterse la mano en el bolsillo de la falda. Se sentía observada. Era la primera vez que le importaba que un hombre la contemplara; ningún hombre lo hacía nunca a menos que ella estuviera trabajando con sus animales. Deslizó los dedos por el paquete que llevaba en el bolsillo.

Lord Vitor le cogió la mano. Tenía una mano grande y, a pesar de no llevar guantes, su tacto era cálido. Ravenna se echó para atrás.

—He hablado con mademoiselle Dijon y con lady Margaret y su hija Ann —dijo demasiado deprisa—, luego con la duquesa y con lady Iona. Por desgracia no he descubierto nada de interés. Es posible que no baste con los chismorreos para sonsacarles información.

—Entonces lo admites, qué sincera.

—No soy una persona orgullosa.

Él dio un paso adelante.

—Es refrescante oír eso. El orgullo es uno de mis peores defectos.

—¿Estás admitiendo una debilidad? Estoy asombrada.

—Intento llamar la atención de tu lado bueno.

Ella levantó la vista del paquete y se le pegó la lengua al paladar.

—No me mires así.

—¿Cómo?

—Como si quisieras volver a besarme.

—Yo no te estoy mirando así.

—¿Es lo que pretendes?

—Teniendo en cuenta lo claras que has dejado las consecuencias a las que me enfrentaría de volver a hacerlo sin tu permiso...

—Jamás.

—... no creo que me interese mucho, ¿no?

—Nunca me he dejado llevar por una cara bonita.

Él levantó una de sus cejas oscuras. No llevaba sombrero y la luz del sol se le reflejaba en los ojos y los iluminaba como si fueran dos zafiros, como el que llevaba en la corbata que había lucido la noche anterior.

—¿Bonita?

—Bueno, guapa. *Bestia* era el cachorro más feo de la manada.

—¿Y quién es *Bestia*?

—El mejor... —Se le apelmazó la garganta—. Es igual.

Lord Vitor tenía los pómulos encendidos y la mirada muy seria, igual que cuando estaba hablando con su hermano en el salón.

—La verdad es que deseo besarte, señorita Caulfield, por poco inteligente que sea.

A ella le latía el corazón con tanta fuerza que casi podía oírlo.

—Pero no lo harás.

—Aunque quisiera, lo cierto es que les tengo cariño a todas las partes de mi cuerpo.

—¿Sigues cojeando?

—Yo nunca cojeo.

—Ayer por la noche cojeabas.

La miró a los ojos.

—¿Y esa pista?

—Después de hablar con las damas, le pregunté a monsieur Brazil lo que opinaba el alcalde sobre la herida y la ropa del señor Walsh. Me dijo que no parecía que monsieur Sepic tuviera mucho interés en nada de eso. Así que volví a examinar la ropa del cadáver.

—¿Ah, sí?

—No me hables con condescendencia.

—Yo no te hablo con condescendencia. Estoy sorprendido de que tengas una mente tan curiosa, me gusta.

Había reaparecido el pliegue en su mejilla. Ravenna lo ignoró. Pero le costaba mucho no mirarle la boca, que tenía un contorno perfecto, era firme, y estaba muy bien definida a pesar de la herida. Y esa boca la había besado, cosa que la convertía en una boca única entre las bocas de todos los hombres.

—Y encontré esto enredado en uno de los botones del abrigo.

Ravenna abrió el paquete con los dedos fríos y sacó un pelo.

Lord Vitor lo examinó sobre la palma de la mano.

—Martin Anders tiene un pelo parecido.

—Exacto. Eso y el ojo morado, del que por lo visto no le ha hablado a nadie, podrían convertirlo en nuestro principal sospechoso.

—Yo tengo una herida en el labio y otra en la frente y tampoco se lo he explicado a nadie. ¿Crees que eso también me convierte en sospechoso?

—Se lo explicaste a lady Penelope, a lady Grace y a la señorita Feathers.

—Es verdad.

—Tenemos que centrarnos en los sospechosos con el pelo largo.

Él la miró a la cara y luego contempló su pelo aprovechando que se le había caído la capucha de la capa. Ravenna nunca se había preocupado por su pelo. Nunca le había importado que Arabella y Eleanor hubieran intentado enseñarle peinados, ni las muchas bromas que le hiciera Petti. Pero en ese momento era muy consciente de que tenía la melena enredada y húmeda después de aquel paseo por la nieve. Por un momento deseó saber cómo peinárselo y recogérselo como una dama, como la ardiente Iona McCall, o la preciosa Arielle Dijon, o cualquiera de las chicas guapas que había en el castillo, y cuyos zapatos y faldas no estaban empapados de nieve, unas

chicas a las que aquel noble jamás habría confundido con sirvientas, no le cabía ninguna duda.

Pero ella no se preocupaba por su pelo. Ni por su vestido. Ni por los zapatos. Nunca le habían importado esas cosas.

—Soy entusiasta y curiosa —dijo extrañamente tensa.

—Me parece que ya he dicho que me he dado cuenta, ¿no?

—Y, sin embargo, crees que soy una tonta por salir sin protección.

—Al contrario. Ya sé que no eres tonta. Solo he tenido una... preocupación momentánea por tu seguridad. He reaccionado con demasiada aspereza. Te pido disculpas. Otra vez.

Esbozó una sonrisa de medio lado.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué los guardias de la entrada me han dejado salir del castillo?

—Yo les he dicho que te permitieran salir.

Ravenna temió haberse quedado boquiabierta. Confiaba en ella. Respetaba su inteligencia. Incluso parecía que le caía bien. Ella contaba con la amistad de sus ancianos patronos y de varios granjeros y mozos de campo y vecinos de Shelton Grange. Pero nunca había sido amiga de un joven noble y atractivo. La idea de ser amiga de un hombre así le provocó un hormigueo de placer que la recorrió de pies a cabeza.

—No puedes saber si fui yo quien lo mató —le dijo—. Y ahora tienes una prueba de que quizá lo hiciera yo.

—Una prueba que me has dado tú misma.

—¿Y si te lo he dicho con la intención de distraer tu atención?

Él le volvió a mirar el pelo y luego se regodeó en sus labios unos segundos. Le acercó la mano a la cara. Toda la sangre de Ravenna pareció amontonarse en su corazón. Pretendía tocarla. El hormigueo de placer que paseaba por sus venas se transformó en un arrebato de repentino y ardiente pánico. Se echó hacia atrás.

—¡Au!

Le abofeteó la mano que le había posado en la cara.

Él le enseñó el pelo que le había arrancado.

—Vamos a compararlos.

—Lo has hecho a propósito.

—¿El qué?

Dejó el cabello sobre la extensa palma de su mano como si estuviera tendiendo un collar de perlas sobre una almohada de satén.

—Me has hecho creer que... —Se le enredó la lengua—. Oh, da igual.

Ravenna cogió el pelo que había encontrado en el abrigo del señor Walsh y se lo puso en la palma. El suyo era mucho más oscuro comparado con el otro, que era castaño.

—Ya no tengo nada que temer —dijo, y le devolvió los dos cabellos.

Ella lo miró.

—No tenías miedo.

—De eso no. —Agachó la cabeza—. Pero tanto si hay guardias como si no, señorita Caulfield, no quiero que salgas del castillo sin protección.

—¿Es mejor que me quede encerrada con el asesino?

—Le he pedido a uno de los guardias que te vigile cuando estés en el castillo.

Parpadeó.

—¿Ah, sí? ¿Y fuera no?

—Debería haberte seguido cuando has salido. Le daré nuevas instrucciones. ¿Tienes alguna objeción?

—Mi cuñado, el duque de Lycombe, le asignó un guardia a mi hermana sin decírselo. Ella pensó que lo hacía porque creía que le estaba siendo infiel...

—Cosa que en este caso es absolutamente indiferente.

—...pero en realidad era porque estaba preocupado por su seguridad. ¿Si saliera del castillo con lord Case o con el príncipe, podría sentirme debidamente protegida?

Él frunció el ceño.

—Con el príncipe, sí.

—¿Con tu hermano no?

Él miró el castillo envuelto por el abrazo del invierno por encima del hombro de Ravenna.

Ella se estremeció.

—Ayer, cuando estábamos en el salón, parecíais un par de toros dando coces en el suelo. ¿Realmente sospechas de él?

—Mi hermano no tenía ninguna disputa amorosa con Oliver Walsh.

—¿De qué se conocían?

—Walsh fue secretario de mi padre durante varios años. Hubo un tiempo en que mi hermano quería casarse con su hermana.

«¿Secretario de su padre?»

—¿Hubo un tiempo?

—Ella murió antes de que pudieran casarse.

—Oh. Eso es una tragedia. ¿Y de qué murió?

—Se le rompió el corazón.

# 6

## *Prisas*

El sol del invierno se reflejaba en los enormes ojos de Ravenna. Tenía los labios entreabiertos, eran de un rosa muy oscuro y muy expresivos. Había salido vistiendo solo una capa para protegerse del frío, una prenda enmarcada por su salvaje melena de rizos negros. Tenía la piel sonrosada, desde la frente hasta el cuello. Podría posar la boca sobre el pulso que latía allí y sentir la vida que brotaba de ella mientras la acariciaba. Se le escapaba por todos los poros de la piel, el placer, la vitalidad y la vibrante urgencia que le robaba el sentido y lo obligaba a admitir en voz alta que quería besarla a pesar de haberse prometido que no se acercaría a ella.

Y, sin embargo, se adivinaba tristeza en sus ojos. La había visto brillar un momento cuando había hablado de la bestia, y acababa de reaparecer un segundo justo antes de que la reprimiera.

—No creo que nadie pueda morir de un corazón roto. —Sus palabras ásperas cruzaron el aire gélido—. ¿De qué enfermó?

—De fiebre.

—¿A lord Case no le caía bien el señor Walsh?

—No.

—Tú conocerás a tu hermano mejor que nadie, pero no me lo imagino asesinando y castrando a un hombre —dijo con una arruguita entre las cejas—. Ha sido muy amable con Arielle Dijon y se ha mostrado muy atento cuando la joven ha perdido a su perro.

Otro misterio. El animal había desaparecido. Era una perra de cría premiada, un ejemplar de los pocos bichones que había en el continente y en América: el general le había explicado que el animalito de la joven francesa valía una fortuna. Cuando se reunieron en el salón estaba con mademoiselle Dijon, pero desapareció poco después. El robo beneficiaba al asesino del señor Walsh. Los invitados estaban convencidos de que el perro había escapado por una de las grietas del enorme castillo, y enseguida se pusieron a buscarlo. Vitor se había ido al pueblo tanto para escapar del caos que se había organizado, como para evitar a la mujer que tenía delante en ese momento.

—¿De verdad piensas que se lo ha llevado alguien? —le preguntó.

—Es posible.

Ravenna seguía frunciendo el ceño.

—¿Por qué has venido?

—Para hacerle un favor al príncipe Raynaldo, tengo que asegurarme de que Sebastiao elige esposa.

—No. ¿Por qué estás aquí? ¿Fuera del castillo en este momento?

—Para examinar eso. —La cogió del brazo que asomaba de la capa, y la volvió hacia el castillo. Ravenna se puso tensa, pero no se apartó. Era pequeña, pero tenía fuerza, eso ya lo sabía, y no se asustaba con facilidad. Lord Vitor sabía que si la amenazara, ella pelearía contra él, o contra quien fuera, antes de gritar pidiendo ayuda. Pero le gustaba cogerla. Le gustaba sentirla entre sus manos—. ¿Ves esa escalera que sale del castillo y desciende por el muro exterior por detrás de los árboles?

—Me parece que sí. Está cubierta de nieve, ¿no? No veo el final.

—Empieza en la torre noroeste y sigue por esa esquina hasta llegar a un embarcadero de piedra que hay en la orilla del río.

La inquietud se apoderó de la expresión de Ravenna.

—¿El asesino pudo escapar con un barco?

—Es posible. Todavía tengo que investigar el embarcadero, pero desde aquí no veo nada que dé a entender que alguien haya utilizado esa escalera desde que empezó a nevar.

—La desesperación puede provocar acciones temerarias. Si bajamos hasta el río, ¿qué posibilidades hay de que nos encontremos a una persona que hace dos noches intentara marcharse por esa escalera, resbalara en la nieve y muriera debido al golpe de la caída?

—Muy pocas.

—¿Lo dices porque lo piensas de verdad o porque no quieres que te acompañe a investigarlo?

—Por lo segundo.

Ravenna se dio media vuelta, como si fuera un cervatillo correteando por la nieve, y cruzó el camino en dirección a la pendiente que conducía al río seguida de su capa, que revoloteaba a su espalda. Él la siguió hasta que ella llegó a unos árboles donde se podría esconder una persona, y se puso a su lado. Los rayos del sol que se reflejaban en la nieve hacían que resultara difícil ver algo entre las sombras, y lord Vitor se quedó junto a ella. Costaba mucho caminar por la pendiente nevada, y eso justificó que la agarrara del brazo cuando ella resbaló. Ella lo fulminó con la mirada y se soltó. Él siguió caminando a su lado.

Las palabras que le había dicho Denis el día anterior resonaban en su mente como los cánticos matinales: al diablo le gustaba adoptar forma de mujer para tentar a los hombres. Vitor lo sabía muy bien. Deseaba a aquella mujer porque no podía tenerla, y también porque era directa y encantadora, con su melena negra descolgándose sobre sus hombros y sus ojos brillantes como estrellas, que se encogían cuando se encontraban con su mirada. Ella le abría el apetito.

Al pie del castillo, la ladera descendía con brusquedad hasta el río, donde la nieve había formado una repisa en la orilla del agua

que reflejaba el cielo como si fuera un espejo. Vitor ya había navegado por las anchas aguas de aquel río engañosamente tranquilo. Sabía que podía tragarse a un hombre antes de que le diera tiempo siquiera a protestar. Ravenna se alejó de la brillante superficie del agua en dirección al pie de la escalera que trepaba por el lateral del castillo como una cicatriz, hasta alcanzar la torreta más alta. Intentó acercarse a los escalones, pero la nieve le llegaba a las rodillas. Lo volvió a intentar tres veces, y resbaló otras tantas. La tercera vez se cayó de culo.

—¿Ya has acabado? —le preguntó él desde cierta distancia.

—De momento. —Se limpió la nieve del abrigo y examinó las plataformas—. Nadie podría bajar con toda esta nieve. ¿De verdad crees que alguien habrá huido por aquí?

—No. Creo que alguien lo intentó.

—¿Por qué?

—La alfombra y el suelo de la puerta de la habitación que hay en lo alto de la torre están empapados, y he encontrado unas huellas que van desde la estancia hasta las escaleras. También hay bastante óxido en el umbral, cosa que sugiere que alguien ha abierto una puerta que hacía mucho que no se utilizaba. Es posible que intentara salir por ella, pero luego desistiera.

—¿Y por qué querías venir a ver la base de la escalera si sabías que el asesino no había llegado hasta el final?

—Para hacer memoria. —Caminó hasta el embarcadero desde donde se podía botar un barco en estaciones más cálidas—. Para intentar imaginar las intenciones que podría tener el asesino al bajar.

Ravenna se alejó mirando hacia lo alto de la torre y desapareció por detrás de la esquina.

—Puede que no fuera el asesino quien abriera la puerta de la torre —le gritó desde el otro lado—. Quizá fuera otra persona.

—Encontré sangre en la manecilla de la puerta, y en el suelo había un candelero, también manchado de sangre. —Justo delante de él, medio enterrada, había una puerta que conducía a una despensa en el muro del castillo—. Podrías registrar las pertenencias de las damas en busca de prendas de ropa con manchas de sangre.

—Si puedo lo haré. Aunque sería muy sencillo disfrazar una mancha así de... ¿Qué? ¡No!

La salpicadura que oyó tras la exclamación de Ravenna le encogió el pecho y catapultó sus piernas por el muro hasta doblar la esquina del castillo. Vio una silueta negra que se ocultaba entre los árboles, pero sus ojos buscaban la mujer del río. La capa y la falda flotaban en la superficie gracias al aire que se había quedado atrapado debajo, pero pronto la arrastrarían hasta el fondo. Ella intentó llegar a la orilla sin malgastar el aliento en gritar, pero la corriente la arrastraba mucho más deprisa de lo que ella nadaba.

Vitor se quitó el abrigo y las botas y se tiró al agua.

# 7

## *El héroe*

Vitor la alcanzó bajo el agua helada y la agarró por debajo de los brazos. Se le enredaron las piernas en la falda de Ravenna. Pateó hasta soltarse y nadó con ella contracorriente. Ella le ayudó, pero ya tenía la piel blanca.

Cuando alcanzó el embarcadero tuvo la sensación de que había pasado una eternidad presa de aquel dolor frío. Tiraron juntos de las ropas empapadas de Ravenna hasta que salió por completo del agua. Ella se peleó con el cierre de la capa con las manos temblorosas. Cuando Vitor logró ponerse de pie, fue en busca de su abrigo, desenvainó el cuchillo y se arrodilló delante de ella.

—No puedo... —Tiró del nudo—. Sacar...

Sus palabras eran casi inaudibles y tenía los labios azules.

Vitor le apartó las manos y cortó el cierre de la capa, luego le dio la vuelta y pasó la cuchilla por los broches del vestido de lana y la ropa interior que llevaba debajo. Los lazos de las ballenas se dividieron con el roce del filo y ella se desembarazó de la ropa. Él le alcanzó el abrigo y ella metió los brazos enseguida mientras Vitor se ponía las botas. Ravenna se levantó en aquel agujero que habían hecho en la nieve. Parecía un fantasma, tenía el pelo negro pegado a la cara y el cuello, y sus ojos eran dos círculos negros que contrastaban con la piel pálida de su rostro.

Entonces la cogió en brazos y se fue hacia la carretera. Estaba helada. Ella enterró la cara y las manos en su pecho y no protestó ni una sola vez, cosa que lo tenía aterrorizado.

Cuando cruzó la entrada del castillo, temblaba tanto que su cuerpo se sacudía entre sus brazos. Pero Vitor notaba su respiración, profunda, y sabía que estaba peleando. Un guardia los siguió. Ninguno de los invitados que estaban en el salón principal se movió. Vitor la llevó a los aposentos diurnos del ama de llaves, una estancia pequeña que no costaba mucho de calentar.

—Ordena que enciendan un fuego inmediatamente y trae té —le ordenó al guardia—. Luego alerta a monsieur Brazil y a sir Beverley, pero no se lo digas a nadie más. Y rápido.

—*Si, meu senhor.*

El hombre se marchó.

La dejó en la silla que aguardaba frente a la chimenea, le quitó el abrigo de los brazos agarrotados, y la envolvió en una manta. Ella se lo permitió todo inmersa en un tembloroso silencio. Pero cuando él le remetió la lana alrededor de los pies y le cogió las manos para frotárselas, las apartó.

—Vete —susurró sin dejar de tiritar—. Sécate.

—Tienes que quitarte la ropa mojada. ¿A quién quieres que llame para que te ayude?

Ella negó con la cabeza.

—Vete.

—Cuando regrese el guardia.

Ravenna levantó las pestañas húmedas y vio sus ojos —relucientes como estrellas—, encendidos por la ira.

—Vete.

—Maldita sea...

—*Meu senhor* —dijo el guardia entrando con un candil en una mano y un haz de leña en la otra—. Monsieur Brazil está preparando el té.

Se acercó a la chimenea y se arrodilló para encender el fuego.

—Vete. —A duras penas conseguía mover la boca—. O le diré a todo el mundo cómo te hiciste la herida del labio.

—A ver si te atreves. Y me iré cuando llegue sir Beverley.

Ravenna lo fulminó con la mirada, pero no tenía fuerzas. Cuando él le volvió a coger las manos ella no las apartó.

—¿Qué has visto? —le preguntó en voz baja.

—Nada. —Se estremeció—. Debes...

—Si sigues insistiendo en que me marche, te quitaré yo mismo la blusa mojada.

Ella apretó los labios.

El guardia llegó con el té y el fuego empezó a calentar la minúscula estancia. Ravenna estaba bebiendo de la taza humeante cuando entraron sir Beverley y el señor Pettigrew.

—Cielo santo. —Sir Beverley se acercó a ella con una mueca de tristeza en el rostro—. Brazil nos ha dicho que se ha caído al río.

—La han empujado.

—Pero querida, eso es espantoso.

Pettigrew se sentó a su lado y le dio unas palmaditas en la mano.

Ella volvió a mirar a Vitor.

—Vete. —Los dientes chocaron con la porcelana—. Ahora.

Vitor cogió su abrigo empapado y se marchó. Monsieur Brazil aguardaba en el pasillo.

—Monseigneur, me he tomado la libertad de prepararle un baño a mademoiselle en su habitación.

—Perfecto. —Tenía los labios entumecidos y arrastraba las palabras al hablar. Toda la ropa se le pegaba al cuerpo—. Dígaselo a sir Beverley.

Cruzó el imponente vestíbulo. Salió por la puerta que daba al patio. Se moría de ganas de ir en busca de las posibles pistas que pudiera encontrar sobre la identidad de la persona que la había ata-

cado. Pero no podría ayudarla mucho si moría a causa de la fiebre. Subió las escaleras. Una vez en su habitación, colgó la ropa para que se secara, y luego cruzó el pasillo hasta la habitación de Ravenna. Y una vez allí, se quedó parado delante de la puerta completamente desconcertado.

La había sacado del río y habían examinado un cadáver en plena noche. Y, sin embargo, no disponía de ningún sirviente en ese momento y se sentía perdido. Lo único que sabía sobre la ropa de una mujer era lo necesario para quitarla. También tenía la absoluta seguridad de que, si aquella mujer en particular, se enteraba de que había entrado en su habitación, aunque solo fuera para coger ropa seca para ella, le volvería a hacer daño.

Tardó tres segundos en decidir que podía aceptar las consecuencias. Alargó la mano para coger el pomo de la puerta.

—¡Ah, milord! Estás aquí. Te estaba buscando. —Sebastiao se acercó a él con una apatía exagerada—. ¿Por qué estás parado delante de esta puerta? ¿Crees que si la sigues mirando durante el tiempo suficiente se abrirá solo porque tú quieras?

—No lo había pensado.

—¿Y de quién es la habitación en la que no estás pensando en entrar?

Su hermanastro hizo ondear las cejas.

—De la señorita Caulfield.

—Ah, la preciosa gitanita.

Vitor se volvió del todo hacia él.

—¿Gitana?

—Es más morena que una sarracena. Si no fuera inglesa podría pasar por andaluza. ¿En qué crees que pensaba mi padre cuando la incluyó en este grupo de inestimables doncellas casaderas?

Vitor se sorprendió apretando el puño.

—Supongo que en tu felicidad.

Sebastiao se llevó la mano a la barbilla y frunció los labios.

—Es muy locuaz. Y eso me gusta en una mujer. Aunque está claro que lo único que un hombre puede valorar en una mujer de virtud, es que tenga una buena conversación. —Sonrió y luego entornó los ojos con aire desafiante—. Sabes que una vez conocí a una andaluza que...

—Sebastiao...

—Me estuvo cabalgando como un jinete durante tres días seguidos sin apenas hacer una pausa para tomarse una copa de vino. Por lo visto es cierto lo que se dice sobre la virtud de las mujeres del sur. —Esbozó una sonrisa que solo podría poner un joven que gustase de regodearse de sus conquistas—. Tienen la sangre muy caliente, ¿sabes? Ahí abajo. —Alzó una ceja—. ¿Crees que nuestra gitanita también tendrá la sangre caliente?

Vitor suspiró, intentaba relajarse.

—Alteza.

Sebastiao arrugó la cara de golpe.

—Oh, no me llames alteza. Odio que hagas eso. —Bajó los hombros y la bravuconería desapareció de repente—. Solo estoy enfadado. Whitebarrow me ha levantado la nariz y no me puedo desprender del hedor de su superioridad. Estoy seguro de que piensa que me está haciendo un favor tratando de encasquetarme a alguna de esas hijas tan frías que tiene —dijo con aire taciturno—. Aunque la mujer me trata con respeto. Supongo que es porque desea que sus nietos tengan sangre real, y quiere conseguirlo a cualquier precio. —Levantó la cabeza con una expresión sincera—. La lengua me ha traicionado, Vitor. Ya sabes que no he pretendido insinuar que la señorita Caulfield no sea una dama de virtud. Ya sé que lo he hecho, pero no hablaba en serio. Y lo sabes.

Era más bien una pregunta, un ruego. Llevaba años actuando de aquella forma, tenía un comportamiento escandaloso, depravado,

chulesco, y luego esperaba que todo el mundo se mostrara comprensivo con él. Era un niño muy sensible atrapado en el cuerpo de un príncipe malcriado. Lo peor de lo que se lo podía acusar era de ser un hombre inestable y, lo mejor, que era un consentido.

—No tienes por qué justificarte conmigo, Sebastiao.

—¡Al contrario! Tú eres la única persona ante la que debo justificarme continuamente. Tú y papá. —Sebastiao hablaba mirando hacia la puerta, volviendo la cabeza—. Él te admira. Confía en ti. Y me lo dice cada vez que se le presenta la ocasión. —Inspiró decidido y lo miró—. No tienes ni idea de la carga que supone para mí intentar vivir a tu sombra.

—Los dos sabemos que es una tontería que pienses que debes hacer tal cosa.

—¿Lo ves? Eres capaz de demostrar que soy tonto con cuatro palabras. Como siempre. —Se volvió—. Tu lealtad es un ejemplo que ningún hombre debería verse obligado a seguir.

—Tu padre nunca ha esperado que seas una persona diferente de la que eres.

—Mi padre me ha exiliado a este castillo contigo como *domini canis* con la última e inútil esperanza de que aprenda a ser un hombre por necesidad. ¿Acaso una esposa curará mi abandono? ¿Apaciguará mi espíritu indómito? ¡Ja! Si esta no es la mejor comedia que he visto en mi vida, entonces quiere decir que no he pisado un buen teatro en todos estos años.

Vitor guardó silencio. A pesar de sus cambios de humor, Sebastiao siempre había sabido controlar lo que decía. Pero en ese momento, y a diferencia de otros ataques anteriores, estaba sobrio. El sufrimiento se reflejaba en su rostro.

—Oh, hermano —gimoteó Sebastiao cuando vio que él no contestaba—, no hace falta que digas nada, porque ya sé lo que piensas. ¡Hasta tus suspiros me avergüenzan!

—Buenos días, alteza. Milord.

El susurro, tan contenido como un ratón que asomara la cabeza por una grieta de la pared, se oyó varios metros más lejos. Ann Feathers estaba detrás de un rayo de sol que se colaba por una ventana. Llevaba un vestido abultado, tenía el pelo recogido en un moño exquisito y la mitad inferior de su rostro estaba especialmente pálido y redondo; parecía un ratoncillo asustado.

Pero era la persona a la que Vitor necesitaba en ese momento.

—Buenos días, señora.

Ella se acercó como si fuera de puntillas.

Sebastiao recuperó la compostura y le hizo una elegante reverencia.

—Me he encontrado a mi hermano paseando por los pasillos y lo estaba convenciendo para que viniera conmigo al salón a jugar a las cartas. Le suplico que venga con nosotros a hacernos compañía y nos anime un poco.

Ella le hizo una reverencia más pronunciada.

—Es un honor, alteza, pero me temo que no soy muy animosa ni una compañía especialmente entretenida.

—No debe contradecirme. Soy un príncipe, ¿sabe?

Le lanzó a Vitor una mirada curiosa mezclada con preocupación, cogió la mano de la dama y la ayudó a levantarse.

—Señorita Feathers, ¿le puedo pedir un pequeño favor? —preguntó Vitor.

Ella asintió.

—La señorita Caulfield ha sufrido un accidente...

La joven jadeó. Sebastiao abrió los ojos como platos.

—Está bien. —Esperaba que fuera verdad—. Pero necesita ropa limpia. Dado que las doncellas no están, ¿podría confiar en usted para que elija las prendas adecuadas?

—Por supuesto, milord.

Sebastiao se puso derecho.

—Yo la ayudaré, señora. Una señorita tan delicada como usted no debe hacer tareas propias de la servidumbre.

—Oh, no me importa, alteza —dijo mirándose los zapatos—. Me gusta ayudar.

Sebastiao le cogió la mano y se la apoyó en el brazo.

—¿Vamos?

Abrieron la puerta de la habitación de la señorita Caulfield y entraron. Vitor se frotó la nuca y se marchó al vestíbulo en busca de su abrigo.

—Gracias, señorita Feathers. Es usted muy amable, le agradezco que me preste estos vestidos.

Ravenna se llevó la mano al espumoso cuello del vestido de muselina, una prenda completamente absurda para estar en un castillo en pleno invierno, pero no podía rechazarla.

—Espero que le gusten. El príncipe ha insistido. Me ha dicho que... —Las mejillas de la señorita Feathers se sonrojaron como melocotones maduros—. Que sus vestidos...

—¿Que mis vestidos no son tan elegantes como los de las demás? —Eso era el eufemismo del siglo. Petti había tratado de convencerla de que se llevara otros vestidos aparte de los que solía tomarle prestados al ama de llaves. Y, aún así, tampoco tenía nada que se pudiera comparar con la ropa que lucían las potenciales prometidas del príncipe—. No me importa, señorita Feathers. En mi día a día no tengo necesidad de lucir prendas tan finas.

—¿Señorita Caulfield?

Ravenna tomó otro sorbo de té. Le estaba sentando de maravilla; el frío le había calado hasta los huesos y empezaba a disiparse. Petti había sugerido que le podían añadir un poco de whisky al té,

pero ella no quería estar mareada la próxima vez que el asesino intentara acabar con su vida. O cuando lord Vitor se acercara a menos de cinco metros.

—¿Sí?

—¿Podría...? —dijo la señorita Feathers con actitud vacilante—. O sea, me pregunto si no le molestaría que le preguntara... Lo que quiero decir es si podría considerar...

—Me encantaría llamarte Ann si tú me llamas Ravenna.

La joven se relajó.

—¿No te importa que te lo pregunte?

—No me lo has preguntado. Yo me he ofrecido.

Ann se tocó uno de los volantes que llevaba en las muñecas.

—Nunca he tenido una hermana. Y he tenido muy pocas...

—¿Amigas? —Ravenna le cogió la mano y se la estrechó—. Ahora ya tienes una.

—¿No crees que yo... Bueno, que... que yo...?

Se miró el regazo presa de la confusión.

—¿Que seas la asesina? No lo creo. Eres demasiado buena, como demuestran los vestidos y todo lo que me has prestando. —Ravenna se había quitado la blusa empapada y puesto una de las suaves blusas de lino francés de Ann, un corsé con unos lazos muy suaves, unas enaguas con un bordado de rosas diminutas y un vestido a rayas de color verde pálido. Y así, envuelta en una manta y acurrucada en el comodísimo sillón que el señor Brazil había colocado junto al fuego de su habitación, se sentía como una auténtica reina—. Puede que tú nunca hayas tenido una amiga a quien poder llamar por su nombre de pila, pero yo nunca me había puesto un vestido tan bonito.

A pesar de los tres volantes que tenía en la base, aunque pensó que se los podría quitar utilizando la aguja que llevaba en el equipaje para las intervenciones quirúrgicas de emergencia.

Sospechaba que si utilizaba el cuchillo de lord Vitor acabaría incluso antes. Él le había quitado la ropa helada como si estuviera acostumbrado a cortarle la ropa a las mujeres. Y luego la había llevado en brazos pegada a su pecho.

—Pero verás, Ravenna...

Ann pronunció el nombre como si fuera extranjero, cosa que era cierta. Ella no recordaba ni a su madre ni a su padre, y no tenía ni idea de por qué le habían puesto el nombre de una ciudad italiana. Quizá tuvieran debilidad por las extravagancias. Y por eso su madre acabó metiendo a sus tres hijas pequeñas en un barco que las llevó desde las Antillas hasta Inglaterra sin más protección que la de una niñera anciana.

—¿Qué decías? —insistió.

Ann miró la puerta cerrada y luego la volvió a mirar a ella, sus ojos parecían delicadas flores grises.

—Me encontré con el señor Walsh la noche que... —Se llevó la mano a la boca y luego se apresuró a añadir—: creo que me lo encontré justo antes de que muriera.

Ravenna se incorporó de golpe. Vertió un poco de té sobre la manta.

—Oh, no —exclamó Ann—. Mira lo que te he hecho hacer. Sabía que no debía...

—Ann, te lo suplico, explícamelo.

Entonces se abrió la puerta y el príncipe Sebastiao esbozó una sonrisa tan radiante que se le vieron todos los dientes. Vestía una vibrante casaca roja decorada con charreteras doradas y un fajín lleno de medallas.

—Señorita Feathers, ya sé que me ha pedido que esperara, pero no podía aguardar ni un minuto más. Soy de naturaleza impaciente. —Le hizo una reverencia a Ravenna. Ella y Ann hicieron ademán de levantarse, pero él exclamó—: ¡No! No deben levantarse por mí. Más

bien soy yo quien debería postrarse a sus pies. Señorita Caulfield, lamento mucho que la hayan atacado en mi casa.

Su sonrisa era radiante y burlesca al mismo tiempo. No era un hombre particularmente guapo, pero resultaba atractivo cuando no estaba borracho. Se le arrugaban las comisuras de los ojos.

—No se lamente, alteza —le contestó.

—Bueno, es un alivio —respondió fingiendo un sosiego exagerado—. Ahora que no dispongo de mi rebaño de sirvientes, no podría conseguir un par de pantalones nuevos tan deprisa como de costumbre. Y no debería ensuciar las rodillas de los que llevo.

—Y si decidiera postrarse boca abajo su casaca también se resentiría. Esas medallas son demasiado bonitas, sería una pena que se rallaran.

El príncipe se miró el pecho y tocó las condecoraciones.

—¿A que sí? —Volvió a esbozar una sonrisa de medio lado—. Son falsas. Todas y cada una. Son invenciones del joyero real, solo sirven para decorar. Soy el único heredero de mi padre y no permitió que fuera a la guerra.

La señorita Feathers abrió los ojos como platos.

—Está usted sorprendida. Y con razón. Bueno —suspiró—, nunca he afirmado ser un noble guerrero. Las pistolas hacen mucho ruido y lo manchan todo.

—Es usted demasiado modesto, alteza.

—En absoluto. Solo sincero... en esta ocasión. —Inclinó la cabeza—. Queridas damas, parecen sacar lo mejor de mí.

Puede que no fuera tan disoluto y libertino después de todo. Quizá solo fuera joven y consentido.

—Pero ya basta de hablar de mí —dijo—. Señorita Caulfield, solo tiene que pedírmelo y haré que vacíen ese maldito río y que lo llenen de barro.

La señorita Feathers se rió por lo bajo.

—Eso no será necesario, alteza —contestó Ravenna.

El placer brilló en las mejillas del príncipe. Le lanzó una mirada relajada a Ann.

—Rechaza mi oferta. Dígame, señorita Feathers, ¿cómo debe actuar un hombre con una mujer obstinada?

—Debe permitirle ser obstinada —dijo lord Vitor desde el umbral de la puerta—. Cuando llegue el momento se dará cuenta de que no le beneficia en nada.

—Eres una bestia, Courtenay —lo regañó el príncipe volviéndose hacia él—. Un auténtico caballero no puede ser tan frío.

Lord Vitor miró a Ravenna.

—Entonces no debo de ser un auténtico caballero.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó el príncipe con alegría—. Deberíamos volver a lo nuestro. Hace dos años celebré un gran baile de máscaras para festejar la captura de Napoleón. Fue una fiesta magnífica. Todo el mundo llevaba unos trajes espectaculares. Estoy seguro de que Brazil los encontrará, estarán escondidos en algún rincón de este viejo castillo, en el desván o algo así. Será justo lo que necesitamos para alegrar el ánimo de los invitados. Señorita Caulfield, usted tendrá un asiento privilegiado.

—Pero, alteza —susurró Ann—. Ha habido un... asesinato.

—Razón de más para que los entretenimientos sean de bandera. No se puede hacer nada hasta que descubran al culpable y pase el peligro, y Sepic está trabajando mucho para conseguirlo. —La cogió de la mano y la ayudó a levantarse—. Entretanto, la siguiente víctima podría ser cualquiera de nosotros. Debemos vivir mientras todavía seamos jóvenes, señorita Feathers.

La joven no parecía saber donde mirar. El príncipe se rió y la acompañó hasta la puerta.

—Ven con nosotros, Courtenay —dijo con alegre autoridad—. Necesitaremos que estés cerca con cara de tristeza para que todos

recordemos que necesitamos estar alegres. Señorita Caulfield, le ordeno que se quede en la cama veinticuatro horas. No debemos dejar que desaparezca el rubor de sus preciosas mejillas.

Acompañó a la señorita Feathers hasta el pasillo.

Lord Vitor no los siguió.

A Ravenna se le hizo un nudo en el estómago y se levantó de un salto.

—Les ayudaré.

Él la cogió de la muñeca para detenerla.

—Tú te quedarás aquí —le dijo en voz baja.

Ella se soltó y gritó por el pasillo:

—Señorita Feathers, espero que podamos seguir conversando luego.

Cuando Ann volvió la cabeza, en sus ojos brillaba la confusión: se debatía entre la preocupación y el placer.

Entonces se volvió hacia el hombre que la había rescatado.

—Me ha dicho que se encontró con el señor Walsh la noche que lo asesinaron. Pero el príncipe Sebastiao nos ha interrumpido cuando me iba a explicar lo que pasó.

—Interesante. Su confesión podría ser una distracción para maquillar la verdad.

—Parece una persona sincera.

—Aún así, me gustaría que intentaras examinar la ropa de las damas, incluyendo la suya.

—¿Para ver si encuentro sangre?

—Lo que sea. Pero ya lo harás mañana. Hoy tienes que descansar.

—No necesito...

—El príncipe lo ha ordenado. Y yo también.

—Tú no tienes ninguna autoridad para darme órdenes. Y, en realidad, él tampoco. Y me volveré loca si me quedo encerrada en mi habitación mientras están sucediendo tantas cosas.

—Me pregunto cómo reaccionarías si te engatusara con palabras dulces de ánimo, y te asegurara que todo irá bien en tu ausencia y que tu salud y bienestar son de la mayor importancia para todos nosotros.

—Probablemente me dormiría en medio de tu discurso.

Se le contrajo un músculo de la mandíbula y apareció el pliegue de la mejilla derecha.

—Venga —dijo ella—. Estoy perfectamente bien para poder asistir a la cena de esta noche. Solo ha sido...

—Un episodio de vida o muerte.

—Una vez me pasé una semana entera supervisando partos de ovejas mientras peleaba contra la fiebre. Estoy bien.

—Tu convalecencia, por valiente que seas, me podría... distraer.

—Pues ponte una venda en los ojos.

—Lo que me distraería es el peligro al que te podrías estar enfrentando. Alguien ha intentado ahogarte.

Ravenna se estremeció, pero dijo:

—No entiendo por qué. Nadie sabe que estoy investigando el asesinato. Solo tú.

—Si quisiera eliminarte, no tendría mucho sentido que te lanzara a un río helado para salvarte después.

—Quizá tenías la esperanza de que la fiebre se apoderara de mí debido al chapuzón, y que muriera.

—Es evidente que no me ha salido bien, y también estoy perdiendo el tiempo intentando convencerte de que te quedes aquí hasta mañana. Acabas de tiritar.

—No es verdad.

—Claro que sí.

Ravenna miró con añoranza la taza de té, que se estaba enfriando sobre la mesa.

—Si prometo venir a compartir contigo cualquier información que descubra hoy —le dijo—. ¿Te quedarás en esta habitación?

Todavía tenía el frío metido en los huesos.

—Está bien.

Lord Vitor asintió e hizo ademán de marcharse.

—Espera. Primero explícame lo que viste en el río.

—Por la profundidad y el peso de las pisadas, la persona que vi en el río podría ser un hombre pequeño o una mujer.

—El príncipe no es mucho más alto que yo y es delgado. Puede que fuera el señor Anders. Un momento. ¿Has vuelto a salir a examinar las huellas mientras yo me daba un baño caliente y tomaba el té?

—Si me hubieras invitado a compartir el baño contigo, habría retrasado encantado mi excursioncita.

A Ravenna se le apelmazó la garganta. Carraspeó algo incómoda.

—Me has llamado obstinada.

—No recuerdo haberlo hecho de una forma tan directa.

—Lo has insinuado. Y, sin embargo, me haces estos comentarios escandalosos, como si quisieras besarme y bañarte conmigo.

Él se cruzó de brazos por encima de ese pecho sobre el que ella se había apoyado, y pegó el hombro al marco de la puerta.

—Me pregunto qué efecto tienen esos comentarios contradictorios en una dama.

—Pues que a la dama le dan ganas de darte un buen tirón de orejas.

—Mmmm. Entonces he conseguido mi propósito.

Tenía una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Cómo escapó la persona que me empujó al río? ¿Cómo llegó al río sin dejar un rastro de pisadas que nos advirtiera de su presencia?

—Hay un camino que cruza el cementerio y llega hasta una abertura del muro, luego sigue por una pendiente. Yo desconocía esa abertura hasta hoy.

—Ahora entiendo mejor por qué quieres que examine la ropa de las damas. Pero ¿qué hay de los guardias de la puerta? ¿No habrían visto que alguien se colaba en el cementerio?

—Solo había un hombre vigilando la puerta, y te siguió hasta que vio que me habías encontrado.

—Entonces la persona que me ha atacado ha debido de salir del castillo justo en ese momento. Pero entonces, ¿cuándo ha vuelto?

—El guardia solo conocía esa salida. Se quedó con los demás centinelas en la puerta, esperando a que tú regresaras.

Ravenna se apoyó en el marco de la puerta.

—El tamaño de Chevriot...

—Dificulta las cosas —concluyó él—. Pero no es imposible. Y ahora tú estarás bien protegida.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó ella sin atreverse a mirarlo—. ¿Qué pasa si el asesino te tira al río?

—Yo no llevo una falda que me impida nadar hasta la orilla —le recordó, y su voz grave la obligó a mirar su atractivo rostro—. Espero que no se te ocurra protegerme.

Ella parpadeó.

—No estaba...

—Claro que sí.

—No.

—El príncipe te admira.

—¿Qué? Eso no es verdad. Ya sé que lo has dicho para distraerme, pero no soy una de esas mujeres con la cabeza hueca, y no pienso dejar que me distraigas.

—Nunca hace nada por nadie a menos que sus acciones sean fruto de la devoción.

—¿Devoción? —repitió ella con un tono débil.

Él seguía sonriendo. Ravenna todavía podía sentir esos labios pegados a los suyos. El diablo que anidaba en su interior deseaba haberle dado la oportunidad de besarla de verdad en el establo. Ella nunca había querido besar a un hombre. Hasta que él la sacó del río, nunca había deseado pegar la cara al pecho de un hombre y perderse en él.

—Eso es imposible —dijo—. No he hablado con él más de tres veces.

—Sus pasiones suelen despertar rápido. Y hacía meses que no lo veía sobrio.

Ravenna no le creía. Ningún príncipe, por joven e ingenuo que fuera, la elegiría a ella como esposa pudiendo elegir a cualquier otra dama del castillo. En realidad, ya era todo un milagro que un noble con el que no la unía ningún parentesco estuviera hablando con ella.

—Gracias —le dijo.

—¿Por darte la esperanza de que quizá algún día te conviertas en princesa?

—Por arriesgar tu vida para salvarme.

Vitor descruzó los brazos. Por un momento ella temió que pretendiera tocarla.

—Qué sorpresa. Yo esperaba una reprimenda.

—¿Una reprimenda?

—Por volver a rescatarte. A fin de cuentas, te enfrentaste al incidente del champán con la misma elegancia.

—Qué gracioso. Si no quieres que te dé las gracias, no me rescates.

—Esperemos que no vuelva a tener ocasión de hacerlo. —Se acercó a ella, pero al final no la tocó—. El guardia que te he asignado debería asegurarse de ello.

—¿Por qué lo has hecho?

—Por tu seguridad. Ya te he dicho que...

—No me refiero al guardia. ¿Por qué has arriesgado tu vida para sacarme del río?

—Pues porque necesito tu ayuda para desenmascarar al asesino.

Volvió a esbozar una sonrisa discreta.

—Te demostraré que me necesitas. —A Ravenna le dio un brinco el corazón—. Que me necesitas para que te ayude con esto —se apresuró a añadir.

Él pareció contemplarla.

—Lo que necesito es que no te conviertas en la segunda víctima del asesino por culpa de mis negligencias.

—Tú no fuiste negligente. Fue culpa mía.

Vitor se volvió para marcharse.

—Le he pedido a monsieur Brazil que te suban la cena.

—Sabías que aceptaría.

—Sí. Esto sí.

—¿Y si no hubiera sido así?

Hizo un gesto con la mano.

—Te habría atado a esa cama.

Ravenna se puso nerviosa.

—¿Es que no aprendiste nada del incidente con la horca?

Le dedicó otra sonrisa de medio lado y se despidió de ella inclinando la cabeza.

—Hasta mañana, señorita Caulfield.

Ella lo vio marchar. Luego cerró la puerta, se estrechó la manta alrededor de los hombros y regresó a su fría y solitaria cama.

# 8

## *Flirteos confusos*

Lord Vitor no regresó aquel día ni tampoco vino a compartir ninguna noticia con ella. Petti y los carlinos fueron a visitarla después de cenar.

—Querida, se te cierran los ojos mientras te hablo de la sopa. ¿Cómo es posible?

—Lo siento, Petti. Estoy exhausta.

—Supongo que es normal después del chapuzón que te has dado en ese río congelado. Aunque tampoco debe de haber ayudado que lleves dos meses sin dormir.

Ella se esforzó por mantener los ojos abiertos.

—¿Qué?

—Beverley y yo hemos venido contigo hasta aquí. Y estábamos contigo en Grange.

—¿Sabíais que no dormía?

—Querida, no somos tus enfermeras o tus niñeras o como sea que te guste llamarnos. Nosotros no nos metemos en tus asuntos —le dijo con una sonrisa cariñosa—. Pero no nos gusta verte infeliz.

—Yo no soy infeliz. Echo de menos a *Bestia*.

«Muchísimo.»

Le dio una palmada en la mano.

—Ya lo sé.

La mañana siguiente, Ann la visitó para informarla de que el príncipe había anunciado que, si alguien la veía antes de cenar, de-

bía enviarla de nuevo a la cama. Ravenna se pasó toda la tarde paseando de una punta a otra de su habitación.

Cuando por fin sonó el gong que advertía a los huéspedes que ya podían bajar a cenar, salió a toda prisa de su celda y descubrió que la cena de Chevriot se había convertido en un evento muy peculiar durante su encarcelamiento. El príncipe Sebastiao la presidía con majestuosa efervescencia, y explicaba historias de las opulentas fiestas que había celebrado en el castillo desde que había acabado la guerra. Sus anécdotas provocaban las tímidas risitas de Ann Feathers, que estaba sentada a su izquierda, y las graves carcajadas de la duquesa McCall, que ocupaba la silla de su derecha y, por consiguiente, de todas las damas a las que él prestaba toda su atención. El resto de invitados respondían a su optimismo con distintos grados de deferencia mientras murmuraban con sus compañeros de mesa.

—Esta reclusión es una idiotez y un insulto —le murmuró el conde de Whitebarrow a sir Henry—. Yo le digo que la persona que asesinó a ese hombre era un intruso que venía de fuera.

—¿Y quién era ese tal Walsh? —contestó sir Henry con los carrillos llenos de hígado de ternera estofado.

—Me temo que era un trepa de la alta burguesía —apuntó lady Whitebarrow con serenidad.

—Como mi asistente no estaba, esta mañana me he visto obligado a llevar un recipiente lleno de agua caliente desde la cocina hasta mi habitación —comentó lord Prunesly con aire abstraído.

—Cielo santo, milord —exclamó lady Margaret—. ¡Eso es terrible!

—En realidad, la experiencia me ha resultado fascinante, señora. Cuando subía, el agua se iba cayendo del cubo de forma directamente proporcional a la irregularidad de mis pasos por la escalera.

—Supongo que recogería el agua del suelo y la pesaría a conciencia, ¿no, padre? —preguntó Martin Anders con gesto arisco—. La ciencia siempre es lo primero, ¿no?

—La doncella no ha venido a mi habitación para encenderme el fuego hasta las nueve de la mañana —le comentó lady Margaret a lord Prunesly con complicidad—. Yo me he quedado temblando bajo las sábanas y no he sido capaz de levantarme hasta las diez.

Sus joyas tintinearon sobre su pecho generoso cuando ella fingió un escalofrío.

Ravenna se inclinó hacia Petti y susurró:

—¿Ayer por la noche también estaban así?

—Y durante todo el día.

Tomó un bocado de tarta de ganso.

—Le aseguro que fue un intruso —insistió lord Whitebarrow levantando su nariz aristocrática y mirando a ambos lados de la mesa.

Miró a lady Iona, cuyas carcajadas reverberaban contra la plata y la porcelana como si fuera algo de lo que se debía disfrutar con el vino. Sus rizos brillaban a la luz de las velas. Llevaba el pelo recogido con una diadema escarlata que combinaba con los bordados del corsé de su vestido. Las sencillas cenefas enrevesadas llamaban la atención sobre sus pechos de una forma incluso más efectiva que las joyas de lady Margaret.

Cuando vio que lord Whitebarrow la estaba mirando, Iona ensartó con el tenedor las cerezas de su brandy y luego se deslizó las púas por entre los labios muy despacio. A continuación asomó la punta de la lengua para lamer una gota de zumo de cereza que se le había quedado en el labio inferior.

Martin Anders se quedó boquiabierto y no acertó a meterse la cuchara en la boca por donde debía.

Su hermana Cecilia lo vio y frunció el ceño con preocupación. A Ravenna no le extrañaba. Si ella tuviera un hermano tan tonto

como Martin Anders, es muy probable que también se preocupara por él. Taliesin, el chico gitano a quien su padre le daba clases, siempre había sido como un hermano para ella, pero era él quien se preocupaba de cuidarla. Eleanor y Arabella también. Y su papá, el pobre y estudioso papá, que nunca supo qué hacer con el gigantesco perro negro que él mismo le había llevado a casa, ni con la chica del perro negro.

Pero ahora ya sabía por experiencia que, a menudo, los hombres que dedicaban su vida a la iglesia no sabían enfrentarse al mundo. El prelado que tenían en medio, el obispo Abraccia, que seguía ataviado con sus vestimentas clericales de colores negros y violetas, ni siquiera se podía comer la cena sin la ayuda de su sobrina. Mientras le cortaba la carne a su tío, Juliana Abraccia le lanzaba miradas coquetas a Martin Anders desde el otro lado de la mesa. Sin embargo, el señor Anders seguía sin poder quitarle los ojos de encima a la belleza escocesa.

Ravenna echó un vistazo a su alrededor. Los invitados del príncipe no solo se dedicaban a gruñirse entre ellos. También se miraban. Lo hacían todos. Y no eran solo miradas educadas que intercambiaban mientras conversaban. Se observaban a conciencia. La luz de las velas les iluminaba la cara y les confería un brillo ambarino y sombras, y todo el mundo parecía estar mirando a alguien.

Y no era de extrañar. Uno de ellos había asesinado al señor Walsh, y quizá tuviera intención de volver a matar.

Pero a ella no la miraba nadie, y no todas las miradas eran de desconfianza. Puede que todas aquellas miraditas no tuvieran nada que ver con el asesinato.

La condesa de Whitebarrow observaba a su marido con frialdad. Lord Whitebarrow seguía mirando a lady Iona. El general Dijon estaba mirando a su hija, igual que el conde de Case. Arielle no devolvía ninguna de las miradas; ella se estaba dedicando a pasear la comida

por el plato y fingía comer, cosa que Ravenna comprendía perfectamente: había perdido a su querida *Marie* hacía solo dos días. Pero no era la única dama con aire taciturno. Lady Grace miraba a su madre con tristeza.

—En nombre de Zeus, ¿de verdad ha desaparecido el perro? —le preguntó sir Henry a toda la mesa—. La cara de esa pobre chica deja bien claro que nadie lo ha encontrado.

—No sabemos donde está —le explicó el general Dijon con seriedad—. Sabemos que alguien se lo ha llevado, pero todavía no sabemos quien ha sido.

—¿Y qué es el extravío de un perro comparado con la certeza de que hay un asesino suelto entre nosotros? —Lady Margaret se estremeció. Esta vez fingió el escalofrío, pero las joyas tintinearon de una forma igual de efectiva—. Es como para tener pesadillas.

Volvió a mirar a escondidas a lord Prunesly. El profesor observaba su copa de vino mientras la hacía girar, presumiblemente poniendo a prueba a menor escala su teoría del agua derramada.

—Ese animal es una de las únicas cuatro perras de su raza que existen en este o en cualquiera de los continentes del mundo —le dijo el general Dijon a lady Margaret con severidad—. Tiene más valor que todas las joyas que usted pueda guardar en el joyero, *je vous assure.*

Sir Henry dejó el tenedor.

—Oiga, señor. No pienso dejar que le hable de esa forma a mi esposa.

A su lado, su hija Ann aguardaba sentada con la cabeza agachada, y se miraba el regazo con las mejillas lívidas.

El príncipe la miró.

—Querida señorita Feathers —le dijo—. Parece un poco decaída. Debería beber un poco más de vino para alegrarse.

Le hizo señas a un lacayo para que le llenara la copa.

—Oh, no puedo beber más, alteza, gracias —le espetó Ann—. No quiero marearme y acabar diciendo cosas que no debo.

Él frunció el ceño. Luego le hizo un gesto al lacayo para que se marchara y separó la copa del plato.

—Debe de ser horroroso ponerse tan roja incluso a pesar del frío que hace —le dijo lady Penelope a lord Vitor, que estaba sentado a su lado.

Miró a Ann fingiendo simpatía. Ella no hacía algo tan vulgar como estremecerse, pero se acarició el chal. Llevaba las manos enguantadas, y sus dedos estilizados atraían la atención con sutileza hacia sus pechos perfectos.

Pero lord Vitor no pareció advertirlo; él estaba mirando al príncipe. Aunque le lanzó una mirada a Ravenna. Ese pliegue en su mejilla.

Lengua. Seca.

«Vino.»

Ravenna cogió la copa y se encontró con los ojos de lord Case al otro lado de la mesa. Pero se volvió hacia su hermano.

En ese momento lord Vitor estaba conversando tranquilamente con la sobrina del obispo, que estaba sentada al otro lado. A Juliana le brillaron los ojos. Se rió y luego le contestó con delicadeza. La voz de la joven sonaba dulce incluso desde lejos, teñida de ese acento italiano, era muy musical.

A Ravenna se le revolvió el estómago de repente. La alegre risa de Iona se le antojó falsa, las carcajadas de sir Henry forzadas, las mejillas de lady Grace grises, y la silenciosa preocupación de Cecilia Anders una trompeta estridente. Sir Beverley miró a Petti con seriedad al otro lado de la mesa. Le estaban ocultando algo. Ya sabía que tenían secretos, cosas que nunca le explicaban pero que ella comprendía. Sin embargo, ahora no entendía qué pasaba.

Por lo visto todo el mundo tenía secretos.

Le empezó a dar vueltas la cabeza: sería por el humo de las velas, la comida pesada, la gran cantidad de personas que había en aquel salón lanzándose miradas cargadas de sospecha, de preocupación o... de algo más. Tenía que marcharse. Tenía la sensación de que las paredes del salón se iban acercando a la mesa poco a poco, y que la luz de las velas se estaba apagando. Le costaba respirar.

—Señorita Caulfield —dijo sir Henry—. Sir Beverley dice que es usted una especie de doctora.

—Tengo bastante experiencia con animales enfermos, sí —consiguió responder.

¿Cómo podían soportarlo los demás? La nieve helada del exterior se le antojaba mucho más apetecible.

—Me preguntaba si no le importaría acompañarme mañana a las caballerizas —le pidió sir Henry—. Uno de los animales que he traído para que el príncipe los vea parece cojear. Mi cochero cree que podría ser un absceso. Pero es francés, y no le confiaría mis animales con la misma tranquilidad con la que se los confiaría a un inglés.

Le guiñó el ojo con actitud amistosa.

—Lo examinaré encantada.

—Estupendo. —Tomó un buen trago de vino—. Verá, a mí no me importa viajar. Y a lady Margaret tampoco. Pero no me gusta que ningún extranjero se ocupe de mis animales, esa es la verdad.

—Pero ¿no tiene intención de hacer negocios con el padre del príncipe Sebastiao?

El hombre soltó una carcajada.

—En nombre de Zeus, ¡ya lo creo! Pero cuando haya pagado por los animales, ya no serán míos, ¿no?

Se rió.

Ravenna intentó sonreír.

Ahora lord Vitor le estaba sonriendo a Juliana.

—Querida —le dijo Petti en voz baja—. Parece que vayas a saltar de la silla en cualquier momento.

—¿Ah, sí? Pues no. —Agachó la cabeza—. Nunca se me ocurriría avergonzarte así, ni a ti ni a sir Beverley.

—Ese Courtenay... —Petti hablaba enfatizando las sílabas—. Es un joven muy apuesto, ¿verdad?

A Ravenna se le encogió el estómago.

—¿Tú crees?

—Y, por lo que dice Beverley, también es inteligente.

Tamborileó un suave *staccato* en el borde de la mesa.

—Te gusta, ¿verdad? —murmuró Ravenna.

—Bueno, mi corazón pertenece a otro. Pero no estoy muerto. Puedo apreciar a un ser humano de calidad desde una distancia considerable. —Vio un brillo en sus ojos entornados—. Pero no creo que tú debas hacer lo mismo.

—¿Apreciar la calidad?

—No, apreciarla desde lejos.

—Si sigues por ese camino —susurró—, me levantaré, me marcharé ahora mismo y me dará igual si os avergüenzo o no.

Él se rió.

—Beverley y yo no estaremos contigo toda la vida, querida. Debes encontrar tu santuario en otra parte mientras seas joven.

—Pero... —Se le hizo una bola de pánico en el estómago—. Yo...

Él le dio una palmadita en la mano.

—Todavía no hemos alquilado tu habitación de Shelton Grange, querida. No tienes de qué preocuparte.

El príncipe Sebastiao se levantó y le ofreció el brazo a Ann.

—¿Nos trasladamos al salón? ¡Sí, sí! Vámonos todos juntos, que no quede por aquí ni un solo caballero. Venga, señorita Feathers. Lady Iona.

El guardia les abrió la puerta.

Ravenna escapó, rodeó el vestíbulo y se marchó en dirección a la entrada. El guardia de la puerta la saludó asintiendo con la cabeza, pero no la siguió cuando salió en dirección a las caballerizas. No veía a su guardia personal por ninguna parte, ese que le había asignado lord Vitor. Pero ahora llevaba un cuchillo en el bolsillo. Estaba prevenida e iba armada, no tenía nada que temer.

Cuando entró en el establo los aromas que la recibieron la relajaron. Se ciñó un poco más el chal y le pidió a un mozo que le indicara cuál era la cuadra de sir Henry. Allí se encontró con un caballo precioso, aunque algo asustadizo. Estaba al fondo de la cuadra, pero ella lo engatusó para que se acercara hablándole con suavidad. El animal se aproximó cojeando. Parecía de buen temperamento, pero ella no entraría en la cuadra en ese momento. Le podría examinar la pata mucho mejor a la luz del día. Y la verdad era que no había ido a las caballerizas a ver al caballo.

La madre de los cachorros estaba tendida de lado en el establo que hacía las veces de almacén. Cuatro de sus cachorros estaban comiendo, pero el más pequeño se había quedado atrás, lejos de las tetas de su madre, y aguardaba su turno de hacerse con las sobras. La perra levantó la cabeza con cansancio y sacudió la cola contra la paja.

—Cómo habéis crecido en dos días —les dijo poniéndose de rodillas. El pequeñín volvió la cabeza al oír su voz, se levantó y se tambaleó por la paja hacia ella—. Esta vez no he venido con las manos vacías.

Ravenna deshizo el nudo que le había hecho a su vestido prestado y sacó un pedacito de carne que había metido en una corteza de pan. La cortó en trocitos y se los dio de comer al cachorro. Luego se fue colocando a los cinco perritos sobre el regazo y los fue examinando uno a uno. Los pequeños amasijos de músculos elásticos y piel sedosa le mordisqueaban las manos con sus dientes afilados

mientras ella diagnosticaba que estaban completamente sanos. Luego se concentró en la perra, le examinó la boca, las orejas, las pezuñas y el abdomen. Alguien la estaba alimentando bien, cosa que explicaba que siguiera dejando mamar a los cachorros y que el pequeño siguiera con vida.

Cuando decidió que ya no había nada más que hacer se levantó.

—Hasta mañana.

Se volvió para marcharse.

Unos dientes minúsculos le tiraron de los bajos del vestido. El pequeñín le estaba mordiendo la falda.

—¡Cielos! Este vestido no es mío. No me lo rompas. —Se agachó y le rascó las orejas al cachorro mientras desenganchaba las diminutas fauces del perrito del vestido de Ann—. Ahora sí. Buenas noches.

El cachorrito la siguió y gimoteó cuando ella lo empujó hacia dentro con los dedos de los pies para poder cerrar la puerta. El perrito ladró y rascó la madera con las pezuñas. Ravenna retrocedió y abrió la puerta. El pequeño contoneó la cola con alegría y le saltó a los tobillos. Los demás seguían calentitos junto a su madre y no se daban cuenta de lo que ocurría a sus espaldas.

—Quieres aventura, ¿verdad? —Se lo metió en el pecho del vestido—. Un día conocí un perrito que era igual que tú. —Acarició una de sus suaves patas con los dedos—. Era completamente negro y se hizo muchísimo más grande de lo que llegarás a ser tú algún día. Pero me parece que tienes un espíritu parecido. —Le frotó la nariz contra su frente sedosa e inspiró su aroma—. Ya sé lo que voy a hacer contigo.

Lo tapó con el chal y se lo pegó bien al pecho.

El mozo le dio las buenas noches y ella cruzó el patio en dirección al castillo. La última vez que había vuelto allí desde las caballerizas, lo hizo corriendo. En esa ocasión la habían tirado al suelo y un

desconocido la había besado en la oscuridad: había sentido miedo, ira y confusión.

En ese momento sus pasos eran ligeros y se sentía un poco mareada.

Cuando entró en el castillo oyó las voces de los demás invitados en el salón. Alguien estaba tocando una melodía preciosa al pianoforte, probablemente fuera Arielle Dijon. Puede que lord Case hubiera conseguido animarla por un momento. Ravenna subió a la primera planta por la escalera del servicio. Se encontró un guardia en medio del pasillo.

—¿Cuál es la habitación de lord Vitor? —le preguntó.

El hombre la guió por el pasillo.

La puerta se abrió enseguida, y una vez dentro, vertió un poco de agua en el aguamanil y se la ofreció al cachorro. El perrito gimoteó y volvió a ladrar cuando ella cerró la puerta y lo dejó en la habitación. Pero allí estaría calentito y enseguida se quedaría dormido. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja mientras recorría el pasillo hacia sus aposentos.

Había un hombre junto a su puerta. Estaba apoyado contra la pared y la vela que llevaba en la mano le iluminaba la cara.

—¿Señor Anders? —Ravenna no permitió que se le notaran los nervios en la voz. Por lo visto su guardia había desaparecido para siempre. Estaba sola y a oscuras con uno de los sospechosos principales—. Esta es el ala de las damas. ¿Se ha perdido?

—Solo por admiración.

Dejó la vela encima de una mesa y se acercó a ella.

—Oh. —Ella alargó la mano hacia la manecilla de la puerta—. En ese caso, le desearé buenas noches y....

Él la agarró del hombro y le dio media vuelta.

—No me abandone todavía. La noche es muy joven, querida señorita Caulfield.

No llegaba al cuchillo que se había metido en el bolsillo. Qué tonta era.

—¿Abandonarlo? —Le habló con despreocupación—. Si apenas he hablado con usted. ¿Cómo podría abandonarlo?

Él la agarró por ambos brazos.

—Y, sin embargo, yo tengo la sensación de que los momentos que he pasado admirándola rodeado de esos huéspedes tan molestos han sido infinitos; una tortura interminable provocada por una admiración ardiente y, aun así, obligado a estar tan alejado de la persona que la provoca.

No olía a alcohol, pero tampoco percibía mala intención.

—Señor Anders, hay un guardia apostado en cada una de esas esquinas —le mintió—, que lo atravesarán con sus enormes espadas portuguesas si los llamo.

—¡Yo nunca le haría daño! ¡Sería incapaz! Usted es un auténtico tesoro.

Ya no tenía miedo. Aquello no era un intento de asesinato, sino un ejemplo de la idiotez natural de un joven. Tampoco lo creía capaz de cometer ninguno.

—Señor, quíteme las manos de encima y déjese de tonterías.

Un mechón de pelo largo —que no era lo bastante extenso como el que había encontrado en la casaca del señor Walsh—, le caía sobre la frente y le tapaba el ojo. Pero el joven la observaba ardientemente con el otro.

—Ahora que la he tocado, ya no puedo soltarla. Permítame quedarme cerca de usted. Cuanto más lejos está, mayor es mi tormento.

—Señor, suélteme o lo lamentará.

—¡Pero yo la amo!

—¿Ah, sí?

—Poderosa, profunda y verdaderamente. Mi amor.

—No hace ni dos horas estaba babeando en la sopa por lady Iona. Si esto es amor verdadero, me parece que no quiero saber lo que es el deseo.

El joven frunció el ceño.

—Esa mujer es muy bella, pero no hay pasión en ella. Ella no aprecia los verdaderos sentimientos. Pero usted, señorita Caulfield, usted pertenece a una raza emocional.

—¿Qué?

Ravenna se atragantó al decir la palabra.

—Su sangre oscura y exótica sabe muy bien lo que es el verdadero deseo. Lo veo en sus ojos. Tiene usted los ojos de una criatura salvaje. Usted necesita un hombre que le amanse el corazón. Yo quiero ser ese hom...

La rodilla de Ravenna impactó justo donde había apuntado. El señor Anders se inclinó hacia delante soltando un rugido y ella se metió en la habitación y cerró la puerta. Ni siquiera se molestó en encender el fuego. Se quitó su delicado vestido a rayas propio de una dama, se acurrucó bajo las colchas y aguardó a que llegara la mañana.

Vitor le quitó los arreos al caballo, lo acarició y llenó el comedero de heno, y lo hizo todo un poco mareado. Aquella noche no había dormido. Había pasado noches más apacibles en el campo de batalla. Cuanto más alejaba al chucho, más fuerte gimoteaba.

Se frotó los ojos y miró al perrito, que se revolcaba por la paja que había entre las pezuñas de *Ashdod*.

—Venga, vamos.

El cachorro lo miró con la cabeza ladeada.

Le abrió la puerta de la cuadra.

—Tu señora querrá saber que estás bien.

Cuando cruzaba el patio, su hermano mayor se acercó a él; el cielo se había vuelto a poner gris la noche anterior.

—¿Tu puedes salir a montar mientras los demás nos tenemos que quedar encerrados entre estas paredes? —dijo observando cómo el cachorro avanzaba tambaleándose por encima de la nieve siguiendo los pasos de Vitor.

—El príncipe sabe que yo no soy el asesino.

—Pero el resto de nosotros no lo sabemos. —Wesley se dio media vuelta y se puso a su lado—. Puede que tu intención sea ir eliminándonos a todos uno a uno. Yo podría ser el siguiente, y entonces tú te convertirías en conde, y cuando papá muriera todos tus sueños se harían realidad.

—Yo nunca he tenido esa clase de sueños.

La noche anterior sus sueños habían girado entorno a una mujer de ojos oscuros. Su sueño había recreado lo que había ocurrido junto al río cuando le quitó la ropa empapada. La había visto con la ropa mojada pegada al cuerpo y, por debajo de las transparencias, había asomado la oscuridad de sus pezones erectos bajo la tela. En su sueño le había quitado la ropa y la había ayudado a entrar en calor con las manos y la boca. Él nunca había deseado los títulos de su padre o de su hermano. Él nunca había querido otra cosa que ser útil para sus dos padres y para sus reinos. Pero ahora deseaba a Ravenna Caulfield.

—Ya lo sabes —añadió.

—Sí —respondió Wesley con despreocupación—. ¿Qué piensas de la hija del general?

—¿Quieres saber si creo que es la asesina?

—Quiero saber si piensas que podría ser condesa.

Cuatro años atrás, Vitor había pasado una quincena interminable aguantando el interrogatorio de su hermano mayor sin decir una sola palabra. En ese momento, a pesar de lo mucho que lo había sorprendido la pregunta, mantuvo su paso firme.

—Supongo que sí.

—Es de sangre noble. —Wesley lo dijo como si no fuera una gran ventaja—. Su padre es el quinto hijo de un conde francés con pocas tierras y un estatus muy bajo, aunque disfrutó de cierta notoriedad durante los primeros meses de bonanza de Carlos Estuardo. Al principio, el general siguió los pasos de su padre, pero cuando lo llevaron a Rusia cambió de intereses y se marchó a Estados Unidos. Allí se hizo un nombre como asesor del ejército y empezó a criar perros de caza de primera clase. Al final acabó amasando una fortuna considerable y ahora posee muchas tierras. Creo que papá no pondría objeciones al pedigrí de la dama.

Vitor guardó silencio. No podía añadir nada.

—La señorita Caulfield también es arrebatadora. —Wesley hablaba con demasiada despreocupación—. Aunque como no tiene ninguna conexión con la nobleza la posibilidad de un matrimonio es cuestionable. ¿Sabías que es huérfana? Supongo que su padre adoptivo no se opondría a una relación temporal, aunque me imagino que sir Beverley podría ser más problemático. Aunque yo ya sé cómo sortear esa clase de inconvenientes. Ayer por la noche mantuve una conversación muy interesante con él mientras Sebastiao repartía los papeles para representar *Romeo y Julieta*. ¿No te parece peculiar que haya elegido esa obra teniendo en cuenta las circunstancias en las que nos encontramos? Aunque su alteza parece un tipo extraño. No sé cómo te las has arreglado para aguantarlo todos estos años.

Vitor había dejado de caminar.

Wesley se volvió para mirarlo.

—¿Hermano?

—¿Por qué me estás hablando de esto?

—¿Y por qué no?

—No juegues con ella para hacerme daño, Wes. Si lo haces, haré que te arrepientas.

Su hermano lo miró con los ojos entornados.

—Entonces no lo niegas, ¿eh? Y eso que me pareció que ella dijo que ya te había rechazado una vez.

Vitor se acercó a él. Eran de la misma altura y lo miró directamente a los ojos.

—Ya han pasado siete años, Wes. ¿Cuándo vas a superar ese rencor?

—Quizá no sea el rencor que siento por ti lo que me atraiga de la señorita Caulfield, sino su encanto natural. No soy el único hombre de este castillo que la ha estado observando con atención.

La noche anterior, cuando estaban en el salón, Sebastiao preguntó por ella y Vitor fue a buscarla. Pero el guardia encargado de su protección le informó de que se había retirado pronto.

Wesley pareció estudiarlo.

—Ah, por lo visto no sabe lo que piensa la dama —dijo como para sí mismo—. Puede que piense que a ella le guste otro. —Entornó los ojos—. Dime, hermanito, ¿qué se siente?

Aguardó un momento y luego se dio media vuelta para entrar en el castillo.

Vitor lo siguió. La actividad del salón resonaba en las paredes del gran vestíbulo. Ravenna apareció en la puerta. Se acercó a él sin detenerse, se agachó en el suelo de piedra y cogió al cachorro. Le acarició el cuello y luego siguió por detrás de las orejas.

—Monsieur Sepic está en el salón haciendo gala de su completa inutilidad —dijo cuando dejó el perrito en el suelo. El cachorro atacó los bajos de su vestido—. Ha acusado a lord Whitebarrow de ser obstinado y arrogante, cosa que es perfectamente cierta, y a la duquesa le ha dicho que no deja de decir tonterías. No la entiende cuando habla francés, y ella se niega a hablarle en inglés. Es muy entretenido. —Le brillaban los ojos. Entonces frunció el ceño—. Por lo menos es mejor que la cena de ayer por la noche. —Ravenna siguió a Vitor

por el vestíbulo seguida del cachorro—. ¿Has descubierto algo interesante esta mañana?

—Las botas y los bajos de la casaca de Martin Anders estaban empapados. Cuando he salido al alba, me he encontrado las prendas secándose delante de la chimenea. Debe de haber estado fuera bastante rato para acabar con la ropa tan mojada.

—Como todo el mundo. Los invitados pasean dentro de los muros del castillo bajo la supervisión de los guardias del príncipe. Puede que saliera a pasear al alba para evitar encontrarse con los demás. Las botas de sir Henry están muy brillantes para haber ido tantas veces a las caballerizas.

—Feathers es bastante más rico que Prunesly. Tendrá más de un par. Pero es posible que el hijo de Prunesly no tenga más que uno.

—¿Y tú? ¿También eres bastante rico?

Vitor no pudo evitar sonreír.

—Siempre dices cosas muy raras.

—Mi padre intentó inculcarme modales, pero no le escuchaba mucho. Petti y sir Beverley llevan años desesperándose conmigo. Aunque no soy la única que dice cosas raras de los dos.

—Solo soy un segundo hijo.

—El segundo hijo de un noble rico, según dicen, y eso debe significar que vives bastante cómodo, eso si no eres asquerosamente rico. ¿Por qué estás aquí?

Vitor la miró.

—¿Qué estás haciendo en las montañas de Francia, en marzo, en una fiesta cuyo único objetivo es que un príncipe portugués encuentre esposa? —le aclaró.

—¿Cuánto tiempo llevas pensando en eso?

—Se me acaba de ocurrir. En realidad se me ocurrió cuando te vi sacar tu caballo. Es un animal precioso. Soberbio. Debe de haberte costado una fortuna.

*Ashdod* había costado una fortuna, pero solo le había supuesto una mera fracción del dinero que tenía en los bancos de Londres y de Lisboa.

—¿Me estabas mirando desde la ventana? —le preguntó.

—Estaba en el establo examinando una pezuña hinchada.

¿Antes del alba? Aunque también estaba en el establo después de medianoche cuando la conoció. Esa vez no la había visto y ella no le había dicho que se encontraba allí.

—¿Vestida así?

Le miró la ropa. El vestido rosa era juvenil, ligero, y se le ajustaba demasiado bien a los pechos. Parecía que acabara de entrar, porque tenía las mejillas encendidas por el frío y el dobladillo lleno de paja y barro.

—Te recuerdo que despedazaste mi mejor vestido.

Le dedicó una sonrisa exageradamente dulce.

Él negó con la cabeza.

—Yo...

—¿Te sientes culpable?

¿Por haberla dejado en ropa interior y haber podido ver la belleza que esconde bajo la ropa? «No.» No sabía qué decir.

Ella se rió.

—Tengo más vestidos. Pero como Ann Feathers invitó al príncipe a examinar mi guardarropa mientras yo estaba en la habitación del ama de llaves, ahora sé que su alteza prefiere que lleve los suyos en lugar de los míos. Me prestó este y dos más, todos con muchos más lazos y encajes. Lady Margaret tiene un gusto muy florido.

Él inclinó la cabeza y le dijo al fin:

—Siento habértelo destrozado.

—No pasa nada, pero no vuelvas a hacerlo. Puede que tú seas un aristócrata rico, pero yo soy hija de un vicario pobre. No me podré

permitir pagarle el vestido a la señorita Feathers si se te ocurre destrozar alguno de los suyos la próxima vez.

—No creo que haya una próxima vez.

Ella batió rápidamente las pestañas, dos veces.

—En ese caso quizá quieras reconsiderar la fiabilidad del guardia que me has asignado. No lo vi por ninguna parte cuando el señor Anders me arrinconó junto a mi habitación ayer por la noche.

«Celos.» Una punzada caliente y rápida.

—Anders seguía en el salón cuando me retiré. —¿Le había mentido el guardia cuando aseguró que Ravenna se había retirado pronto?—. ¿Cuando lo viste?

—No creo que sea el asesino —se limitó a contestar.

—¿Tienes algún motivo para pensarlo?

—No. Como dicen esos teólogos medievales que a mi padre le gusta tanto citar: soy una mujer y carezco de habilidad para razonar. Por tanto, las conclusiones a las que llego no están basadas en la lógica, sino en las emociones, cosa que, según el señor Anders, me sobra.

A Ravenna se le nublaron los ojos.

Él la agarró del codo y la detuvo.

—¿Qué pasó?

«Ravenna.» Quería decir su nombre. Ella le había dado permiso. Pero hacerlo lo convertiría en un sinvergüenza, en un tonto. Lo deseaba con demasiadas ganas.

Ella miró la mano con la que él le agarraba el codo y se le contrajo la garganta con suavidad. Se soltó.

—Tuve ocasión de ver de cerca el moretón que tiene en el ojo —dijo—. Si goza de buena salud física y mental, y parece que sí, creo que se hizo la herida pocas horas antes de que encontráramos el cadáver. El señor Walsh podría haber golpeado al señor Anders en el ojo. Aunque lo más acertado sería concluir que el señor An-

ders es un necio. Pudo haberme hecho daño, incluso haberme amenazado, y no lo consiguió.

Vitor intentó que no se le notara el enfado en la voz.

—Quizá pretendiera congraciarse contigo con la intención de actuar más tarde, cuando no lo esperes.

—¿Seduciéndome con malas intenciones? Aunque no me refiero a las intenciones que tenías tú, claro.

En los ojos de la joven se adivinaba diversión e incertidumbre.

—Ravenna.

Vitor se permitió el placer de decirlo. Era embriagador.

Ella bajó la vista, como si por un momento también hubiera sentido lo mismo. Luego la levantó con seguridad.

—No te pediré que vuelvas a disculparte. —Le dedicó una sonrisita impenitente—. Pero me gusta verte arrepentido.

—No te confundas. De lo único de lo que me arrepiento es de no haber conseguido que disfrutaras del momento que compartimos en el establo.

A ella le brillaron los ojos.

—Esa admisión te costará una disculpa cada hora de aquí en adelante.

—No la tendrás.

—¿Por qué no?

Porque la absolución por confesar un pecado requería una verdadera penitencia. Y Vitor ni estaba arrepentido ni era un penitente. No solo quería que ella disfrutara de sus caricias, sino que las esperara.

—¿Por qué piensas que Anders no tiene malas intenciones? —le preguntó.

—Pensé que quizá hubiera tratado de engatusarme para que confiara en él. Pero la verdad es que no creo que sea lo bastante inteligente como para planificar algo así. —Hizo una pausa—. ¿Es lo que estás haciendo tú?

—Pensaba que ya habías decidido que no soy el asesino.

—Acabas de evitar contestar a mi pregunta sobre tu presencia en Chevriot. Y el guardia que dijiste que me habías asignado es, como poco, inconstante. Estoy empezando a desconfiar de ti.

—Hablaré con él. —Se acercó a ella—. Debes confiar en mí. Puedes hacerlo.

Ella volvió el hombro como si se dispusiera a marchar.

—¿Por qué estás aquí? A menos que lleves un disfraz espectacular, no eres el padre de ninguna doncella casadera ni una doncella casadera. ¿Verdad?

Oírla bromear sobre su recelo le daba esperanza.

—Llevo diez años viviendo en la corte del príncipe Raynaldo, el padre de Sebastiao, en calidad de persona relacionada con la familia. En este momento hay unos asuntos de Estado que requieren la presencia del príncipe Raynaldo en casa. Me pidió que acudiera a esta reunión en su nombre.

—¿Para servir al príncipe?

—Para que me asegure de que elige esposa.

—¿Y ya tienes favorita? —La reticencia le seguía tiñendo la voz. Ravenna levantó la mano y se puso un mechón de pelo descarriado detrás de la oreja, luego se mordió el labio inferior—. Para él.

Vitor se obligó a mirarla a los ojos.

—Cualquiera que no haya asesinado y castrado a un hombre servirá.

—Vaya. Veo que tienes grandes expectativas. El príncipe sabe que estás investigando el asesinato al margen de la actuación de monsieur Sepic, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y confía en ti?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque durante la guerra hice un trabajo similar.

Ella guardó silencio un momento.

—Creo que deberíamos hacer una lista de los sospechosos y buscar sus respectivos móviles individuales. A monsieur Sepic todavía no se le ha ocurrido algo tan evidente, quizá se lo podríamos proponer nosotros. Y entonces podríamos ir eliminando de la lista los que nos parezcan más improbables.

Ravenna parecía tener una curiosidad infinita y, sin embargo, no quería hacerle más preguntas sobre su vida.

—Lo haremos esta tarde, cuando vuelva al castillo.

Ella asintió y se separó de él. Entonces se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Ni rastro del perro de mademoiselle Dijon durante tu paseo?

—No. —Después de visitar la ermita para llevarle una botella a Denis, había cabalgado por los caminos que rodeaban el castillo y seguido el curso del río que había intentado tragársela. A excepción de los caminos por los que había pasado Sepic para llegar hasta el castillo desde el pueblo, las pezuñas de *Ashdod* habían pisado nieve virgen. Nadie había transitado por aquella montaña desde la última nevada—. Solo el ermitaño.

—¿El ermitaño?

—El fraile que vive en la ermita que hay bajo la cresta de la montaña.

Ella abrió sus ojos brillantes como estrellas.

—¿Hay un ermitaño viviendo en la montaña? ¿En serio? ¿Hay alguna otra información que quieras compartir conmigo? ¿O acaso su excelencia no piensa que yo merezca conocer detalles que podrían ser claves para resolver este misterio?

—No te estoy escondiendo nada. —Excepto que cuando adivinaba la distancia que estaba viendo en sus ojos en ese momento, algo se le retorcía por debajo de las costillas—. El padre Denis lleva tres

décadas viviendo allí. La familia del príncipe lo conoce mejor que nadie. Y como no soy duque bastará con que te refieras a mí como milord. O Vitor.

Quería oírla decir su nombre.

—No debo llamarte por tu nombre.

Sus ojos seguían distantes.

—¿Por qué metiste un perro en mi cama?

—Pensé que quizá necesitaras compañía.

Esbozó una sonrisa fugaz y se volvió de nuevo. Vitor la vio marchar; el dolor era cada vez más intenso.

¿Martin Anders? Ella pensaba que era idiota, pero ¿habría aceptado sus atenciones? ¿Habría dejado que se acercara a ella? ¿Y qué pasaba con los demás hombres? ¿Cuáles de ellos aparte de Wesley y Anders la veían como una conquista potencial?

Vitor fue hacia el salón; por debajo de la piel le hervía una ira que no había sentido desde hacía dos años y medio. Él no era ningún asesino, pero si algún otro hombre de aquel castillo la tocaba, podría llegar a convertirse en uno.

# 9

## *Una especie de armadura*

Mientras Ravenna hacía una lista de sospechosos y el alcalde se acariciaba el bigote pelirrojo con aire meditabundo, lord Vitor estaba sentado en un sillón al otro lado de la habitación con evidente desinterés: la observaba. Hablaba muy poco, y solo intervenía cuando monsieur Sepic le hacía preguntas directas. Pero no se mostró en desacuerdo cuando ella dejó la lista definitiva de sospechosos sobre la mesa.

—Martin y Cecilia Anders —leyó Ravenna—, Juliana Abraccia, Arielle Dijon, el príncipe Sebastiao y Ann Feathers. Todas estas personas son morenas, tienen el pelo largo y no son especialmente altas. Por un momento también pensé en la doncella de la cocina. Pero cuando el cocinero le lavó el pelo, mientras ella se encogía aterrorizada pues no se lo había lavado nunca, resultó que, por debajo de toda la porquería, en realidad es rubia. Así es la vida de la servidumbre. —Ravenna sonrió, pero le temblaron los labios. Lord Vitor no batió ni una de sus larguísimas pestañas—. Esos son sus sospechosos, monsieur Sepic. Incluyéndome a mí, claro.

Cuando dijo eso, lord Vitor la miró con indulgencia. El alcalde lo hizo confundido, aunque parecía su forma de mirar más habitual, así que Ravenna no le dio mucha importancia.

—Tenemos que pedirles a todos que escriban una carta de muestra y así podremos comparar su caligrafía con la de la nota que en-

contramos en el bolsillo de la víctima —sugirió cuando vio que el alcalde seguía en silencio.

—Hmmm. *Peut-être.* —Se atusó el bigote más deprisa—. *Mais.* —Miró al noble—. ¿Se ha preguntado por qué un hombre que no es un caballero se pondría una armadura a las diez de la noche?

—O, tal vez, la pregunta sea por qué un asesino querría vestir un cadáver con una armadura —dijo lord Vitor arrastrando las palabras. Debía de estar fingiendo esa forma de hablar. El hombre que se había sumergido en un río helado y luego la había llevado sin vacilar hasta la casa por entre toda aquella nieve, no parecía la clase de persona propensa a arrastrar las palabras. Pero parecía que quisiera que Sepic creyera que sí—. ¿Sería tan amable de examinar la armadura con más detalle, señor? —le preguntó con la misma pereza.

—Ah, *oui.* Excelente sugerencia, monsieur. Le pediré al herrero del pueblo que venga a ayudarme.

—¿Sabes algo sobre armaduras medievales? —le susurró Ravenna al noble cuando salían de la habitación.

—Lo suficiente.

—Me parece que deberíamos investigarlo, pero tendríamos que hacerlo antes de que Sepic y su herrero destruyan las posibles pistas.

—Entonces lo haremos esta noche, mientras los demás estén entretenidos con alguna actividad —le dijo mirándola con esos ojos del color de la medianoche que tanto la confundían.

No confundían a Juliana Abraccia, ni a lady Penelope, ni a Ann Feathers, o a cualquiera de las demás doncellas casaderas de la casa. Cuando él hablaba con ellas, las jóvenes le respondían con placer y muy contentas, como si ganarse su atención fuera un regalo digno de aprecio. Los caballeros tampoco eran inmunes a sus encantos. Su carácter relajado transmitía una fuerza y una autori-

dad a la que incluso respondían los nobles que había entre los invitados y el príncipe. Y su sonrisa le garantizaba la soberanía. Cuando sonreía, las damas batían las pestañas y suspiraban encantadas, y los caballeros se relajaban. Lord Vitor tranquilizaba a todo el mundo.

Menos a ella, por lo visto.

—Esta noche —accedió con determinación ignorando las mariposas que le revoloteaban en el estómago.

Algunos de los asistentes opinaban que, dado que habían asesinado a un hombre en el castillo, no era apropiado organizar ningún baile. Pero el príncipe Sebastiao ignoró sus objeciones e insistió en que bailaran después de la cena. El joven señor del castillo se propuso animar a sus taciturnos y agitados invitados y les pidió a Arielle Dijon y a Cecilia Anders que se turnaran al piano, y a lord Case y al señor Anders que pasaran las páginas de las partituras.

—Cruza esa puerta y entra en el salón de una vez —le dijo Petti a Ravenna por encima del hombro. Le sonrió cuando empezaron a sonar las alegres notas de la primera pieza—. Ninguno de estos caballeros te va a morder, ¿sabes?

—Uno de estos caballeros —o de las damas—, es un asesino —susurró ella mientras miraba por entre su hombro y el de sir Beverley a los hombres y mujeres que se alineaban en el salón. El príncipe Sebastiao se desplazaba entre ellos con exclamaciones de placer y emparejaba damas y caballeros muy contento—. Que me muerdan es lo único que no me preocupa.

—Entonces, ¿eso es lo que hacías encerrada con Courtenay durante por lo menos una hora después de comer? —A Petti le brillaron los ojos—. No te culpo.

Sir Beverley alzó una ceja firme.

—Yo no bromearía con ella, Francis. Solo conseguirás que se ponga más terca.

—Eso es verdad. —Petti suspiró y negó con la cabeza—. Es una obstinada.

—Me encanta que habléis de mí como si no estuviera delante. Y, evidentemente, monsieur Sepic estaba en esa habitación con nosotros esta tarde. Aunque yo hubiera querido, él no me habría mordido estando el alcalde presente.

—¿Y querías? —le preguntó Petti.

Ravenna se sonrojó.

—Oh, por el amor de Dios. Id a bailar.

Su amigo se marchó con sir Beverley y un brillo de felicidad en los ojos. Lady Iona se separó del grupo y corrió hacia ella.

—No se marche ahora, muchacha. Por fin tenemos la oportunidad de divertirnos un poco. Mire a todos esos caballeros con ganas de pasárselo bien.

—No puedo —dijo Ravenna observando cómo lord Vitor hablaba con Cecilia Anders. Sintió náuseas—. Tengo que hacer una cosa.

—No hay nada más importante que conseguir la mano de un príncipe, muchacha —la regañó la belleza escocesa—. ¿Para qué ha venido si no? ¡Oh, mire! Su alteza todavía no tiene pareja.

—Usted tampoco. Y a mí no me gusta bailar. —Ravenna dejó de mirar al hombre más apuesto de la sala—. Vaya a divertirse.

La joven frunció sus cejas castañas.

—Muchacha, he visto cómo movías el pie al ritmo de la música.

—Eso no es lo mismo que bailar.

Iona la cogió de la mano.

—Me caes bien, Ravenna. Y no pienso aceptar un no por respuesta.

Tiró de ella.

Entonces se agarró al marco de la puerta.

—No es que no quiera bailar, Iona —susurró—. Es que no sé.

Y menos como aquella gente. Quizá se atreviera con algún baile rural, aunque tampoco se sabía los pasos. Siempre cogía las manos

que no tocaban y marchaba en direcciones opuestas al resto de bailarines. Pero los granjeros nunca se preocupaban por esas cosas siempre que hubiera cerveza y risas.

Sin embargo, esa colección de lores y damas era distinta. Ya notaba la mirada de lady Penelope. No es que le importara lo que pensaran de ella esa clase de chicas. Pero tampoco le gustaba inmolarse por voluntad propia.

—¿Cuándo pensabas aprender a bailar, muchacha? —quiso saber Iona.

—Nunca.

—Yo te enseñaré.

Ravenna miró por encima del hombro de lady Iona y vio que lord Vitor se acercaba a ellas.

—No. —Apartó la mano—. De verdad. Tengo que irme.

La preciosa cara de Iona se iluminó.

—Milord.

Lo cogió del brazo porque ella, la espabilada hija de una duquesa, podía hacer esa clase de cosas. Iona quería hacer esas cosas, como cualquiera de las chicas del castillo, pero Ravenna no, no le importaba lo firme y musculoso que pudiera ser ese brazo. Notó que se enardecía y se incomodaba solo con pensar en ello.

—La señorita Caulfield me acaba de contar una historia muy trágica —dijo Iona frunciendo sus preciosos labios.

«No.» Oh, no.

—¿Ah, sí?

Su tono era despreocupado, pero la miró.

—Resulta que no sabe bailar. —Iona lo soltó y se acercó a Ravenna para entrelazar el brazo con ella—. Solo hay una solución: debe usted enseñarle, milord.

Él esbozó una sonrisa.

—Sería un honor.

—No. No es verdad. —A Ravenna le fallaban las palabras—. Y tampoco debería intentarlo. Esta tarde he resbalado sobre el hielo y me he torcido el tobillo —se inventó—. Quizá mañana.

—Como quiera. Lamento mucho que se haya hecho daño —le dijo con aparente sinceridad. Se volvió hacia la belleza escocesa—. ¿Le apetece bailar, milady?

Ella lo cogió del brazo.

—Claro, milord.

Se marcharon. Iona la miró con curiosidad, y luego le dedicó una preciosa sonrisa a lord Vitor.

Ella suspiró aliviada, salió del salón y se encaminó a la armería.

—¿Cómo tienes el tobillo? —preguntó la voz de lord Vitor desde la puerta de la armería. El guardia estaba un poco más atrás—. ¿Está mejor ahora que has evitado el baile?

Ravenna dejó el catálogo de armas y armamento que había encontrado en un estante y se levantó.

—Mucho mejor, gracias.

Vitor le hizo un gesto al guardia para indicarle que podía marcharse y entró en la estancia.

—¿Había mucho hielo esta tarde en las habitaciones de lady Grace y lady Penelope?

—Lady Whitebarrow me hizo salir antes de que pudiera registrar nada. Donde sí pude entrar fue en el dormitorio de la señorita Anders, pero no encontré nada de interés. —Entrelazó las manos a la espalda—. Y no lo he dicho para poner una excusa. Lo he hecho para no insultarte.

—¿Tan terrible te resultaba la idea de bailar conmigo?

—Más bien humillante.

—Me siento halagado, señora.

—No es por ti —le aclaró—. La verdad es que no tengo ninguna sincronización. Si crees que se me da bien blandir una horca para remover heno, te sorprendería saber lo mortales que pueden ser mis pies cuando ocupan el espacio equivocado.

—Agradecerte que me hayas salvado de tal tortura sería poco caballeroso por mi parte y también poco sincero. Así que prefiero guardar silencio. —Miró a su alrededor. Aquella estancia era más bien un almacén y estaba llena de armas en distintos niveles de deterioro—. ¿Qué haces aquí? La armadura que llevaba Walsh sigue en el vestíbulo.

—Tenía la intención de ir allí. Pero entonces le pedí a monsieur Brazil que me abriera esta habitación. La otra noche encontramos esto en el bolsillo de su abrigo.

Saco la vaina de una daga. Tenía grabado un escudo de armas en tonos dorados, rojos y azules, y estaba en perfecto estado; no parecía que tuviera más de dos décadas a juzgar por el estado de la piel y del cierre de seguridad metálico, y le habían dado un buen uso. También estaba vacía.

Lord Vitor miró la funda.

—¿Has venido aquí a buscar la daga antes de registrar las pertenencias de los invitados?

—Y la montaña de basura que hay junto al muro del patio de la cocina. Y los árboles que hay cerca de la terraza. Y el río.

Vitor dejó la vaina junto a un montón de dagas que ella había encontrado mientras lo esperaba. Ravenna comprendía muy bien por qué suscitaba tanta admiración entre los demás invitados. Se movía con tranquilidad y, sin embargo, parecía calcular todos sus movimientos, como si todo, desde el más efímero de los detalles o la persona menos importante, merecieran toda su atención.

En ese momento tenía la funda de la daga entre sus grandes y fuertes manos. Él la había abrazado con esas manos. ¿habría abrazado también a alguna de las demás damas del castillo?

«No importaba.» No debía importarle.

—Me ha parecido lo más sensato —le dijo con un hilo de voz—. Si la daga estuviera aquí, no tendríamos que buscarla en la habitación de nadie y sabríamos que el asesino no se deshizo de ella en otra parte.

—Se te da muy bien emplear esa razón de la que careces por ser mujer, señorita Caulfield.

—Esta tarde me has llamado Ravenna.

—Eso ha sido antes de que te negaras a bailar conmigo. —Apareció el pliegue de su mejilla—. Tengo que salvaguardar mi honor.

—¿Y tu honor permitiría que me dieras tu opinión sobre un asunto potencialmente delicado?

Él alzó un poco las cejas.

Ella se aproximó a él y acercó la funda de la daga a la luz.

—¿Ves estas fibras? ¿Ves que parecen formar parte de la zona inferior de la funda?

—¿Qué les pasa?

Vitor tenía la cabeza agachada y hablaba con la boca a la altura de su frente.

—La funda no tiene forro. El interior es de piel y está sin pulir. Estas fibras son de alguna cuerda que alguien podría haber metido dentro de la funda. O quizá sean fibras que se hayan quedado pegadas a la daga después de que alguien cortara alguna cuerda con ella.

—Interesante. ¿Y el asunto potencialmente delicado?

—¿Por qué querría el señor Walsh cortar una cuerda con una daga decorativa? Y para ser más concretos, ¿por qué llevaría un arma de este estilo a una cita nocturna con una mujer, suponiendo que se había citado con una mujer?

Se hizo el silencio. Ravenna lo miró.

—¿Lo sabes? —le preguntó.

—No. Pero me parece que tú tienes una hipótesis que te apetece compartir conmigo.

—El carnicero solía visitar a la cocinera en el... en el sitio donde yo vivía cuando era una niña. Por aquel entonces yo no sabía lo que ocurría en la despensa, solo que tenía que esperar un cuarto de hora más para poder entrar a coger el té de mi directora y que luego me ganaba un buen tirón de orejas. Pero años después empecé a figurármelo. Petti me explicó el resto. De joven había sido todo un donjuán.

—¿Ah, sí?

—Veo que te sorprende.

—No es verdad. Aunque tengo curiosidad por saber cómo es posible que esta pequeña pista —hizo un gesto para señalar la funda—, te haya llevado a esa conclusión.

—He pensado en otras cosas. Pero ninguna era igual de interesante. Es más, ninguna me conducía a un crimen pasional como el del señor Walsh. La herida que tiene habla por sí sola.

—Es posible.

—He registrado esta habitación. Ahora deberíamos registrar las habitaciones de los demás.

—Eso deberá esperar a mañana por la mañana. Cuando me he marchado, el baile ya casi había terminado.

Se había quedado en el salón. Quizá hubiera bailado con las demás damas. Seguro que sí.

—En el otro extremo del pasillo hay una exposición de armas y armaduras que podemos inspeccionar ahora —le dijo—. Siempre que no estés tan cansado de bailar que no puedas ayudarme, claro.

—Me parece que, si me esfuerzo lo suficiente, puedo seguir despierto unos cuantos minutos más.

Ravenna cogió el candil.

—Como despreciable y rico segundo hijo, no te queda más remedio que pasar noches enteras bebiendo, jugando a las cartas y disfrutando de las fiestas, y después dormir durante todo el día, ¿no?

—Más o menos.

Vitor apagó la vela que llevaba y le cogió el candil. Le rozó los dedos. Ella apartó la mano y se apresuró hacia el corredor.

En la pared se extendía un magnífico e impresionante despliegue de armamento bélico. Estaba iluminado por la antorcha que ardía pegada a la pared. Sobre una rejilla de hierro, habían dispuesto petos y otras partes de armaduras como si fueran muñecas de papel. También había un desfile de lanzas, espadas, sables y arcos colocados de forma decorativa. La exposición estaba salpicada de escudos engalanados con sus respectivos blasones nobiliarios.

—Los señores de este castillo iban muy bien equipados —murmuró Ravenna.

—Ese lugar donde la cocinera recibía a su visitante —dijo mientras el brillo del candil se reflejaba sobre el acero—. Donde vivías. Era un orfanato, ¿verdad?

—Sí.

Vitor no contestó, se limitó a examinar la armadura. Él era un noble y ella una huérfana, y Ravenna tenía más cosas en común con una chuleta de carnero que con él. Pero respetaba su inteligencia y la hacía reír. Y al mirar su perfil en ese momento le provocaba una sensación interior que se debatía entre el pánico y un placer extraño.

—¿Le has puesto nombre a tu perro? —le preguntó.

—No es mi perro.

—Pero ¿le has puesto nombre?

—*Gonzalo.*

—¿*Gonzalo*? Qué raro.

—San Gonzalo de Amarante fue un sacerdote que vivió en el siglo trece. Un hombre muy cosmopolita a pesar de sus votos. Al final acabó siendo santo. Pero su sobrino, que tenía mucho que ganar si Gonzalo se corrompía, lo lanzó a los perros.

—Supongo que el sobrino no apreció el cambio de actitud de su tío.

Vitor la miró.

—Ese perro ha mordido una de las mejores botas que tenía.

Ravenna sonrió.

—Todavía tienes la otra.

—Gracias. Eso me irá muy bien si pierdo la opuesta del otro par.

—¿Tienes otro par de botas idéntico?

Él frunció el ceño.

—¿Para qué querría un par de botas idénticas?

—No lo sé. Tú eres el despreciable y rico segundo hijo. Dímelo tú.

—Yo...

Oyeron unas risas que resonaban en la arcada y la luz de las velas empezó a acercarse a ellos reptando por las paredes. Lord Vitor apagó el candil y tiró de ella hasta que estuvieron detrás de la cortina de hierro.

—Qué...

Él negó con la cabeza y la soltó.

Unos pasos ligeros se desplazaron por el suelo de piedra y apareció una dama delicada con un vaporoso vestido blanco seguida de un caballero con el cuello de la camisa tan alto que le rozaba las orejas. Juliana Abraccia parecía huir, pero iba demasiado despacio como para poder dejar atrás las decididas zancadas de Martin Anders.

—¡Oh, signore Anders! ¡No puede hacer esto!

—Pero querida señorita Abraccia, no puedo evitarlo.

Ravenna se cruzó de brazos. Solo hacía una noche que la había estado cortejando a ella.

Se le puso la piel de gallina y se frotó los brazos. A pesar de que solo había unas diminutas ventanas en el muro, el corredor era mucho más frío que el almacén, que estaba encarado al sur. El vestido de muselina que le había dejado Ann era muy práctico para la fiesta que se celebraba en la habitación contigua, que estaba muy bien aclimatada gracias a las dos modernas chimeneas y a los numerosos bailarines que había en ella, pero era ridículamente ineficaz para esconderse por los rincones de la fortaleza.

Sin embargo, el hombre que tenía al lado parecía muy cómodo. Debía de ser por... Ravenna no tenía ni idea. No sabía mucho sobre lord Vitor Courtenay, salvo que era menos estable de lo que demostraba delante de los demás, y que el temblor de sus piernas por debajo de su finísima falda tenía más que ver con su cercanía que con el frío. De repente le vino a la cabeza el absurdo recuerdo de su cuerpo encima del suyo en el establo, de su peso atrapándola contra la paja.

No se había vuelto a acercar tanto a ella desde que la había sacado del río. Pero en ese momento casi se rozaban los brazos —el de Vitor definido por la tela de su casaca, y el suyo prácticamente desnudo hasta el hombro. La respiración de Vitor era acompasada y lenta. Era evidente que a él no le afectaba la cercanía a pesar de haberle confesado, cuando estaban en la ladera, que seguía deseando besarla. Ella suponía que un imprevisto chapuzón en el agua helada del río podía aliviar el ardor más insistente.

—¿Por qué nos escondemos? —dijo por debajo del trino de las falsas protestas de Juliana y los embates alcoholizados del señor Anders.

Lord Vitor la fulminó con la mirada.

—No pueden oírme —susurró—. Sus risitas lo enmascaran todo.

Le apareció una uve en la frente y la observó como lo hacía algunas veces, como si pretendiera encontrar en sus rasgos la respuesta a una pregunta que no había formulado. Cuando la miraba de esa forma no tenía frío. Le subía la temperatura y se sentía insegura.

«Tendría que haberle dejado que me enseñara a bailar.»

Ese pensamiento apareció de la nada. Ravenna no quería pensar esas cosas. Ella no quería aprender a bailar y no quería que Vitor la volviera a tocar. Incluso la caricia de su mirada del color de la medianoche en ese momento la hacía sentir muy incómoda.

Entonces él entornó los ojos de un modo que ella no había visto hasta ese momento y le miró los labios.

—¿Por qué estoy dejando que se me entumezcan los dedos de los pies? —se obligó a decir. Cualquier cosa servía para detener el doloroso placer que se estaba desatando en su interior. Lo que fuera. Porque fue justo en ese momento cuando comprendió que era doloroso. Cuando él la miraba de esa forma, notaba una tristeza en el pecho y en el vientre de la que necesitaba escapar. Ese había sido el motivo por el que se había ido del salón hacía unas horas, para evitar su mirada oscura y para evitar tener que volver a tocarlo—. ¿Para que pueda ver cómo el señor Anders seduce a la señorita Abraccia después de fracasar conmigo? —se obligó a decir—. Se cree que es un poeta, pero no es más que un niño.

Vitor dejó de mirarla y se volvió hacia el corredor.

—Los asesinos pueden llevar máscaras.

Ravenna miró por entre los agujeros de la reja, su aliento estaba empañando el peto de plata que tenía colgado delante. Juliana dio otro refinado paso con la intención de alejarse del señor Anders. Luego cambió de dirección y cayó sobre su pecho con toda la intención de sucumbir a él.

No podía seguir mirando. Era absurdo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque yo también me he puesto esas máscaras. Pero ya no lo hago. —Sus ojos, que la volvían a mirar fijamente, brillaron a la luz de la antorcha—. ¿Fracasado?

«¿Vitor es un asesino?» ¿Ese hombre que había arriesgado su vida para rescatarla del río? ¿El único hombre del castillo que no era el asesino que buscaban? De eso estaba segura.

—¿Él... qué?

Cada vez que respiraba perdía un poco más la razón.

El señor Anders seguía murmurándole cosas a la señorita Abraccia al otro lado del corredor. Lord Vitor apretó los dientes.

—¿Te refieres a él? —susurró Ravenna. ¿A Martin Anders?

Lord Vitor no dijo nada, solo la miraba.

—Pues claro que ha fracasado —le dijo—. Es un mequetrefe y yo no...

—No lo ha conseguido. —Las palabras parecieron salirle de lo más profundo del pecho. Vitor miró hacia el techo, luego se miró los pies y entonces, al fin, le volvió a mirar los labios con cierta reticencia—. ¿Yo también fracasaría?

Tenía la voz inconfundiblemente ronca.

A Ravenna se le hizo un nudo en el estómago. Vitor no estaba bromeando, no le estaba hablando de la misma forma que lo había hecho otras veces. Era una pregunta seria y estaba esperando una respuesta. Debería marcharse. Inmediatamente. Tendría que abandonar aquel escondite sin perder un segundo y evitarse problemas.

—¿Fracasarías?

Él la miró con seriedad.

—No.

El calor y la confusión hormigueaban bajo la piel de Ravenna. «Deseo.» De repente lo tenía muy claro. Demasiado claro. Ella quería que él la tocara a pesar de lo mucho que la aterrorizaba.

—¿No? —le preguntó.

Entre ellos ya apenas corría ni una brizna de aire gélido.

—No —respondió—. A menos que me vuelvas a morder.

Vio asomar una sonrisa en los ojos de Vitor y, de repente, pudo volver a respirar.

Él le tocó la mano.

Y ella se olvidó de respirar.

# 10

## *La caricia*

Ella hacía mucho tiempo que deseaba que alguien la tocara, pero quería que la tocaran de verdad, no le bastaba con las palmaditas de Petti o el contacto fugaz de alguna mano amiga. Llevaba muchas noches añorando el contacto de la masa caliente de *Bestia*, para poder acurrucarse contra él y sentirse a gusto. Y cuando aquel hombre la cogió en brazos, Ravenna se sintió segura a pesar del helado estupor.

En ese momento, cuando él la rozó con la mano, no sentía ni consuelo ni relajación, solo miedo. Todo su cuerpo se preparó para salir corriendo, pero cuando le rozó los nudillos con suavidad, las suelas de sus pies siguieron pegadas al suelo de piedra. Fue una caricia muy superficial, pero la encendió por dentro. Vitor empezó a tocarla con la yema de los dedos, sin rozarla apenas, un contacto muy efímero, y, sin embargo, ella se sentía plena. Seguía sin poder respirar. Nadie la había tocado nunca de aquella forma. Nadie la había tocado como si quisiera sentirla, como si quisiera conocer esa pequeña parte de ella, cualquier parte de ella.

Entonces le tocó las yemas de los dedos mientras la miraba fijamente. Ravenna no esperaba el hormigueo que le provocó el jadeo sorprendido que se le escapó.

Él la acarició con suavidad y, por dentro, sintió un vacío, el florecer del deseo y una agitación embriagadora. Vitor tenía la mano

caliente. La tomó de la suya para que pudiera sentir su fuerza. Ella lo observó iluminada por la palidez de la antorcha: contempló la firmeza de su mandíbula y las sombras que bailaban en sus ojos. Lo que le estaba haciendo era tan íntimo y estaba tan mal como el beso que le había robado en las caballerizas. Pero en ese momento no le estaba imponiendo nada, solo existía el deseo que crecía en su interior y la embriagadora exploración de los dedos de aquel hombre.

Luego le pasó el pulgar por la palma de la mano. «No debería permitirlo.» Se le escapó un diminuto susurro de resistencia. Él repitió la caricia. Era un placer extraño y profundo del que ella no sabía nada, y Ravenna era tan consciente de su ignorancia como suponía que lo sería él de su seguridad. Lo advertía en la forma de sus labios: Vitor tenía la boca cerrada, pero ella se había quedado boquiabierta. Cada vez que él le acariciaba la palma de la mano, a ella se le aceleraba la respiración. Pero se dio cuenta de que a él le pasaba lo mismo, y que se le agitaba el pecho deprisa y con fuerza.

Le volvió la mano, entrelazó los dedos con los suyos y pegó la palma a la suya.

Ravenna reprimió un suspiro. Se le cerraron los párpados. Estaban piel con piel, podía sentirlo entre los dedos y cuando le rozaba la palma de la mano le provocaba un hormigueo que la mareaba un poco. Le parecía un milagro poder estar conectada así con alguien, sentir el calor de la vida de un hombre entrelazado con el suyo. No podía escapar. A pesar de lo fuerte que era, Vitor la estaba reteniendo con el poder de su voluntad. No quería separarse de él, solo quería seguir disfrutando de aquella conexión de piel y calor. Entonces se dio cuenta de que levantaba la cabeza y le miraba los labios. Sus hombros se rozaron. Ella lo sentía por todas partes. Vitor agachó la cabeza.

—Ravenna —susurró pegado a los suyos.

Una bofetada resonó por el corredor.

—*¡No, signore!*

Ella se soltó de la mano de él. Se esforzó por ver lo que ocurría al otro lado de la verja.

Juliana corría por el pasillo tapándose la boca con la mano. El señor Anders se había quedado allí plantado y se bamboleaba ligeramente mientras la luz de la antorcha le iluminaba el ceño fruncido. La joven desapareció por las escaleras. Pero Anders rugió con rabia y la siguió. Ravenna se posó las manos en la falda y se obligó a mirar al hombre que tenía al lado. Vitor tenía la mano en la nuca y los hombros rígidos. La miró de reojo. Inspiró hondo y se detuvo en sus labios durante un buen rato.

—Deberías irte —le dijo en voz baja—. Ahora.

Ella cogió el farol, salió de detrás de la verja y cruzó el corredor a toda prisa. Él la siguió a cierta distancia sin ocultar el sonido de sus pasos, pero ella no miró atrás. No sabía por qué había dejado que la tocara. No debería haberlo hecho. Y, aún así, sabía que él la seguiría hasta su dormitorio para asegurarse de que llegaba bien.

Ravenna se desperezó después de haber pasado otra noche sin dormir, se vistió y se fue a buscar a la hija del general Dijon. Arielle estaba sentada en el salón vacío y tenía las manos inmóviles encima de las teclas del pianoforte. Cuando la vio acercarse se levantó y cruzó el salón con los ojos brillantes.

—¿Han encontrado a *ma petite*? —preguntó esperanzada—. ¿Han encontrado a *Marie*?

Su inglés era suave y su acento galo le daba musicalidad a su discurso.

Ella negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero estoy segura de que la encontrarán.

La pasada noche, ella y Vitor no habían hablado sobre el perro, aunque ella tenía la intención de hacerlo. No habían buscado la daga ni tampoco habían repasado ninguno de los demás detalles de la investigación. Se habían dedicado a hacer manitas en la oscuridad. Y él había estado a punto de besarla.

Cuando se sentó con Arielle en el sofá, notó cómo le ardían las mejillas.

—¿Por qué está aquí sola? El príncipe ordenó que todo el mundo debía estar siempre acompañado de, por lo menos, dos personas.

—Mademoiselle Anders estaba aquí conmigo, pero hace algunos minutos se impacientó y se marchó.

—¿Y por qué se impacientó? ¿Lo sabe?

Arielle negó con la cabeza.

—Mademoiselle Dijon, todavía no he tenido la oportunidad de hablar con usted sobre la noche que asesinaron al señor Walsh.

La joven francesa frunció su precioso ceño.

—Entonces es cierto —dijo—. ¿Usted y lord Vitor esperan desenmascarar al loco que cometió esos crímenes?

—¿Lo sabe todo el mundo?

—Lady Iona me dijo que le parecía que estaban ustedes investigando. Monsieur Sepic es...

Hizo un gesto totalmente galés con sus delgados hombros.

Lady Iona era demasiado observadora para el gusto de Ravenna, y era evidente que monsieur Sepic no inspiraba confianza a ninguno de los invitados de Chevriot.

—¿Es cierto? —preguntó la chica francesa.

—¿Puedo ser sincera con usted?

Arielle asintió y abrió los ojos: sus pestañas negras contrastaban con el tono pálido de su piel. Era una preciosidad, tenía la piel suave como la porcelana, rizos negros y los labios perfectos, parecía una muñeca.

—Ayer, monsieur Sepic nos sugirió a lord Vitor y a mí que su perro había desaparecido justo en un instante en el que, suponiendo que usted hubiera asesinado al señor Walsh, le habría venido muy bien una distracción para parecer menos sospechosa.

La joven abrió los ojos como platos.

—*Mais*, ¡yo nunca asesinaría a un hombre!

Ravenna suspiró con rigidez.

—Esperaba que dijera eso.

—¿Y qué otra cosa podría decir?

—Que jamás se le ocurriría poner a *Marie* en peligro ni se separaría de ella, ni siquiera para ocultar un crimen.

Ahora frunció sus labios sonrosados con inquietud.

—Pero es cierto.

—Pues claro. Comprendo muy bien el cariño que le tiene. Y es precisamente ese cariño y que haya insistido usted en que nunca asesinaría a un hombre, lo que demuestra su inocencia.

—Si no hubiera sido una persona incapaz de asesinar a otra, ¿habría hablado primero de *Marie*?

Ravenna asintió.

Arielle se llevó una mano delgada a los labios temblorosos.

—Pero su desaparición me ha dejado desolada.

Le cogió las manos.

—La encontraremos. Se lo prometo.

—Ah. —Se oyó un sedoso ronroneo procedente de la puerta—. Qué escena más conmovedora. —Lady Penelope inclinó su cabeza rubia hacia los rizos plateados de su hermana—. Por lo visto nuestra amiga del campo no sabe que una dama debe contener el impulso de atacar a sus conocidos. —Se encogió de hombros con delicadeza y entró en el salón—. Supongo que no le importa, ¿verdad, mademoiselle? En América debe de estar acostumbrada a las faltas de tacto, *n'est-ce pas?*

Se le marcaron los hoyuelos de las mejillas y se agachó para sentarse en un canapé. Llevaba un impactante vestido de día. Su hermana se sentó a su lado. A pesar de la ausencia de sirvientes en el castillo, las dos aparecían cada día vestidas con una elegancia impoluta. Ravenna supuso que se ayudarían la una a la otra.

Arielle posó su delicada mano sobre la de Ravenna.

—*Merci*, mademoiselle —le dijo en voz baja.

Lady Penelope se rió.

—Querida mademoiselle Dijon, ella no habla francés. Señorita Caulfield, le ha dicho que se lo agradece.

—Gracias por la traducción. En realidad me alegro de verla. Monsieur Sepic me ha pedido que le pregunte a usted, a su madre y a su hermana lady Grace sobre la noche que se cometió el asesinato. —Mintió sin que le remordiera ni un ápice la conciencia—. Podemos empezar ahora.

—Cuando se refiera a mi madre debe llamarla lady Whitebarrow —dijo Penelope—, eso si dejo que hable de ella. Y cuando mi hermana y yo estemos preparadas para contestar preguntas impertinentes de una campesina indigente y presuntuosa ya se lo haré saber.

—Su hermana es duquesa, Penny —susurró lady Grace como si las demás no pudieran oírla perfectamente.

—¿Disfrutó del baile de la pasada noche, señorita Caulfield? —le preguntó lady Penelope con dulzura—. Ah, me olvidaba. No sabe bailar, ¿verdad?

Ravenna se enardeció.

—Mira, Grace —dijo Penelope con una sonrisa en sus labios perfectos—. Se le nota el rubor incluso estando tan morena. Increíble.

—Vaya, qué preciosa reunión de pajarillos —exclamó lady Margaret desde la puerta.

Apareció cogida del brazo de Petti y respiraba con dificultad. A su acompañante le brillaban los ojos. Le encantaba estar acompaña-

do de mujeres locuaces y hombres guapos. Teniendo en cuenta que entre los invitados se encontraban lady Margaret y la duquesa McCall, y varios hombres muy atractivos, Petti estaba de un buen humor perpetuo a pesar del asesinato y el robo. Ravenna no pudo evitar sonreír.

Entraron en el salón y la tímida Ann apareció también detrás de su madre.

—Ven, Ann querida. —Lady Margaret le hizo gestos con su mano rechoncha para que la siguiera—. Tienes que enseñarles las perlas que tu orgulloso papá te ha regalado esta mañana.

El ratón asomó por detrás de la matrona.

—Oh, señorita Feathers. —Arielle se acercó y alejó a Ann de su madre—. Su padre debe de quererla mucho. Es un collar precioso.

Era grande, vulgar y debía de pesar como tres kilos. Sir Henry tenía muy buen gusto para elegir a sus pura sangre, pero por lo visto no sabía escoger joyas de mujer. La pobre Ann caminaba prácticamente encorvada, y lucía dos círculos carmesíes sobre las mejillas que no combinaban nada con su vestido a rayas de color gris y amarillo.

—Madre mía —ronroneó lady Penelope—. Menudo despliegue.

Pero no se refería al collar de Ann, sino al pronunciado escote de lady Margaret, que borbotaba por encima de su corsé como una sopa en ebullición. La esposa de sir Henry había empezado a ponerse vestidos muy atrevidos y a agacharse delante de lord Prunesly. El reputado erudito que tanto nombre tenía por toda Europa gracias a sus descubrimientos en materia de filosofía natural, no parecía muy interesado en aquel ansioso espécimen biológico.

—No puedo estar más de acuerdo, querida —dijo Petti en un tono agradable, y sentó a lady Margaret en un sillón que había al lado de las gemelas—. Las damas tienen un encanto especial cuando van bien adornadas.

Penelope le dio un codazo a su hermana.

—Pero ¿no cree, señor que dadas las circunstancias en las que nos encontramos, es un poco inapropiado comportarse como si estuviéramos de fiesta cada día? —le espetó Grace.

—Pero, querida, es que sí que estamos en una fiesta. Y nuestro anfitrión quiere que nos divirtamos. Por tanto, debemos hacerlo. Cuando se está bajo la amenaza de un asesino, una dama debe ponerse más guapa que nunca. Para alegrarnos a todos, ¿comprende? Debemos seguir el ejemplo de ese tipo del medievo que escribió ese libro tan brillante. Cuando todos los campesinos estaban muriendo de peste, las damas y los caballeros se marcharon al campo y se entretuvieron explicando unas historias encantadoras. Diez historias cada noche durante diez días, hasta que pasó la plaga de peste.

—¿Ah, sí? —canturreó Ann.

—Ya lo creo, querida. Esos italianos eran muy inteligentes.

—Pero, monsieur —intervino Arielle—, esta peste seguirá entre nosotros por mucho que intentemos escapar. Uno de nosotros es el asesino.

—Yo me declaro inocente. —Lord Case entró en el salón—. ¿Me creeríais, mademoiselle?

Arielle bajó la mirada con modestia.

—Si vos lo decís, milord.

—Hablando de italianos —dijo Petti—, ya solo nos falta la compañía de la señorita Abraccia, la señorita Anders y lady Iona para completar el grupo de sacrificios virginales de la casa. ¿Qué opina, milord? ¿Deberíamos llamar a las demás y encargar un óleo de la escena?

La habitación se quedó en silencio absoluto. Ravenna reprimió una carcajada. Lord Case sonrió, pero miró a la hija del general. En cuanto le prestó toda su atención, el placer desapareció de sus ojos. La risa de Ravenna se extinguió.

—Oh, señor. —Lady Margaret se deshizo en estridentes carcajadas—. ¡Me halaga! Ya han pasado diecinueve años desde que yo era una doncella, aunque quizá no se habría dado cuenta de no ser porque mi querida Ann está aquí sentada. Es usted muy divertido.

Le dio una palmada juguetona en la mano.

—Señor Pettigrew. —Ann entrelazaba los dedos sobre su regazo—. Le ruego que me disculpe, pero está siendo injusto con su alteza. Es un buen hombre. Yo no consideraría un sacrificio casarme con él. En realidad siento todo lo contrario.

Lady Margaret esbozó una sonrisa orgullosa de oreja a oreja.

—Así es como habla una auténtica dama, señorita Feathers. —Petti miró a su alrededor—. Bueno, ¿a quién le apetece interpretar algo de Shakespeare? Yo nunca he actuado, pero cuando era joven conocí a muchas actrices, así que supongo que se puede decir que soy un experto en teatro.

—Oh, señor. —Lady Margaret se rió—. ¡Es usted incorregible!

—Me encanta que las damas me digan eso, querida. Usted recíteme sus frases y yo intentaré ponerme a la altura. Señorita Feathers, venga a ayudarnos a su madre y a mí.

Ann se acercó obediente, se sentó junto a lady Margaret, y los tres inclinaron la cabeza sobre el texto.

—Lord Case —dijo lady Penelope con un tono almibarado—, ¿de verdad le apetece interpretar el papel de Benvolio? El primo de Romeo parece poco noble para usted. Quizá se lo tendrían que haber asignado a otro caballero.

—Teniendo en cuenta que en el castillo hay un príncipe, un conde, un barón y un caballero, por no mencionar a mi aterradoramente impresionante hermano, tendría que darme miedo exigir otro papel que no sea el que me otorguen esos inestimables caballeros.

—Es usted demasiado modesto —ronroneó lady Penelope—. Eso demuestra su buen gusto, cosa que —miró a lady Margaret, dete-

niéndose un momento en Ravenna, y volvió a mirar al conde—, no es algo muy común entre los invitados del príncipe.

Él esbozó una rígida sonrisa.

—A decir verdad le hablo con mucha humildad. En realidad mi carácter no puede competir con ninguna de las damas presentes.

—Eso es imposible —se opuso lady Penelope inclinándose un poco hacia él como si Ravenna y Arielle no estuvieran delante—. Aunque supongo que tenemos que ser benévolos con nuestros inferiores.

Mademoiselle Dijon se puso en pie.

—Señorita Caulfield, me gustaría que me aconsejara sobre un gorro que he tejido para mi padre. ¿Sería tan amable de ayudarme?

Ravenna salió con ella del salón. Lord Case observó cómo se alejaba a pesar de que las gemelas insistían en llamar su atención.

Cuando cruzaron la puerta, Arielle agachó la cabeza apretando los labios.

—*Les soeurs*... lady Penelope y lady Grace... *ce sont des vipères*. ¿En inglés se dice así? ¿Las víboras?

Ravenna se rió.

—Sí. Supongo que hay mujeres que son espantosas en todos los idiomas.

—Pero debo advertirle, Ravenna... que a lady Grace no le gusta todo lo que dice su hermana.

—¿Qué le hace pensar eso?

—La otra noche, cuando lady Penelope bailaba con el príncipe, estuve observando a su hermana. Aguardaba sola junto a su madre. Y miraba a Penelope con una cara *froide comme la pierre*. Como una piedra.

Había ocurrido lo mismo durante la cena que se celebró dos noches antes. Grace estaba sentada junto a su hermana, pero se movía y hablaba como si fuera su sombra, la imitaba en todo. Sin embargo,

cuando estaba separada de su gemela, se comportaba de una forma muy distinta.

—Gracias por contármelo, mademoiselle Dijon.

—*Je vous en prie*, mademoiselle. *Enfin*, supongo que no quiere perder el tiempo cosiendo conmigo, ¿*non*? Ahora debe marcharse. Le ruego que resuelva este asesinato y que encuentre a *ma chère petite*.

Ravenna cruzó el pasillo donde la noche anterior había estado a punto de perder la cabeza al sentir el contacto de la mano de un hombre. Se detuvo al pie de la escalera. Oyó unas voces masculinas procedentes de una puerta que había cerca del comedor, y entre ellas distinguió el inconfundible acento de monsieur Sepic. Se acercó a la puerta abierta.

Los caballeros descansaban en una estancia con las paredes forradas de paneles de madera con una mesa de billar en el centro. Sir Henry y el príncipe estaban junto a la mesa con sendos tacos de billar en la mano, y el general Dijon los observaba. Lord Prunesly le daba la espalda al juego y admiraba, a través de sus anteojos, un diagrama de perros de caza enmarcado con un cristal, y su hijo estaba encorvado en un rincón con un mechón de pelo sobre la frente.

Sir Beverley se había sentado con su elegancia habitual en un sillón orejero delante de monsieur Sepic, que tenía un vaso en la mano lleno de un líquido ambarino. Y lord Vitor se encontraba apoyado en la pared junto a la chimenea, y fue el único hombre de la habitación que advirtió su presencia.

Los únicos caballeros que faltaban en aquella reunión eran lord Whitebarrow, Petti y lord Case.

Sir Henry levantó la vista de la mesa.

—Ah, señorita Caulfield. —Se acercó a ella con el taco de billar en la mano—. Estoy encantado de verla. ¡Encantado! Nos encuentra

entregados al vicio de buena mañana. Su alteza le estaba enseñando a milord —hizo un gesto señalando a lord Prunesly—, unos cuantos trucos del juego, y como ha vuelto a nevar, los demás nos hemos sumado al entretenimiento. Pero eso no tiene ninguna importancia para una chica inteligente como usted, ¿verdad? ¡Inmensamente inteligente se lo aseguro, caballeros! La cataplasma que le puso a mi caballo en la pata ha funcionado. Esta mañana ha dado tres vueltas al patio sin quejarse ni una sola vez. Aunque sigue cojeando. Aún tardará un tiempo en cicatrizar. Pero ha mejorado mucho. En nombre de Zeus, ¡ya lo creo! Ahora tendré que llamarla lady Milagros. —Adoptó una expresión meditabunda—. Sería un buen nombre para un caballo.

—Ah, mademoiselle. —El príncipe se acercó a ella, le cogió la mano y se la llevó a los labios—. Le da usted luz a esta reunión de caballeros con la sonrisa de sus ojos. Con eso me basta para estar alegre toda la mañana. —Ladeó la cabeza—. Y, sin embargo, y aunque suene grosero, me voy a aprovechar de que soy su anfitrión para pedirle que me regale también una sonrisa de sus labios para estar alegre todo el día.

Ravenna claudicó.

—¿Con esto bastará, alteza?

El príncipe le estrechó la mano.

—Bastaría para toda una vida si no fuera tan avaricioso. —Hizo un gesto en dirección a la mesa de billar—. Como verá tenemos mucho trabajo.

«Nada que tenga que ver con la investigación del asesinato.»

Ravenna se contuvo para no mirar a lord Vitor.

—Ya veo. ¿Y lord Prunesly ya ha aprendido lo necesario para convertirse en un buen oponente?

—Me temo que no tiene mucha habilidad para el juego —dijo el príncipe frunciendo los labios. Bajó la voz—. Ya conoce a estos ratones de biblioteca. Mucho cerebro pero ninguna valentía.

Le guiñó el ojo.

—Mi hermana Eleanor es una erudita y tiene el valor de un arcángel. Pero como estamos en su casa dejaré que siga usted equivocado.

Él le sonrió e intentó hacerla entrar en la habitación. Ella apartó la mano.

—No quiero interrumpir su partida. —Ni acercarse más al hombre junto al que había estado en la oscuridad la noche anterior. Ya tenía el pulso lo bastante acelerado, y eso que él se encontraba en la otra punta de la habitación—. Quería hablar con monsieur Sepic.

—Ah. —El príncipe se puso serio de repente y alargó el labio inferior—. Querida señorita, está usted dedicada a una tarea que, si pudiera, preferiría fingir que no existe. Me avergüenza.

—No es mi intención.

—Verá, Dijon —exclamó sir Henry—. Ya le he dicho que se le dan muy bien los caballos. Pero apuesto a que también sabe mucho de perros. Debería dejar que se ocupara de su perrita cuando la encuentren.

—Gracias, señor —contestó ella. Luego se volvió hacia el alcalde Sepic. El hombre tenía las piernas cruzadas y se aferraba a su vaso, parecía que no tuviera ninguna intención de moverse en todo el día—. Monsieur, ¿puedo hablar con usted?

—*Mais bien sûr, mademoiselle.*

Se levantó.

—¿En el pasillo? —le sugirió.

El alcalde se despidió de los hombres inclinando la cabeza varias veces y se apresuró a salir de la sala. Todos los caballeros la estaban mirando, pero a ella solo le importaba el hombre de la casaca azul, una prenda que parecía hecha del mismo color de sus ojos para que pudiera destrozar a cualquier desafortunada mujer a la que se le ocurriera mirarlo. La noche anterior la había mirado con intensidad, pero en ese momento solo brillaba en sus ojos un interés relajado.

Entonces salió al pasillo.

—¿Monsieur, ha pensado en lo que le sugerí sobre pedir a todos los invitados que escriban el mensaje que encontramos en la nota que llevaba el señor Walsh en el bolsillo para que podamos comparar la caligrafía?

—Ah, *oui.* —Asintió y se atusó el bigote—. Es una idea excelente, *vraiment.* Pero en esta ocasión no nos será de mucha ayuda. Verá, mi investigación ha tomado otra dirección.

La dirección hacia la sala de billar, por lo visto.

—¿Y qué dirección es esa?

—Entienda que no puedo compartir información de la policía con una dama, *naturellement.* —Le sonrió con gran condescendencia—. Verá, mademoiselle, todo irá bien. No tiene que —*comment dire?*—, preocuparse.

—Monsieur, solo tiene que pedirles a los sospechosos que le proporcionen una muestra de su letra y yo me encargaré de comparar las notas con la prueba.

—*Oui, oui.* Muy buena idea. —Se atusó el bigote de nuevo—. Prometo pensar en ello. —Miró con impaciencia por encima del hombro de Ravenna—. Mademoiselle.

Se despidió con una inclinación de cabeza y regresó a la sala del billar.

Ravenna soltó un suspiro cargado de frustración. Pero era de esperar. Hasta hace dos días, aquel hombre solo era el alcalde de un minúsculo pueblo de montaña. Ahora, unos caballeros ricos y poderosos se esforzaban por congraciarse con él con la esperanza de que no los acusara de asesinato. Monsieur Sepic estaba flotando en un embriagador delirio de felicidad.

Lo entendía. La noche anterior, cuando estaba en la galería y aquel hombre noble le había acariciado la mano y le prestó más atención de la que le había prestado ningún otro, ella también había delirado un poco.

Subió al piso de las habitaciones y comprobó que la puerta del dormitorio de lady Penelope y lady Grace seguía cerrada. Sepic no pensaba dejar que le ayudara con la investigación. Y lord Vitor no parecía muy interesado en el misterio aquella mañana.

Aunque quizá la actitud de lord Vitor no tuviera nada que ver con el asesinato. La noche anterior él le había pedido que se marchara, y ella había obedecido de inmediato. Pero antes de esa insensatez de acariciarse las manos, se llevaban muy bien. De hecho, comprendía que las cosas se hubieran puesto un poco raras entre ellos. No podían volver a quedarse a solas. Y quizás él pensara lo mismo.

Fue a la sala en la que habían estado examinando el cuerpo. Monsieur Sepic se lo había llevado de allí; solo quedaba la ropa del señor Walsh y la armadura. No vio nada entre sus prendas que le proporcionara más información de la que ya tenía. Cuando estaba deslizando los dedos por encima de las escasas posesiones que el hombre llevaba encima antes de fallecer, se detuvo en su anillo de sello. Parecía un objeto de mucho valor para un hombre de su clase. Aunque también lo era un anillo de oro y rubíes para una mujer que hasta hacía tres meses solo era una sirvienta.

No había vuelto a ver el anillo de su familia desde que se lo entregó sir Beverley. La idea de casarse con el príncipe Sebastiao —o con cualquier otro hombre— le parecía ridícula. Se lo comunicaría a Arabella en cuanto regresara a Inglaterra. Le devolvería el anillo a su hermana y regresaría a...

«Ninguna parte.» Ya no se podía quedar en Shelton Grange. Pero regresar a casa de su padre y volver a vivir bajo su autoridad después de haber pasado seis años de libertad virtual, y esa vez sin la compañía de *Bestia*... «Impensable.» En la residencia ducal de Arabella tendría menos restricciones, pero seguirían siendo mayores de lo que le gustaría.

Se quedó mirando el anillo del señor Walsh. En su día fue secretario de un marqués. Puede que se lo diera su patrón. O quizá lo hubiera robado. Tal vez él también hubiera ido al castillo de Chevriot para evitar la cárcel. Como ella.

Le parecía increíble que solo fuera una coincidencia que un hombre hubiera viajado hasta Francia para alojarse en una casa junto a los hijos de su antiguo patrón. El príncipe Sebastiao había asegurado que su padre, Raynaldo, no había invitado a Oliver Walsh a la fiesta, y que Walsh era un intruso. Pero quizá no lo supiera todo. Y era posible que lord Vitor no le hubiera contado todo lo que sabía sobre la presencia del señor Walsh en Chevriot. Puede que no le estuviera contando toda la verdad.

Contempló el anillo más detenidamente con una extraña pesadez en el pecho. Tenía grabada la cabeza de un león. Hizo memoria. Cerró los ojos, pasó el dedo por el grabado y luego se lo pegó a la palma de la mano. Dos noches atrás había examinado de cerca el moretón que Martin Anders tenía alrededor del ojo. Y enterrado en ese moretón, pegado a la huesuda cuenca del ojo, había visto una profunda laceración del tamaño del león de aquel anillo.

Se moría por metérselo en el bolsillo, pero sabía que si alguien le registraba las cosas, quedaría como una ladrona con un interés especial en anillos de hombre de gran valor, así que lo dejó donde estaba. Pero se sentía optimista. Había conectado dos pistas, aunque ninguna de ellas tenía nada que ver con el marqués de Airedale o con sus hijos. Disminuyó el dolor que sentía en el pecho. Tendría que compartir su descubrimiento con lord Vitor de inmediato.

Pero entonces recordó cómo la había mirado en la sala de billar y sus ojos inescrutables, y se le quedaron los pies pegados al suelo.

Ya se lo diría a la hora de comer. Entonces insistiría en que el señor Anders escribiera esa nota y compararían las caligrafías.

Se volvió hacia la ropa del señor Walsh. No encontró ninguna pista nueva. Cogió la nota, la desdobló, volvió a examinar las palabras, y pasó la yema del dedo por el sello roto mientras pensaba en cómo convencer al resto de los sospechosos para que le proporcionaran una muestra caligráfica. Quizá pudiera engañarlos, inventarse algún juego que requiriera que todos escribieran y sugerírselo al príncipe. Seguro que aceptaba. Desde que la habían tirado al río, Sebastiao se había mostrado muy atento y encantador. Era alegre y un poco exaltado, pero afectuoso y de buen talante, no tenía nada que ver con el canalla disoluto que había creído que era cuando lo conoció.

¿Cuánto le habría contado lord Vitor sobre su investigación encubierta? O puede que —al igual que el beso del establo y el momento que habían compartido tras la verja la noche anterior—, fuera su secreto, que solo conocía la observadora lady Iona y ahora Arielle Dijon. Pero él sabía lo del beso. Ella se lo había dicho.

Colocó el pulgar en el centro del disco de cera. La punta encajaba perfectamente en la suave hendidura. La acercó a la vela con cuidado de que no se fundiera. Había una huella dactilar superficial encima.

El día anterior, monsieur Sepic había encontrado el papel y la cera con la que se había escrito y sellado la nota en un cajón del salón de la torre. Pero ahí acabó toda la curiosidad que le había despertado la nota. Sin embargo, alguien —una mujer—, había dejado una huella dactilar en ese círculo de cera caliente. Debió de haberse quemado el dedo.

«Ha llegado la hora de examinar las huellas dactilares.» Ravenna salió de esa pequeña sala helada que se encontraba en el rincón más alejado del castillo y se encaminó hacia la torre noroeste. Todavía no había tenido tiempo de examinar la gota de sangre que lord Vitor le había dicho que había encontrado en la manecilla de la

puerta, y sospechaba que monsieur Sepic también habría ignorado aquella pista. Cuando le hubiera echado un vistazo, intentaría abrir de nuevo la habitación de las gemelas Whitebarrow.

Lord Vitor le había sugerido que registrara la ropa de las damas en busca de alguna mancha de sangre. ¿Cómo creía que podría hacer una cosa como esa? Quizá solo pretendía mantenerla ocupada con alguna tarea imposible. Puede que en realidad no quisiera resolver el misterio. Tal vez no tuviera interés en descubrir la identidad del asesino. Quizá... cuando le estuvo cogiendo la mano detrás de las armaduras la noche anterior, solo lo hizo para distraerla y que no siguiera buscando la daga.

No la seguía ningún guardia. A pesar de las órdenes de Vitor, ella todavía no había visto al hombre que le había asignado. ¿O acaso no le había asignado ninguno?

En la última escalera de caracol que daba acceso a la habitación de la torre, el aire estaba inmóvil y frío. Cuando llegó arriba, su aliento se había convertido en vaho. Giró la manecilla y entró en la estancia.

Al otro lado de la sala había una mujer inclinada sobre una mesa, con la falda subida a la altura de la cintura, y el trasero completamente desnudo a la luz del invierno que se colaba por las ventanas. Un hombre rubio con los calzones bajados hasta las rodillas estaba colocado entre sus piernas separadas, la agarraba de las caderas y la embestía como lo haría un carnero.

«Ahora ya sé donde estaba lord Whitebarrow.»

Ravenna se quedó paralizada.

La mujer rugió:

—Más fuerte. —El siguiente rugido fue una súplica—. Se lo suplico, milord. Más fuerte.

—Zorra —le espetó, y la embistió con tanta fuerza que la mesa crujió.

Ella se tambaleó hacia atrás y se golpeó el hombro contra el marco de la puerta. Su amortiguada exclamación de sorpresa sonó por debajo de los gruñidos de lord Whitebarrow.

Lady Iona giró los hombros, se le salían los pechos del vestido y, cuando la vio, abrió los ojos como platos. Se miraron la una a la otra, las dos paralizadas. El conde alargó el brazo, le metió la mano en el corpiño y la embistió de nuevo. La preciosa cara de la joven se contrajo en una mueca de dolor. Cerró los ojos, agachó la cabeza y gimió:

—Sí, milord. Sí. Justo así.

«Por lo visto, en realidad no siente dolor.»

Ravenna se peleó con la manecilla de la puerta, salió de la habitación y la cerró lo más silenciosamente que pudo. Luego se apoyó en la pared y trató de recuperar la respiración.

Lady Iona y lord Whitebarrow.

«¿Lady Iona y lord Whitebarrow?»

Podría haber imaginado que se encontraría con la señorita Abraccia y el señor Anders. Tampoco le habría sorprendido toparse con lady Margaret y a lord Prunesly, eso si el hombre olvidaba alguna vez sus estudios, claro. Pero ¿Iona? ¿Y lord Whitebarrow? Él estaba casado y ella era... por lo visto no era virgen después de todo. Cierto que llevaba varios días haciéndole comentarios subidos de tono sobre los caballeros de la casa. Pero cuando estaba acompañada se comportaba con recato.

Sin embargo, lo que estaba haciendo con lord Whitebarrow en aquella estancia no tenía nada que ver con el recato. Ravenna no sabía que un hombre podía aparearse con una mujer como si fuera un semental montando una yegua. Ella siempre había imaginado que las personas copulaban cara a cara. A fin de cuentas, podían hacerlo. Era anatómicamente más viable. Las hembras del mundo animal tenían pezuñas y zarpas para sostenerse. Las mujeres no.

Haciéndolo cara a cara una mujer no tendría que preocuparse por acabar con las rodillas arañadas o, en ese caso, con astillas en los codos. Pero no le había parecido que Iona tuviera ningún problema con la mesa. Al contrario. Y lord Whitebarrow tampoco parecía especialmente incómodo.

«¿Zorra?»

No podía imaginarse que ningún hombre le dijera algo así. La habían llamado marimacho, y a menudo. Pero ¿zorra? Le encantaría poder borrar aquellos sonidos y las imágenes de su cabeza. Especialmente la mirada horrorizada de Iona. Y su gemido de placer. «Todo el episodio.» Se le estaban clavando las ballenas en las costillas y se sentía acalorada.

Al otro lado de la puerta, los rugidos y los gemidos aumentaron. Ravenna se separó de la pared, se tapó los ojos y corrió escalera de caracol abajo.

Vitor se obligó a soportar unos cuantos minutos más el peloteo de los caballeros con Sepic antes de marcharse de la sala de billar. Ya había pasado el tiempo suficiente para evitar que ninguno de ellos se pudiera imaginar que estaba siguiendo a Ravenna.

Pero sí que la estaba siguiendo.

La noche anterior, cuando se encontraban en aquella galería, no había sido capaz de alejarse de ella lo suficientemente rápido. Pero apenas había cerrado la puerta de su habitación cuando —al tiempo que oía los ladridos del perrito que ella le había obligado a quedarse—, se maldijo por haberse marchado tan rápido. Le había pedido que se alejara de él como medida de seguridad temporal. La había deseado desde la primera vez que le puso las manos encima. Pero no supo hasta qué punto hasta que ella no le dio la mano en la oscuridad.

—Monseigneur. —El general Dijon salió de la sala detrás de él—. Le ruego que espere un momento. —Se le acercó con la espalda tan recta como cualquier buen militar—. Mi hija ha oído que usted y la señorita Caulfield están investigando el asesinato y el robo del perro por su cuenta.

—Así es, señor.

El general relajó el ceño.

—Bien. Quizá así encontremos al criminal.

—Me temo que de momento tenemos más dudas que respuestas.

—De todos modos saberlo me tranquiliza. —El general negó con la cabeza—. No pretendo insultar a Sepic. El servicio que hace para esta comunidad es admirable. Pero no confío mucho en su inteligencia.

Vitor pensó que era mejor no contestar.

—Verá —prosiguió el general con cierta urgencia—, la perra no solo es un animal fantástico para la cría. Mi mujer se la regaló a nuestra hija. Durante mucho tiempo fueron, ¿cómo se dice?, incompatibles, siempre tenían conflictos. Mi esposa estaba desesperada y triste. Ya sabe como son las mujeres.

Muy poco. Y menos una en particular.

—Yo quiero mucho a mi hija —le confesó el general—. Pero mi mujer, señor, es la reina de mi corazón. Lo es desde hace veinte años. Cuando le regaló la perrita y volvieron a llevarse bien, no le podía pedir nada más a la vida.

—Comprendo.

—Confío en que la encontrará.

—Lo haré.

Primero tenía que encontrar a la mujer. Dejó al general y se marchó a buscarla. Un guardia la había visto subir las escaleras que daban acceso a la torre noroeste. Vitor empezó a ascender por la escalera de caracol. No pasó ni un segundo desde que escuchó los pasos y vio el cuerpo que bajaba por la espiral.

Ravenna chocó contra él.

—¡Oh!

Él la cogió y la agarró de los hombros para estabilizarla y ella levantó la cabeza para mirarlo. Tenía una mirada distante.

—¿Qué pasa? —Miró hacia la curva de la escalera y escuchó con atención por si alguien la seguía. Pero Ravenna tenía una expresión de confusión, no de miedo—. ¿De qué huyes?

—De nada. De nada en absoluto.

Agachó la cabeza e intentó deshacerse de sus manos, pero él no la soltó. Le posó un dedo bajo la barbilla y le levantó la cabeza.

—Cuéntamelo.

—He dicho que no es nada.

—Jamás te he visto huir de nada, ni siquiera de mí. No me mientas.

Tenía la piel caliente. Ravenna le paseó los ojos por la cara.

—Huí de ti el día del establo.

—Ravenna...

—Pero ahora no estoy huyendo. Me estoy alejando rápidamente de dos personas que no deberían estar haciendo lo que están haciendo cuando me las he encontrado por accidente.

—¿Dos personas?

Ravenna apartó la cabeza y él dejó que se separara un poco. Pero seguía teniendo las mejillas sonrojadas.

—¿Qué dos personas?

—No te lo puedo decir. Yo no soy lady Penelope.

—Cosa que agradezco mucho.

Ella parpadeó.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. —Aquella mañana no había estado pensando en las palabras de los antiguos profetas ni de los apóstoles de las escrituras, sino en ella—. ¿En qué te diferencias de esa joven?

—Yo no voy por ahí difundiendo chismes malintencionados.

«Ah.» Vitor apoyó el hombro en la columna central de la escalera.

—Decirme a quien has visto no es difundir un chisme malintencionado. Como imagino que ya sabes, yo no pienso explicárselo a nadie.

—Eso no lo sé. ¿Cómo se enteró lady Penelope de que no sé bailar?

—No se lo dije yo.

—¿Y cómo es posible que el señor Walsh trabajara para tu padre pero tú no tuvieras ni idea de que estaría en este castillo francés justo cuando tú y lord Case estáis aquí?

—No lo sé. Es posible que mi hermano lo sepa, pero si es así no me lo ha explicado.

—¿De verdad?

—Sí. Ravenna, te estoy diciendo la verdad.

Ella apartó la mirada.

—No sé si lo que acabo de descubrir tiene alguna utilidad para resolver el asesinato.

Pero incluso mientras ella hablaba, Vitor advirtió que dudaba de sus palabras y que estaba preocupada. La joven no tenía una naturaleza propensa al secretismo, era más bien sincera. Tenía manos de sanador y la belleza de una criatura salvaje, y él quería abrazarla y descubrir su sabor, en ese momento, allí, hasta saciarse.

Ravenna se mordió el labio inferior.

—Tengo la sensación de poder ver cómo trabaja el mecanismo de tu cerebro —dijo para olvidarse de lo que quería hacer con sus labios.

Ella subió un escalón y se separó un poco más de él.

—Mi cabeza no es un reloj. No hay ningún mecanismo.

—Comparte tus pensamientos conmigo. Por favor —añadió.

—He visto a lord Whitebarrow, pero... no estaba con lady Whitebarrow.

No le sorprendía. Como la mayoría de los hombres de su estatus, Whitebarrow cogía lo que quería. Quizá le resultara más instructivo conocer la identidad de su acompañante.

Ella esbozó una sonrisa reticente.

—Yo he pensado lo mismo.

—¿Y qué es?

—Que con una condesa tan fría como su mujer no me extraña que se fije en otras.

Mientras se perdía en los brillantes ojos oscuros de la mujer que tanto deseaba, recordó la devoción que el general había manifestado sentir por su esposa.

—Whitebarrow no estaba solo mirando.

En los ojos de Ravenna volvió a aparecer la confusión que él había advertido en ellos cuando la tocó la noche anterior.

—No —admitió.

—¿Con quién estaba?

—No te lo puedo decir.

Había pocas opciones. Lady Margaret: improbable. La duquesa: improbable por distintos motivos. Una sirvienta: era posible.

—Lady Iona —le espetó.

A Ravenna se le escapó un jadeo.

—No te lo puedo confirmar.

Se le daba tan mal ocultar sus sentimientos como esconder su belleza debajo de esos vestidos sencillos y los peinados mal hechos. La había estado observando en compañía de los demás invitados, y tenía pocas dudas acerca de sus lealtades.

—De todas las mujeres que hay en esta casa, irías a la horca por lady Iona o por la señorita Feathers.

Ella levantó un poco la barbilla.

—Puede que no me conozcas lo suficiente como para saber a quién protegería llegado el caso.

—Claro que sí.

—¿Ah, sí? Entonces ya que has dejado tan claro conocer mi lealtad hacia las mujeres de la casa, dime, ¿a qué caballeros defendería?

—A sir Beverley y a Pettigrew.

—Eso es evidente.

En ese momento le podría decir lo que tendría que haberle dicho cuando estaban a oscuras en aquel pasillo y le ordenó que se marchara. Le podría hablar del deseo que había visto brillar en sus ojos cuando la tocó con tanta sencillez, el evidente anhelo. Le podría decir que le había pedido que se marchara porque no había confiado en su capacidad para no aprovecharse de ello.

Le dijo:

—Y a mí.

# 11

## *La criatura salvaje*

Ravenna batió las pestañas.

—Eres increíblemente arrogante. Pero supongo que los hombres guapos siempre lo son.

—Mis palabras no son fruto de la arrogancia.

Eran fruto de una única caricia de sus manos. Vitor sabía que el sentimiento era mutuo.

Ella frunció el ceño y se le arrugó el puente de la nariz, una nariz que no era de proporciones clásicas ni coqueta y, por tanto, infinitamente más adorable. Luego lo apartó y corrió escalera abajo.

—Ya hablaré luego con ella. Cuando haya... acabado.

Pareció atragantarse con la última palabra.

Vitor se dio media vuelta, bajó detrás de ella y la agarró del brazo. La joven palideció.

Agachó la cabeza para que tuviera que mirarlo.

—Eres asustadiza como una potrilla.

—Me han llamado muchas cosas, pero nunca me habían comparado con un caballo. Gracias.

Maldita sea. Se sentía perdido. Él nunca había hecho aquello, ni siquiera algo parecido. No era cosa de hombres. Negó con la cabeza.

—No tienes nada que temer. No me tengas miedo. —La sentía debajo de su mano y quería que sus palabras fueran ciertas—. Mírame, Ravenna. Mírame.

Ella lo miró y Vitor vio que el pánico brillaba en las estrellas negras de sus ojos.

Ahora no podía decirle lo que le iba a decir, ya no estaba seguro del significado de aquellas palabras. Pero tampoco podía soportar inquietarla de ningún modo.

—Lo que pasó ayer por la noche no cambia nada. —Aquella mentira le costaría un mes de penitencia—. Eres muy guapa, estaba oscuro y yo soy un hombre, y eso es todo. Resolveremos este misterio, y cuando acabemos dará comienzo la fiesta del príncipe, tal como se había planeado. Hasta entonces, deja que las cosas sigan como estaban.

Se hizo el silencio. Vitor solo percibía el frío que anidaba en aquella torre medieval y los latidos de su corazón.

Entonces ella hizo una mueca con los labios.

—¿Te refieres a como eran cuando estuve a punto de ahogarme en un río helado y tú arriesgaste tu vida para salvarme? —le preguntó—. ¿O como cuando te ataqué con una herramienta de granja y tú me besaste de todas formas?

Su espíritu era indomable. Él sonrió.

—Quizá debamos establecer normas nuevas.

Ella suspiró aliviada.

—Probablemente sea lo mejor.

Ahora tendría que soltarla. Pero tenerla entre sus brazos, incluso de aquella forma, le gustaba demasiado. Buscó las palabras que le ayudaran a retrasar el momento.

—La aventura entre esos dos... —Miró escaleras arriba—. ¿Crees que ella podría mentir en otros asuntos?

—No. No exactamente. Pero... ¿te fijaste en las caras de los demás cuando el príncipe anunció la muerte de Walsh?

No se había fijado. Él la estaba mirando a ella, como no había dejado de hacerlo desde que la había visto por primera vez.

—No.

—Ella no pensó en esconder su reacción.

—¿Y qué reacción tuvo?

—Sorpresa, creo. Pero no fue una sorpresa habitual. Se quedó mirando al príncipe como si estuviera asombrada, como si no esperara que él —el señor Walsh en particular—, muriera.

—Podría ser comprensible si había estado con él aquel día.

—Pero no había estado con él. Me dijo que no lo conocía.

—¿Crees que podría haber mentido al respecto?

—No lo sé —dijo despacio y posando los ojos sobre el brazo que él le seguía agarrando—. No voy a caerme por la escalera, ¿sabes?

Entonces la soltó.

—Y por cierto —dijo—, ¿de verdad me has asignado un guardia? Porque si no lo has hecho, haré caso omiso de todo lo que me digas. —Pero Vitor veía en sus ojos que no hablaba en serio. Por lo visto su desconfianza había sido momentánea—. Por otra parte —prosiguió Ravenna—. Si lo hiciste, debes saber que es del todo incompetente. —Siguió bajando por la escalera, pero ahora lo hacía sin prisas—. No tienes por qué malgastar uno de los guardias conmigo, ¿sabes? Llevo dos días paseándome por el castillo y por las caballerizas sin que haya ocurrido ningún incidente. Es más, antes de esta semana, había pasado veintitrés años paseando por el campo sin que nadie me controlara.

—Pero ahora no estás en el campo, sino en un castillo por el que anda suelto un asesino.

Ella lo miró por encima del hombro.

—En circunstancias normales soy muy capaz de defenderme sola. Excepto cuando hay ríos helados, claro —añadió.

Vitor se frotó el labio, que ya estaba casi curado del todo.

—Te creo.

Ella lo miró encantada.

—Es un alivio que no me sermonees. ¿Sabes?... Me gustas. Eres más listo que la mayoría de los humanos.

A Vitor se le apelmazó tanto la garganta que no pudo hablar. Inclinó la cabeza.

Ella esbozó una sonrisa cándida y desapareció escalera abajo.

Había olvidado explicarle lo de la huella dactilar que encontró en el sello de cera. Titubeó un momento mientras estaba cruzando la galería. Pero luego continuó incluso más deprisa que antes. Tampoco conseguiría nada compartiendo sus sospechas con él. Podía esperar. Y no estaba convencida de que pudiera mantener la expresión de despreocupación que se había obligado a poner cuando él la había llamado guapa, y luego le aseguró que el interés que había demostrado por ella detrás de la verja de las armas había sido completa, e incluso predeciblemente, momentáneo.

Ravenna quería creer que él era un hombre sincero. Pero ningún hombre le había dicho nunca que era guapa. Ni siquiera su padre. De vez en cuando, Petti la llamaba linda descarada y la animaba a vestirse con ropas más adecuadas para su posición. Pero ¿guapa?

Cruzaba la nieve distraída en dirección a las caballerizas y casi choca contra Cecilia Anders.

—Hola, señorita Caulfield. Me sorprende ver que tiene usted la cabeza en las nubes. ¿Es posible que esté soñando con casarse con un príncipe?

Ravenna parpadeó.

—No.

—Usted le gusta, ¿sabe?

Los ojos marrones de la señorita Anders eran sinceros, y en su preciosa cara no se adivinaba ni rastro de rencor.

—¿Al príncipe? No creo que...

—Ya lo creo. Debería irse acostumbrando a la idea. Esta tarde, cuando anuncie qué dama recitará el papel de Julieta, dirá su nombre.

—Pero si yo ni siquiera participo en la obra.

La señorita Anders se rió.

—Es cierto. ¡Usted es el motivo de que se represente!

—Y sin embargo parece que a usted le dé igual.

—No me confunda con esas insulsas gemelas, señorita Caulfield. Yo no tengo ninguna intención de lanzarme a los brazos de ningún príncipe.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Pues por sir Henry.

La imaginación de Ravenna enseguida recreó una imagen de sir Henry y Cecilia Anders en la misma postura en la que había sorprendido a lord Whitebarrow y a lady Iona en la torreta. Era evidente que el piropo de lord Vitor le había afectado más de lo que le gustaría.

—¿Qué...? Es decir, ¿y por qué le interesa tanto?

—Por sus establos. Verá, señorita Caulfield, resulta que el semental de sir Henry, *Titus*, es el pura sangre más solicitado de toda la Gran Bretaña. No le hablo de Inglaterra, señorita Caulfield, sino de Gran Bretaña.

—¿Ah, sí?

—Con ese semental, mi padre y sir Henry podrían controlar toda la industria de las carreras.

—¿Su padre? ¿Su padre está interesado en las carreras de caballos? Pensaba que sus intereses eran más bien...

—¿Esotéricos? ¿Teóricos? Sí, claro. Disfruta tanto como cualquiera de un debate acalorado sobre la obra *De Generationum Animalum* de Aristóteles. Pero, señorita Caulfield, mi padre es demasiado brillante como para limitar sus estudios a la teoría. El verano pasado,

mientras disfrutábamos de unos días de descanso, le di el horario de las carreras y le pedí que hiciera una tabla genealógica de los caballos que estaban en activo en Ascot, Catterick Bridge, Beverley y Newmarket.

La joven daba saltitos sobre las puntas de los pies. Ravenna había pasado muchos años rodeada de hombres que dedicaban toda su vida a los caballos y, sin embargo, nunca había visto ninguno que diera saltitos de emoción.

—¿Y su padre hizo la tabla?

—No hizo una tabla. Hizo un gráfico entero. Incluía todos los detalles sobre cada dato en las correspondientes casillas verticales y horizontales.

—Vaya. —Jamás había oído nada igual. Era mucho más sofisticado que las apuestas que acostumbraba a hacer Taliesin en las carreras que se celebraban en la feria gitana cada verano y por las cuales su padre siempre le regañaba—. Qué interesante.

—Espero poder conseguir que sir Henry se asocie con mi padre —dijo Cecilia.

—Ya veo. Pero no tenía por qué venir hasta Francia para conocer a sir Henry.

—También quería conocer al príncipe Raynaldo. A su hijo no le interesan los caballos, pero Raynaldo es uno de los caballistas más famosos de Portugal. Cuando me enteré de que no vendría, me quedé muy decepcionada, señorita Caulfield.

—Señorita Anders, ¿se las arregló usted para conseguir que la invitaran a esta reunión?

Igual que había hecho su hermana Arabella.

—Mi madrina es la duquesa de Hammershire. Es una vieja bruja, pero compartimos la pasión por las carreras de caballos. Ella le escribió una carta a Prinny, y él le envió otra al príncipe Raynaldo de mi parte.

¿Habían invitado a la familia de lord Prunesly a Chevriot por recomendación del príncipe regente? Las conexiones de privilegios e influencias entre la élite inglesa parecían infinitas.

—Debo ir a ocuparme del caballo de sir Henry —murmuró Ravenna.

—Por supuesto. Pero antes, señorita Caulfield, me gustaría felicitarla.

—¿Por qué?

—Por rechazar a mi hermano.

—¿Rechazarlo?

—Vi cómo le paraba los pies en el pasillo delante de la puerta de su dormitorio hace dos noches. La felicito.

Y, sin embargo, Ravenna no sabía que alguien la estuviera observando. Igual que lord Whitebarrow en la sala de la torreta.

—No le hice ninguna lesión permanente.

Lady Cecilia se rió, pero tenía una mirada feroz en los ojos.

—Ojalá lo hubiera hecho. Por mucho que adore a mi hermano, a menudo necesita que alguien le dé una patada en los bombachos. —Frunció el ceño—. Yo...

—¿Sí?

—Me preocupa su insensatez, señorita Caulfield. Me preocupa pensar que algún día pueda ponerse en peligro y yo no pueda ayudarlo. —Suspiró con decisión—. Pero ese no es su problema, claro. Usted solo debe preocuparse del príncipe. Nos vemos dentro.

Una vez en el establo, Ravenna le cambió el vendaje de la pezuña al semental de sir Henry. Luego pasó un cuarto de hora en compañía de la perra y los cuatro cachorros que quedaban, y eso la tranquilizó un poco. Cuando vio al mozo de sir Henry, la única persona que trabajaba en las caballerizas con quien podía hablar en inglés, le preguntó por el quinto perrito.

—Se ha marchado con su señoría esta mañana, señorita.

—¿Su señoría?

—Lord Vitor, señorita.

Se había quedado con el cachorro, o se lo había llevado a la montaña para abandonarlo por allí.

Cuando entró en el castillo, ya habían servido el almuerzo. Todos los invitados estaban en el comedor, excepto lady Iona y lord Vitor. Evitó mirar a lord Whitebarrow. A ella nunca le había importado lo que hacían las damas y los caballeros con título, las fiestas a las que asistían o los escándalos que provocaban. Las anécdotas que le explicaba Petti sobre la alta sociedad siempre la habían divertido, pero no significaban nada. Y nunca le había importado lo que pudiera pensar sobre ella ningún noble.

¿Por qué no había ido a almorzar? ¿Adónde había ido sin decírselo? ¿Era una tonta por confiar en él cuando nadie en aquella casa parecía digno de confianza? Sus secretos y confabulaciones parecían interminables.

Monsieur Sepic se había marchado y no estaría con ellos esa tarde, y el príncipe Sebastiao les anunció que, en su ausencia, ensayarían para la obra que representarían al día siguiente. Todos los invitados se trasladaron al salón.

Sir Beverley se detuvo junto a ella en la puerta del salón.

—¿Te vas a quedar espiando desde aquí como has hecho durante todo el almuerzo mientras fingías no hacerlo? —le preguntó.

—Estoy esperando a lady Iona. Tengo que hablarle de algo importante.

Ravenna tenía mucho miedo de hablar con ella. ¿Qué se iban a decir? Aquella mirada horrorizada lo había dicho todo.

—Querida niña —murmuró el hombre que la había comprendido casi en cuanto la conoció—. Mientes muy mal. Espero que no intentes hacer lo mismo con él.

La señorita Feathers estaba sola junto a la ventana, casi formaba parte de la sombra que proyectaba la cortina. Así que miró a sir Beverly negando con la cabeza y se acercó a ella.

—Oh, Ravenna, que amable eres al venir conmigo.

—Pues claro que me he acercado. Eres la persona más simpática de todo el salón, tú y el señor Pettigrew. —Se negó a incluir a sir Beverly entre los elegidos—. Pero lo cierto, Ann, es que estoy ansiosa por saber qué fue lo que no me contaste sobre tu encuentro con el señor Walsh.

La dulce Ann estaba pálida y sus ojos parecían más redondos que nunca.

—Temo haber cometido un grave error al esconderle esa información al alcalde después de haberla compartido contigo. Su alteza tiene mucha fe en monsieur Sepic.

—Te lo suplico, Ann, cuéntame el resto de la historia.

Ann bajó la voz hasta convertirla apenas en el susurro del batir de alas de una polilla.

—Todavía no era medianoche. Quizá fueran incluso antes de las once de la noche. Ni siquiera había oído el repicar de las campanas del salón. Yo estaba paseando por la galería. Papá me había pedido que le trenzara el pelo a mi madre porque no estaba su doncella. A mamá le gusta mucho como lo hago y me pide a menudo que la peine incluso aunque pueda disponer de su doncella.

Ravenna asintió. Eleanor había intentado trenzarle el pelo una y otra vez para agradar a la directora del orfanato, y después a su padre, incluso trató de enseñarle cómo se hacía. Lo probó durante años. Pero una tarde, mientras observaba cómo ella se esforzaba por hacerse una trenza, le quitó los lazos y le dijo que sus manos habían sido creadas para tareas mucho más importantes.

—Una chica debe ser como Dios la creó, y no como quieran los demás —declaró.

Luego le besó las palmas de las manos, le ató el pelo con un lazo, y le dijo que saliera a disfrutar de aquel día de verano en compañía de *Bestia*.

—Yo volví a mi dormitorio más tarde de lo que esperaba —prosiguió Ann—, y me lo tropecé en la galería. Llevaba una armadura. No supe qué decir. Pensé que quizá fuera... Que fuera...

—¿Que fuera qué?

Ann susurró:

—Un fantasma.

Ravenna reprimió una sonrisa.

—Cuando me enteré de que había muerto, de que lo habían asesinado, lamenté que no fuera un fantasma de la época medieval, en lugar de un pobre hombre que vivió hasta ese día. —Miró a su alrededor con los ojos como platos y bajó un poco más la voz—. Ravenna, ¿usted cree que un hombre asesinado puede pasearse por el castillo en busca de su asesino?

—¿Qué? ¿Se refiere a los pasillos y los desvanes, con cadenas y todo eso?

—No. Más bien por los dormitorios. Buscando. Pero me parece que sin cadenas.

—¿Ha oído usted algo que la lleve a pensar que el señor Walsh se esté apareciendo por el castillo?

—La pasada noche oí... ruidos. En la habitación contigua a la mía.

—¿Qué clase de ruidos?

—Chirridos —susurró Ann—. Y golpes.

Ravenna volvió a recordar la escena que habían protagonizado en la torre lady Iona y lord Whitebarrow. ¿Quién ocupaba el dormitorio contiguo al de Ann? No. No quería saberlo.

La joven cada vez estaba más pálida.

—¿Cree que podría tratarse de... él?

—Supongo que a un fantasma le gustaría aparecerse por Chevriot. —Siempre que encontrara alguna habitación que no estuviera ocupada por parejas ardorosas—. Pero no tiene por qué tratarse del señor Walsh. Por favor, háblame de la armadura. ¿La llevaba entera?

El color de los rizos de Ann era exactamente igual que el del pelo que Ravenna había encontrado alrededor del botón de la casaca.

—Creo que no. No llevaba todas las partes. Solo algunas piezas sobre los brazos, y quizá también en una pierna. Una de ellas colgaba, como si hubiera olvidado abrocharla.

—¿La del pecho?

—Sí, ¿cómo lo has adivinado?

—Yo lo encontré, Ann.

—Oh, cielos. —La chica se tapó la boca con la mano—. Eso es terrible. Debiste de asustarte mucho.

Ravenna se dio cuenta en ese momento que no se asustó porque lord Vitor estaba allí con ella. El farol que se había tirado cuando estaba con él en la torreta no era del todo cierto.

—¿Hablaste con el señor Walsh, o te dijo algo? —le preguntó.

—No. Parecía confuso. Al principio pensé que estaba borracho, como papá después de ganar una carrera. Se tambaleaba mucho. Luego empezó a jadear y pensé que estaba enfermo. Fue entonces cuando oí unos pasos.

—¿Unos pasos?

—Al otro lado del corredor. Un paso ligero.

—¿El paso de una mujer?

—Creo que sí. Aunque supongo que un hombre bajito con zapatillas también haría el mismo ruido.

Ravenna asintió. La extraña timidez de Ann y sus vestidos llenos de volantes ocultaban una mente con facilidad para los detalles.

—Me cogió de la muñeca y me habló, pero no le entendía. Intenté soltarme, a fin de cuentas nadie nos había presentado, yo nunca le había visto y aunque me pareció que era un caballero por el corte de pelo que llevaba y la ropa, no lo conocía. Pero me pareció un hombre muy débil, porque conseguí soltarme con mucha facilidad. Le pregunté si quería que pidiera ayuda. Y entonces fue cuando oí los pasos. —Inspiró hondo y entrelazó los dedos de las manos sobre su regazo—. Así que huí. ¡Me avergüenza reconocer que salí corriendo, Ravenna! Tendría que haberme quedado a auxiliarlo, o haber pedido ayuda. Pero solo podía pensar que era un demonio y que los pasos pertenecían a otros demonios.

Una mente con facilidad para los detalles con un giro dramático y sobrenatural, por lo visto.

—Jamás te culparía por huir, Ann. Puede que yo también lo hubiera hecho.

—Lo dudo mucho. —La timidez volvió a asomar a sus ojos redondos—. Yo te admiro mucho, Ravenna, me encanta tu espíritu libre y tu valor. Y ya me he dado cuenta de que hay otros invitados que sienten lo mismo. En especial el príncipe Sebastiao. —Su mirada se tornó suave y un poco desenfocada—. Todavía me gusta más por eso. Tú eres maravillosamente refrescante.

—Te he preguntado por la armadura porque encontré un pelo, es largo y oscuro, como el tuyo, estaba atrapado en el botón de la casaca del señor Walsh.

Ann se volvió a tapar la boca.

—¿Acaso...? No puedes... Ravenna, ¡yo no lo maté!

Cogió la mano temblorosa de Ann.

—Estoy convencida de eso.

—Señorita Caulfield. —La voz del príncipe sonó cerca de ella—. A pesar de que estoy a su disposición, ahora y siempre, no puedo

soportar ver a esta dama afligida. ¿Qué le acaba de decir que la ha hecho palidecer de esta forma? Debe explicárnoslo ahora mismo.

Ravenna no podía decir nada. Lady Iona había entrado mientras ella le daba la espalda a la sala, y le estaba lanzando una mirada suplicante.

Ann bajó la vista, pero no le temblaba la voz.

—Me ha contado una historia de miedo, alteza. A mí me gustan mucho y le he pedido que lo hiciera. Espero que la perdone porque, a decir verdad, me gusta experimentar la clase de inquietud que se apodera de uno cuando oye un cuento de terror.

Ravenna se la quedó mirando con un renovado respeto.

—¡Vaya! A mí también me gustan las historias de miedo —dijo el príncipe con una sonrisa—. Señorita Caulfield, tiene que contármela ahora mismo a mí también.

—Oh, alteza —dijo Ann levantando la vista—. Si a la señorita Caulfield no le importa que me entrometa, ¿se la puedo explicar yo? Así la recordaré mejor.

Miró a Ravenna un segundo como para disculparse, y al devolverle la mirada, vio en ella a una chica que, cuando se liberaba de su madre dominante, se podía convertir en una mujer con una fuerza que desprendía más energía que lady Margaret. Había conseguido captar toda la atención del príncipe.

Entonces le dedicó una sonrisa tranquilizadora y se excusó. Antes de que pudiera escapar, lady Iona se acercó a ella y la envolvió con su nube de perfume, trenzas feroces y pálidas faldas rosas. Se había cambiado de vestido y llevaba una corona de trenzas. Estaba preciosa y daba toda la imagen de ser la virginal hija de un duque tratando de conseguir la mano de un príncipe.

Ella no tenía ningunas ganas de hablar del tema que quería abordar Iona. Lo que quería era suplicarle que la llevara a un tocador y le enseñara lo que debía hacer para parecer una dama. Ella

nunca parecería la hija de una duquesa, tenía la piel demasiado morena y la melena demasiado salvaje, y cuando pasaba demasiado tiempo en una sala de baile, en un salón o en cualquier interior, enseguida le salía urticaria. Pero por un momento se preguntó si él hubiera hecho algo más que cogerla de la mano en el caso de haber tenido un aspecto como el de Iona, el de una dama, cuando estaba detrás de aquella verja repleta de piezas de armaduras. ¿La habría besado?

—Tengo que hablar contigo, muchacha. —Iona le lanzó una mirada suplicante con sus brillantes ojos azules—. ¿Aceptas? Por favor, di que sí o me volveré loca.

Los demás estaban rebuscando disfraces en las cajas llenas de telas y ropajes con la ayuda de monsieur Brazil y la doncella de Iona. Algunos de los caballeros habían desaparecido, probablemente no les apetecía ensayar la obra. Lady Margaret se había puesto una peluca enorme decorada con plumas de pavo real, y sus risas resonaban por encima de la conversación general.

Lord Vitor todavía no había vuelto.

Ravenna asintió. Iona la cogió del codo y se la llevó a un sofá que estaba un poco alejado de los demás.

—Querida Ravenna, la verdad es que no sé qué decirte. No sé lo que debes pensar de mí.

Incluso a pesar de lo nerviosa que estaba, era capaz de sentarse recta y con total elegancia. Ella metió barriga y bajó un poco los hombros.

—Yo tampoco sé qué decirte —le contestó en voz baja. Se había puesto tan recta que le costaba respirar. Puede que si se atara el corsé de otra forma no le apretara tanto—. Siento haber entrado sin avisar.

—¡No! Soy yo quien debería disculparse, muchacha. No tendrías que haber visto nada. En realidad, no tendría que haberlo hecho.

Frunció sus cejas castañas. Ravenna contempló el elegante arco que dibujaban e intentó imaginar las suyas. No podía. Era bastante posible que no se las hubiera mirado nunca.

—¿Por qué lo hiciste?

A Iona le brillaron los ojos y luego encogió uno de sus esbeltos hombros.

—Él me lo pidió.

—Él... ¿te lo pidió?

—Yo flirteé con él y él flirteó conmigo. Pero, Ravenna, nunca pensé que me lo pediría. Pero lo hizo, y es un hombre tan bueno que no pude decirle que no. —Iona la cogió de las manos—. Oh, muchacha, no me mires así, te lo suplico.

—No sé cómo te estoy mirando. La verdad es que no sé qué pensar. —Bajó la voz—. Está casado.

Iona apretó los dientes.

—Esa mujer es una bruja. Lo sabes tan bien como yo, muchacha.

—Iona... —¿Cómo le podía decir algo así? Incluso a una chica como Iona McCall—. ¿Crees que podría haberlo hecho para destruir tus posibilidades con el príncipe? Es decir, él ha venido para casar a una de sus dos hijas con Sebastiao. Y tú no solo eres mucho más guapa que Penelope y Grace, sino también mucho más simpática.

Iona pareció considerarlo un momento.

—Es posible que lo hiciera por eso.

—¿Y tú?

La joven esbozó una sonrisa de medio lado.

—Yo ya lo había hecho antes.

Ravenna se la quedó mirando.

—Con unos cuantos hombres.

—Unos cuantos... eso es...

Iona asintió.

—¿No sabes con cuantos hombres te has acostado?

Se encogió de hombros con el mismo encanto que hacía unos segundos.

—En mi casa no hay mucho que hacer aparte de ir a fiestas y beber whisky. Y después del segundo, cae el tercero y ya sabes. —Se volvió a inclinar hacia delante—. Soy insaciable, Ravenna. Tengo alma de ramera. ¿Por qué te crees que mi madre me ha traído hasta aquí para que encuentre marido? Ningún lord escocés me querrá nunca, por lo menos para algo más que no sea una aventura.

Esbozó una sonrisa radiante.

—¿Lo has hecho...? —Ravenna tragó saliva. Miró a sir Henry y a Martin Anders, que estaban buscando disfraces con las damas—. ¿Lo has hecho con algún otro caballero del castillo?

—El señor Anders lo intentó, pero lo rechacé. Los jóvenes son potentes, pero no tienen habilidad y como acostumbran a hacerlo demasiado rápido no sirven para nada.

Ravenna tenía la boca seca.

—¿No sirven para nada?

—Solo buscan su propio placer y se precipitan hacia el final.

¿El final? ¿Acaso había otro sentido que no fuera llegar al final?

—Me gusta más que los hombres consigan que llegue yo antes de que obtengan su propio placer, cuando todavía están enteros —prosiguió Iona—. Pero si no pueden esperar, también me sirve que lo hagan después. —Vio un brillo en sus ojos azules—. Aunque lo que más me gusta es que lo hagan antes y después.

Ravenna negó con la cabeza.

—¿Que te haga llegar adónde?

Iona se tapó la boca con la mano.

—Oh, muchacha. ¡No me hagas caso! No tendría que haberte dicho nada. Pero pensaba... —La miró de arriba abajo y luego de nue-

vo a la cara—. Oh, muchacha. No sé en qué estaba pensando. Te pido mil perdones.

—No. Te agradezco que te disculpes. Espero que podamos seguir siendo amigas.

Iona suspiró con fuerza y esbozó una sonrisa de medio lado.

—Pero... —dijo Ravenna, que parecía incapaz de contenerse—. ¿Has...? Es decir, ¿ha habido alguien más?

—El profesor. Pero iba demasiado al grano y la tiene muy pequeña. No fue muy divertido. Lord Whitebarrow tiene una buena herramienta, y le gusta hacerlo con aspereza.

¿Aspereza? Ravenna había visto esa aspereza en los sementales y los toros. Nunca la había imaginado en caballeros con título y en las damas.

Iona resopló.

—Ya lo he vuelto a hacer. He vuelto a decir lo que no debería. De verdad, alguien debería azotarme, Ravenna.

O, de verdad, no me importa. Es solo que es todo muy... muy...

—¿Nuevo para ti?

—Sí.

—Como debe ser. —Iona la cogió del brazo—. Prometo hablarte con más recato. También he flirteado con lord Case, pero él le ha echado el ojo a Arielle. La verdad es que es una lástima. —Suspiró con nostalgia—. Me parece que me habría gustado mucho hacerlo con él.

Ravenna se tragó las náuseas y se soltó de Iona. Tenía que saberlo.

—¿Y su hermano?

La escocesa sonrió con más suavidad.

—Yo nunca te haría algo así.

—¿A mí?

—Pero, muchacha. —Iona se rió con suavidad—. Todo el mundo se ha dado cuenta de que solo tiene ojos para ti.

# 12

## *El problema con las máscaras*

¿Solo tenía ojos para ella?

«Es imposible.»

—No es verdad.

Y si era cierto es probable que se debiera a que quería hablarle del asesinato.

Ravenna pensó que si lady Iona no tenía problemas en fingir ser virgen mientras se acostaba con la mitad de los hombres de la casa, quizá también careciera de la moral suficiente que le impidiera asesinar a un hombre después de meterlo en una armadura. Pero a pesar de su naturaleza lujuriosa, tenía una mirada inocente y una sonrisa clara, y la lealtad que le demostraba respecto a lord Vitor —por equivocada que fuera—, tenía que contar para algo.

—Me parece que te acabarás dando cuenta de que estás equivocada, muchacha. Pero ¿me perdonas?

—¿Por qué debo perdonarte exactamente?

—Pues por dejar la puerta de la sala abierta.

Ravenna se rió. Justo en ese momento lord Vitor Courtenay entró en el salón. Vestía una casaca del mismo color que sus ojos, calzones oscuros y seguía llevando el sombrero en la mano. Cuando se detuvo en la puerta, un remolino de pelo blanco y negro se posó a sus pies y ladró. El noble miró por toda la habitación hasta que la encontró.

—Ah, Courtenay —exclamó sir Henry—. ¿Qué papel va a representar en nuestra pequeña obra? Los mayores nos hemos quedado con Capuleto, Montesco y el príncipe, claro. Pero Anders todavía no ha decidido si prefiere ser Paris o Mercucio. Si lo decide rápido, podrá elegir el que quiera. ¿Cuál prefiere?

—Teobaldo —dijo, y se fue directamente hacia ella e Iona llevando consigo el frescor del día y el cachorro en los talones. Se puso el sombrero debajo del brazo e inclinó la cabeza—. Buenas tardes, señoras —dijo con gran elegancia a pesar del perro que le mordisqueaba la carísima bota de piel salpicada de humedad.

—Ha elegido un mal papel, milord —dijo lady Iona con alegría—. Ya sabe que morirá antes del segundo acto, ¿verdad?

—Teniendo en cuenta lo mal actor que soy, estoy seguro de que es algo que agradecerá todo el mundo. —Sonrió, luego se agachó, cogió el perro con una mano y se lo pegó al chaleco como si fuera otro sombrero—. Señorita Caulfield, ¿podemos hablar un momento?

Iona se levantó del sofá.

—Me marcho.

Le lanzó a Ravenna una mirada centelleante y se marchó.

Lord Vitor le dejó el cachorro en el regazo.

Ella se llevó el frío y suave animalito al pecho. El perrito le mordisqueó la manga del vestido. Entonces se lo colocó sobre el regazo y el cachorro apoyó el hocico en su rodilla y se quedó dormido enseguida.

—El mozo me ha dicho que habías salido con él y veo que acabas de regresar. Pero el perro está totalmente seco. ¿Por qué no se ha mojado con la nieve?

—Lo he llevado en brazos. —Se sentó a su lado, estaba cerca, pero no lo suficiente como para rozarla con la rodilla—. Te lo puedes quedar.

—No puedo. Ahora es tuyo.

—Huele muy mal.

—Y, sin embargo, lo has llevado en brazos mientras cabalgabas, presumiblemente porque no podía seguir el paso de tu caballo. Tienes la casaca llena de pelos.

—Gracias por preocuparte. Mi asistente te matará cuando vuelva al castillo.

Ravenna sonrió y acarició el sedoso pelaje del cachorro.

—¿Es muy duro contigo?

—No más que... otros.

La joven levantó la mirada y advirtió el pliegue que había aparecido en la mejilla del noble mientras miraba el cachorro.

—Cuando has dicho que querías hablar conmigo y lady Iona se ha marchado —le dijo—, pensaba que era para comentarme algo sobre el asesinato. Pero estás sonriendo, así que no debe de ser por eso. ¿Qué estás pensando?

—Que nunca había estado tan celoso de un perro.

A Ravenna se le heló la mano.

—Ya veo que has tomado una decisión —le dijo.

—¿Sobre qué?

—Sobre las nuevas normas de nuestra relación.

Él sonrió.

—Eso parece. —Miró hacia el otro lado de la sala—. Veo que sigues llevándote bien con lady Iona.

—No veo por qué no. O bien lord Whitebarrow es un mujeriego, o estaba tratando de arruinar la reputación de Iona para beneficiar a sus hijas. No me remuerde la conciencia por él.

—Ah.

—En cuanto a lady Iona, lo que una mujer elija hacer con su... —Se quedó callada. Por muchos partos que hubiera asistido, incluyendo alumbramientos humanos, e incluso a pesar de haber visto

cómo se apareaban muchos animales, tanto domésticos como salvajes, no le resultaba más fácil hablar de ese tema con él de lo que le había resultado en las escaleras que daban acceso a la sala de la torreta—. Su...

Él alzó una ceja.

—¿Virtud?

—No me gusta mucho esa palabra. Parece que la única virtud que pueda poseer una mujer sea su virginidad.

—Y así es.

—¿Y qué pasa con la bondad? ¿O la compasión? ¿Qué hay del resto de las virtudes de las mujeres? ¿Y la caridad? La constancia o...

—Señorita Caulfield. —Vitor bajó la voz—. Si quieres que mantengamos una relación que te resulte cómoda, esta no es la forma de conseguirlo.

Ravenna no se atrevía a mirarlo.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué querías contarme sobre tu paseo?

—He descubierto un camino. Pensaba que había cruzado todos los caminos que había entre el castillo y la colina de la montaña y la base, pero por lo visto no lo había hecho hasta hoy. Este corre paralelo al río durante unos cuatrocientos metros y luego asciende abruptamente hasta el pico de la montaña.

—¿Y pudiste seguirlo? ¿A pesar de la nieve y el hielo?

—*Ashdod* se crió en los Pirineos. Estas colinas no le suponen ninguna dificultad.

Hablaba completamente desprovisto de arrogancia y orgullo.

—Eres peculiarmente humilde.

—Peculiarmente, ¿eh? —Se frotó la mandíbula con aire meditabundo y Ravenna vio algo en su forma de mover la mano y la cicatriz que tenía entre los dedos que le encogió el estómago—. Eso no suena muy halagador.

—Eres un hombre bastante humilde para ser noble.

—¿Preferirías que fuera por ahí alardeando de mis privilegios y les hablara mal a mis inferiores que, a fin de cuentas, son la mayoría? ¿Así me ganaría tu respeto?

Pero él ya se había ganado su respeto, y Ravenna jamás había conocido a ningún hombre que consiguiera, con solo entrar en una estancia, que los demás caballeros se pusieran rectos y sacaran pecho mientras las damas batían las pestañas y se sonrojaban. Incluso en ese momento tanto la señorita Abraccia como lady Penelope lo estaban mirando con disimulo.

—Si hicieras eso te ganarías mi enemistad eterna —le dijo.

—En ese caso me abstendré de comportarme según mis legítimos derechos sociales.

Al otro lado del salón, el poético señor Anders llevaba una camisa de mangas abombadas al más puro estilo de las obras de Shakespeare. Estaba mirando a la señorita Abraccia que, a su vez, seguía mirando con disimulo a lord Vitor y, al advertirlo, el joven frunció el ceño.

Ravenna se preguntó si ella también lo estaría mirando de estar sentada en la otra punta de la habitación. Pero la verdad era que la perfección masculina en cualquiera de las especies de la naturaleza, atraía la admiración femenina.

—¿Las botas del señor Anders volvían a estar empapadas esta mañana? —le susurró Ravenna.

—Monsieur Brazil me ha dicho que sí.

—¿Por qué paseará cada mañana por el camino que has encontrado y cómo evitará que lo vean los guardias?

—Tengo la sospecha de que alguien les está pagando a los guardias del príncipe para que miren hacia otro lado según conveniencia.

Ravenna miró al guardia que estaba apostado en la puerta del salón.

—¿No son leales a su alteza?

—En absoluto. Hablé con el hombre que debería haber estado cerca cuando Anders te estuvo acosando junto a tu dormitorio la otra noche. Me sugirió que tú habías malinterpretado toda la situación.

—No es verdad.

—Ya lo sé.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la única vez que has intentado mentirme, lo llevabas escrito en la cara.

—¿Y cómo sabes que no te he estado mintiendo y sencillamente tú no te has dado cuenta?

—Si no estuviéramos en un salón lleno de gente, te cogería de la mano y te lo demostraría.

Ravenna no podía contestar y tampoco le quería entender.

—¿Qué me dices del camino? ¿Cuál será el motivo por el que el señor Anders sale todas las mañanas antes del alba? ¿Crees que cabe la posibilidad de que se esté viendo con algún conspirador?

—Es posible.

—¿Cuándo regresará monsieur Sepic?

—Supongo que antes de la cena. Tiene pensado pedirnos una muestra de caligrafía a todos. Va a seguir tu consejo.

—Que tú debes de haberle pedido también. Si no, jamás lo hubiera hecho.

—Lo más importante es que el alcalde disfrutó mucho de la cena de ayer por la noche. Me parece que pretende aprovecharse de la investigación para cenar cada noche en el castillo.

—Yo soy hija de un vicario de pueblo y hasta hace poco trabajaba de sirvienta. Tengo tan poco derecho a disfrutar de esta compañía como él.

Ravenna dejó de mirar al cachorro que dormía en su regazo y contempló aquella estancia llena de gente elegante, rango y fortuna,

y se encontró con la mirada aburrida de lady Grace. En la mano tenía una gorguera pasada de moda. Pareció darse cuenta de que la estaba mirando y se dio la vuelta.

—Y, en realidad, tampoco lo deseo —añadió.

—Y, sin embargo, yo me alegro de que estés aquí —le dijo—. Y como soy un hombre asquerosamente rico, con muchos privilegios y muy importante, mi placer es lo único que importa. —Se levantó y se sacudió el abrigo—. Y teniendo en cuenta dicha importancia, iré a vestirme para la cena.

Ravenna olvidó cualquier enojo. Ni la más fría angustia ni la mayor de las incompetencias podrían borrar el placer que sentía en ese momento.

—Espera —le dijo—. Tengo noticias.

Sus palabras lo obligaron a tomar asiento de nuevo, esta vez más cerca.

—Habla, señora. Estoy extasiado.

Aquel flirteo no debería sonrojarla. Los hombres como él flirteaban sin darse cuenta.

—Por lo que me ha contado Ann, su encuentro con el señor Walsh podría haber ocurrido justo antes de su muerte. Me ha dicho que se tambaleaba y que parecía bebido.

—¿Y qué piensas?

—Que lo envenenaron, quizá con alguna poción suave que tardó un rato en hacer efecto. Tú piensas lo mismo.

Vitor asintió.

—Sí.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—He asumido que tú también lo habías pensado.

—En especial teniendo en cuenta las conclusiones a las que llegaste al examinar su herida.

—¿Sospechas de ella?

—No.

En realidad, Ravenna no lo había pensado mucho.

—¿Por qué no?

—Es demasiado...

—Tímida.

—Buena. No me refiero a que es dulce y esas tonterías —intentó explicarle—. Pero me parece que se preocupa de verdad por los demás. A su manera es atenta con todo el mundo, y aunque se muere de ganas de casarse con el príncipe, no creo que sea capaz de asesinar a nadie. Y dicho esto, pienso que es probable que el pelo que encontré enganchado en el botón de la casaca sea suyo. Ann me explicó que él la agarró, probablemente cuando intentaba recomponerse. En ese momento llevaba puesta casi toda la armadura, pero ella me dijo que tenía el peto abierto.

—Cuando lo descubriste lo llevaba abrochado.

—Alguien debió de hacerlo por él después y luego lo puso de pie contra la pared. En cualquier caso, como parece que ya hemos encontrado a la dueña del pelo, nuestra lista de sospechosos vuelve a incluir a todo el mundo.

Vitor se volvió a levantar.

—En ese caso las muestras caligráficas podrían sernos de mucha ayuda.

—Eso espero. —Ravenna dejó el cachorro a sus pies—. No te olvides de tu perro.

Él le lanzó una mirada oscura. Pero se lo llevó.

La noche empezó con la cena, y luego se entregaron al entretenimiento de sobremesa más extraño que Ravenna había presenciado en su vida: monsieur Sepic les pidió a todos que escribieran, en una misma hoja de papel, la frase «Ven a mi habitación a las diez en

punto». La actividad comenzó en un silencio espinoso y la hoja de papel fue circulando lentamente por el salón. Cuando había hecho la mitad del recorrido, el príncipe se desesperó y le pidió a Arielle que tocara algo al pianoforte. La joven así lo hizo, mientras el resto de los invitados escribía.

—Supongo que también les pedirá que hagan esta tontería al cocinero, a las dos sirvientas y a los lacayos —le dijo lady Whitebarrow al alcalde.

—*Naturellement*, milady. Soy un hombre muy meticuloso.

Dobló la hoja de papel, se la metió en el bolsillo y se marchó.

El príncipe Sebastiao anunció que el resto de la noche la dedicarían a acabar de elegir el vestuario y a practicar el texto de la obra. Se distribuyeron algunas prendas de ropa y los invitados las aceptaron, algunos con entusiasmo, otros con reservas. Y, entre esas distracciones, empezaron a conversar.

—Si ese necio culpa a mi hija de algo —comentó la duquesa fulminando la puerta con la mirada mientras los rubíes que colgaban de su cuello brillaban a la luz de las velas—, asesinaré a ese bobo con mis propias manos.

—Madre, no diga esas cosas —la regañó Iona.

—No hay duda de que monsieur Sepic descubrirá la identidad del criminal —dijo lady Whitebarrow, sus delgadas cejas asomaban por encima de un antifaz blanco—. No veo por qué no iba a hacerlo. —Miró a la duquesa—. A menos que uno sea el asesino y, temiendo que lo descubra, intente generar desconfianza en su persona. Monsieur Brazil, usted conoce al alcalde. Díganos lo que opina de él.

El mayordomo apretó los labios.

—Estoy seguro de que eso no es cosa mía, señora.

Lord Whitebarrow rugió.

—¿Lo ves, Olympia? Él confía tanto en la inteligencia de ese hombre como la duquesa.

La duquesa lo miró con aprobación.

—Si valorara la opinión de rebeldes y republicanos —contestó lady Whitebarrow—, estoy segura de que estaría impresionada.

Aquella esquina de la sala se quedó en absoluto silencio.

Lady Margaret soltó una carcajada.

—Dios mío, que divertidos son estos modernos. Sir Henry, debemos tomar nota. Jamás he oído decir tal cosa, pero supongo que cuando uno posee un título y es rico puede decir lo que le dé la gana. ¡Rebeldes y republicanos! Qué divertido. Querida Ann, no te pierdas a lady Whitebarrow. Esta noche está muy bromista.

Ann se quedó mirando sus manos entrelazadas.

—Si fuera un hombre —le dijo la duquesa a lady Whitebarrow—, la retaría a un duelo.

—En ese caso es un alivio que no sea un hombre, madre. —Iona miró a Arielle con desesperación—. Mademoiselle, ¿sería tan amable de tocar para nosotros?

Y ella tocó. El príncipe convenció a la duquesa para que se acercara a los baúles repletos de disfraces y se vistiera para interpretar su papel como lady Capuleto. Monsieur Sepic regresó, no dijo nada sobre las muestras de caligrafía, y los nobles empezaron a adularlo inmediatamente. Un día antes de la representación, todos los invitados demostraron ser grandes actores, actuaban como si aquel hombre no los estuviera investigando por asesinato; sus modestas alabanzas le iban levantando el ánimo hasta sacarle brillo. Cuando lord Whitebarrow le llenó la copa de brandy al alcalde por segunda vez, el francés estuvo a punto de desmayarse.

Todo el mundo llevaba alguna prenda de su disfraz: lady Margaret se había puesto su peluca de pavo real, la duquesa vestía una capa violeta, Cecilia Anders una chorrera, Petti una túnica a rayas. Incluso lord Prunesly se había puesto un sombrero de ala ancha con penacho sobre su coronilla calva y anunció que los

mosqueteros habían sido el mejor cuerpo de batalla desde la falange griega.

—Ya he elegido a mi Julieta —exclamó el príncipe Sebastiao, y se colocó en el centro de la sala.

—Ya era hora —le susurró Iona a Ravenna.

La escocesa estaba deslumbrante. Llevaba un vestido de gasa blanca que se ceñía a su figura a la perfección. Ravenna era prácticamente incapaz de dejar de mirarla, y suponía que les ocurriría lo mismo a cualquiera de los caballeros de la sala. Lord Vitor había vuelto al salón justo antes de la cena, también estaba muy guapo, llevaba una casaca negra y una corbata blanca como la nieve, y ahora se había sentado entre ellos con una copa de brandy colgando de la punta de los dedos. Pero no parecía prestar una especial atención a la belleza escocesa. Puede que no estuviera acostumbrado a estar en compañía de damas como Iona. Pero la verdad era que cuando ella lo miraba, él ya le estaba devolviendo la mirada. O eso pensaba ella. La máscara de color azul zafiro que le había dado el príncipe solo le cubría la mitad superior de la cara, y dejaba visible su boca, esos labios que había estado mirando fijamente en el establo y que ya estaban casi curados de la herida que le había hecho, y el recio contorno de la mandíbula.

Tenía que esforzarse para no quedarse embobada mirándolo.

«Solo tiene ojos para ti.»

Hacía un rato que Ann la había ayudado a peinarse con bastante buen resultado, y juntas le habían quitado un par de adornos al vestido menos recargado de Ann. Y así salió de su dormitorio con el calor de la expectativa ardiendo en las mejillas y el estómago revuelto; pero luego se quedó en la puerta del salón y maldijo aquella absurda pérdida de un tiempo que podría haber dedicado a pasar por el establo antes de cenar. Entre todas aquellas gloriosas flores de feminidad como Iona, Arielle, Penelope y Grace —incluso la bo-

nita Juliana y la atractiva Cecilia—, ella no era más que una pequeña y oscura bellota con un vestido prestado. Ni siquiera la ayudaban las intrincadas cadenas de oro que Iona había sacado de uno de los baúles de los disfraces y que le había colocado sobre los hombros como si fuera el manto de una reina: todo el mundo sabe que aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

—Díganos que dama ha elegido, alteza —instó lady Whitebarrow al príncipe—. Estamos todos ansiosos de saber quién será la elegida que protagonice la obra con usted en el escenario.

El príncipe Sebastiao inclinó la cabeza.

—No habrá escenario de verdad, milady. Representaremos la obra en el vestíbulo, en lo alto de la escalera. El público se sentará debajo.

—Pero eso es totalmente opuesto a un teatro, alteza —opinó la duquesa.

—Siempre me ha gustado ser el más alto —explicó el príncipe esbozando una gran sonrisa—. ¿Verdad, Courtenay?

—Así es.

La máscara ocultaba sus ojos.

—¿Quién es Julieta, alteza? —preguntó lady Margaret—. No nos haga esperar más.

Por lo visto todas las madres pensaban que la Julieta que eligiera el príncipe sería la mujer que acabaría convirtiéndose en su esposa. Ravenna no recordaba muy bien el argumento de la obra, pero creía recordar que los amantes morían de una forma muy trágica al final, cosa que no era muy buen augurio para su Julieta.

—Mi Julieta... —empezó a decir el príncipe arrastrando las palabras. Se cogió las manos a la espalda y empezó a caminar en dirección a lady Penelope. Luego cambió de dirección abruptamente y marchó hacia la preciosa Julianna—. Mi Julieta... —Volvió a cambiar de dirección, esta vez hacia ella.

Miró a lord Vitor. Parecía que estuviera apretando los dientes.

—Mi Julieta...

El príncipe Sebastiao le sonrió y luego se dio media vuelta. La sobria mirada de lord Vitor siguió su trayectoria y entonces regresó a Ravenna. Después la apartó de golpe. Pero quizá la luz de las velas que se reflejaba en el antifaz hubiera hecho que ella se imaginara el disgusto que le había parecido ver en sus ojos.

Pero el príncipe se detuvo delante de Ann e inclinó la cabeza.

—Señorita Feathers...

Ella contestó:

—¿Alteza?

Apenas se oía su voz.

Él le tendió la mano con la palma hacia arriba.

—¿Aceptaría ser mi Julieta?

Se hizo un silencio tan penetrante como el hielo.

—Para la obra de mañana —añadió haciendo ondear sus cejas negras.

—Me encantaría, alteza —graznó ella.

Lady Penelope se levantó y se acercó a su padre. Lord Case volvió la página de la partitura y los dedos de Arielle se deslizaron por encima de las teclas del pianoforte.

Lord Vitor se llevó la copa de brandy a los labios.

—Milady —le dijo a Iona—. ¿Le gustaría unirse a un juego al que estamos jugando la señorita Caulfield y yo?

Iona miró a Ravenna y luego lo volvió a mirar a él.

—¿Y qué juego es ese, milord?

Vitor hizo un gesto en dirección a Ravenna.

—Se llama «Encontrar al asesino» —le dijo.

A Iona le brillaron los ojos.

—Me encantaría.

Pasaron el resto de la noche clasificando pistas y móviles. Iona opinaba que no debían sospechar de su sirvienta, pero sí estaba dis-

puesta a tomar en consideración a los dos lacayos, al cocinero, a la fregona, a Ann Feathers, a Cecilia Anders y a Juliana Abraccia. No creía que Arielle Dijon fuera capaz de matar a nadie. Y opinaba que el asesino era Martin Anders.

—Tiene ese aire trágico y poético —dijo sonriendo en dirección al joven.

Ravenna recordó lo que había dicho sobre la potencia de los hombres jóvenes, y no se atrevió a mirarlo.

—Mi querida Ann tiene el vestido perfecto para el papel, alteza —exclamó lady Margaret—. Será la Julieta más guapa que se ha subido jamás a un escenario.

La madre estaba presumiendo, pero Ann no parecía molesta en absoluto. Tenía un brillo sereno en las mejillas.

Lady Whitebarrow estaba sentada junto a ella a la mesa del té, y apretaba tanto los labios que se le habían quedado blancos.

Ravenna le explicó a Iona lo de la sangre que habían encontrado en la manecilla de la puerta de la torreta y lo de la mancha del candelero, le habló del camino que ascendía hasta la cima de la montaña y del interés que tenía Cecilia en los caballos de sir Henry, y también del anillo del señor Walsh y del corte que lucía Martin Anders en la cara. No le mencionó la funda de la daga y las fibras de cuerda o el hecho de que hubieran abortado la búsqueda de la daga porque, a pesar de los años que había pasado deambulando ella sola por el campo, solo había tocado a un hombre en la oscuridad —voluntariamente—, y no estaba dispuesta a comentar las circunstancias del episodio mientras él estaba sentado a su lado.

Le resultó curioso que él tampoco comentara nada acerca de la daga.

—Entonces me parece que el señor Anders se va a ir derechito al patíbulo —anunció Iona con alegría.

—¿Cómo puedes decir una cosa así con tanta alegría?

—No me malinterpretes, muchacha. Me dolería por él si pensara que no fuera a gustarle. Pero imagino que le parecerá todo un drama.

La duquesa llamó a su hija e Iona se marchó con reticencias pidiéndoles, en un susurro, que la incluyeran en los trabajos detectivescos.

—Es lo más divertido que he hecho en toda la semana —dijo muy contenta.

Luego le guiñó el ojo a Ravenna y se marchó.

Ella miró a lord Vitor.

—¿Por qué la has invitado a ayudarnos?

Él dejó la copa de brandy y entrelazó las manos.

—He pensado que te gustaría.

—¿Ah, sí?

—No.

Ella entornó los ojos.

—¿De verdad?

—No. Quiero complacerte. Pero también soy inmensamente superficial, y he pensado que me ganaría la admiración de los demás caballeros si lograba disfrutar de la conversación de dos damas a la vez. Necesitaba una excusa para reteneros a ambas.

—No te creo.

—¿No?

—Podrías haber disfrutado de la compañía de lady Penelope y la señorita Abraccia, o de cualquier otro par de damas del salón.

—¿Ah, sí? —La idea pareció sorprenderle—. Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—Deberías decirme la verdad.

—La verdad es que ya iba siendo hora de que habláramos del tema, y necesitaba que hubiera una tercera persona presente porque no parece que sea capaz de estar a solas contigo durante más de dos minutos sin decirte cosas que no debería.

—¿Cosas que tienen que ver con horcas para remover el heno?

Vitor hizo ondear la mano.

—Y otras.

Ravenna estaba acalorada y un poco confundida, pero él parecía tranquilo. Suponía que debía de ser un hombre tranquilo. Esa tranquilidad parecía propia de su estatus, un estatus del que él bromeaba pero que lo definía.

—Pero ¿qué podrías decirme que no deberías si estuvieras a solas conmigo en este momento?

—Ajá. Estás intentando confundirme. Pero estoy acostumbrado a las confabulaciones, señora. Recuerda que he vivido en la corte real.

—¿Añoraste mucho Inglaterra durante ese tiempo?

—Si te hubiera conocido antes de partir, habría añorado muchísimo Inglaterra.

El corazón de Ravenna dio un vuelco incómodo.

—Ah —le dijo Vitor—. Ahí lo tienes. Y mucho más rápido de lo que pensaba. Soy un necio. —Miró a su alrededor—. ¿A quién crees que debería llamar para evitar un nuevo tropiezo? ¿Le digo a Martin Anders que venga y así le podemos hacer bromas sobre guillotinas? ¿O quizá a lady Margaret? Todavía no ha compartido el éxito de su hija contigo. Seguro que eso pondría un freno muy poderoso a mi lengua ingobernable.

Ravenna se rió.

—Ann es una persona buena y amable. No me gustaría hacerla partícipe de tus pecados, ni siquiera de refilón, especialmente esta noche. Ganarse los favores de un príncipe es un gran éxito, aunque solo sea por una noche.

Él guardó silencio un momento.

—Es una dama normal y corriente —dijo, pero la estaba mirando fijamente.

—Tú no crees que Martin Anders asesinara al señor Walsh —afirmó Ravenna.

—¿Cómo lo sabes?

—No bromearías sobre el tema si creyeras que es culpable de asesinato.

Él negó con la cabeza después de hacer una pausa.

—Yo tampoco —admitió ella—. Lo pienso desde la noche que apareció en la puerta de mi habitación.

—¿Haces esto habitualmente, señorita Caulfield?

—¿El qué?

—Admirar a los hombres que te acosan. Si es así, déjame advertirte que deberías dejar de hacerlo. No todos los hombres son tan honorables como yo ni tan patosos como Anders.

—No lo hago habitualmente. Solo lo he hecho una vez.

En los labios de Vitor se adivinaba una sonrisa.

—Con el señor Anders —le dijo ella.

Él miró hacia la puerta.

—¡Monsieur Brazil!

—¿*Oui*, milord?

Ravenna se rió. Lord Vitor esbozó una sonrisa de medio lado e intentó no pensar que, cuando sonreía, estaba mucho más guapo de lo normal.

Monsieur Sepic apareció delante de ellos.

—*Bonsoir monseigneur.* Mademoiselle. —Forzó una reverencia encantadora para saludarlos a ambos. El vino y los demás placeres le habían sonrosado las mejillas. Levantó un dedo y empezó a moverlo de un lado a otro—. *Tsk-tsk, monseigneur et mademoiselle* —dijo frunciendo el ceño encantado—. Me he enterado de su *petit enquête*, y no lo apruebo. Deben abandonar las investigaciones que están haciendo sin mi consentimiento y dejar que sea la policía quien se encargue de resolver el asesinato.

Ravenna apretó los labios.

—*Me comprenez-vous?* ¿Me entienden?

—Puede que mejor que usted mismo, señor —le contestó Vitor con una sonrisa perezosa.

—Monsieur Sepic, estoy convencida de que los demás invitados estarán ansiosos por conocer su valoración sobre las muestras de caligrafía —le dijo—. ¿Qué ha descubierto?

El alcalde negó con la cabeza.

—*Rien.* No he encontrado coincidencias. Pero sospecho que es posible que el asesino hubiera intentado disfrazar su escritura, *non?*

—Supongo —dijo Ravenna deseando poder sacarle la hoja del bolsillo para examinarla ella misma—. Pero ¿tiene todas las pruebas? Quizá haya pasado algo por alto.

—*Non.* Imposible.

Ahora estaba frustrada.

—Puede que nosotros hayamos encontrado algunas pruebas que usted todavía no tiene. Si es así, las compartiremos encantados con usted.

—¿Cómo van a tener pruebas? —la regañó—. Ustedes no pueden saber nada que no hayamos averiguado ya mi ayudante y yo.

—¿Nada?

—Nada.

Ravenna miró a lord Vitor. No estaba sonriendo, pero tenía muy pronunciado el pliegue de la mejilla.

—¿Qué me dice del anillo?

El alcalde la miró estupefacto.

—¿Qué anillo?

—El anillo del señor Walsh. ¿Lo examinó?

—¿El anillo? Ah, el anillo. —Asintió—. Lo examiné a conciencia, mademoiselle.

—En ese caso ya debe de haber advertido que la herida que uno de los invitados tiene en el ojo se corresponde perfectamente con el grabado del anillo del señor Walsh —dijo y frunció los labios—. Pero ahora que lo pienso, no creo que esa herida tenga nada que ver con el asesinato. Solo es una coincidencia. ¿No cree?

El alcalde se puso tenso.

—Por supuesto, mademoiselle. Lo he pensado todo. —Miró a lord Vitor con el ceño fruncido—. Monseigneur, no debe permitir que una mujer se mezcle en asuntos racionales, pues no están al alcance de las limitaciones de su sexo. Es ilícito. Es más, es inmoral.

Se dio media vuelta y se reunió con los demás en la mesa del té.

Ella se mordió el labio.

—Señorita Caulfield, ¿te mezclas a menudo en asuntos racionales que no están al alcance de las limitaciones de tu sexo? —le preguntó lord Vitor.

—Sí.

Él sonrió.

—Excelente.

Ravenna se despertó cuando la pálida luz de la mañana se empezaba a colar por la ventana. Se tumbó de lado y recordó la noche anterior y lo mucho que había disfrutado, y se regodeó en esa deliciosa sensación de plenitud que siempre le provocaba la felicidad, el vertiginoso placer que la recorría de pies a cabeza. Hacía muchos meses que no se sentía así de feliz. Hasta la noche anterior.

Tiró de la almohada, se abrazó a ella y apoyó la cara en la tela. Por un momento se permitió pensar que era Vitor Courtenay.

La oleada de calor que la recorrió le arrancó un jadeo.

Entonces la apartó, se sentó y se quitó el pelo de la cara. Tenía el corazón acelerado, como si hubiera estado corriendo con *Bestia* por

el campo que se extendía hacia el sur de la casa de su padre. Se quedó mirando la almohada y se tocó las mejillas acaloradas; luego huyó de ese calor. Le costaba respirar. Si se estuviera sometiendo a un examen médico, se diagnosticaría fiebre.

Bajó de la cama y se vistió, pero no podía deshacerse de aquella ardiente agitación. Salió de su habitación todavía un tanto mareada y, al otro lado de una puerta abierta del pasillo, oyó gritar a una mujer.

# 13

## *La racionalidad de la naturaleza femenina*

¿Cuál era la maldita finalidad de retirarse a media noche cuando uno se despertaba a las dos, a las tres, a las cinco y de nuevo al alba? Vitor apoyó las manos en el colchón, se obligó a incorporarse y miró al chucho que se sostenía sobre los cuartos traseros y tenía las patas apoyadas en la cama a menos de treinta centímetros de su cara.

Volvió a gemir.

Se pasó la mano por la cara y observó sus ojos suplicantes.

—Es imposible que necesites volver a salir.

Los gimoteos aumentaron.

Se dejó caer sobre el colchón y rugió. Un hombre tenía sirvientes para que se ocuparan de esta clase de cosas, por el amor de Dios. Maldijo a su asistente por haber accedido a quedarse en el pueblo.

Entonces le vino un pensamiento a la cabeza. Los hombres tenían sirvientes para esa clase de cosas. Por lo menos sir Beverley los tenía. Y, de repente, sin tener que esforzarse, imaginó que Ravenna entraba en su habitación rodeada de un halo de luz matinal, bajaba al perro de su cama, lo apaciguaba como por arte de magia, y ocupaba su lugar.

Se enterró la cara en las manos y el gruñido de frustración que soltó acalló los gemidos del animal.

En algún lugar del castillo oyó gritar a una mujer.

Salió de su dormitorio antes de ponerse del todo los calzones y la camisa. Lo único que le apremiaba era la prisa, y lo único en lo que pensaba era en Ravenna. Cruzó volando el pasillo, cogió una espada de la pared y subió las escaleras que conducían a las habitaciones de las damas.

Se encontró con un grupo de mujeres ataviadas con sus camisones e iluminadas por la luz gris del alba que miraban por una puerta. La señorita Abraccia lo miró y abrió los ojos como platos.

Vitor pasó por entre ellas y entró en la habitación. La señorita Feathers estaba tendida boca abajo en la cama con los ojos abiertos y vidriosos y envuelta en una sábana blanca empapada de rojo. Ravenna estaba sentada a los pies de la cama y le cogía el tobillo.

—Es vino —dijo—. Nadie está herido.

La señorita Feathers cerró los ojos y empezó a sollozar.

Vitor bajó la espada.

—Gracias por acudir en nuestra ayuda —le dijo Ravenna. Paseó los ojos por el cuello abierto de su camisa y luego apartó la mirada—. Qué arma más impresionante.

Se le sonrojaron las mejillas.

Bajó el florete y se acercó a ella.

—Es lo primero que he encontrado.

—Nos sería más útil un frasco de quitamanchas.

Ravenna evitó volver a mirarlo.

—¿Qué ha pasado?

La señorita Feathers sollozaba en silencio.

—Les pido disculpas por los gritos. —Otro sollozo—. No es nada.

Pues ese «nada» le había acelerado tanto la respiración que le estaba costando mucho normalizarla. La noche anterior, después de conseguir que Sepic se bebiera una botella entera de coñac, el alcalde le acabó entregando la hoja con las muestras de caligrafía.

Había por lo menos cinco que guardaban cierto parecido con la nota de Walsh. Él había pasado mucho tiempo en el *scriptorium* del monasterio y tenía los conocimientos necesarios para analizar aquella prueba como era debido: el trazo ligero y la curvatura de las letras apuntaban a una escritura femenina.

El grito que había oído en el ala del castillo de las damas le había helado la sangre. Pero ella estaba a salvo. Ya podía volver a respirar.

Ravenna le cogió la mano a la señorita Feathers.

—Venga, Ann. Incorpórate, enjúgate las lágrimas y explícanos por qué tienes el vestido empapado de vino y por qué es un accidente tan trágico.

La señorita Feathers se sentó y aceptó el pañuelo que le había ofrecido Ravenna. Se limpió la nariz y los ojos.

—Porque es un vestido que diseñé yo misma.

—¿Lo diseñaste tú? —Entonces tocó la tela blanca destrozada—. Te quedó muy bien.

—Estudié los patrones, elegí las telas y cosí los abalorios. —La señorita Feathers sorbió—. Era... mi vestido de princesa —susurró.

Ravenna miró a Vitor y luego hacia la puerta. Él cruzó la habitación, se despidió de las damas expectantes asintiendo con la cabeza, y la cerró.

Entonces ella le acarició el pelo a la señorita Feathers.

—¿Tu vestido de princesa?

A la chica le temblaron los hombros.

—Nunca había tenido un vestido como este. Sencillo. Elegante. —Sniff—. Precioso. —Levantó la vista para mirarla—. A mamá le gustan...

—Los volantes.

—Y el tul. Y mucho encaje. A ella siempre le han gustado los volantes y, bueno, el exceso de tela.

Ravenna asintió.

—Y tú querías tener otra clase de vestido, uno más sencillo. Así que te lo hiciste tú.

—Papá me dio el dinero, pero lo cosí yo sola. Mamá y yo recibimos pocas invitaciones, así que tuve mucho tiempo para hacer lo que yo quería.

—Querías sentirte como una princesa.

—Papá me dijo que tenemos el dinero suficiente como para que me compre lo que quiera. Pero oí que lady Penelope decía que papá le había comprado el título de baronet al rey y me sentí muy desgraciada. Él está muy contento de tener un título, y ha trabajado muy duro para merecerlo. —Se limpió la nariz dándose unos golpecitos suaves con el pañuelo—. Pero tu padre no es un comerciante, Ravenna. Incluso lord Vitor dijo que la iglesia es una profesión noble. Tú eres hija de un verdadero caballero, tú me dirás la verdad, ¿cierto? ¿Está mal? ¿No debería desear algo para lo que no he nacido?

Detuvo la mano sobre el pelo de la chica.

—No. En tu caso, Ann, no está mal.

—Pero yo creo que sí. —La señorita Feathers cogió un pliegue del vestido empapado de vino—. O esto no habría pasado. —Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos redondos—. Oh, ¡por qué le expliqué a mamá lo del vestido! Jamás pensé que hablaría de él. Pero cuando el príncipe Sebastiao me eligió para que representara el papel de Julieta, lo vi en sus ojos antes incluso de que abriera la boca. Luego me obligó a describírselo a todo el mundo con todo lujo de detalles, me hizo explicar cómo lo había confeccionado yo misma y lo bonito que era. Yo estaba muy contenta y él parecía tan interesado que no pensé en ocultárselo a ellas. Ni siquiera me opuse cuando mamá le suplicó a la duquesa que le dejase disponer de la doncella de Iona para que lo planchara antes de la función que representaremos hoy.

Ravenna había apartado la mano del pelo de la señorita Feathers. Parecía tensa.

—Ann, ¿cómo se ha manchado el vestido?

—Me lo he encontrado con la ropa sucia.

—¿Crees que la doncella de lady Iona lo ha manchado de vino?

La señorita Feathers apretó los labios. Negó con la cabeza.

—¿Quiénes son ellas? —le preguntó Ravenna.

Otra lágrima resbaló por la mejilla de la chica.

—Lady Penelope y lady Grace —susurró—. Las vi coger una garrafa de vino del salón cuando nos retiramos todos anoche. Es mi castigo... porque él me eligió para el papel de Julieta.

Ravenna tragó saliva. Se le aceleró la respiración. Se puso de pie.

—Entonces deben pagar por ello.

Se dirigió hacia él, abrió la puerta y salió al pasillo.

Vitor la agarró del brazo y la hizo volverse.

—No te precipites, no hagas lo que sea que creas que debes hacer.

—Suéltame. —Tenía el ceño fruncido, estaba enfadada y extrañamente dolida, como si la travesura le hubiera afectado a ella también—. Haré lo que me dé la gana.

—Ha ocurrido un asesinato en esta casa. —Vitor hablaba con tranquilidad, lo único que quería era abrazarla y borrar esa inquietud de sus ojos—. No debes alimentar el rencor de nadie. Solo hace cuatro días que alguien a quien todavía no hemos identificado, atentó contra tu vida. ¿Es que no te da miedo?

—Debería, ya lo sé. Pero soy incapaz de poner mi seguridad por delante de la injusticia contra otra persona.

—¿Injusticia? —Vitor negó con la cabeza—. Es un vestido.

—Puede que sea un vestido, pero para ella lo significaba todo. Todo.

—No sabemos de qué es capaz el asesino si lo haces enfadar. Ya sea hombre o mujer.

Ravenna lo miró desconcertada.

—¿Crees que fueron ellas quienes asesinaron al señor Walsh? ¿Fueron Penelope y Grace?

—No sé quien lo asesinó. Pero lamentaré mucho que te pongas en peligro por defender a una amiga de una broma malintencionada.

—Tú no lo entiendes.

Ravenna intentó soltarse. Él la cogió con más fuerza.

—Ravenna, solo tengo tu...

Ella se soltó y susurró:

—¿Es que no te das cuenta? Ella es el pájaro.

Estaba temblando.

—¿El pájaro?

Ella tragó saliva con dificultad y el movimiento de su cuello le resultó bello y doloroso a un mismo tiempo.

—Ann no se puede defender, así que lo tengo que hacer yo.

Se dio media vuelta y desapareció tras una esquina. La señorita Anders y la señorita Abraccia aguardaban entre las sombras en la otra punta del pasillo, en silencio y con los ojos bien abiertos para no perderse nada. Se estremecieron cuando lady Margaret pasó junto a ellas.

—¿Milord? ¿Qué está haciendo junto a la habitación de mi hija en ese estado? ¿Mi hija está llorando? ¡Ann! ¡Ann, cariño!

La mujer lo esquivó y entró en los aposentos corriendo.

—Oh, mamá —respondió la señorita Feathers hecha un mar de lágrimas.

Vitor cogió el florete y siguió a Ravenna.

Ravenna abrió la puerta y se las encontró arreglándose para bajar a desayunar. Lady Penelope estaba sentada ante el tocador dorado, y

lady Grace de pie detrás de ella, le abrochaba un collar de perlas alrededor del cuello marfileño.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Vaya, señorita Caulfield. —Lady Penelope se volvió mientras posaba sus delicados dedos sobre las perlas—. No tiene ni pizca de modales. Sería un espectáculo muy entretenido de presenciar si no tuviera que hacerlo en mi propia habitación.

—¿Por qué le habéis estropeado el vestido? ¿Es que no os satisfacen los muchos y preciosos vestidos que tenéis, vuestras narices delicadas y labios perfectos y vuestros cabellos pálidos? ¿De verdad necesitabais estropear el único vestido que de verdad le gustaba?

—No sé de qué me está hablando.

—Claro que sí. Las dos lo sabéis, ¡víboras!

—Buenos días, lord Vitor —dijo Penelope a algún punto por detrás de Ravenna—. Espero que haya venido a encerrar a esta loca en el desván. —Se levantó con delicadeza y dio unos pasos hacia él—. Qué amable.

Él no saludó a la víbora inclinando la cabeza, cosa que Ravenna le agradeció mucho. Habría preferido que no se presentara ataviado de esa forma tan viril en la habitación de lady Penelope, con barba incipiente, enseñando su masculino pecho por la abertura de la camisa y la espada en la mano. Pero un héroe era un héroe independientemente de la ropa que llevara, incluso aunque hubiera ido a detenerla antes que a ayudarla, cosa que, como ella imaginaba, en ese momento sería casi lo mismo.

Lady Grace se quedó junto al tocador.

—Admite que lo hiciste —le dijo Ravenna—. Si lo haces y vas a disculparte ahora mismo con Ann, no le ordenaré que use la espada para cortaros la cabeza a las dos.

La risa de Vitor resonó a su espalda. No estaba del todo segura de que le hubiera gustado oírlo reír.

Los cristalinos ojos de lady Penelope rezumaban consternación.

—Oh, cielos. Quizá sea mejor que vaya en busca de sir Beverley o del señor Pettigrew enseguida, milord. Me parece que ha perdido completamente la cabeza.

—Ya lo creo —admitió Ravenna. Miró a Vitor por encima del hombro—. Asegúrate de esconder bien esa espada para que no pueda quitártela y acabar con todos los habitantes de la casa antes del desayuno. —Le clavó los ojos a Penelope—. Y tú serás la primera. Pídele perdón a la señorita Feathers o te arrepentirás tanto que no puedes ni empezar a imaginártelo.

—Es lo más correcto, muchachas. —Lady Iona asomó la cabeza junto a lord Vitor—. Todos sabemos que lo habéis hecho vosotras. El príncipe se enterará de lo que ha pasado durante el almuerzo, y no le va a gustar nada. Será mejor que intentéis solucionarlo ahora y quizás así todavía tengáis alguna oportunidad con él. —Miró a lord Vitor y paseó la vista por sus calzones, siguió subiendo hasta su cuello descubierto y el pelo despeinado y le sonrió con picardía—. Buenos días, milord. Debería salir más a menudo antes de haberse vestido como es debido.

—Gracias, milady.

Ravenna se cruzó de brazos.

—¿Y bien?

Lady Penelope entornó los ojos.

—Está bien. Nos disculparemos con el ratón. ¿Verdad, Grace?

—Sí, Penny.

Les hizo un gesto para que cruzaran el pasillo delante de ella, e Iona abrió la marcha. Lord Vitor no las siguió, la punta de la espada descansaba sobre la alfombra, y él las vio marchar con las manos apoyadas en el pomo de la puerta. Entonces se volvió hacia él y,

como estaba un tanto nerviosa después de su triunfo, le costó un poco mirarlo a los ojos. La imagen de su pecho ataviado solo con una fina capa de tela la confundía.

—Te agradezco que me hayas dejado hacerlo —le dijo.

—Por mucho que lo hubiera intentado, no habría podido detenerte.

—Sí que lo has intentado.

—Pero no me he esforzado mucho.

—Apareciste tan rápido. Supongo que la oíste gritar. ¿Estabas...?

—¿Que si estaba qué?

Ravenna quería saber si ya estaba en el ala de las damas. En la habitación de otra mujer. Si lord Whitebarrow, que era un hombre casado, se entregaba a tales pasatiempos, ¿por qué no iba a hacerlo un joven soltero? Petti ya le había contado las suficientes anécdotas sobre el licencioso estilo de vida de la nobleza como para estar al corriente de esas cosas.

—¿Cerca?

Vitor agachó la cabeza y la miró.

—Estaba maldiciendo a ese horrible cachorro tuyo y preparándome para sacarlo a la calle por quinta vez desde que el reloj tocó la medianoche.

Se sintió muy aliviada.

—Debe de ser más fácil criar un cachorro dejando que pase la noche en una caseta que en un castillo enorme.

—Yo no estoy criando ningún cachorro. Lo estoy aguantando hasta que tú te responsabilices de él o lo vuelvas a llevar al establo, que es donde debería estar.

—No puedo hacerlo. Ya es demasiado tarde. Es tuyo. Ahora te pertenecerá para siempre.

Entonces él la miró de una forma muy extraña, parecía a punto de decir algo. Pero lo que hizo fue suspirar con fuerza.

—Ve a presenciar esas disculpas forzosas.

Se dio media vuelta.

—Es una espada muy bonita. He disfrutado mucho empleándola como amenaza.

Vitor se detuvo.

—No me cabe ninguna duda.

—Te quedaría muy elegante en la obra de esta noche. Hasta que Romeo te dé muerte con la suya, claro.

Vitor inclinó la cabeza.

—Yo he nacido para destacar, señora.

Volvió a guardar silencio un momento con ese aspecto de estar esperando algo. Pero Ravenna no sabía qué decir, no le venía a la cabeza ninguna ocurrencia. Estaba imaginando lo que sentiría si lo pudiera agarrar como él había cogido el florete, sentir los músculos de su espalda con las palmas de las manos por debajo de la fina tela de la camisa. Quería abrazarlo de esa forma. Se moría por hacerlo, pero no era un deseo conveniente, en realidad estaba teñido de una extraña desesperación.

Vitor se le acercó hasta que tuvo las puntas de los pies pegadas a las suyas, y ella tuvo que inclinar la cabeza para mirarlo a la cara.

—¿Me perdonas por haberte agarrado con tanta aspereza en la puerta de la señorita Feathers? —le preguntó.

A Ravenna se le secó la boca.

—No me he dado cuenta.

Entonces la cogió del brazo por el mismo sitio por donde la había agarrado hacía solo un momento, pero lo hizo con una delicadeza muy impropia de la picardía que irradiaba. La acarició con el pulgar.

—Temo por ti, Ravenna.

Le habló con sencillez, y ella se preguntó cómo era posible que hubiera desconfiado de él, incluso durante un momento.

—No tienes por qué. Ya te lo dije.

—Pero es así. —Apareció ese pliegue en su mejilla—. En cualquier caso, no me gusta que ninguna mujer me diga lo que tengo que hacer. Ni siquiera una mujer tan controladora como tú.

—¿Ah, sí? —La volvió a acariciar con el pulgar y a ella se le aceleró la respiración—. Eso es completamente medieval.

Él agachó la cabeza.

—Ten cuidado, ¿quieres? No te saqué de ese río para nada. Me gustaría que siguieras viva en un futuro próximo.

—Supongo que para poder darme órdenes y tomarme el pelo.

Vitor sonrió.

—Sí.

Entonces hizo algo que ella no esperaba: le dio un beso en la frente. Suave, dulce, no fue un contacto transitorio, sino una marca permanente, que se apropió de ella de la forma más inofensiva que existe. Cuando se apartó y la miró a los ojos, Ravenna no podía ni hablar.

—Bien —dijo—. Me alegro de que nos entendamos.

La soltó y se marchó.

La verdad es que no lo entendía muy bien, y ahora mucho menos que antes. Su padre era el único hombre que la había besado en la frente. Sin embargo, lord Vitor no le despertaba sentimientos paternales ni de tolerancia. Y tampoco sentía por él la agradecida amistad que sentía por Petti y sir Beverley, ni siquiera el confortable afecto que sentía por Taliesin, que había sido como un hermano para ella desde que era pequeña. Por lord Vitor Courtenay sentía una confusa mezcla de placer y miedo, unos sentimientos tumultuosos y apasionados de los que quería huir y a los que quería abandonarse al mismo tiempo.

El príncipe Sebastiao representó los papeles de narrador y de Romeo en la función. Ravenna y las demás mujeres a las que él no había asignado ningún papel, se quedaron cómodamente sentadas al pie de la escalinata en compañía de monsieur Brazil y monsieur Sepic hasta que dejaron de oír los sonidos de los preparativos por detrás de las elegantes cortinas.

El príncipe paseó su enérgica figura ataviada en sedas doradas y armiño negro por el último escalón; el sombrero que llevaba era una obra maestra de la mercería. A su alteza le gustaba vestir bien, eso había quedado claro desde el principio. Pero aquella magnificencia no tenía precedentes.

—Dos familias semejantes en categoría —anunció—, en la bella Verona, lugar de la acción, inician nuevas peleas por viejos odios que manchan manos de ciudadanos con sangre de ciudadanos. De las fatales entrañas de esos dos rivales toma vida una pareja de amantes con mal sino, cuyos desgraciados y lamentables males acaban enterrando, con su muerte, la discordia paterna.

Recitaba los versos con fluidez y comodidad.

—Es muy buen actor —susurró Iona al oído de Ravenna—. No me extraña que tuviera tanto interés en representar la función.

Sir Henry y el señor Anders aparecieron de detrás de la cortina vestidos con calzas y jubones, con sendas espadas colgadas de la cintura y con sombreros en la cabeza.

—Gregorio —exclamó sir Henry—, estoy seguro de que no nos echarán encima los aparejos.

—Eso mismo pienso yo, pues eso nos convertiría en animales de carga —le contestó el señor Anders poniéndole mucho sentimiento.

Entonces apareció lord Case y se unió al diálogo. Pero Ravenna apenas podía seguir la función. Las historias de Shakespeare eran maravillosas, pero por mucho que se habían esforzado su hermana Eleanor y después sir Beverley en lograr que llegara a apreciarlas,

ella nunca había entendido muy bien la poesía. Y, sin embargo, el problema que la acuciaba en ese momento, nada tenía que ver con la poesía. Tanto lord Case como el señor Anders vestían calzas, y cuando pensaba en la entrada de lord Vitor en el escenario, sentía unas palpitaciones terribles.

Y resultó que las calzas le sentaban de maravilla. Cuando entró en escena le preguntó a lord Case con un aire burlón:

—¿Cómo desenfundas delante de estos rastreros esclavos? Vuélvete, Benvolio, y contempla tu muerte.

Desenvainó la espada y apuntó a su hermano. Ravenna tenía un nudo en el estómago y deseó poder darse la vuelta. Deseó incluso con más ardor que no la hubiera besado de esa forma tan paternal.

A pesar de la modestia de lord Vitor y la tendencia que tenía lord Case a gritar sus frases, todo el mundo actuaba de maravilla. El tío de Juliana, el obispo, entró bamboleándose en el escenario para recitar las frases del príncipe. Lord Whitebarrow interpretó una apropiada versión vanidosa de lord Montesco, mientras que lady Whitebarrow, que interpretaba el papel de lady Montesco, estaba radiante al hablar de Romeo, que era su hijo. El entusiasmo que transmitía el príncipe al hablar sobre la pálida Rosalinda y luego acerca de la belleza de Julieta, suscitó muchas risas y suspiros entre el público. Pero la interpretación más sorprendente fue la de Martin Anders. Él era Mercucio, y el monólogo que recitó cuando los chicos iban de camino a la fiesta de los Capuleto fue hipnótico.

—Jamás he visto a nadie interpretar mejor el papel de Mercucio —susurró Iona.

Estaba embebido de una loca emoción y agitación nerviosa, y no parecía que estuviera actuando, sino viviendo el papel. Ravenna sabía que él no podía ser el asesino. Ningún hombre que llevara su alma dramática como si fuera una brillante capa roja, de una forma

tan abierta y con tal ardor, podía matar sin declarar automáticamente su culpabilidad al mundo.

Aunque la certeza de Ravenna no consiguió tragarse el aleteo de la mariposa que revoloteó en su estómago cuando gritó:

—Tebaldo, matarratas, ¿quieres dar un paseo?

Y desenvainó la espada para amenazar a lord Vitor.

—Han desafilado las cuchillas, muchacha —le susurró Iona—. No temas.

Pero ella también tenía los puños apretados sobre el regazo.

—¿Qué quieres de mí? —le dijo lord Vitor al necio.

—Noble rey de los gatos. —El señor Anders frunció el ceño y avanzó hacia él—. Solo una de vuestras siete vidas me permitiré tomar.

Ahora la audiencia incluía a aquellos que no estaban en el escenario. Se dejaron arrastrar por el apasionado furor de Mercucio, y miraban la función embelesados. Por lo visto monsieur Brazil era el único que no estaba impresionado, y se levantó con total formalidad para marcharse hacia el salón. Había un hombre en la entrada del castillo ataviado con ropas vulgares. Una capucha le cubría la cabeza y sus faldas rozaban el suelo.

En lo alto de la escalera, lord Vitor declaró:

—Estoy contigo.

Ravenna se volvió hacia el escenario.

—Basta, déjalo Mercucio —le suplicó el príncipe Sebastiao al señor Anders.

El señor Anders lo ignoró.

—Adelante, caballero —instó a lord Vitor—. Muéstrame ese quite.

Cruzaron las espadas. Juliana Abraccia jadeó detrás de Ravenna. Sir Henry aplaudió y exclamó:

—¡Qué gran espectáculo, caballeros!

Pero no parecía que estuvieran fingiendo la pelea. Ravenna sabía muy poco sobre esgrima, pero aquello parecía real.

Iona alargó la mano y la cogió de la mano.

—¡Desenfunda, Benvolio! —le gritó el príncipe frenéticamente a lord Case—. Separémoslos. —Se acercó al señor Anders y a lord Vitor y sus mangas flotaron a su paso—. Caballeros, por lo que más quieran, ¡detengan este ultraje!

El señor Anders lanzó una mirada rápida hacia la puerta donde estaban el señor Brazil y aquel desconocido. Luego volvió los ojos llenos de desesperación hacia lord Vitor y gritó:

—¡No permitiré que ignore mi dolor!

Y le estocó con su espada.

—Esa frase no es de Shakespeare —murmuró la duquesa con desaprobación.

A Ravenna se le encogió el corazón. Se levantó de la silla. Iona hizo lo mismo.

Arielle se puso en pie.

—*Ma petite* —exclamó y corrió hacia la puerta.

El acero chocó con la piedra. Una espada se precipitó escalera abajo y se detuvo a los pies de Ravenna. Por entre todo el terciopelo y los tonos dorados del escenario, pudo ver las manos vacías del señor Anders y suspiró aliviada.

Este se puso inmediatamente de rodillas, se tapó la cara con la mano y gritó:

—¡Soy el juguete de la fortuna!

—Y esa frase es de Romeo, no de Mercucio —se quejó la duquesa.

Lord Vitor se acercó al señor Anders y se cernió sobre él. Su hermano bajó las escaleras y siguió al general Dijon hasta la puerta, donde Arielle abrazaba al diminuto perro contra su pecho.

—*Merci, monsieur. Merci* —le dijo al hombre encapuchado con una expresión radiante.

El perro movía la cola encantado entre los brazos de su dueña.

El príncipe Sebastiao gritó desde el escenario:

—Padre Denis. ¿Qué os ha hecho bajar de la cumbre de vuestra montaña para venir hasta Chevriot?

—Alteza. —El ermitaño inclinó la cabeza. Tenía la voz áspera, parecía que hiciera mucho tiempo que no hablaba—. Esta mañana he olido a humo en el cobertizo en el que guardo mis herramientas de jardinería. Cuando he entrado, he descubierto que alguien había encendido un fuego junto a esta pobre criatura. He supuesto que debía de pertenecer a alguien del castillo. Y por lo visto he acertado.

El general le estrechó la mano al ermitaño.

—*Merci, mon père.*

—Pero ¿cómo ha llegado el perro hasta allí? —preguntó Juliana Abraccia con los ojos como platos.

—¡Fui yo! —exclamó el señor Anders angustiado—. Yo me llevé al perro y lo dejé en el cobertizo del ermitaño. ¡Fui yo! ¡Es culpa mía! —Miró a la hija del general con una expresión muy triste—. Mademoiselle, ¿cree que podrá perdonarme? ¿Por favor?

—Qué cosa más extraña —comentó lady Whitebarrow sorbiendo por la nariz—. ¿Qué le había hecho el pobre animal?

El acusado le lanzó una oscura mirada a su padre.

—Él me obligó a hacerlo.

Todo el mundo se quedó mirando a lord Prunesly.

—¿Y qué tenía usted en contra del perro de mi hija? —quiso saber el general Dijon.

Cecilia Anders se levantó.

—Quería estudiar su lengua.

—¿Estudiar la lengua de un perro? —preguntó sir Henry—. En nombre de Zeus, eso es absurdo, Prunesly.

—Se equivoca —afirmó lord Prunesly—. Y mis hijos no entienden nada, como de costumbre. —Miró a todo el mundo a través de sus anteojos como si los estuviera viendo por primera vez—. Ese perro pertenece a una especie muy rara. No quiero estudiarlo —dijo

fulminando a su hija con la mirada—, ya tengo toda la información que necesito sobre ese espécimen. Es el único que queda vivo de su raza que tiene manchas en la lengua. Y, además, es una perra de cría. Es todo un hallazgo. Un animal excepcional.

—¿Si no la quería estudiar por qué la escondió en el cobertizo? —preguntó Ravenna.

—Para que se congelara. —dijo Arielle estremeciéndose y estrechó un poco más a su perro—. *Ma pauvre petite.*

—Congelada no me habría servido para nada, mademoiselle —le espetó el barón.

—Papá tenía planeado llevársela a una reunión de científicos en Linnaeus Society —dijo Cecilia—. Quería enseñársela a sus colegas y ganar renombre. ¿Verdad, papá?

—Ese perro es la prueba que llevo buscando durante los últimos veinte años, la explicación viviente de que es la cuarta generación de hembras la que hereda los rasgos recesivos —explicó lord Prunesly—. Me habrían concedido la medalla de Linnaeus por demostrar mi teoría. Toda Europa habría celebrado mis descubrimientos. Y tú, hija mía, te habrías beneficiado mucho de ello.

Cecilia se rió, pero con tristeza.

—¿De qué forma, papá? Si te refieres a que podría haberme casado con uno de esos discípulos tuyos que viven permanentemente encerrados en una torre de marfil, debes saber que esa perspectiva me interesa mucho menos que casarme con un príncipe. —Se acercó a Arielle y a su padre—. Señorita Dijon, no sabe cuanto siento lo que le ha hecho mi padre. Le supliqué que no secuestrara a su perro. No estaba del todo convencida de que fuera a hacerlo hasta que pasó. Y sir Henry. —Se volvió hacia el criador de caballos—. Ha sido un error. Una falta de juicio por parte de mi padre. ¿Podrá usted perdonar su vanidad? Piense solo en los éxitos que podrían cosechar sus caballerizas si uniéramos nuestras fuerzas.

—Bueno, señorita —dijo sir Henry. Luego suspiró y se le estiró el jubón—. Yo soy un hombre honrado y por lo visto su padre parece la clase de persona con la que no me gustaría hacer negocios. Me habría gustado averiguar más cosas sobre sus ideas, pero de momento tendremos que olvidarlo.

Negó con la cabeza; parecía muy triste.

—Alteza —intervino el general Dijon—. ¿Vais a castigar a lord Prunesly?

El príncipe miró a lord Vitor y luego se acercó al borde del rellano.

—Milord —le dijo al biólogo—, le exijo que se disculpe con el general y con mademoiselle Dijon, y le ordeno que abandone mi casa en cuanto la nieve empiece a fundirse.

—Pero ¿qué pasa con el señor Anders? —dijo lady Penelope—. Ya no es un niño, no puede ir por ahí haciendo todo lo que le mande su padre. A fin de cuentas, el perro podría haber muerto. ¿No debería recibir un castigo por habérselo llevado?

—¿Cómo es que no se ha muerto después de pasar todos estos días a la intemperie? —preguntó lady Margaret—. Es más pequeño que un capón.

—Mi hermano ha estado subiendo a esa maldita montaña cada día —explicó Cecilia—, con la nieve hasta las rodillas, para cuidar de él. Encendía un fuego cada mañana para calentar el cobertizo y lo alimentaba con su desayuno. Teniendo en cuenta que ha estado cuidando del animal, y que mi padre le había amenazado con quitarle la asignación si no le obedecía, no creo que merezca ningún castigo.

—Pues yo opino que sí. —Lord Case se separó de Arielle—. Señor Anders, exijo satisfacción por la angustia que le ha causado a mademoiselle Dijon y a su padre.

Se quitó el guante azul y gris de la casa Montesco y lo tiró al suelo de piedra.

—Pero... ¡pero, milord! —El señor Anders se puso de pie, aunque tenía los hombros gachos y el flequillo le tapaba uno de los ojos por completo—. He cuidado de ese perro como si fuera mío, en realidad, mucho mejor que si me perteneciera.

—Pero podría habérselo explicado a su alteza, muchacho —opinó la duquesa asintiendo—. Debe pagar las consecuencias de su necedad.

El joven se tapó los ojos con el brazo por segunda vez y rugió con fuerza.

—¡Dios, estoy acabado!

—Vitor. —Lord Case miró a su hermano, que seguía en el rellano—. ¿Serás mi padrino?

—No será *nécessaires* ningún padrino. —Monsieur Sepic se levantó de la silla como si fuera un estricto rigorista—. Por que usted, monsieur —señaló al señor Anders—, tiene una cita con la horca.

El señor Anders se quedó boquiabierto.

—¿Por robar un perro?

—Eso es absurdo —exclamó lord Whitebarrow—. No es ningún campesino al que pueda colgar por haber robado una hogaza de pan, Sepic. Es el heredero de un noble del reino.

—No de este reino —susurró Iona junto al hombro de Ravenna.

—No pienso seguir escuchando tonterías —insistió lord Whitebarrow—. La chica ha recuperado a su perro, y Anders se enfrentará a Case en un duelo mañana. Es la forma más caballerosa de ponerle fin a este asunto.

—Claro que le pondremos fin, milord —dijo el alcalde asintiendo—. Pero no es el fin que usted cree. Por que yo, Gaston Sepic, he descubierto la respuesta al misterio más importante, el que he estado investigando estos cuatro días que he pasado con ustedes. Mientras cenaba y disfrutaba de sus atenciones como si estuviera encantado de su compañía, yo, un orgulloso ciudadano de la nación francesa,

he estado reuniendo pistas. —Entonces levantó el brazo y apuntó hacia el escenario con un dedo acusador—. Monsieur Anders, usted asesinó a Oliver Walsh.

# 14

## *Las caballerizas, a pesar de la promesa*

Martin Anders se quedó tan pálido como la lana de oveja.

—¡No es verdad! —Parecía buscar aliados entre los invitados—. Díganselo. Díganle que no fui yo.

—Monsieur Sepic —dijo Cecilia—. No creo que mi hermano haya matado a ese hombre. No creo que sea capaz de asesinar a nadie.

—Está claro que usted diría cualquier cosa para protegerlo —dijo el alcalde sorbiendo por la nariz con desdén.

Ravenna se moría de ganas de que Vitor la mirara, pero él no estaba mirando al alcalde, tenía toda su atención puesta en las otras personas que aguardaban junto a él en el rellano y en los invitados que estaban abajo. Entonces miró a su alrededor en busca de algo que no hubiera advertido entre las caras de los invitados del príncipe. Todos parecían desconcertados, salvo Juliana Abraccia, que arrugó su precioso rostro bajo un halo de pelo negro. Se llevó una mano temblorosa a los labios, se echó a llorar y salió corriendo del salón.

—*Carina* —jadeó el obispo Abraccia en el mismo momento en el que el señor Anders gritaba:

—¡Juliana!

Hizo ademán de seguirla, pero lord Vitor le posó la mano en el brazo para impedírselo y le dijo algo en voz baja. El joven se dejó caer, pero se quedó mirando la puerta vacía con una mirada trágica.

—Ella me quería a mí —dijo con tristeza—. Y no a usted, después de todo. Pensé... Pero debí de haberme equivocado. —Se volvió hacia lord Vitor, inclinó la cabeza, y se puso la mano en el corazón—. Le debo una disculpa, milord, por comportarme de una forma tan violenta durante la escena de la pelea. Es un honor saberme desarmado por un hombre como vos.

—Disculpa aceptada. —Lord Vitor miró escalera abajo en busca del alcalde—. Monsieur Sepic, ¿qué pruebas le han llevado a concluir que el señor Anders fue quien asesinó a Walsh?

El alcalde chasqueó los dedos.

—Pruebas que otros no habrán sido lo bastante inteligentes como para tener en cuenta y que habrán pasado por alto por considerarlas meras coincidencias. Pero en una investigación de esta clase, ninguna prueba se puede considerar una coincidencia. *N'est-ce pas*?

Ravenna volvió a notar ese aleteo en el estómago, pero esta vez con frenesí.

Monsieur Sepic se metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo del señor Walsh.

A ella se le encogió el estómago.

El alcalde lo cogió entre el índice y el pulgar y lo levantó para que pudiera verlo todo el mundo.

—El anillo que llevaba el difunto tiene un grabado que, cuando entró en contacto con la piel del asesino durante el ataque, le dejó una marca. —Hizo un gesto en dirección al señor Anders sin soltarlo—. Monsieur Anders tiene una herida en el ojo derecho que encaja a la perfección. Me dijo que el puñetazo se lo habían dado tres días antes del asesinato, pero yo he descubierto que mentía.

—Sí, era mentira —admitió el señor Anders—. Pero yo no maté a Walsh. —Lanzó una mirada oscura con el ojo del que empezaba a desaparecer el moretón. El otro seguía oculto bajo su pelo lacio—.

Me lo encontré en el pasillo la tarde antes de que muriera. Y nos peleamos.

—¿Se pelearon? —repitió la duquesa.

—Me había ganado veinticinco libras en un local de apuestas de Londres en enero, y yo aún no le había pagado. Me exigió el dinero como si fuera un rey o algo así. Yo le tiré los billetes, pero él me golpeó primero, el muy ruin. —Echaba chispas por los ojos—. Después me marché.

—¿Adónde fuiste? —preguntó Vitor.

—A la torre más alta, para estar a solas con mi dolor —respondió con un gemido. Luego vio la cara que había puesto lord Vitor y dijo—: Fui a la habitación que hay en lo alto de la torre. La de la torreta. Estaba... fuera de mí, y necesitaba limpiarme la sangre. Pero las cortinas estaban cerradas y se me cayó el candil con el que había subido, así que regresé al salón. Luego me fui al pueblo. Se me notaba demasiado el moretón como para estar con ustedes, y no quería que mi padre lo viera. —Fulminó con la mirada a lord Prunesly—. Para la hora de la cena ya se me había deshinchado y pude regresar. Ya no volví a ver a Walsh aquella noche —le dijo al alcalde.

Ravenna miró a lord Vitor. Él también se creía la versión del señor Anders.

—Cuando estuvo en el pueblo —le dijo al ladrón del perro—, ¿adónde fue y con quién habló?

Él miró de un lado a otro con incomodidad.

—A la taberna, el abrevadero.

—¿Y qué hizo allí?

—No lo recuerdo —gruñó—. Me dolía mucho el ojo. Debí de tomarme una jarra de vino y es posible que hablara más de la cuenta.

—¿Qué fue lo que dijo?

Nadie movía ni un músculo. Al final, respondió.

—Dije que pagaría cinco guineas al hombre que le diera su merecido a Walsh.

Una dama jadeó. Los caballeros murmuraban.

Lord Whitebarrow comentó:

—Lo que yo decía: no fue ninguno de nosotros.

—Yo nunca pretendí que lo mataran —exclamó el señor Anders.

Monsieur Sepic chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—*Non, non.* Como pueden ver, *mes amis,* este hombre intenta escapar de la horca como sea. Se ha... ¿cómo se dice? Se ha inventado toda esta historia para librarse de la culpa. Tiene la esperanza de que lo crean porque es hijo de un noble, y que culpen al campesino que señala. *Non.* No me lo creo.

—Señor Anders —dijo lord Vitor—, ¿reconocería a los hombres con los que estuvo esa noche si se los trajéramos aquí?

El señor Anders negó con la cabeza.

—No.

—Monsieur Brazil, ¿ha venido alguien del pueblo al castillo solicitando audiencia con el señor Anders?

El mayordomo contestó:

—*Non, monsieur.* Nadie.

—Un asesino jamás intentaría que le pagaran por sus servicios en una casa que está bajo investigación —dijo el alcalde chasqueando de nuevo los dedos—. Sería absurdo.

—No más absurdo que asesinar a un inglés a cambio de unas cuantas monedas en medio del pueblo en el que uno ha pasado toda su vida —respondió lord Vitor.

—*Exactement.* Este inglés debería ser juzgado y declarado culpable —insistió el alcalde.

El señor Anders dejó caer los hombros. A Ravenna le dolía el estómago. No tenía ninguna duda de que las fanfarronerías que había dicho en la taberna del pueblo habrían llegado a oídos acostum-

brados a la absurda arrogancia de los caballeros que visitaban Chevriot. Pero no significaba nada. Había provocado al alcalde para que lord Vitor y ella tuvieran algo con lo que distraerse, y ahora un hombre inocente iría a la horca por su culpa.

Lord Vitor la estaba mirando con el ceño fruncido.

—Pero... —dijo el alcalde levantando un dedo—. Para ser riguroso, me comprometo a investigar la coartada. Volveré cuando haya determinado que lo que dice este hombre no son más que mentiras. *Par conséquent*, alteza, si me concede la ayuda de dos de sus guardias, me llevaré al prisionero en custodia.

—Monsieur Sepic —dijo lord Vitor—. Si a su alteza le parece bien, el señor Anders se quedará bajo custodia del príncipe mientras usted investiga las circunstancias en el pueblo. De esa forma, si acaba usted dando con un asesino, su celda estará disponible para que pueda encarcelarlo.

El alcalde se atusó el bigote y luego asintió.

—*Oui. Peut-être* eso podría ser útil. Mi ayudante interrogará a los hombres que estuvieron con el señor Anders aquella noche. Pero no tardaremos mucho —añadió esbozando una sonrisa cargada de seguridad, y luego le clavó los ojos al señor Anders—. Monsieur, prepárese para el día del juicio final. ¡Padre! —llamó al monje—. Ese hombre querrá confesarse antes de que lo cuelguen.

Le hizo una reverencia al príncipe Sebastiao, y se marchó.

Todo el mundo empezó a hablar. El príncipe reunió a sus guardias con un gesto. El señor Anders salió de la sala con la cabeza gacha y custodiado por ellos. El obispo se marchó detrás de su sobrina.

Ravenna corrió escaleras arriba en busca de lord Vitor.

—Tú no crees que lo haya hecho él, ¿verdad? —le preguntó.

—Igual que tú.

—Seguimos sin saber nada sobre la nota que encontramos en el bolsillo del señor Walsh.

—Yo también lo estaba pensando.

—Quizá ya la tuviera cuando llegó a Chevriot. Puede que fuera una nota antigua de un encuentro anterior.

—Es posible. —Envainó la espada—. No te culpes de la imbecilidad de Sepic.

Él era consciente de sus preocupaciones, como si fuera un amigo al que conociera desde hacía años, en lugar de días.

—Pero es que es culpa mía —dijo ella.

—Los hombres sabios nunca son culpables de los errores que cometen los necios.

—Pero yo no soy un hombre.

—No, eres una mujer con intereses racionales.

Miró escalera abajo. Lord Case estaba allí junto a Arielle. A la chica francesa le brillaban los ojos.

—¿Vas a permitir que insista en lo del duelo? —quiso saber Ravenna.

—Sus batallas son cosa suya. Pero él ya ha ganado el premio que buscaba. Quizá acabe por transigir.

—Lo que el señor Anders dijo sobre la señorita Abraccia... —Ravenna se oyó balbucir—. Parecía pensar que ella...

Él aguardó mirándola con esos ojos del color de la medianoche.

—Que a ella le gustabas.

—Mm.

—¿Tú también lo piensas?

Él frunció el ceño.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Entonces no has... O sea, no has...

—¿Quieres saber si la he seducido en las muchas horas que me han quedado libres cuando no estaba examinando un cadáver, sacándote del río, buscando caminos ocultos en la montaña, y asegurándome de que cierto chucho no destroza todos mis zapatos? No, no lo he hecho. ¿Era eso lo que estabas pensando cuando me has

preguntado dónde estaba en el momento en que he oído el grito de la señorita Feathers esta mañana?

—Bueno, yo...

Él pareció arrepentido.

—Discúlpame. No debería haberte hablado de esta forma.

—Yo te he provocado.

Vitor esbozó una sonrisa de medio lado.

—Ya parece toda una costumbre.

—¿Qué hacemos ahora?

Él le miró los labios.

—¿Hacer?

A Ravenna le gustaba. Le gustaba que le mirara los labios. A pesar de los acalorados nudos que se le hacían en el estómago o incluso a causa de ellos. Le gustaba demasiado.

—¿Qué vamos a hacer mientras monsieur Sepic busca a ese asesino inexistente?

Él subió la vista hasta sus ojos muy despacio.

—Esperar.

La espera fue interminable, pero tenían que guardar los disfraces, desmontar el escenario, consolar al príncipe por haber arruinado su función, y disfrutar de las habladurías. Todo el mundo estaba ocupado. Varios de los caballeros se retiraron a la sala de billar, pero el príncipe dijo que, dadas las circunstancias presentes, no soportaba la frivolidad: uno de sus invitados había asesinado a un desconocido en aquella casa, y su obra de teatro había quedado suspendida a medio acto. Su fiesta estaba resultando un desastre. Así que se sentó con lady Whitebarrow y sus hijas, pero tenía una mirada tan triste y se comportaba con tanta indiferencia, que Ravenna sospechaba que lo había hecho para castigarse.

Juliana Abraccia se recuperó lo suficiente como para bajar a almorzar, aunque se limitó a pasear la comida por el plato antes de dársela a su tío.

Arielle, por su parte, no podía estar más feliz. Tenía los ojos llenos de luz y una dulce sonrisa en los labios. No se había separado de su *petite* desde que el padre Denis se la había devuelto, y el animal estuvo tumbado sobre su regazo durante todo el almuerzo. Lord Case estaba sentado a su lado y no parecía importarle, cosa que a Ravenna le resultaba admirable.

Después del almuerzo examinó a *Marie* y concluyó que estaba sana. Era evidente que el señor Anders la había cuidado bien. Así que se sintió más culpable por haberlo puesto en peligro. Se coló en la cocina en busca de algún hueso que pudiera darles a los cachorros y un cuscurro de pan para la cautiva rescatada.

Ann Feathers se la encontró en una esquina, cortando los ligamentos para separar el hueso de los restos de la pantorrilla de un ternero.

—Monsieur Brazil me ha dicho que te había visto bajar. —La joven contempló asombrada las hileras de brillantes cazuelas de cobre, las hierbas secas y los pedazos de carne que colgaban de ganchos, y luego miró al cocinero, a la fregona y a los lacayos, que corrían de un lado a otro de la cocina preparando la comida. Solo entonces le miró las manos—. Vaya, Ravenna. Eres muy aventurera.

—Eso es cierto. Soy muy aventurera.

Ni sir Beverley ni Petti le habían contado a nadie que ella estaba perfectamente cómoda en una cocina o en cualquiera de las estancias que acostumbraban a estar destinadas a la servidumbre. Solo lo sabía lord Vitor, y por lo visto él tampoco lo había compartido con nadie.

—Yo... —Ann tenía los ojos húmedos—. Yo le admiro mucho, Ravenna.

Ella dejó el cuchillo.

—¿Al príncipe?

Ann asintió con delicadeza.

—Es muy buen hombre —dijo con suavidad y devoción—. He oído... He oído decir que ha sido un poco salvaje en el pasado. Pero yo no lo creo. Nunca hace nada malo, siempre quiere que todo el mundo esté contento, y habla muy bien de todos.

—¿Ah, sí?

—Oh, sí. Justo ayer me estaba diciendo que la devoción de lord Vitor lo deja estupefacto.

—¿Su devoción?

—Pues sí.

—¿Por qué crees que sube a esa colina cada mañana?

Para encontrar un camino escondido que pueda haber utilizado un ladrón o un asesino.

—¿Por qué?

—Porque va a visitar al padre Denis a su ermita. —Ann frunció su ceño pálido—. Es raro pensar en eso.

¿En qué? ¿En un joven, atractivo y viril lord que visita cada día a un ermitaño que vive en su retiro de la colina?

—¿Qué es lo que te parece tan raro?

—En casarse con un católico. —Ann abrió los ojos como platos—. Oh, Ravenna, debes de pensar que soy una presuntuosa. El príncipe es amable con todas las damas, y sé que admira la belleza de lady Iona y la elegancia de lady Penelope. Pero es evidente que tú eres su preferida. A fin de cuentas, propuso lo de la obra para divertirte.

—Yo creo que la excusa le habrá venido bien —opinó ella—. Es evidente que disfruta actuando.

—Es muy buen actor. Dice que es lo único que hace mejor que lord Vitor. Pero no puedo entender por qué debería importarle teniendo

en cuenta que él es un príncipe y lord Vitor solo es el segundo hijo de un marqués. —Frunció su delicado ceño—. Me dijo que si hubiera vivido tantos años en un monasterio, quizá hubiera adquirido la capacidad y la noble entrega hacia los demás que tiene lord Vitor. Yo le aseguré que eso no podía ser verdad y que él es el hombre más maravilloso que he conocido en mi vida. —Entonces la embargó la emoción, olvidó la cautela, y la estrechó con fuerza de la manga—. ¿Crees que fui demasiado atrevida cuando le dije eso, Ravenna? Me sentiría muy avergonzada si él pensara que soy poco recatada. Pero estaba tan triste que debía decir algo para animarlo.

Ravenna comprendía que, teniendo una madre como lady Margaret, la señorita Feathers acudiera a ella para hablar y descargar sus preocupaciones. Muchas mujeres de granjeros hacían lo mismo cuando ella iba a sus casas para cuidar de sus hijos, sus animales o de la propia mujer. Como no tenían a nadie con quien hablar en todo el día, sus conversaciones fluían como un arroyo después de una tormenta, y ella las escuchaba. Y las fluidas confidencias de Ann nunca la habían inquietado.

Hasta ese momento.

«¿Vitor se ha pasado años en un monasterio?»

Se soltó de las manos de Ann.

—No creo que le hayas dicho nada inadecuado. —Envolvió el hueso en un trapo—. El príncipe Sebastiao todavía es joven e inseguro. Pero tú también eres joven y, sin embargo, posees la comprensión de una mujer, que siempre es muy superior a la de cualquier hombre. Debes de apreciarlo mucho, y estoy segura de que él está muy contento.

Ann dio un salto y la abrazó.

—Querida Ravenna —le susurró—. Qué suerte he tenido de que el príncipe Raynaldo te invitara a asistir a esta fiesta. Cuando me case espero que estés conmigo en el altar. —La soltó—. ¿Aceptarías?

Ravenna no se podía negar.

En ese momento apareció lady Iona en la puerta con los ojos brillantes de excitación.

—Venid, muchachas. Monsieur Sepic ya ha vuelto.

Corrieron hacia el salón. El francés estaba justo en el medio, era el centro de atención. Les hizo una reverencia al príncipe, a lord Whitebarrow, a lord Case y a lord Vitor, y luego saludó también a la duquesa y a la condesa.

—Venga, escúpalo ya, hombre —le exigió lord Whitebarrow.

—Hemos encontrado al asesino en el pueblo —dijo el alcalde con seriedad.

Cecilia se tapó la boca con la mano y reprimió una exclamación de alivio. Iona la rodeó por la cintura y la estrechó. Entonces ella se apoyó sobre la joven y se puso a llorar.

Lord Prunesly miró hacia otra parte.

—¿Quién lo hizo, monsieur? —preguntó lady Margaret.

Monsieur Sepic parecía muy interesado en la cenefa de la alfombra que tenía bajo las botas.

—Mi ayudante, monsieur Paul —dijo enfatizando mucho cada sílaba que pronunciaba. Luego levantó la cabeza—. Como es el hijo de mi hermana, creía que era inmune a la ley. El muy borracho me lo confesó. Ahora está encerrado en la cárcel.

—Me dan ganas de preguntarle si el señor Paul sigue teniendo la llave —le susurró Iona a Ravenna, pero ella no se podía reír.

Se sentía muy aliviada. Entonces se encontró con los ojos de lord Vitor y el pliegue que vio en su mejilla se llevó los últimos restos de su sentimiento de culpa.

Soltaron al señor Anders. Estaba muy arrepentido, y esperaba que las damas lo recibieran como si no hubiera pasado nada. Aunque su

poético mechón seguía descolgándose por encima de su ojo, se dirigió a los caballeros sin un ápice de dramatismo.

En realidad ninguno de ellos conocía al señor Walsh. El alivio que sintieron todos al descubrir la identidad del asesino —y de saber que no se trataba de ninguno de ellos—, no se vio empañado por el dolor que debería haberles provocado su muerte. Pocas horas después, los invitados del príncipe ya estaban conversando con alegría, riendo y brindando por los inteligentes descubrimientos del alcalde y por la hospitalidad de su señor. Alguien sugirió que podrían intentar volver a representar la función al día siguiente, y los invitados recibieron la idea con entusiasmo. El príncipe Sebastiao enseguida tuvo que pedirle a monsieur Brazil que trajera más botellas de la bodega, y la tarde dio paso a una alegre celebración.

Los sirvientes regresaron del pueblo cansados de dormir en camastros de paja y de comer como los campesinos, y parecían encantados de volver a ponerse a las órdenes de sus señores. El castillo exhibía el ajetreo de doncellas, lacayos y asistentes atareados propio de las reuniones de hombres y mujeres de elevado rango y fortuna.

Sir Henry sugirió que sería estupendo que los caballos salieran a estirar las piernas, y que quizá a las damas les gustaría dar un paseo en trineo. Había dos guardados junto a los carruajes. Les colocaron los arneses a los caballos y prepararon las monturas. Mientras caía el sol de la tarde, todo el mundo tuvo la oportunidad de disfrutar del manto blanco que cubría el paisaje desde el trineo, de las vistas del pintoresco pueblecito donde ahora había un asesino encarcelado, y de las torretas cubiertas de nieve y del brillo rojo de las almenas, que reflejaban la luz del sol poniente a medida que se iban aproximando de nuevo al castillo.

A su regreso pudieron beber de las copas de vino con especias que les habían dejado preparadas en el salón para que se calentaran las manos. Los invitados volvieron a brindar. Los sirvientes se

habían empleado a fondo mientras ellos gozaban del exterior. El príncipe quería celebrar una fiesta, y todo el mundo estaba encantado.

Ravenna había visto muchas celebraciones como aquella, pero siempre desde el piso de abajo. Y ahora que tenía que asistir a una, a duras penas sabía qué hacer. Cuando estaban en el salón después de cenar, vio cómo lord Whitebarrow se acercaba a Iona con una copa de vino en la mano, y se le revolvió el estómago. Lord Case volvía a estar junto a Arielle en el pianoforte. El preciado perro —un animal por el que un hombre había incitado a su hijo a robar—, descansaba sobre su regazo y bebía agua de un cuenco de porcelana. Por primera vez aquella semana, advirtió el delicado encaje del corpiño del exquisito vestido que lucía Arielle, la pequeña y brillante tiara que relucía por entre sus rizos oscuros, y el collar de piel trenzada con una filigrana dorada que *Marie* llevaba en el cuello.

*Bestia* jamás había llevado collar. Si estuviera allí en ese momento, rodeado de tanta riqueza y comodidad, estaría sentado junto a la ventana buscando liebres y deseando poder perseguirlas por la nieve.

Entonces sintió un hormigueo en los hombros; la asaltó una sensación que ya había tenido antes: las paredes del castillo parecieron encogerse. Hacia ella. Aquel era un mundo extraño, un mundo en el que jovencitas simpáticas tenían amantes casados, en el que jóvenes ricos sin ninguna ocupación animaban a pobres campesinos a cometer asesinatos, y en el que ella no tenía nada en común con el hijo de un marqués, por muy segundo hijo que fuera. Vitor no se había vuelto a acercar a ella desde que el alcalde les anunciara la noticia. Y Ravenna se imaginaba que él, al igual que ella, habría comprendido la desigualdad de su amistad. La muerte del señor Walsh había puesto el castillo patas arriba y, por un momento, ella

se había olvidado, como podía haberle pasado a él, que aquel lugar de torres antiguas, cristales brillantes, oro, joyas, terciopelo y satén, no era su mundo.

Escapó. Se marchó del salón sin que nadie se diera cuenta y subió a la habitación de Petti para coger a los carlinos y darles su paseo de la noche por el patio. Y después buscó refugio en el único lugar de Chevriot en el que se sentía como en casa.

Tras los entretenimientos de la tarde, los habitantes de las caballerizas descansaban plácidamente. Habían colgado de las paredes los arneses recién pulidos, y las monturas brillaban a la luz de la luna llena, que se colaba por las ventanas. Ravenna recorrió los establos hasta el garaje de los carruajes seguida de la luz ambarina que proyectaba su candil. Solo vio al anciano mozo del obispo Abraccia, que estaba acurrucado debajo de su manta y dormía en una cuadra.

Regresó al establo y abrió la puerta de la cuadra donde descansaban los cachorros con su madre, pero se la encontró vacía. Dejó el candil en el banco y se agachó para oler la paja. Ya no olía a los perritos. Se habían llevado a la madre y a los cachorros, y habían puesto paja nueva. La civilización había regresado también a aquella pequeña esquina de Chevriot.

—¿Me pregunto qué puede estar haciendo una gentil dama en un establo a estas altas horas de la noche?

Ravenna se dio media vuelta.

Lord Case estaba apoyado en la puerta de la cuadra y la miraba con los ojos entornados, las manos entrelazadas a la espalda y el pelo castaño brillando a la luz de la luna. No llevaba candil.

—¿Está esperando a alguien, señorita Caulfield?

—Había una camada de cachorros en esta cuadra —le dijo—. He venido a verlos, pero por lo visto ya no están. Supongo que se encontrarán en su casa, ahora que las puertas del castillo vuelven a estar abiertas y su dueño los ha recuperado.

Mientras hablaba los pensamientos se agolpaban en su mente. Martin Anders no había cometido el asesinato, pero eso no significaba que la apresurada investigación de monsieur Sepic, que había acabado culpando a su ayudante, fuera acertada. Lord Case sabía que ella y su hermano estaban investigando por su cuenta, y lord Vitor no confiaba del todo en él. Y alguna de las personas que se alojaba en el castillo la había arrojado al río, aunque aún desconocían su identidad.

—No eran perros de caza, ni tampoco perritos falderos —le dijo—, así que imagino que este no era su sitio.

Aunque quizá lord Case la hubiera seguido hasta allí con intenciones menos maliciosas pero igual de indeseadas. O puede que hubiera ido a los establos a reunirse con una amante. No se podía imaginar a la delicada Arielle Dijon retozando sobre la paja una noche de invierno, ni cualquier otra noche. Entonces le vinieron a la cabeza las fervientes súplicas de lady Iona para que no le hablara a nadie de su escandaloso comportamiento. No tenía ni idea de cómo era posible que su hermana Arabella llevara tanto tiempo viviendo en ese mundo por propia voluntad.

—Ah —dijo lord Case—, recuerdo que Vitor me comentó algo sobre el perrito que tenía en la casa. ¿Es uno de los cachorros de esta camada, tal vez?

—Sí. Es uno de ellos.

De repente a Ravenna le pareció increíblemente presuntuoso por su parte haber obligado a lord Vitor a quedarse con aquel cachorro.

—Ya veo. —Entró en la cuadra y se sacó una botella y dos copas de detrás—. Sin embargo, yo no he venido buscando perros. —Inclinó una de las copas y la llenó de vino. La bebida proyectaba un brillo dorado a la luz de la luna—. ¿Ya ha tenido la oportunidad de probar el *vin jaúne* de Jura, señorita Caulfield? —le dijo en tono conversador.

—Nunca me ha gustado el vino.

Se le había secado la boca. Lord Case estaba justo delante de la puerta: era la segunda vez que un hombre la tenía atrapada en aquella cuadra. Pero no creía que este la dejara marchar con la misma facilidad con la que la había soltado su hermano. No hasta que hubiera conseguido lo que había venido a buscar.

—Me parece que esto la hará cambiar de opinión. —Le ofreció una de las copas—. Es soberbio, seco e intenso. Adelante. No le voy a morder. A menos que no quiera probar el vino.

Sonrió y Ravenna advirtió parte de la sonrisa de su hermano en la curva de sus labios, pero carecía de la calidez y el humor de aquel.

Entonces se estrechó la capa.

—Si es tan amable de dejarme salir, voy a volver al castillo.

—Señorita Caulfield, no tengo malas intenciones hacia usted. —Extendió las manos—. Solo quiero hablar. Siéntese —hizo un gesto señalando el banco—, y disfrute del vino, y así nos conoceremos un poco mejor.

—No me apetece beber vino. Por favor, déjeme salir.

—Sí, Wesley. —Lord Vitor apareció en la puerta—. Deja salir a la dama.

—Vaya —dijo el conde levantando la voz—. Tú siempre tan oportuno, Vitor. Le acabo de servir una copa a la señorita Caulfield. La próxima iba a ser para ti. —Dejó la botella y las copas encima del banco y se acercó a la puerta—. Te deseo —miró por encima del hombro— y a usted también, señora, una buena noche.

Sus pasos se alejaron en la oscuridad.

—¿Te ha asustado?

La voz de lord Vitor sonaba muy seria.

—Para nada. Y tenía la horca muy a mano.

Él no sonrió.

—Y si eso no hubiera servido —añadió—, podría haber utilizado las copas o la botella.

Vitor dio un paso adelante y se acercó a ella.

—¿Te ha asustado? —le volvió a preguntar.

Aquello era lo que la asustaba: lo nerviosa que se ponía cuando él estaba cerca, el extraño deseo que sentía de estar con él y las contradictorias ganas que tenía de salir corriendo.

—No. —Ravenna lo esquivó y cogió la copa que había llenado lord Case—. Pero la verdad es que sí que me apetece probar el vino. Iona no paraba de alabar su sabor el otro día. Incluso lady Penelope estaba de acuerdo, y eso que el príncipe no estaba delante, así que imagino que sería verdad.

Vitor miró al suelo.

—Parece que los perros se han marchado.

—Supongo que ella no pretendía dar a luz aquí. —Se sentó en el banco junto a la botella y la copa vacía—. Si una perra no encuentra un sitio donde dar a luz que esté cerca de su casa, busca cobijo en otro lugar. Pero los cachorros ya eran lo bastante mayores como para destetarlos. Puede que su dueño los haya encontrado y se los haya llevado.

Entonces se acordó de su madre. Fue un poco raro pensar en eso en aquel momento, pero no pudo evitar plantearse que ni ella ni su padre habían vuelto a recoger a sus tres hijas.

—¿Qué clase de perro es? —le preguntó Vitor.

—¿Es?

—*Gonzalo.*

Ravenna tomó un sorbo de vino. La copa estaba fría y era cierto: el vino era tan intenso como había asegurado lord Case.

—Quizá sea un perro pastor, o un perro de caza un poco extraño. Tal vez sea una mezcla accidental de ambas especies. Es evidente que los franceses tienen perros que nosotros no tenemos. Le podríamos preguntar a lord Prunesly —dijo sonriendo.

—Dame una copa de ese vino —o cinco— e iré a preguntárselo yo mismo.

Ravenna se rió y le sirvió un poco de vino. Vitor aceptó la copa con cuidado, o eso le pareció, de no tocarle la mano. Luego se acercó a la ventana y la abrió. La brillante luz de la luna proyectó un haz de luz plateada sobre él.

Se apoyó en la pared.

—¿Eso significa que le tendré que pagar a alguien por el perro?

—Es poco probable. Era el más pequeño de la camada y, probablemente, lo habrían tirado al río.

—Ah. Pero al final se convirtió en mi premio —le dijo con ironía.

—No me eches la culpa. Yo solo te lo di. No tenías por qué habértelo quedado.

—¿Y qué hay de todo eso de «ya es demasiado tarde, es tuyo, y será tuyo para siempre»? —Se inclinó y se sentó en la paja limpia. Sus movimientos eran tan fluidos que Ravenna comprendió que aquel enorme y poderoso hombre se había sometido a la disciplina propia de un monje—. ¿Acaso has cambiado de filosofía desde esta mañana? —le preguntó.

—¿Te lo he dicho esta mañana? —dijo por encima del borde de la copa mientras percibía el aroma del líquido dorado—. Qué día más raro.

—Los días anteriores te han parecido normales, ¿no? No hay duda de que has llevado una existencia muy agitada.

Ravenna lo miró fijamente.

—¿Cómo entró monsieur Paul en el castillo sin que lo vieran los guardias del príncipe? ¿Y cómo consiguió salir sin que nadie se diera cuenta después de asesinar a Walsh?

—Puede que algún sirviente le permitiera la entrada. He hablado con el personal de la cocina. Todos han dicho que no habían visto por aquí al ayudante. Mañana interrogaré a los demás sirvientes.

Ravenna tendría que haber dado por hecho que lo haría. Quizá aquella tarde no hubiera evitado hablar con ella. Puede que solo hubiera estado ocupado.

Miró el vino que tenía en la copa.

—¿Esas son la clase de cosas que enseñan a los hombres en los monasterios católicos? ¿A interrogar sirvientes y perseguir asesinos?

Vitor no respondió. Pero ella se armó de valor y lo miró. Tenía una pequeña sonrisa en los labios.

—Otra pregunta que te estabas guardando, ¿eh?

—No. —Apartó la vista—. Me he enterado de tu devoto pasado esta tarde. —Ravenna se miró la yema del dedo y la deslizó por el filo de la copa—. ¿Dirías que esa etapa de tu vida ha quedado en el pasado?

Sentía un revoloteo de mariposas en el estómago. No debería importarle lo que él le contestara, pero el vino le estaba haciendo entrar en calor y quería saberlo. Necesitaba saberlo.

—¿Por qué? —Vitor hablaba con despreocupación—. ¿Acaso tienes algún interés especial por saberlo?

—Solo en el supuesto de que el ayudante resulte no ser el asesino y el alcalde tuviera que reabrir el caso. —Cogió la botella, se levantó y se acercó a él—. Sería más inconveniente para él tener que ir a buscarte a lo alto de una colina.

—Eres muy considerada con nuestro amigo francés.

—¿A que sí? —Se sentó a su lado y le ofreció la botella—. Lo que más me preocupa es saber si los monjes pueden tener perros.

Vitor se llenó la copa.

—Supongo que eso depende del monasterio. Algunos son más estrictos que otros.

—¿Te lo quedarías?

Él negó con la cabeza y se rió.

—Ravenna...

Ella lo cogió de la manga.

—Pero ¿lo harías?

Él le miró la mano y ella la apartó, pero tuvo una sensación muy rara al soltarlo, fue como si su mano quisiera quedarse con él.

—No creo que *Gonzalo* me permita abandonarlo —le dijo—. En realidad no está conmigo ahora porque ha caído rendido después del larguísimo paseo que ha dado esta tarde siguiendo a los trineos. —Hizo una pausa antes de añadir—: Pero es una cuestión irrelevante. Esa clase de vida ya quedó atrás.

Ravenna se apoyó en la paja y suspiró aliviada. Le resultaba increíble que dos tragos de vino le despertaran tanto los sentidos.

—¿Crees que el señor Anders bebe vino?

—Me parece que le he visto hacerlo alguna vez —dijo Vitor sonriendo.

—Me da igual que te rías de mí.

—No me estaba riendo de ti.

—Claro que sí. ¿Tu hermano se batirá en duelo con el señor Anders al alba?

—Mademoiselle Dijon y el general le han pedido que retire el desafío, y él los ha complacido. Como el perro no ha sufrido ningún daño, el general también ha perdonado a lord Prunesly por el robo. Por lo visto el hecho de que un lord se haya interesado por ellos aumentará el valor de sus perros. Han llegado a un acuerdo por el cual lord Prunesly podrá enseñar el perro en su reunión de científicos.

—Y después del evento, todas las damas querrán tener uno de los perritos de *Marie*. Muy astuto. Pero me siento aliviada. Martin Anders es muy necio. Ahora no me puedo creer que alguna vez lo considerara uno de los sospechosos potenciales.

—No lo hiciste. Por lo menos desde que te tropezaste con él a altas horas de la noche delante de tu dormitorio.

Vitor tenía un tono raro. Ella abrió los ojos: seguía siendo tan atractivo como recordaba. En ese momento estaba contemplando su vino, quizá estuviera buscando en él esa magia que desordenaba los pensamientos y despertaba los sentidos.

—No creo que quisiera hacerme daño —le dijo.

Él la miró de golpe.

—¿Anders?

—Tu hermano. Hace un rato. Y resulta que le agradezco mucho que trajera el vino.

—¿Ah, sí?

—Háblame de la mujer con la que estuvo a punto de casarse, la hermana del señor Walsh, esa que murió porque se le rompió el corazón.

No debería preguntar. No era asunto suyo. Pero él le contestó.

—Se llamaba Fannie. Los primeros años que Walsh trabajó para mi padre, vivió con su madre y sus abuelos en Bath, y no solía visitar a su hermano. Cuando cumplió los catorce años, su madre y su abuelo murieron a causa de la fiebre, y ella y su abuela se fueron a vivir a Airedale. Me parece que fue entonces cuando mi hermano le echó el ojo.

—¿Cuántos años tenía?

—Dieciocho.

—¿Y la cortejó entonces?

—Tres años después.

—Tenía prisa.

—En realidad estaba seguro. No vio ningún motivo para esperar. Y, como ella era una chica hermosa y muy sociable, le pareció que debía darse prisa.

Ravenna cerró los ojos y respiró despacio por la nariz. El aire le enfrió la cabeza. Estaba un poco mareada.

—Él era el heredero de un título, y ella la hermana de un empleado de su padre. ¿Qué más podría haber deseado?

Vitor guardó silencio.

A Ravenna se le acaloraron las mejillas de repente. Se volvió y lo observó bajo aquella mezcla de la luz dorada del candil y la plata de la luna. Tenía una expresión tranquila, como de costumbre, y ahora ella comprendía a qué se debía: estaba entrenado para ello.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó—. ¿Qué pasó cuando le pidió la mano?

—Que mi padre no lo permitió. La pareja estaba desequilibrada, y me parece que tenía a otras en mente.

«Una chica muy sociable.»

—¿Por su carácter?

—Es posible.

—¿Y cómo pudo aceptarlo tu hermano?

—Él peleó, pero nuestro padre no dio su brazo a torcer. Sin embargo, cuando Walsh se dio cuenta de que su hermana no se convertiría en condesa, acusó a mi hermano de haberla seducido, de haberle robado la virtud. Él insistió en que se había comportado con ella con total honradez. Estaba muy furioso y retó a Walsh a batirse en duelo. Se encontró con él al alba y le disparó en el brazo.

—Me parece sorprendente lo rápido que los caballeros sacan las armas para solucionar sus disputas —murmuró Ravenna—. ¿Y qué pasó entonces?

—¿Entonces?

—Después del duelo.

Se hizo otro largo silencio. Y al final, dijo:

—Que ella vertió sus afectos en otro hombre. —Los ojos de Vitor, normalmente tan cálidos y directos, se cerraron—. Ese hombre no la correspondió. Poco después, enfermó.

—No debía de tener muchas ganas de vivir. Los animales no mueren de eso si se sienten queridos y están bien atendidos. Solo los humanos sucumben a esa clase de males.

Vitor la miró y la luz del candil pareció dibujarle un pliegue en la mejilla.

—Ya me habías dicho que no crees que alguien pueda morir porque se le rompa el corazón.

—Y no lo creo.

—Y, sin embargo, ahora has sugerido lo contrario.

—La gente débil tiene enfermedades débiles. Esa chica, Fannie, ¿era una chica débil?

Vitor se pasó la mano por los ojos.

—¿Podemos hablar de otra cosa, Ravenna? Este tema me aburre.

—Por supuesto, no hay que aburrir a su excelencia.

Él sonrió.

—No.

Entonces volvió la cabeza hacia la ventana. La luz que proyectaba la noche era propia de una luna de invierno, fría, gélida, y a ella le salía vaho de la boca al respirar. Pero como estaba envuelta en una capa bien gruesa, apenas notaba el frío.

—En noches como esta, *Bestia* y yo solíamos salir a pasear por Shelton Grange en busca de liebres. Lo veíamos todo con la misma claridad que si fuera de día. A veces incluso mejor.

—¿Y ya no lo hacéis?

—Me dejó. Supongo que por ahí arriba —hizo un gesto para señalar el cielo—, habrá algún parque nevado en el que salga a cazar liebres a la luz de la luna.

Vitor no le contestó. Luego añadió un tanto soñoliento:

—Si se parecía en algo al monstruo que me dejaste en la almohada, en este momento estará mordisqueando las botas de los ángeles. Me parece que puedo oír como un querubín y un serafín se lamentan al unísono.

Ravenna se rió. El placer que sintió le calentó el pecho, hacía muchos meses que no se sentía de esa forma. Pero al contrario que

la apacible felicidad que sentía antes, ahora la recorría una corriente de deseo, como si la verdadera felicidad estuviera al otro lado de una puerta que no se atreviera a abrir.

Su compañero estaba callado, tenía los ojos cerrados y se le movía el pecho a intervalos regulares, parecía que se hubiera quedado dormido.

—Lamento que *Gonzalo* no te deje dormir —le dijo.

Él hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia. En reposo su rostro era sorprendentemente atractivo, y tenía una sombra en las patillas que le daba un aspecto demasiado salvaje para tratarse de un monje o de un noble. Ella ya había sentido el impulso de tocarle la espalda, y en ese momento notaba un hormigueo en los dedos debido a las muchas ganas que tenía de acariciarle la mejilla y la mandíbula, quería enterrar la mano en su pelo negro y descubrir su sedosa textura. Quería sentirlo.

—¿Buscas algo? —le preguntó sin abrir los ojos—. ¿Ese es el motivo de tu minucioso escrutinio?

Ella se rió.

—¿Tienes los párpados transparentes?

—En la guerra uno aprende a estar siempre alerta.

—Me alegro mucho de que lo lograras y volvieras a casa sano y salvo —le dijo.

—Gracias. En este momento, yo también me alegro.

Ravenna tenía la cabeza hecha un lío y la respiración acelerada. Estaba sintiendo tantas cosas que parecía que no le cupiera ninguna emoción más en el corazón. Nunca había tenido un amigo así. Y, sin embargo, por mucho que disfrutara de sus risas y de su compañía, el deseo que sentía por él no dejaba de aumentar.

—Hoy —empezó a decir sin saber muy bien qué palabras elegir—, cuando monsieur Sepic ha anunciado sus conclusiones, me he preguntado si... —«¿Qué estaba diciendo?»—. Quiero encontrar al

asesino, claro. Al verdadero asesino. Pero... tengo miedo de que esto se acabe. —Y entonces susurró—: Por favor, no dejes que se acabe.

Él se volvió hacia ella: la luz del candil se reflejó en su rostro relajado y le ensombreció los ojos. Se agachó y le pasó la mano por la cara y por el pelo. Una caricia suave como una plegaria se deslizó por su mandíbula, y luego por debajo de sus labios. La hizo temblar de placer y de miedo.

—Pensaba que estabas dormido —susurró—. Antes. Cuando te estaba mirando.

—¿De verdad crees que puedo dormir cuando estás cerca de mí?

Le hablaba en voz baja.

Ella volvió a sentir ese aleteo de mariposas en el estómago.

—¿Vas a besarme?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Me hiciste prometer que nunca te volvería a besar en un establo.

Ella le miró los labios.

—Pues ahora te libero de esa promesa.

# 15

## *El lobo y la hiebre*

La besó. Sus labios apenas se tocaban, en realidad parecía que estuviera inspirando su fragancia, era una caricia de calidez que contrastaba con el frío que los rodeaba.

—Eres exquisita, Ravenna.

La voz de Vitor parecía muy inestable. Y no decía más que tonterías.

—Yo no...

Entonces la besó de verdad. Se apropió de sus labios, la agarró de la nuca y le inclinó la cara para pegar los labios de ella completamente a los suyos. Ella nunca había besado a nadie, solo había compartido aquel beso con él hacía unos días, y había sido solo un segundo y en contra de su voluntad. Ravenna no sabía que un beso podía ser así. No era áspero ni tampoco dulce, la boca de Vitor la obligaba a devolverle el beso, y así lo hizo, con muchas ganas. Vitor sabía a vino dorado y la hacía sentir como en casa y en peligro al mismo tiempo: era delicioso y excitante. Le apoyó las manos en los hombros y se agarró a él, que se inclinó hacia delante hasta que la atrapó debajo de su cuerpo. Y esta vez, asaltada por la poderosa necesidad de tenerlo cerca, no le importó sentirse atrapada. Cuando la obligó a separar los labios con la boca, sintió una oleada de calor intenso que la recorrió de los pies a la cabeza.

Debió de hacer algún sonido, porque él se separó un poco. La interrogó con sus ojos añiles.

Se esforzó por hablar a pesar de lo agitada que tenía la respiración.

—Como esta mañana me has besado en la frente, creía que ya no te interesaba besarme así.

—No.

Él también parecía haberse quedado sin aliento.

—Pero...

—Una promesa es una promesa.

Le cogió la cara con ambas manos y le miró los labios con los ojos tan borrosos como la confusión que anidaba en el corazón de Ravenna. El vino era fuerte, pero tampoco habían bebido tanto.

—Si te hiciera prometer que tienes que seguir besándome así hasta que te diga lo contrario —le dijo—, ¿cumplirías también esa promesa?

—Un hombre vale lo que vale su palabra.

—Y sus acciones, espero —consiguió decir antes de que él la besara de nuevo.

Y entonces, mientras disfrutaba de su sabor, le deslizó la lengua por los labios. Le provocó una oleada de placer. Lo repitió y ella separó los labios. Su boca quería tenerlo dentro. Ella quería tenerlo dentro. Y ahí estaba él, acariciándola y debilitándola. Placer. Deseo. Estaban entrelazados. Vitor le provocaba calor y excitación. Todas las emociones que ardían en su interior necesitaban algo más que la mera conexión de sus labios, más que aquellas caricias, y mucho más que la mera unión de sus cuerpos por encima de la ropa. Entonces ella se aventuró y le lamió la lengua.

—Ravenna. —Rugió su nombre de tal forma que pareció brotarle de dentro. Ella lo sintió vibrar contra su pecho—. No deberías provocarme.

—No te estoy provocando. Quiero tocarte.

Él le dio lo que ella quería, y la caricia llena de confianza de su lengua la deshizo de placer. Lo deseaba, y Ravenna sabía que ese placer era completamente sexual. Quería sentirlo más cerca. Lo más cerca posible. Íntimamente cerca. La necesidad surgía de todas partes: en la lengua que le estaba acariciando, entre las piernas, donde sentía más deseo, y también en los pechos.

—Y quiero que tú me toques a mí —dijo.

Deseaba que la tocara. Lo necesitaba.

Vitor dejó resbalar la mano por su hombro, siguió hasta su escote y se la pasó por encima de los pechos. Luego agachó la cabeza y posó la boca justo donde sus dedos jugueteaban con la costura de su corsé.

Sintió un placer sorprendente. Cuando el pelo de sus patillas le rozó la piel, notó una ráfaga de calor suave. Entonces la acarició con los labios. Ella se dejó llevar por el éxtasis.

—Precioso —murmuró con la voz amortiguada por la piel de Ravenna y la boca pegada a su cuerpo—. Esto. Tú.

Le cogió un pecho y el rugido de Vitor se mezcló con el jadeo de ella.

Él levantó la cabeza. Tenía una mirada febril, casi borrosa, y en sus ojos se adivinaba la misma desesperación que sentía ella. A Ravenna se le escapó un gemido de protesta y alargó el brazo para cogerle la mano. La asió con frenesí y se la colocó sobre el pecho. Se le endureció el pezón por debajo de la tela. Vitor la miraba fijamente mientras la acariciaba. A ella se le escapó otro quejido, y luego otro. En ese momento lo único que le importaba era la necesidad de sentirlo más, de sentirlo donde más lo necesitaba. Entonces separó las piernas y se pegó a él. Pero el vestido era tan estrecho que lo hacía imposible.

Así que separó los labios de los suyos y se empezó a levantar la falda.

—Ayúdame. Ayúdame.

Estaba desesperada.

Vitor le levantó la falda hasta los muslos y luego siguió subiéndole la tela un poco más con sus fuertes y capaces manos. Ella separó las piernas y dejó que él se colocara encima de ella. «Sí.» Sí. Mil veces sí. Hizo un ruido, era un sonido que nunca había oído, un sonido de puro placer que sonó al mismo tiempo que el rugido de placer que retumbó en el pecho de Vitor.

—Ravenna.

Le acercó la mejilla, la presionó contra la paja, y ella se entregó a los sentimientos, al placer y a la necesidad cada vez más desesperada ahora que por fin lo tenía encima y lo animaba a pegarse a ella.

—Oh —suspiró—. Lo deseo.

Vitor la besó profunda y apasionadamente, poseyó su boca como ella quería que la poseyera por completo. Le tocó la cara, tenía la piel caliente, perfecta, le hacía perder la cabeza, la obligaba a apretar las piernas y a rugir. Ravenna se estremeció, deseaba tenerlo más cerca. Quería más. Le descolgó la mano por el cuello y siguió el camino que iba dibujando con la boca, cada nueva caricia era una nueva fuente de placer. Él le volvió a coger un pecho y ella se apretó contra su cuerpo. Tenía los pezones pegados a la ropa, hinchados y doloridos a causa de la necesidad. Quería que se los tocara. Quería que le quitara el vestido y la tocara por todas partes. Necesitaba sentirse conectada a él y se moría por el contacto de sus manos sobre la piel.

Él habló con la boca pegada a su cuello.

—No he venido con esta intención.

Ella lo agarró de los hombros.

—Me parece que yo sí.

—Solo necesitaba encontrarte. Necesito... Siento una poderosa necesidad de estar contigo.

—Creo que ahora yo te necesito más cerca. —Había dejado de sentir el aleteo de las mariposas en el estómago, ahora eran pájaros salvajes. No le funcionaban las piernas y le temblaba todo el cuerpo—. Lo más cerca posible.

—Ravenna...

—Por favor.

Vitor no tenía muchas opciones. Ya estaba justo donde ella lo quería, y Ravenna notaba su erección. Lo único que se interponía entre ella y la satisfacción de esa necesidad eran sus pantalones y quizá la tela de la camisa.

—Por favor —susurró.

Ravenna no creía que él la hiciera esperar, y no lo hizo. Sintió una sorpresa extraordinaria al percibir el contacto de una carne que no era la suya, luego la sondeó, después irrumpió en ella, como si fuera una tabla fina de madera de pino y él un punzón. Cogió aire y, por un momento, se arrepintió de todo aquello. Pero el gemido que salió del pecho de Vitor, tan poderoso y satisfecho, se internó en ella y despertó de nuevo el deseo. No necesitó que la estimulara, su cuerpo sencillamente se abrió a él, y la penetró por completo. Tenía un instrumento largo y Ravenna se sintió plena, la sensación era extraordinaria.

Vitor ahora respiraba muy deprisa. Pegó la frente a la suya.

Entonces ella tuvo miedo y sintió el aire frío en las medias y el peso del hombre que tenía encima. Los carneros y los sementales nunca se paraban de aquella forma. Acababan antes de que la hembra pudiera escapar.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Necesito parar un momento —le contestó con la voz entrecortada.

Ella intentó tragar saliva. Pero no podía. Tenía la garganta apelmazada. Completamente seca. Él había sido monje. ¿Le habría hecho romper algún voto? Oh. No.

—Ya lo habías hecho antes, ¿no?

—Contigo no.

Su voz era profunda.

—Pues me alegro de que uno de los dos lo haya hecho porque... ¡au!

Vitor la embistió y el mundo de Ravenna explotó. La llenó por completo y era perfecto, como si su cuerpo hubiera sido creado para que él lo completara. Se agarró a sus hombros con más fuerza. Eso, eso era lo que ella quería.

—¿Uno de los dos? —preguntó con aspereza embistiéndola de nuevo, la aplastó contra la paja, estaba deliciosamente duro y se había enterrado en los más profundo de ella.

La penetró de nuevo. Sí. Aquella fricción. Aquella unión deliciosa. Aquella caricia profunda.

—Ohhh.

—¿Uno de los dos? —rugió Vitor.

—Ahora los dos. —¿Cómo podía ser que no supiera nada de aquello? ¿Cómo conseguiría saciarse a partir de ahora?—. Oh, sí.

—Ravenna...

No quería que se acabara nunca. Tenerlo dentro le provocaba placer, desesperación y satisfacción, todo a la vez.

—Sí. Por favor...

—Ravenna. —Se quedó completamente quieto—. ¿Eres virgen?

—Ahora ya no.

Vitor dejó de abrazarla y salió de ella. Ravenna apenas tuvo tiempo de comprender la sorpresa que la asaltó cuando sintió aquel vacío, o de percibir el aire frío que se deslizó por sus muslos. Entonces le bajó la falda y empezó a abrocharse los pantalones.

—¿Cómo puedes ser virgen? —Le temblaba la voz. Se pasó la mano por el pelo, parecía confuso—. ¿Cómo es posible?

Ella casi no podía respirar.

—Pensaba que habías dicho que tú ya lo habías hecho. ¿Me he equivocado al suponer que eso significaría que sabrías distinguir entre una mujer virgen y una que no lo es?

Se la quedó mirando desconcertado.

—Has dicho «por favor».

—¿Es que una virgen no puede ser educada?

—¿De qué iba todo aquello de que la virtud de una mujer no depende solo de su virginidad? ¿Y esa absoluta lealtad hacia lady Iona?

—Esa es mi forma de pensar, y no me gusta juzgar a mis amigos. —Se sentó y la brisa gélida se arremolinó a su alrededor—. ¿Crees que mi familia me hubiera enviado aquí a seducir a un príncipe si no fuera virgen?

Vitor hizo un gesto señalando la puerta.

—La mitad de las chicas de esta casa no son vírgenes.

—¿Cómo lo sabes? —Oh. No. No podía haber hecho aquello con otras novias potenciales, ¿no? Pero era muy guapo. Podía tener a la mujer que quisiera—. ¿Has...? O sea... ¿Con...? Oh.

Ravenna se levantó con el estómago revuelto.

Él la agarró de la muñeca.

—No. No lo he hecho. No lo sé por eso. Pero si lo recuerdas, es mi trabajo averiguar estas cosas.

La soltó.

Ella recuperó la mano y se la metió entre los pliegues de la falda.

—No sabías que yo lo era.

—A ti no te estaba investigando.

Arrastraba bastante las palabras. Pero solo se había bebido dos copas de vino... allí. Quizá hubiera tomado más antes de llegar. Puede que cuando llegara al establo ya estuviera borracho. Tal vez hubiera ido tras ella porque había bebido.

—Pues quizá deberías haberlo hecho —le dijo muy insegura. Estaba empezando a sentir un dolor que no esperaba. No quería que

su amistad terminara, pero ella misma le había puesto fin de una forma bastante efectiva—. Bueno, si eso es así, tendrías que haberte propuesto que la primera vez que un hombre se aprovechaba de mí, fuera memorable.

—¿La primera vez que un hombre se aprovechaba de ti? —Tenía la mirada borrosa, como si tratara de recordar. Levantó los ojos y parecía que se esforzaba por enfocar—. Yo no me estaba aprovechando. Tú estabas dispuesta. O eso me ha parecido.

—Y preparada.

—Y bebida. Y yo estoy bebido. —Se tapó los ojos con la mano—. Dios mío, ¿qué estoy haciendo? Voy a lamentar esto por la mañana.

A Ravenna se le encogió el corazón. Dio un paso atrás.

—No hay nada que lamentar. No ha pasado nada.

Vitor frunció el ceño.

—¿Qué no ha pasado nada?

—Puede que no tenga mucha experiencia —o más bien ninguna—, pero he visto copular a suficientes parejas de animales como para saber que aquí no ha pasado nada. Hasta los pájaros lo hacen durante más tiempo.

—¿Pájaros copulando?

No se estaba riendo. Pero ella no lo había dicho en broma. La indignación que sentía se había convertido en dolor.

—¿Sabes una cosa? Me parece que al final no le daré las gracias a lord Case por haber traído el vino.

Se echó la capa sobre los hombros y se marchó corriendo.

Vitor se quedó paralizado un momento. La sorpresa, la lujuria y la confusión se debatían en su cabeza. Le pesaban mucho las piernas, pero consiguió ponerse de pie y salió tras ella. Llegó a la puerta del establo justo a tiempo de ver como entraba en el castillo, pero lo

veía todo borroso y con puntitos, y le pesaba mucho la cabeza. La sacudió, pero seguía viéndolo todo borroso.

Tardó algunos segundos en regresar a la cuadra, coger su copa vacía y maldecirse por haber sido tan estúpido. Miró a su alrededor. Vio la copa de Ravenna entre la paja, estaba casi llena. Pero él se había tomado dos.

«El vino está envenenado.»

No podía creer que su hermano hubiera sido capaz de aquello. No podía ser cierto. A pesar de lo que había ocurrido en el pasado...

Solo olía a uva fermentada, pero no sabía mucho sobre venenos, solo que algunos dejaban un pequeño rastro. Cogió la botella y las copas y echó a andar lo mejor que pudo. Mientras se tambaleaba tiró el vino que quedaba en la copa de Ravenna al suelo. Tenía la sensación de hundirse en la nieve.

«Se está empezando a fundir?»

Ahora entendía que en las caballerizas no hiciera un frío insoportable. Aquello, el vino envenenado y el cuerpo de Ravenna debajo del suyo lo habían calentado.

«Su cuerpo virginal.»

Si hubiera estado en sus cabales nunca lo habría hecho. Si hubiera tenido la cabeza en su sitio la hubiera detenido por mucho que ella hubiera suplicado.

«Bobadas.»

Llevaba una semana en sus cabales y no había dejado de desearla ni un segundo.

Había un guardia apostado en la puerta. Vitor pasó junto a él —no podía confiar en ninguno de ellos—, pero no tenía tiempo de esconder el vino. Se llevó la botella al ala de las damas, la dejó encima de una mesa y llamó a la puerta de Ravenna.

Ella la abrió solo un poco. «Está bien.» Intentó mirarla a los ojos. En el establo habían brillado de deseo, o eso había pensado. Pero

ahora no confiaba en ninguno de sus sentidos. Ahora solo veía una sombra borrosa.

—¿Estás bien? —Tenía la lengua apelmazada—. Nadie... ¿Nadie te ha seguido?

—Solo tú.

¿Estaba enfadada? ¿Irritada? ¿Dolida? No conseguía verle bien la cara ni era capaz de interpretar su tono. La cabeza le daba vueltas.

Se agarró al marco de la puerta.

—¿Estás bien? —repitió.

¿O lo había dicho ella?

—Sí. Pero no sé por...

—Drogado. —¿Había hablado él?—. Veneno. —No se sentía las piernas—. El vino.

—Oh, no. —Ella abrió la puerta y lo tocó, tal vez—. Tienes los ojos muy raros. Oh, Dios. —Ahora notaba sus manos, lo estaba cogiendo de los brazos—. ¿Qué debo hacer? Dime.

Le costaba mantener los ojos abiertos.

—Sebastiao —consiguió decir.

—¿El príncipe te ha envenenado? Pero lord Case...

—Ayuda.

Solo veía un punto de luz en la oscuridad. No era una luna como la que se veía desde el establo. No tenía ninguna mujer cálida debajo entregándole su cuerpo. Solo cansancio. Intenso y frío. La luz giraba.

Estaba caminando, le pesaban mucho las piernas. Pero las ataduras eran como manos, las cuerdas parecían dedos. No iba a decir nada. No tenía nada que decir. No había hecho nada mal. Había sido leal a su rey y a su país. No pensaba permitir que lo obligaran a decir cosas que no eran ciertas.

Estaban intentando ahogarlo. Tenía la boca llena de agua y se atragantaba, pero se obligó a tragar, una y otra vez. No pensaba dejarlos ganar.

Oía voces, susurros amortiguados. A veces eran gritos. Voces que le resultaban familiares. Antes, la voz le había resultado familiar. Amada. Esa vez también. Pero oía voces distintas. De un hombre y de una mujer. Antes no había oído gritos. Solo un sonido flojo y constante. Aquella técnica era nueva. Pero... ¿Sebastiao? No se lo podía creer. No era posible. Y Ravenna tampoco. Ravenna nunca.

Apretó los dientes y no habló. Ni siquiera para decir la verdad. Si se permitía hablar, aunque solo fuera una vez, en cuanto volviera a sentir dolor les diría todo lo que quisieran.

El punto de luz oscilaba de delante hacia atrás como el péndulo de un reloj. Luego se detuvo y se quedó quieto en un sitio.

Estaba tumbado boca arriba en una cama, las ataduras habían desaparecido. El dosel que tenía suspendido sobre la cabeza proyectaba un brillo dorado.

Cerró los ojos.

Vitor se despertó sintiendo un dolor agudo por debajo de la frente. Lo único que notaba, aparte de aquel dolor, era que tenía la boca seca y el brazo particularmente caliente.

Abrió los ojos. El alba. Primera hora de la mañana. Su habitación. Su cama. Un perro echo un ovillo contra su brazo.

Inspiró hondo, se incorporó y se pasó las manos por la cara. El cachorro se desperezó y lo saludó con entusiasmo. Él le rascó por detrás de las orejas, pero tenía las manos agarrotadas y las extremidades débiles. *Gonzalo* le empujó la mano hacia delante para pedirle más caricias.

—No.

Entonces agachó las orejas y se tumbó en el colchón.

Tendría que haberle dicho que a no a la mujer con la que yació en la paja la noche anterior. Tendría que haberse marchado en cuanto se

dio cuenta de que el vino se le subía a la cabeza. Pero el contacto de sus manos, su piel suave, sus jadeos de placer y su boca embriagadora... No había necesitado vino. La mujer tendida sobre la paja que lo deseaba ya había sido más que suficiente.

Junto a la cola que *Gonzalo* meneaba sobre el colchón, había una hoja de papel doblado. Le parecía sorprendente que el cachorro no se la hubiera comido. Era evidente que se había saciado comiendo cuero. Vitor cogió la carta. El sello de cera y la letra eran de Sebastiao.

*El vino está a salvo en mi habitación. La mujer también está a salvo en la suya.*

Su hermano pequeño siempre se había considerado muy agudo. Pero aquella mañana él no tenía sentido del humor.

*Ella se esforzó por mantenerte despierto hasta que pasó el peligro. Insistió en que te diéramos agua, aunque yo discutí su elección y le sugerí que utilizáramos vino o, por lo menos, tónica. Pero ella se mantuvo firme. Me vi obligado a fundir nieve —¡nieve!— en el fuego. Entonces se negó a que se hiciera de ninguna otra forma, y no permitió que te atendiera ningún sirviente. Yo mismo metí la nieve en la casa como si fuera una sirvienta. Nunca me había sentido tan humillado, pero era de noche y todo el mundo se había retirado, y además se trataba de tu vida y no podía discutir. Dejé que ella estuviera presente mientras te daba el agua, pero no la dejé presenciar las consecuencias. Siéntete libre para agradecerme esa consideración cuando mejor te parezca. Debo admitir que pensaba que te habíamos perdido y, como no podías hablar, no podíamos saberlo. Ella se mantuvo firme, estaba segura de que sobrevivirías. Es muy inteligente. No sé lo*

*que hiciste para hacerla enfadar, pero si no hubiera estado tan decidida a conseguir que siguieras con vida, creo que te hubiera golpeado con el atizador. Quizá me acabe casando con ella y me demuestre que puedo ser un hombre mejor después de todo.*

Vitor llamó a su asistente y se vistió. Hubiera preferido afeitarse él solo, pero todavía le temblaban un poco las manos, y no quería alertar a nadie.

Escribió dos notas y las envió, con ayuda de dos lacayos, a las habitaciones de sus dos hermanos. Luego fue a buscar a sir Beverley Clark.

El baronet estaba sentado a solas en la mesa del comedor tomando café. Asintió cuando él entró en la estancia.

—Milord.

Se acercó a él.

—Me gustaría hablar con usted, señor.

—Supongo que querrá hablar sobre la chica que está bajo la tutela del señor Pettigrew —dijo como si fuera habitual que los hombres fueran a hablar con él sobre Ravenna.

—¿Tutela?

—Hace tres años obtuvo la tutela de la señorita Caulfield y la convirtió en su heredera, aunque ella no lo sabe. —Lo miró con seriedad—. Así que, como ve, no es la sirvienta pobre que usted creía. Más bien al contrario.

—Me pareció entender que tenía una familia. Hermanas. Un padre.

Sir Beverley se llevó la taza de café a los labios.

—Un vicario pobre que permitió que ella se fuera a trabajar a la lejana hacienda de un caballero desconocido a la tierna edad de diecisiete años contando solo con un enorme perro negro como única defensa. Cuando Pettigrew le pidió que le cediera la tutela, el reve-

rendo señor Caulfield no opuso ninguna resistencia. —Tomó un sorbo de café—. Como verá, Pettigrew y yo hace mucho tiempo que la consideramos nuestra responsabilidad. —Dejó la taza—. Hace poco perdió al perro. Y la pérdida ha sido difícil para ella. Estoy convencido de que iría de negro si no fuera por los festejos.

Aquello era una advertencia. Vitor asintió.

—Comprendo —dijo—. Ahora cuénteme lo del pájaro.

A Ravenna no se le ocurrió pensar que aquella mañana lord Vitor Courtenay aparecería en su puerta con un ramo de flores y una sincera disculpa en sus labios perfectos. Pero tampoco se imaginaba que, cuando intentara salir de su habitación para bajar a desayunar, el sirviente personal del príncipe le impediría el paso.

—Son órdenes de lord Vitor, mademoiselle.

—Lord Vitor no tiene derecho a controlarme. Déjame pasar.

—No puedo, mademoiselle. Lo ha ordenado su alteza.

Pasó diez minutos intentando convencerlo. Luego cerró la puerta y salió por la ventana. La fachada sur estaba llena de vides trepadoras, y la ventana no estaba tan lejos del suelo siempre que a una no le importara rasgarse un poco la falda. Le pediría un préstamo a su hermana Arabella y le pagaría a Ann todos los vestidos que le había estropeado. Las medias tampoco habían salido muy bien paradas de su aventura de la noche anterior en el establo.

Ni sus medias ni su orgullo.

Comprendía que él quisiera protegerla de lord Case. Pero cuando entró en el castillo por la puerta principal supo, por un lacayo, que el conde todavía no le había pedido a su asistente que subiera a su habitación para ayudarlo a vestirse. Lord Case todavía no se había levantado, así que podía pasear tranquila sin temer por su vida, en especial si no bebía vino.

Había pasado horas paseando de un lado a otro de la estancia de lord Vitor, y tenía el estómago vacío, se moría por llegar al comedor. El alivio sació el otro apetito que sentía.

«No se ha muerto.» Ravenna había curado a muchas personas en su vida, pero no podía comparar con ninguna de sus experiencias anteriores el alivio que sintió cuando los delirios de Vitor dieron paso al cansancio y se durmió. Había estado a punto de ponerse a llorar y de desmoronarse delante del príncipe. Pero él parecía tan afectado como ella.

—Le tengo mucho cariño —le dijo con el hombro pegado al de Vitor cuando lo tumbaron en la cama—. No sabría cómo vivir sin él.

—No será necesario —había murmurado Vitor sorprendiéndolos—. Para ninguno de los dos.

Pero tenía los ojos cerrados y parecía hablar en sueños. Entonces el príncipe lo tapó y le dijo a Ravenna que se quedaría con él mientras ella dormía un poco.

Se sirvió un té y se lo tomó de un trago, sabía que no tendría que sentir ni alivio ni confusión. Pero cada vez que se permitía recordar lo que había sentido al tenerlo dentro, le recorría una oleada de agitación ardiente y deliciosa. Quizá él no recordara lo que había ocurrido entre ellos, las palabras de ella, o las suyas, y su breve y sorprendente cópula. La verdad es que sería mejor que no lo recordara. Así podrían seguir como hasta entonces, aguardar a que terminara la fiesta, y él podría regresar a su mundo de títulos y riqueza, y ella a su vida alejada de todo ese mundo, y no tendría que molestarse en mirar atrás.

—Ah, mademoiselle —le dijo el general desde la puerta—. Buenos días. Me gustaría hablar con usted en privado. ¿Puedo?

—¿Señor?

—Señorita Caulfield, tengo muchos perros en mi casa de Filadelfia. Tengo perros de caza y otros de compañía como *Marie*. Hace

poco mi cuidador regresó a Irlanda y tuve que contratar a otro hombre. Por desgracia, resultó ser un incompetente. Tuve miedo de dejarlo al cuidado de mis perros cuando me vine aquí.

—Eso es angustiante.

—Mi mujer se quedó para supervisar a los cuidadores, así que ya no estoy preocupado. Ella es muy capaz. —Bajó la voz—. No deseo excederme, mademoiselle, pero debo hablarle sobre un asunto que me interesa. Sir Beverley me confesó, en la más estricta confidencialidad, la gran experiencia que tiene usted cuidando de esta clase de perros. Me dijo que quizá a usted le apeteciera encontrar un puesto de trabajo mejor, uno que se ajustara más a su talento.

—¿Eso le dijo?

—Me explicó que es usted una mujer de ciencia y medicina.

—Llevo seis años cuidando de sus animales y de los del señor Pettigrew, tanto de los domésticos en la casa como, en ocasiones, de los caballos. Y también tengo experiencia con animales de granja.

—¿Y con perros?

—En especial con perros. Sir Beverley no es cazador, pero tiene muchos perros en su casa. Y su vecino posee una manada de spaniels de la que cuido con regularidad.

—Sir Beverley me ha recomendado que le ofrezca el puesto de cuidadora jefe. Me ha sugerido que le escriba una carta a su vecino para que me facilite una recomendación independiente. Mi hija y yo estamos impresionados con su buen criterio. Y, además, sir Henry Feathers no deja de alabar su forma de cuidar de *Titus*. ¿Estaría interesada en el puesto que le he ofrecido?

Solo podía imaginar un motivo por el que Beverley podía haber hecho una cosa como esa: ahora que ya no podía vivir con él y con Petti, quería proporcionarle una alternativa al matrimonio.

—Pero soy una mujer.

—Mi mujer dirigía quinientos acres de tierra antes de casarse conmigo. Y, desde entonces, ha sido mucho más que una mera huésped de mi casa. Ella ha sido la administradora de mi propiedad y de mis perros durante mis muchas ausencias. Nunca había oído a ningún hombre alabar tanto a una mujer como lo ha hecho sir Beverley, y estoy seguro de que no dejaré de oír los halagos de sir Henry hasta que no me marche de esta casa. Si así lo desea, podría contratarla durante un año de prueba. Una vez pasado ese tiempo, los dos podremos valorar cómo ha ido la experiencia.

—No sé qué decir. La verdad, señor, es que jamás había imaginado nada igual.

Lo había soñado. Pero ¿al otro lado del océano? Pasarían años hasta que pudiera volver a ver a sus hermanas.

—Imagino que querrá pensárselo. Volveremos a América dentro de un mes. Si me da una respuesta en los próximos quince días, le podré conseguir un pasaje en nuestro barco.

—Gracias, señor. Es un honor.

Dejó la taza de té y se marchó al salón como si estuviera en una nube. Estuvo a punto de no oír los quejidos que procedían de la sala de armas. Cambió de dirección y se acercó a la puerta, que estaba entreabierta, y la abrió.

Lo primero que pensó fue que a partir de ese momento siempre llamaría a la puerta antes de entrar en una habitación. Lo segundo fue que, al contrario que lady Iona con lord Whitebarrow, lady Grace no parecía estar disfrutando con el guardia que la tenía arrinconada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

El guardia levantó la cabeza, la tenía enterrada en el cuello de Grace. Abrió los ojos como platos y dejó de tocarle los pechos a la joven, pero estaba muy enfadado. Ella se dio cuenta de que era uno

de los guardias que solía estar apostado en la entrada del castillo. Reculó y la falda de Grace resbaló por sus piernas.

La joven se tapó la cara con las manos, se volvíó hacia la esquina y se deshizo en sollozos.

—Fuera.

A Ravenna le temblaba la voz. Se apartó de la puerta.

El guardia se acercó a ella enfurecido. Pero no era mucho más alto que ella —aunque sí más corpulento—, así que lo miró fijamente a los ojos. El hombre la rozó al salir y se marchó.

Entonces corrió hacia Grace.

—Milady. —Le tocó el hombro. Ella se sobresaltó—. Grace, ¿te ha hecho daño?

La joven negó con la cabeza. Se le había escapado la melena rubia de las horquillas y tenía rotos los botones del cuello del vestido.

—Grace, tienes que explicármelo. ¿Cómo ha ocurrido esto?

La joven susurró con la boca pegada a las manos.

—Yo... le invité.

—¿Has invitado a ese hombre a atacarte en la esquina de esta habitación?

Grace la miró con la cara llena de manchas rojas y de lágrimas. Asintió.

—Eso no es verdad —dijo Ravenna—. No tienes por qué contármelo. Pero se lo tienes que decir al príncipe y a tu padre.

Entonces la agarró del brazo.

—No debes explicárselo.

—Tengo que hacerlo. No le estabas gritando que parara, pero no creo que quisieras que te hiciera... eso. Tu padre debe saberlo.

—Díselo a papá si quieres. Pero no se lo cuentes al príncipe. Te lo suplico, señorita Caulfield. No se lo digas a su alteza. Mi madre...

Se le apagó la voz, soltó a Ravenna y se volvió a tapar la boca.

—¿Qué hará tu madre?

Grace negó con la cabeza. Sus ojos parecían extrañamente vidriosos cuando se le volvieron a llenar de lágrimas.

—Te lo suplico.

Ravenna asintió. Se lo diría a lord Vitor, estaba segura de que él se lo contaría al príncipe. De ese modo, la mentira parcial estaría justificada.

—¿Señoras? —La voz de Petti sonó por detrás de Ravenna—. Qué sitio tan particular para que dos chicas tan encantadoras se diviertan. Estamos rodeados de lanzas y espadas, y no hay ni un solo hombre que pueda utilizarlas.

Le brillaron los ojos.

—Petti, lady Grace está angustiada. Se acaba de topar con un... animal salvaje.

—¡En el castillo! Este lugar se ha convertido en un sitio muy peligroso. Y eso que todo el mundo decía que el Franco Condado era el lugar más civilizado del mundo. En fin. ¿Qué sabrá la gente? —Se acercó a la chica y le cogió la mano. Le dio unas cariñosas palmaditas—. Querida, permítame que la acompañe a su habitación para que pueda descansar. Después le revelaré mi receta secreta de tónico de pepino y rosas. —La acompañó con delicadeza hacia la puerta—. Oh, pero no se lo puede beber, querida. Lo que debe hacer es mojar un algodoncito y colocárselo sobre los ojos, y en la nariz, si lo necesita. Un cuarto de hora después estará tan preciosa como antes de este desafortunado incidente. Pero tiene que ser algodón. El lino no sirve, y la lana tiene el efecto contrario. Es muy importante hacerlo con algodón.

Petti seguía ofreciéndole a la joven sus consejos de belleza cuando Ravenna dejó de oírlo. Había hecho lo mismo por ella en muchas ocasiones, aunque nunca le había ofrecido consejos de belleza, pues sabía que no le interesaban. Pero durante los últimos meses había conseguido entretenerla con historias sobre los carlinos o inventán-

dose algún problema con los pájaros. Un día le informó de que se había perdido un potro y la anécdota resultó en un larguísimo paseo por un prado cubierto de escarcha, durante el que le estuvo contando un montón de historias escandalosas sobre la época que había pasado en la ciudad. Cuando volvieron a casa, descubrió que el potro estaba en su cuadra.

Petti era un tesoro, y ella no se podía imaginar la vida sin él.

Pero si se trasladaba a América lo perdería para siempre. Sir Beverley le escribiría largas cartas; ya lo hacía cuando él y Petti se iban a Londres o a visitar a algún amigo por Inglaterra. Pero a Petti le gustaba vivir el momento, era una alma ligera con un corazón sabio, bondadoso y epicúreo. Él no escribiría, por lo menos no mucho, y ella lo añoraría indeciblemente. Ravenna no podía soportar perder otra parte de su corazón tan pronto. Pero ¿cuándo se le volvería a presentar otra oportunidad como aquella? Era algo insólito, aunque quizá en América no fuera tan extraño. Ya había oído decir que allí las leyes de la sociedad eran mucho menos estrictas. Quizá hasta las mujeres pudieran ocupar cargos como administradoras o encargadas, igual que en Inglaterra podían regentar una tienda.

Salió de la armería justo cuando el mayordomo del príncipe cruzaba el vestíbulo. Lord Whitebarrow podía esperar. Ahora Grace estaba en buenas manos, y aunque ella preferiría no hacerlo, tenía que explicárselo a lord Vitor antes que a nadie.

¿Se pasaría todo el día durmiendo? ¿Recordaría algo de lo que había ocurrido la noche anterior?

Arabella le había dicho en una ocasión que los hombres eran lobos. Lord Whitebarrow, Martin Anders, el guardia rapaz... todos demostraban que su hermana estaba en lo cierto. Pero que los hombres fueran lobos, no significaba, necesariamente, que las mujeres fueran liebres. Ella lo había animado a besarla y le había suplicado

que la poseyera en el establo. Quizá las damas delicadas como lady Grace fueran presas, pero ella no. Ella no pensaba permitir que la dejaran malherida y sangrando en la nieve.

Así que abordó a monsieur Brazil.

El mayordomo la saludó inclinando la cabeza.

—¿Ha...?

—*Oui, mademoiselle.* —Se volvió a anticipar a su pregunta—. Lord Vitor se marchó hace una hora con el padre Denis.

Ella se lo quedó mirando fijamente. ¿Se ha ido? ¿Con el sacerdote?

—No puede ser.

¿Qué clase de hombre está al borde de la muerte por envenenamiento y seis horas después sube a caballo por una colina nevada?

Un hombre con unas reservas de fuerza y disciplina extraordinarias, por lo visto.

—Claude le ensilló el caballo, mademoiselle, y yo le he visto salir por la puerta. ¿Quiere su capa?

—Sí —dijo perpleja.

La nieve del patio se había derretido y el suelo estaba lleno de hielo fundido y charcos, pero el camino que se encontró al cruzar la valla estaba tan cubierto de hielo que resultaba muy inestable. Se tambaleó entre resbalones hasta alcanzar los árboles y luego se internó en las sombras, por donde la nieve no había penetrado tan profundamente.

Se agarró al tronco desnudo de una joven haya para empujarse hacia arriba y lo vio apoyado en una pícea que se alzaba hacia el cielo. Por entre las ramas desnudas de hojas o llenas de las horquillas espinosas de las coníferas, se veía el brillo plateado y dorado del cielo. Había dos pájaros negros y rojos posados sobre las ramas desnudas que se hablaban en el silencio de la mañana. La escena blan-

ca y negra era solitaria y apacible. Un poco más arriba, en el camino, había un gran caballo andaluz de color gris atado a la rama de un árbol que la miraba con las orejas de punta.

Lord Vitor también vio cómo se acercaba.

—No deberías estar aquí.

Así que esas tenía: pensaba rechazarla sin contemplaciones.

Ella se puso recta.

—He venido a explicarte una cosa, no pienso quedarme mucho tiempo. No tengo más ganas de verte de las que tú tienes de verme a mí.

Él se separó del árbol.

—Ravenna...

—No. —Levantó la mano—. No digas nada, te lo suplico. Lo único que espero es que recuerdes lo menos posible. —Y añadió—: Preferiblemente nada.

—Sebastiao me dijo lo que hiciste. Te lo agradezco.

Ella asintió, era incapaz de preguntarle lo que quería saber.

—He sorprendido a un guardia, uno de los que vigilan las puertas del castillo, con lady Grace en la armería hace menos de una hora. Cuando los he visto ella estaba protestando, pero después me ha asegurado que lo había invitado. No la creo. Creo que no le ha hecho ningún daño, pero estaba afligida y tenía el vestido roto. Si lo había invitado no sería porque lo deseara.

Vitor se acercó a ella.

—¿Le has hablado a alguien más de esto? ¿Se lo has dicho al príncipe?

—Todavía no. El señor Pettigrew se está ocupando de ella y yo he venido a buscarte, y me han dicho que habías salido del castillo. Te recuperas sorprendentemente rápido.

—No creo que el veneno tuviera la intención de matar, solo de incapacitar.

En el establo no parecía nada incapaz. Más bien lo contrario. El cuerpo de Ravenna lo recordó y sintió unos deliciosos escalofríos. Se esforzó por reprimir esas sensaciones.

—¿Alguien te ha visto salir del castillo? —le preguntó.

—Los guardias de la puerta, claro, y es posible que algún aldeano me haya visto subir por el camino si miraba en esta dirección. También puede haberme visto cualquiera que pueda estar mirando por alguna de las ventanas que dan al norte. ¿Sospechas que la misma persona que puso el veneno en el vino me estará espiando hoy?

—No tengo motivos para pensar lo contrario.

Ninguno de los dos dijo nada, pero ambos tenían en mente el nombre de su hermano.

—¿Y si la droga era para otra persona? —dijo ella.

—¿Crees que es posible?

—No lo sé. Pero no veo ningún motivo por el que alguien quisiera mermar mis capacidades. —Apartó la vista y clavó los ojos en el suelo—. Está enamorado de la señorita Dijon. Retó a Martin Anders para defender su honor. Estaba pasando las páginas de las partituras que ella tocaba al piano solo media hora antes de que me lo encontrara en las caballerizas. —Le miró—. ¿De verdad crees que tu hermano la dejaría para seducirme a mí?

Su rostro parecía serio a la luz pálida de la mañana.

—No quiero pensar eso. Pero tampoco quiero que nadie te haga daño. Tendré en cuenta cualquier amenaza potencial sobre ti y tomaré las medidas necesarias para protegerte.

A Ravenna le dio un brinco el corazón.

—¿Tú te...?

Se le contrajo la garganta.

Vitor le tocó la barbilla y dio otro medio paso hacia ella. Luego contempló su cara muy despacio.

—¿Yo qué?

—¿Recuerdas lo que pasó entre nosotros en las caballerizas? —consiguió preguntar—. ¿Te acuerdas de lo que te hizo hacer la droga?

La cogió de la cara y le acarició la mejilla.

—Claro que me acuerdo. Y te aseguro que habría hecho lo mismo si no hubiera estado drogado.

—Lo mismo, ¿te refieres a salir corriendo horrorizado cuando descubriste que era virgen?

El pliegue asomó a su mejilla. Agachó la cabeza y le susurró pegado a sus labios:

—Inténtalo de nuevo.

# 16

## *La nueva promesa*

Posó los labios sobre los de Ravenna con tanta delicadeza que, por un momento, ella dejó de respirar.

Entonces la besó. No percibió sabor a vino ni a alcohol de ninguna clase, solo calor y el deseo de Vitor. La cogió de la cara con ambas manos y unió sus bocas con ternura y pasión. Tras cada caricia se internaba más en su cavidad en busca de su lengua, hasta que a ella se le aflojaron las piernas y se agarró a él. Entonces la abrazó y ella descubrió lo que se sentía cuando un hombre le tocaba los hombros y la espalda, cuando la abrazaba con sus enormes y fuertes manos como si fuera una figura de cristal fino que pudiera romperse en cualquier momento. Excitante. Embriagador. Natural. Era como si él quisiera demostrarle que la consideraba una dama.

Entonces dio un rugido que resonó en su pecho, la apoyó contra el tronco del árbol, y desapareció cualquier rastro de esa caballerosa contención. Exigía que le prestara toda su atención con la boca y con las manos. Ella se sometió encantada. Estaban pegados el uno al otro, tensos y necesitados. La fugaz satisfacción que sintió cuando a él se le abrió el abrigo y a ella la capa, solo dio paso a la frustración de no poder entregarse a un contacto más completo. Vitor la besó profundamente, estaba sin aliento, enredaba las manos en su pelo y en la nieve, y el poderoso ritmo del roce de sus cuerpos alimentaba el dolor que ella sentía en su interior. Solo la había besado

una vez y, sin embargo, el sabor de sus labios, la perfecta cadencia con la que sus bocas se acariciaban y el apetito de sus cuerpos, le resultaba delirantemente familiar. Separó los muslos ante la urgencia de él, y cuando la necesidad de ambos se convirtió en una sola, a él se le escapó un rugido.

—Ravenna. —Decía su nombre con urgencia—. Quiero hacerte el amor. Tengo que hacerte el amor. Como es debido.

Ella se pegó a él y clavó sus sensibles pechos a su torso.

—¿Cómo es debido?

Vitor le besó la comisura de los labios. La mandíbula, la sensible curva de su cuello. Ella se estremeció al percibir el placer de sus caricias y le deslizó los dedos por el pelo mientras estiraba el cuello para que pudiera seguir besándola, cosa que hacía que lo deseara todavía más.

—Esta noche —dijo él.

Ella se moría por seguir sintiendo la boca de Vitor sobre su piel, esas manos en su cintura, su duro y poderoso cuerpo pegado al suyo.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque ahora —dijo besándola por detrás de la oreja y haciéndola temblar—, lo haría en un segundo, y mereces algo mejor. Y además he quedado con alguien y llegará al lugar donde debemos encontrarnos dentro de un momento, maldita sea. —La besó en los labios y le cogió la cara con las manos—. Me encantaría que las cosas fueran de otra manera.

La sinceridad que vio en sus ojos la sorprendió.

—Hace un momento me has dicho que no debía estar aquí.

—Hace un momento no te tenía entre los brazos y todavía conservaba un poco de contención. Pero, Dios, por mucho que me gusten tus labios —la volvió a besar—, los prefiero sonrosados que azules. Tú estás helada y a mí me esperan en otra parte. Debes irte. Ahora mis-

mo. Pero no la soltó. Le echó la cabeza hacia atrás y le contempló la cara como si estuviera buscando algo. Entonces ella volvió a ver la seriedad que había visto antes en sus ojos—. Ravenna...

—Yo no quiero tu dinero, ni tus propiedades ni cualquiera de las cosas que pueda tener un despreciable segundo hijo —le dijo ella con aspereza.

Se hizo el silencio y entonces él dijo en voz baja:

—¿Qué?

—Quiero que las cosas estén claras. —Estaba temblando—. Para que no haya ningún malentendido. No estoy intentando atraparte para que te cases conmigo.

La ira ardió en aquellos ojos del color de la medianoche.

—¿Ah, no?

—¡No! Ni siquiera había pensado en eso.

Por un momento él pareció buscar algo en su cara. Luego la soltó de golpe, se dio media vuelta y sus botas crujieron por la nieve cuando comenzó a pisar el camino.

—Vete, Ravenna. Interrumpe las plegarias del padre Denis y pídele que te acompañe al castillo —le ordenó por encima del hombro—. Vuelve a tu torre —añadió en voz baja.

—Mi habitación no está en la torre —le gritó ella.

Vitor negó con la cabeza.

—¿Vendrás? —se obligó a preguntar con la sensación de que el amasijo de calor y deseo que sentía era más confuso que nunca—. ¿Vendrás a mi habitación, a mi cama, esta noche?

Vitor aminoró el paso y se volvió parcialmente hacia ella, pero siguió caminando de espaldas.

—Sí.

A Ravenna le latía tan fuerte el corazón que le dolían las costillas. Él esbozó una gran sonrisa rebosante de una pizca de confianza.

—Ni un perro salvaje ni doméstico podría impedirlo.

Vitor llegó hasta su caballo, se subió con una elegancia que la dejó sin aliento, y desapareció entre los árboles. Ravenna tenía los pies hundidos en la nieve y el estómago revuelto, se sentía como una liebre a la que el lobo le hubiera prometido regresar para acabar de comer.

Y tal como le había pedido él, se marchó hacia la ermita y se dispuso a esperar toda la tarde para demostrar que ella también podía ser un lobo.

Vitor se sentía acalorado y apretaba los puños, estaba completamente decidido a partirle la cara a su hermano en cuanto apareciera por el camino. Sabía que Wesley acudiría a su llamada, y también sabía lo que le diría. Solo esperaba que se lo dijera antes de darle su merecido.

Además de la justificación y la debida motivación, sentía una frustración iracunda que necesitaba sacar. La cara de Wesley le serviría. Para empezar.

Ella estaba dispuesta —incluso ansiosa— por entregarle su cuerpo, pero no esperaba nada más de él, ni siquiera parecía quererlo. Le había robado la virtud, pero no le había quitado la fe. Vitor no dudaba que lo deseara. También tenía claro que ella estaba más que capacitada para seguir con su vida sin él. Era una situación sin precedentes y sorprendente, pero clara.

Por un momento se planteó hacerla esperar hasta que le entregara lo que más deseaba, con tanto ardor como sus besos. Pero esa espera había resultado ser excesivamente corta. No podía aguantar ni una noche más, necesitaba poseerla. Tener que esperar horas ya le parecía una tortura de la que estaría encantado de culpar a su hermano.

Cuanto antes llegara, mejor. Espoloneó los flancos de *Ashdod* y galopó por el camino helado.

—¡Vitor!

El grito de su hermano se oyó justo al mismo tiempo que el disparo.

Un segundo después oyó un fuerte chasquido en la nuca.

La noche cayó y el castillo se llenó de cientos de preciosas velas. Monsieur Brazil les había pedido a los lacayos que iluminaran la lámpara de araña del salón principal. El cocinero, de nuevo auxiliado por sus ayudantes habituales, había preparado un festín para su señor y sus invitados. Todo el mundo lucía sus mejores galas: los caballeros jóvenes llevaban corbatas almidonadas y casacas de colores vivos; los mayores vestían elegantes pantalones negros de satén; y las damas resplandecían con sus vestidos, los brazos desnudos, los guantes largos, los estilosos peinados, y sus joyas en las muñecas, las orejas, el cuello y en el pelo. Ann fue a la habitación de Ravenna una hora antes de la cena para prestarle un vestido para el baile. Era un vestido para una verdadera dama: de seda, de color azul claro, y llevaba un bordado de encaje muy delicado con cuentas de nácar.

—Me he pasado todo el día quitándole los volantes y el exceso de encaje, y me parece que ha quedado muy bien, ¿verdad? —le dijo con timidez—. Me gustaría que te lo pusieras esta noche, aunque no te lo quedes después. Estoy segura de que a lord Vitor le encantará verte con él.

A ella no se le ocurrió nada que decir que no sonrojara sus traicioneras mejillas. Aceptó el vestido, le dio las gracias a Ann y después aceptó también que la ayudara a peinarse.

Alguien llamó a la puerta. El corazón le dio un brinco, pero sabía que Vitor no iría a su habitación a esa hora por muchos compromisos que tuviera después.

Ann abrió la puerta. Sir Beverley y Petti la saludaron inclinando la cabeza, estaban muy elegantes. La joven les sonrió y se hizo a un lado.

—Estáis los dos guapísimos —dijo Ravenna—. No sabía que podíais sacaros tanto brillo.

—Te podría decir lo mismo —le contestó sir Beverley haciéndole un gesto a Petti para que cogiera la silla que había junto al fuego—. Pero yo no soy la marimacho que se ha resistido a aprender modales desde que nació, así que no lo haré.

Ravenna sonrió. A pesar de estar segura de que todavía no habían encontrado al verdadero asesino, tenía muchas ganas de asistir a la fiesta de aquella noche y sentía una traviesa expectativa por la velada que tenía por delante. Podía disfrutar de una noche, y en esa, en particular, se sentiría deseada.

Petti se sentó y la observó a conciencia.

—Estás espléndida, querida. Eres toda una princesa.

—Yo no quiero ser princesa.

«Solo quiero estar guapa.»

—Es una lástima —terció sir Beverley acercándose a ella y sacándose de la espalda un pequeño estuche de piel. Cuando lo abrió, ella jadeó—. Supongo que tendremos que darle esto a alguna otra joven, Francis.

Sobre un lecho de terciopelo del color de los ojos de lord Vitor, descansaba una diadema de plata brillante decorada con diamantes.

—Eso no es para mí —afirmó. Se llevó la mano a la boca—. ¿Es para mí? —susurró.

—Nuestra princesa —dijo Petti con cariño.

Ravenna les dio un beso a cada uno, primero a sir Beverley, en la mejilla, luego a Petti, en la frente. Después abrazó a Petti y lo estrechó.

—Gracias. Gracias. Jamás había deseado nada parecido en toda mi vida. Pero gracias por pensar que debería tener una.

—Ya vale, querida, a mi asistente no le hará ninguna gracia que me arrugues el pañuelo.

—¡Oh! —Lo soltó y le recolocó la tela almidonada con los dedos—. Oh, no. Lo siento, Petti, querido.

Él le cogió las manos y le besó los nudillos con galantería.

—Por ti, princesa, llevaría la corbata arrugada. Por lo menos hasta que pudiera volver a mi habitación para pedirle a Archer que me ponga una nueva.

—Ha sido el peor agradecimiento que he visto en mi vida —dijo sir Beverley—. Eres una chica muy impertinente.

Ravenna le hizo una reverencia, le quitó el estuche y se acercó al espejo. Sacó la brillante diadema de la caja y se la colocó sobre los rizos que Ann había logrado arreglarle, por lo menos en parte. La joya brillaba como el sol.

—Madre mía —suspiró.

—Le gusta nuestro regalito, Bev.

—Mmm. Eso parece.

Luego se cogió del brazo de Petti y fue hasta el salón como en una nube, flotando. Casi todo el mundo estaba allí, los invitados se veían elegantes y ansiosos porque la fiesta del príncipe diera comienzo cuanto antes. Excepto lord Vitor. Ella intentó disfrutar del comentario que le susurró Iona sobre las elegantes ropas de los caballeros. Pero cada vez que se abría la puerta para dar paso a otro de los invitados del príncipe, contenía la respiración y, después, soltaba el aire cuando se daba cuenta de que no se trataba del hombre que ella quería ver. Al final llegó el príncipe, ataviado con una casaca de estilo militar y luciendo las brillantes medallas que él aseguraba que no eran más que objetos decorativos. Puede que lo fueran, pero le conferían una elegancia majestuosa de todas formas. Se

acercó directamente a Ann, le cogió la mano y besó sus nudillos enguantados, luego bromeó con ella por el rubor que le había teñido las mejillas.

—¿Vamos a cenar? —les preguntó a sus invitados.

—Falta lord Case, alteza —dijo la duquesa mirando a su alrededor—. Y lord Vitor.

Mandaron un lacayo a buscarlos. Pero los hermanos Courtenay no estaban en sus aposentos. El príncipe mandó a otros lacayos a buscarlos por las almenas y por los pisos inferiores. Todo el mundo conversaba animadamente mientras esperaban, pero Ravenna tenía el corazón acelerado.

Los caballeros no aparecieron, ni en las torres ni entre los aposentos de la servidumbre. El príncipe frunció el ceño y recibió la aparición de monsieur Brazil en la puerta del salón con evidente alivio.

El mayordomo inclinó la cabeza.

—Alteza, la cena está servida.

—Excelente. Vengan todos. No hay duda de que nuestros amigos estarán ocupados con alguna tarea de importancia, ya vendrán a cenar cuando puedan. Monsieur Brazil, pregúnteles a sus asistentes cuándo esperan al conde y a lord Vitor y después envíe a uno de mis guardias al pueblo para que les pida que se apresuren —ordenó haciéndose a un lado mientras los invitados se aproximaban a la puerta del salón—. Me apuesto lo que sea a que están borrachos en esa miserable taberna, celebrando que el asesinato por fin está resuelto.

Guiñó un ojo y tomó la mano de la duquesa para apoyarla en su brazo.

El pánico se apoderó de Ravenna. Todavía no habían encontrado al verdadero asesino y lord Vitor no estaba borracho, ni de vino ni de ninguna otra cosa, por lo menos después de la noche anterior,

y mucho menos tras la promesa que le había hecho ese día. No se lo podía creer.

El señor Anders se acercó a ella y le tendió el brazo.

—Señorita Caulfield, me ha encantado saber que me sentaré junto a usted en la cena de esta noche. ¿Me permite que la acompañe al salón?

—Yo... Sí.

Le cogió el brazo, pero lo soltó antes de que llegaran al pasillo. El joven se volvió hacia ella y el mechón de su flequillo le cubrió el ojo.

—Le ruego que me disculpe, señorita Caulfield —le dijo a toda prisa y en voz baja—. ¿Podrá perdonarme por haberla insultado la otra noche en la puerta de su...?

—No. Sí —le contestó—. En realidad no me importa.

—Pero...

—Sí. Sí, le perdono.

Él pareció aliviado.

—Le estoy muy agradecido por...

—Oh, silencio. —Le agarró del brazo—. Señor Anders, debo pedirle un favor.

—Lo que sea —le dijo con ardor—. Estoy a su servicio. O sea —añadió con cierta inquietud—, hasta después de cenar, cuando mi querida señorita Abraccia merezca toda mi atención.

—Sí, sí, claro. Por favor, vaya a las caballerizas y pregunte si lord Vitor ha regresado con su caballo esta tarde.

—¿A las caballerizas? ¿Al otro lado del camino? ¿Ahora?

—Sí. Ahora. Tan rápido como pueda.

—Pero llevo los zapatos de noche.

Levantó el pie para enfatizar su comentario.

Ravenna perdió la paciencia.

—Señor Anders, el hombre que le protegió de las ridículas acusaciones de monsieur Sepic, por no mencionar de su fétida cárcel,

podría correr un gran peligro en este momento. Lo menos que puede hacer es mojarse los zapatos para ayudarlo.

—¿En peligro? Pero si ya han cogido al asesinó y lo han encarcelado en esa celda de la que usted habla.

—Monsieur Paul no es el asesino. Usted no urgió a nadie al asesinato. Todavía no sabemos quién mató al señor Walsh, pero no fue el sobrino del alcalde. Ahora, se lo suplico, vaya.

Y se fue. Cuando Ravenna llegó al salón inventó una excusa para justificar su ausencia y aguantó la celosa mirada de Juliana Abraccia. Los invitados conversaban con ligereza mientras les servían los entremeses, pero ella no dejaba de mirar la puerta esperando a que regresara el señor Anders. Cuando por fin volvió, tenía el ceño fruncido y las mejillas sonrosadas a causa del frío.

—Me temo que no traigo buenas noticias —le comentó en voz baja mientras tomaba asiento a su lado—. El caballo de lord Vitor ha regresado hace ya varias horas, pero sin jinete.

Ravenna sintió pánico.

—¿Y qué hay de lord Case?

—No se ha llevado el caballo, y hoy no lo ha visto ninguno de los mozos.

—¿Y por qué no han informado a su alteza de la peculiar aparición de su caballo?

—El mozo con el que he hablado informó a uno de los guardias del príncipe, y este le aseguró que se encargaría personalmente de explicárselo a su señor. —Negó con la cabeza—. Pero no debe de haberlo hecho.

—Tengo que saber de qué guardia se trata —dijo levantándose de la silla.

—Señorita Caulfield, no puede abandonar la mesa antes de que lo haga el príncipe.

—Transmítale mis excusas. No me encuentro bien —le dijo, y salió a toda prisa del comedor.

Se marchó directamente hacia las caballerizas. El mozo con el que había hablado el señor Anders le describió al guardia, le explicó que era uno de los hombres nuevos, uno de los que todavía no había estado en el castillo. Encajaba con la descripción del guardia al que había sorprendido con lady Grace.

Fue a la cuadra de *Ashdod* y, presa del pánico, pasó la mano por la cruz del animal y por su poderoso cuello.

—Cuéntamelo. —Pegó los labios a la piel gris del caballo y susurró—: Dime lo que le ha pasado y dónde está.

El caballo agachó la cabeza un momento y luego la echó de nuevo hacia atrás.

Mientras cruzaba el camino en dirección a la casa bajo un cielo encapotado de nubes, se encontró con Iona y sir Beverley.

—Has salido sin la capa, muchacha. Estás helada como la muerte.

Iona se quitó la suya y se la puso sobre los hombros.

—El señor Anders nos ha explicado lo que has descubierto —dijo sir Beverley—. El príncipe ha pedido que le trajeran al guardia con el que habló el mozo. Ha desaparecido.

Iona le cogió los dedos.

—Le encontraremos —le aseguró—. Le encontraremos y estará bien, muchacha. Ya lo verás.

Encendieron antorchas y varios sirvientes y los caballeros de la casa se envolvieron en abrigos de lana y se hicieron a la noche para la búsqueda. Las nubes que ocultaban la luna empezaron a descargar; el agua convertía la nieve en charcos y empapó a Ravenna, que estaba en la puerta del castillo esperando en compañía de Iona y Cecilia.

—Tendría que haber ido con ellos.

Ravenna no soportaba sentirse inútil.

—El príncipe lo ha prohibido —dijo Cecilia—. Los rastreadores no deben sentirse preocupados por proteger a las damas mientras buscan.

—Yo no soy ninguna dama —susurró.

—Han salido treinta hombres a buscarlos, señorita Caulfield. Los encontrarán.

—Pero yo fui la última en verlo.

—Buscarán donde usted les ha indicado, señorita Caulfield. Los encontrarán.

Iona la cogió de la cintura y la estrechó.

Un rato después, las antorchas fueron regresando por parejas y por tríos, y los rostros de sus portadores se veían bajo los círculos de luz, en sus caras brillaba la lluvia y la tristeza. El último par de guardias regresó con sir Beverley, que había subido hasta el refugio de la ermita; tenía los labios azules y la mirada triste.

—Los encontraremos mañana, querida —le dijo.

Pero más tarde, mientras el agua helada repicaba contra su ventana, Ravenna se pegó al cristal deseando tener los ojos de un lobo para ver en la oscuridad, y la fuerza de un lobo para poder cazar en la noche. Faltaba demasiado para que llegara mañana.

# 17

## *Mirad, qué luz.*

Vitor recuperó la conciencia y se dio cuenta de que prefería despertarse oyendo los quejidos de un chucho que congelado de frío y con un dolor espantoso en la cabeza. No estaba boca abajo del todo, pero tenía la cara pegada a una superficie dura y el brazo doblado debajo del cuerpo. Se movió y sintió una punzada de dolor desgarrador en los hombros. Su rugido parecía el aullido de un animal herido.

—¿Ya te has despertado, hermano? —murmuró alguien a su lado—. Estás hecho un peso pluma.

—Maldito seas.

Levantó el brazo que tenía libre y se tocó la nuca. Recordó el golpe que lo había descabalgado de *Ashdod*, pero solo notaba un dolor terrible.

—¿Te has roto algo o sangras? —le preguntó Wesley un tanto inseguro.

Vitor abrió los ojos para mirar a su hermano, que aguardaba junto a él envuelto en una sombra borrosa.

—Solo es un golpe —le contestó.

—Entonces maldito seas tú —dijo Wesley.

La estancia en la que estaban era minúscula y circular, debía de tener menos de tres metros de diámetro, no tenía ventanas ni puerta, y las paredes se inclinaban ligeramente hacia fuera a medida que subían. Tampoco se veía el techo, solo una bruma gris.

—¿Dónde estamos?

—Me parece que es una bodega subterránea. Pero es posible que haya perdido tanta sangre que esté delirando.

—¿Te han disparado?

—En el brazo. He conseguido detener la hemorragia, y el frío ayuda a evitar que sangre. Pero lo tengo entumecido.

Vitor comprobó la fuerza que tenía en el brazo que se le había quedado atrapado debajo del cuerpo, se incorporó y soltó otro rugido. El frío se colaba en su dolor y lo intensificaba. Pero no tenía ningún hueso roto.

—Te ha disparado a ti —murmuró Wesley.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te estaba apuntando a ti.

¿Wesley se había interpuesto entre él y el pistolero?

Vitor se puso de pie y pasó las manos por la pared. La construcción de barro era sólida y suave, no había ni una sola muesca donde poder apoyar una escalera. Puede que la bodega estuviera inacabada. Si pertenecía al castillo estaría dentro de los muros de Chevriot. Si estaba en el pueblo, quizá se hallara un poco más apartada.

—¿Qué profundidad tiene el...?

—Unos seis metros. Puede que más. Aunque yo me pudiera levantar, no podríamos salir.

—¿Y cómo nos trajo hasta aquí?

—No nos trajo. Más bien nos lanzó. Nos hizo rodar, en realidad, aprovechando que las paredes se curvan hacia fuera. Y no era uno solo, eran más. Dos.

El guardia mentiroso al que le había confiado la protección de Ravenna, y quizá el hombre que ella había sorprendido con la hija de Whitebarrow.

—¿Cuánto tiempo llevas consciente?

—No he llegado a perder la conciencia del todo. Un hurra por mi robusta constitución —dijo Wesley con sequedad—. Aunque a mí nadie me golpeó en el cráneo con una rama a modo de catapulta. Y también amortiguaste mi caída en este agujero del demonio. Menos mal que Dios se apiada de uno de vez en cuando. Lo ves, ¿hermanito? Ya te dije que una vida de disciplina monástica no te serviría de nada. Mira todo el tiempo que te has pasado rezando y, sin embargo, no puedes pedirle a ningún santo que nos salve de esos asesinos.

—¿Cuánto tiempo? —le repitió.

—Solo tardó un cuarto de hora en traernos hasta aquí a lomos de tu caballo. Desde entonces quizá hayan pasado seis o siete horas. Hace poco que ha empezado a anochecer. Pronto será noche cerrada.

Siete horas. Los invitados del castillo se estarán reuniendo para cenar.

—¿Se han llevado mi caballo?

—Lo estuvieron discutiendo un rato. Al final decidieron que era un caballo demasiado bueno como para hacerlo pasar por suyo y que solo les traería problemas. Lo dejaron marchar. Me parece muy bien que esos canallas sean conscientes de que valen menos que el caballo de un caballero.

*Ashdod* debía de haber regresado a las caballerizas del castillo hacía horas, y su aparición habría alertado a los mozos. Inspiró hondo e hinchó sus costillas magulladas, se pasó las manos por la cara y descubrió que tenía los nudillos heridos y ensangrentados. Pero no se los podía vendar. Aquella bodega estaba demasiado fría como para que pudiera utilizar el pañuelo del cuello para algo que no fuera darse calor. Se apoyó en la pared con cuidado de mantener la cabeza agachada.

Ravenna se preguntaría dónde estaba. Lo buscaría en el salón y se enfadaría cuando descubriera que no estaba. ¿Le mencionaría su

ausencia a algún otro invitado, a lady Iona o a Sebastiao? ¿Su inquieto corazón la haría pensar lo peor, o confiaría en él y daría la alarma?

Varias horas antes, mientras aguardaba en la ladera de la montaña cuando el sol se colaba por entre las ramas de los árboles, él había esperado en silencio y la había visto en cada rayo plateado y en cada brillante gota de hielo. Era una mujer muy segura, incluso descarada, y muy obstinada. Pero de vez en cuando se convertía en esa criatura que había visto en la torreta: recelosa, insegura, un animalito asustado que esperaba la primera oportunidad para salir corriendo.

—¿Por qué la seguiste hasta el establo? —le preguntó a su hermano en aquel silencio gélido.

—Yo no la seguí. Me la encontré por casualidad, y decidí aprovechar la oportunidad.

El tiempo que había pasado en el monasterio no lo había preparado para la rabia que se apoderó de él.

—¿Con una botella de vino y dos copas?

—Yo nunca bebo solo.

—Un tobillo torcido y un tiro en el brazo te parecerán una minucia cuando haya acabado contigo, Wesley. Te voy a romper las piernas. Las dos. Sabes que lo haré. Te romperé todos los huesos de las piernas y no volverás a caminar.

Su hermano guardó silencio un buen rato.

—Está bien. La seguí. Esperaba tener la oportunidad de preguntarle qué intenciones tenía contigo.

Vitor volvió la cabeza y se quedó mirando fijamente a su hermano en la creciente oscuridad.

—Solo pienso en lo que más te interesa, Vitor. Ella no es nadie, es una huérfana de solo Dios sabe quien. Su hermana es duquesa, eso es cierto. Pero hace algunos meses, en la ciudad, se rumoreaba

que su madre era prostituta en una plantación de las Antillas, y que la nueva duquesa de Lycombe cojeaba del mismo pie.

Lo dijo con total despreocupación, como si estuviera hablando de una carrera de caballos.

—Solo los necios hacen caso de los rumores.

—Es posible. Pero el tono de las mejillas de la señorita Caulfield y el color de su pelo sugieren que, en este caso, los rumores son ciertos. ¿No se te ha ocurrido pensar que podría ser fruto de una relación impura entre un señor con su esclava?

Sí que lo había pensado. Pero él había visto mucho más mundo que su hermano. Sus rasgos no eran ni mestizos ni mulatos, sino andaluces, del sur de España, donde varios siglos atrás los cristianos se mezclaron con los moros.

—Incluso aunque su sangre esté libre de pecado —añadió Wesley—, es una sirvienta y está completamente desconectada de la sociedad, excepto por el extraordinario matrimonio de su hermana con Lycombe.

—Y yo soy el hijo bastardo de un católico libertino. ¿Cómo crees que me está sentando que la insultes mientras finges preocuparte por mí, hermano?

—A ella no le he dicho nada de esto.

Ya había oscurecido del todo, y al llegar la noche, el frío empezó a colarse con más crueldad en la sangre de Vitor, y eso lo debilitaba.

—¿Qué querías decirme? ¿Por qué me citaste en la montaña, Vitor?

—No quería decirte nada. Quería hacerte picadillo y dejarte ahí tirado para que los buitres acabaran la faena.

—Ah. Mi hermano monacal se pone violento. —Parecía meditabundo—. Aunque supongo que para todo hay una primera vez. Es extraordinario que sea una chica la que haya provocado esa actitud.

—Una dama.

Su hermano guardó silencio un momento. Y entonces dijo:

—Una dama.

—¿Fuiste tú quien manipuló el vino que le llevaste?

—¿Manipularlo? Pues claro que no. —La sorpresa de Wesley parecía sincera—. ¿Se puso enferma?

—¿Dónde encontraste la botella?

—En la despensa.

Vitor no había pensado que hubiera sido su hermano quien envenenara el vino. Sus métodos de castigo nunca habían sido fraudulentos y solo estuvieron revestidos de secretismo en una ocasión.

El sonido amortiguado de la lluvia empezó a repicar sobre la tapa de la bodega, al principio eran solo unas gotitas, después empezó a sonar más acelerado, con más rabia, como si la lluvia pretendiera inundarlo todo y llevarse la nieve. A él le pesaba la cabeza, el golpe le palpitaba y le dolían todos los músculos del cuerpo. Cerró los ojos en la oscuridad y escuchó la lluvia.

—Era yo.

Vitor despertó de golpe.

—¿Eh? —murmuró.

—Yo era el hombre que estaba en las tripas de ese barco con destino a Nantes. El hombre que empuñaba el cuchillo.

Vitor suspiró y se frotó el cuello con la mano.

—Por el amor de Dios. Eso ya lo sé.

Su hermano inspiró hondo y el sonido resonó en la quietud de la bodega.

—Los hombres cultivados no emplean las tácticas de los inquisidores medievales, Wesley. ¿Acaso no has aprendido nada de los grandes pensadores de nuestro tiempo?

—No fue idea mía.

Su tono era tenso.

Entonces volvió la cabeza como si pudiera ver a su hermano en la oscuridad.

—¿Cómo pudiste creer que yo era un traidor?

—Yo no lo creía. Ellos sí. Llevabas una década viviendo fuera de Inglaterra. Y eras leal a un rey extranjero.

—Un aliado.

—En Francia te perdieron la pista.

—¿Y solo por eso ya pensaron que era un traidor? Las mentes de los hombres ingleses son muy simples. Lo ven todo en blanco y negro. O es un hijo del reino o es un espía traicionero.

«O es una sirvienta o es una dama.»

—Mis superiores no quisieron escucharme. Pensaban que, gracias a nuestra unión, me lo confiarías a mí sin necesidad de... utilizar la fuerza de forma innecesaria. Yo les advertí que eran unos necios si pensaban que tú dirías una sola palabra, te obligaran o no. Pero no sirvió de nada. —Hizo una pausa larga—. Sin embargo, cuando no dijiste nada, cuando no soltaste ni una sola palabra en la horrible cabina de ese maldito barco, a pesar de que ellos, de que yo, te amenacé, empecé a desconfiar de ti. Fue como cuando...

—Como cuando ella te mintió.

—Tu orgulloso y obstinado silencio fue lo que hizo que me creyera sus mentiras.

Wesley endureció la voz.

—Cúlpame todo lo que quieras, hermano. Eso no cambiará el hecho de que, cuando estuvimos en ese barco, tú quebrantaste la ley y mi confianza en ti.

—Me arrepentí incluso cuando obedecí sus órdenes, Vitor. Lo hice por Inglaterra, pero sufrí. Fue tan doloroso para mí como para ti.

Él se frotó la cicatriz que tenía entre el pulgar y el dedo índice.

—Lo dudo.

—¿Por eso me citaste esta mañana? ¿Para devolvérmela?

Le temblaba la voz.

—Qué poco me conoces.

Se hizo otro largo silencio durante el que la fría humedad de la niebla que nacía de la lluvia se empezó a posar en el pelo y la piel de Vitor.

—Te culpé a ti de que ella no me amara —dijo Wesley—. Estaba enfadado. Ella no me quería, y te culpé por ello.

Él lo entendía. Ni siquiera los dos años que había pasado en lo alto de una montaña de Portugal, se habían llevado su ira por completo. Pero quizá siempre había estado enfadado. Quizá llevara huyendo desde que tenía quince años, cuando dejó el único hogar que conocía. Pero no se marchó en pos de aventura. Huyó de la vergüenza y se fue buscando el peligro una y otra vez, pero no lo hizo porque se lo pidiera su padre, sino porque no conseguía que nada se llevara aquella ira.

Y entonces llegó un día, durante la guerra, que se cansó de huir, y finalmente regresó a Airedale, con la familia que había abandonado. Quizá tendría que haber dejado de huir en ese momento.

—Yo no hice nada para animarla. —Fannie Walsh no necesitó que nadie la animara. Él la rechazó con firmeza, informó al marqués sobre el asunto, y se marchó a Portugal, donde Raynaldo lo volvió a mandar a la guerra—. Hice lo mismo que habrías hecho tú de estar en mi lugar.

—Ya lo sé. Me lo explicó papá.

—Y me odiaste igualmente.

—Estaba ciego. —La voz de Wesley sonaba amortiguada—. Hasta ahora. Hasta esta semana...

Hasta que había conocido a Arielle Dijon.

Vitor lo comprendía muy bien.

Los dos guardaron silencio durante un rato.

—¿Quieres pelearte conmigo ahora? —le preguntó Wesley de repente—. Teniendo en cuenta que tengo un brazo insensible y que cojeo, será una pelea breve. Pero si eso te satisface, me esforzaré todo lo que pueda por defenderme.

—Gracias, pero no. Yo no peleo contra hombres heridos. Y aunque lo hiciera, la inclinación de este suelo dificultaría mucho los movimientos.

—Mmm. Eso parece.

—Wes, vamos a morir aquí.

—Sí.

Vitor suspiró muy despacio.

—Tú primero.

—No, tú primero. Insisto.

—Tú eres el mayor, y mereces ese honor.

—Vitor. —Wesley le volvía a hablar con seriedad—. Si muero ahora y a ti te rescatan y heredas los títulos de nuestro padre, debes saber una cosa.

Él aguardó.

—Yo no soy más hijo de Airedale que tú.

Vitor levantó la cabeza.

—Papá no le podía dar hijos —confesó Wesley—. Querían hijos, desesperadamente; él los quería tanto como ella. Entonces le pidió que lo hiciera. Se lo estuvo suplicando durante años hasta que ella aceptó. Eligieron a nuestros padres los dos juntos; los dos eran hombres a los que respetaban y de sangre noble, por si acaso la verdad acababa saliendo a la luz y lo perdíamos todo. Así, por lo menos, no sentiríamos tanta vergüenza. Ella nunca le fue infiel. No de la forma que tú creías.

Se quedó estupefacto. Saberlo no borró todos los años que había pasado sabiendo que no era un verdadero Courtenay e imaginando la inconstancia de su madre. Pero la verdad le dio cierta paz.

—¿Quién era él? —preguntó al fin—. El primero.

—Eso ya apenas importa. Ya hace mucho tiempo que murió. Era un héroe naval. Murió en una batalla en el mar. Era muy rico, pero no se trataba de un lord legítimo. Un segundo hijo. ¿No te parece irónico, joven casi-príncipe?

—Ya lo creo, bastardo.

Por sorprendente que fuera, Wesley se rió.

Durante un buen rato solo oyeron los sonidos amortiguados de la lluvia sobre sus cabezas, un goteo de agua helada en algún rincón cercano y una solida oscuridad que los envolvía como un ataúd. A Vitor ya no le dolían los nudillos ni los hombros, y el golpe de la cabeza era una palpitación entumecida. Se quedó medio dormido y puso atención, tratando de escuchar voces, pezuñas, ruedas de carro, cualquier cosa que pudiera anunciar la cercanía de alguna persona. Pero la lluvia entumecía todos los sonidos.

Al final, Wesley acabó hablando de nuevo en la fría quietud de la bodega.

—Quería salvarte... del dolor que pasé yo. —Su tono era plano—. No hay peor castigo que el corazón infiel de una mujer.

—Lamento...

Vitor había perdido casi todo el calor del cuerpo. Sus palabras ni siquiera alcanzaban a calentarle los labios.

—¿Mmmm?

—Lamento... —Tenía un peso instalado en el pecho y el frío le succionaba los pulmones—. Lamento no haber tenido la oportunidad de demostrarte que te equivocas en esto.

Después de aquello ya solo hubo silencio, frío y la espera del fin.

Lord Vitor y su hermano no regresaron en toda la noche. Habían alertado a los aldeanos y, al amanecer, todos los que pudieron se

sumaron a la búsqueda. Ravenna se ató las botas y salió con los hombres, seguida de Cecilia e Iona. Volvía a hacer mucho frío en la montaña y los charcos estaban congelados, el camino era peligroso.

Cuando llegaron al puente que cruzaba el río, desde el que se veía todo el castillo por entre los árboles, se agarró al muro y observó el agua que corría a sus pies. Iona la rodeó por la cintura. Ella sospechaba que todo el mundo pensaba lo mismo. Pero había sentido la fuerza de Vitor, y no creía que el río se lo hubiera llevado.

Estuvieron buscando durante horas, y los grupos de tres personas —por seguridad—, fueron regresando al castillo o entraban en la taberna del pueblo para calentarse las manos y los pies. Las chicas se encontraron con Martin Anders y sir Henry en el camino que conducía al pueblo, los dos llegaron con el ceño fruncido.

—El sobrino del alcalde ha confesado que mentía —dijo el señor Anders con seriedad.

—¿Mentía? —exclamó Iona—. ¿Cuando dijo que había asesinado a un hombre?

—Por lo visto el tejado de ese necio cedió al peso de la nieve —explicó sir Henry—. Y solo buscaba un sitio donde dormir.

—Pensó que como su tío era el alcalde, y no tenían pruebas para condenarlo, lo soltarían antes del juicio —añadió Martin Anders—. Pero eso no significa que algún otro aldeano borracho me tomara la palabra.

Cecilia cogió la mano de su hermano.

—Los dos guardias del príncipe, el que estaba apostado en la puerta y el otro —dijo Ravenna—, no estaban en el castillo esta mañana. No creo que fuera un aldeano quien asesinara al señor Walsh.

Ravenna se alejó de ellos y anduvo por el centro del puente helado evitando mirar las orillas del río. Ya habían buscado en él. No los encontrarían allí. Vitor seguía vivo. Podía sentirlo.

Cuando el sol empezó a deslizarse hacia el oeste, todo el mundo regresó al castillo. Ella se resistió, pero Iona y Cecilia la cogieron de los brazos y la obligaron a hacerlo.

Subió a la habitación de Vitor y vio que su asistente no estaba. *Gonzalo* ladró de alegría, se levantó de la cama y se le abalanzó. Ella se puso de rodillas, cogió a aquella bola de pelo calentita y juguetona, y enterró la cara en su piel.

—¿Dónde está tu dueño? —susurró conteniendo las lágrimas que se amontonaban en su garganta—. Dijo que ni los perros salvajes impedirían que viniera a verme. Es demasiado honrado como para mentir, así que lo que lo tiene retenido tiene que ser peor que los perros salvajes, porque tú y yo sabemos que no hay nadie más inteligente que él.

El perrito olía a la colonia del lord y, un poco, a humo de puro.

El cachorro se escabulló de entre sus brazos y cruzó la habitación para sentarse sobre una bota destrozada como si fuera un villano.

«Perros salvajes.»

Perros salvajes...

«No domesticados.»

Ravenna vio cómo el cachorro mordía la bota y se le paró la respiración.

Un perro de menos de diez semanas no sabría rastrear un olor. Pero ¿y si *Gonzalo* fuera un perro rastreador? Llevaba quince días durmiendo en los aposentos del noble, destrozando su ropa y, por lo visto, durmiendo en su cama.

«No.» Era imposible. Pero también era absurdo el dolor que ella sentía en el pecho, imposible y, al mismo tiempo, lo más real que había sentido en su vida.

Ravenna se levantó de un salto y cogió el cachorro y la bota.

Iona la vio.

—¿Adónde vas, muchacha?

—A cazar.

Cruzó el hielo del patio hasta la puerta del castillo y puso a *Gonzalo* en el suelo. Dejó que el cachorro olisqueara la bota y luego se la quitó.

—Venga, vamos a buscarlo.

Empezó a caminar y el perrito se tambaleó tras ella. Al principio le costaba afianzar sus enormes pezuñas en aquel terreno tan resbaladizo, pero se fue acostumbrando enseguida. Mientras ella se alejaba del pueblo y del río, el animal jugueteaba a su alrededor, mordía el hielo y ladraba. Pero también olfateaba. Se quedaba mirando algún pájaro o alguna rama mecida por el viento, pero luego movía las fosas nasales, pegaba el hocico al hielo y volvía a ladrar.

Varios siglos atrás, allí había un muro exterior que ofrecía a los habitantes de Chevriot más protección contra posibles invasiones, y también servía para defender los depósitos de sal que tantas riquezas le aportaban a aquella región. Y en la colina seguían quedando restos de aquel muro. *Gonzalo* desapareció por delante de ella cuando subió por un montículo de tierra que flanqueaba el muro derruido. Ravenna lo llamó, pero el cachorro no apareció. Corrió y subió la pendiente con dificultad con un nudo en el estómago. Por lo visto había agujeros y desagües alrededor del castillo. Si el perro se había caído en alguno...

Rodeó el montículo y se tranquilizó. El cachorrillo estaba en la boca de una cueva que se abría al otro lado del montículo y tenía las patas apoyadas en un muro de un metro de alto que bloqueaba la entrada. Ladró. Solo le contestó el susurro de las ramas heladas de los árboles. Pero entonces se oyó una voz procedente de las sombras. La voz de Vitor. El alivio le arrancó un sollozo.

*Gonzalo* ladraba frenéticamente mientras ella se tambaleaba hacia delante para agarrarse al muro. Se echó hacia atrás. No era una

cueva. Era una bodega subterránea. Se inclinó para mirar hacia la oscuridad que se adentraba en la tierra.

Pero no se desmoronó, ni lloró ni gritó de alegría. Susurró:

—Estás vivo.

Por poco le ceden las piernas.

Vitor no contestó. Estaba sentado contra la pared justo debajo de ella. Lord Case se hallaba tendido de lado junto a él. Los dos inmóviles.

No era muy profundo, no tendría más de seis metros, pero era imposible salir de allí sin la ayuda de una escalera o una cuerda. Y ella sabía que después de todo el tiempo que llevaban atrapados en la bodega, no podía perder más tiempo regresando al pueblo o al castillo para pedir ayuda.

Tiró del volante que llevaba en los bajos del vestido de Ann con las manos temblorosas, luego arrancó el del centro y después el superior. Agradeció el mal gusto de lady Margaret y ató los trozos de tela. Pero la cuerda que fabricó con el vestido no era lo bastante larga como para atársela alrededor del pecho, y mucho menos para llegar al fondo de aquel agujero.

Entonces se desgarró la falda en varias tiras anchas que ató a los volantes. Lanzó la cuerda improvisada por encima del muro vestida solo con las enaguas y el viso.

—Tienes que agarrarte a esto y subir —dijo—. Vitor no se movió—. Tienes que hacerlo —le dijo un poco más fuerte. Los dos hombres seguían tan inmóviles como la muerte—. ¡Despierta! —gritó—. Tienes que coger la cuerda y salir de ahí. Tienes que hacerlo porque yo no puedo hacer nada si no me ayudas. —Ravenna agitó la cuerda hasta que aterrizó sobre el reverso de la mano de él—. Por favor —le dijo—. Te lo suplico.

Vitor movió la mano y asió la cuerda.

Cuando empezó a moverse para atar la cuerda alrededor del cuerpo de su hermano, ella le gritó que debía salir él primero y Vitor

acabó obedeciendo. Primero se puso de rodillas y luego se levantó con dificultad, entonces cogió la cuerda con ambas manos. Ravenna se agachó, pegó la espalda al muro y se preparó. *Gonzalo* daba asaltitos a su alrededor y no dejaba de ladrar. Puso las orejas de punta y salió corriendo.

—¡Ahora! —gritó—. Sube.

La cuerda le contrajo el pecho a Ravenna; no podía respirar. Al final, después de lo que le pareció una eternidad, la mano de Vitor, completamente pálida y con los nudillos ensangrentados, se agarró al muro. Se oyeron unas pisadas en el hielo y *Gonzalo* apareció saltando en círculos alrededor de Martin Anders y sir Henry.

—¡En nombre de Zeus! ¡Los has encontrado!

Cogieron a Vitor y tiraron de él por encima del muro. Tenía los ojos cerrados; ella le tocó la cara conteniendo las lágrimas mientras los hombres —todos los que iban llegando—, se amontonaban junto a la abertura de la bodega subterránea. Se lo llevaron de vuelta al castillo y otro grupo se quedó atrás para sacar a lord Case del agujero. Ella se adelantó al grupo para ordenar que prepararan los baños, especificó la temperatura exacta del agua y los aceites que debían añadirle, y pidió vendajes y ropas. Todos hicieron lo que les ordenó. Cuando llegó lo metieron en la habitación donde le aguardaba la bañera llena.

Entonces apareció Ann y la cogió del brazo.

—Ven, querida amiga —le susurró—. No debes quedarte aquí, y ahora tienes que ocuparte de ti.

Ravenna se marchó. Le molestaba tener que irse cuando sabía que era la persona más indicada de todo el castillo para ocuparse de las heridas de un hombre. Se sentía débil, pero feliz.

# 18

## *Un lord en el corral*

Aquella noche no le dejaron visitar a ninguno de los dos hombres. El príncipe en persona y un montón de sirvientes se estaban ocupando de ellos. No la necesitaban.

Pero al contrario que Arielle Dijon, ella no soportó quedarse sentada en el salón con los demás esperando a que sirvieran la comida, comportándose con modestia y recato mientras los caballeros, lady Margaret y la duquesa especulaban sobre el propósito que podían tener esos guardias traicioneros para lastimar a lord Case y a su hermano. Se le había cerrado el estómago y, como no podía comer, sacó a los carlinos y preguntó por *Gonzalo*. Le dijeron que el héroe del día estaba durmiendo en la habitación de su señoría.

Entonces se retiró a sus aposentos sin que nadie se diera cuenta.

Un poco más tarde, cuando por fin dejó de pasearse por la habitación y se hubo metido en la cama, alguien llamó a su puerta y la despertó. El asistente de lord Case aguardaba ante su puerta pálido y agitado.

—Le ha subido la fiebre, señorita. —Se retorció las manos—. Yo no sé que hacer. Su señoría tiene un médico que se ocupa de estas cosas.

—Yo puedo ayudar.

Se cambió rápidamente de ropa, cogió su botiquín médico y cruzó con él los oscuros y silenciosos pasillos hasta los aposentos de su señor.

El conde tenía la frente caliente y la cara y la camisa de dormir empapadas en sudor.

—Tiene que cambiarle la ropa de cama y la camisa de dormir las veces que sea necesario para mantenerlo seco —le explicó al asistente mientras vertía unos centímetros de agua en un vaso y le añadía el paquete de polvos para la fiebre que llevaba para administrárselos a sir Beverley y Petti en caso de emergencia—. Si le sube la fiebre y pasa mucho tiempo sudado, se le podrían inflamar los pulmones.

El asistente incorporó a su señor y le colocó unos cuantos cojines detrás de la espalda.

—Milord —le susurró el sirviente—. La señorita Caulfield quiere darle una medicina.

Al conde le temblaron los párpados, pero no abrió los ojos.

—Ah, un ángel misericordioso —murmuró—. Mientras huela así de bien, puede hacer lo que quiera.

Ravenna le acercó el vaso a los labios.

—Beba, milord, e intente que no se le caiga ni una gota o le regañaré por haber malgastado mis polvos.

—Mi hermano es un diablo con suerte —dijo con los labios pegados al borde del vaso, y tragó.

Lo volvieron a tumbar en el colchón.

—Mientras le examino la herida tendrá que estarse muy quieto.

Lord Case murmuró algo ininteligible, pero cuando ella le quitó un vendaje que no estaba muy bien puesto, y empezó a palparle la herida, el paciente apretó los ojos.

—Maldita sea. Llévate de aquí a esta bruja, Franklin.

—No puedo, milord. Aparte del cocinero, que está dormido y no hay forma de despertarlo, ella es la única persona de todo el castillo que tiene conocimientos médicos. Si quiere, puedo llamar a la comadrona del pueblo...

—No estoy dando a luz, idiota.

Apretó los dientes.

—Tiene usted mucha razón, milord.

—Señor Franklin —dijo Ravenna—. Necesito trapos limpios para vendarle la herida.

—Sí, señorita.

Se marchó enseguida a buscar lo que le había pedido. Ella le limpió la herida con vino, luego sacó su aguja y se la cosió mientras el conde jadeaba. La bala le había hecho una herida limpia en el músculo, y no le costó mucho cerrarle el agujero. Aún así, debía de haber perdido mucha sangre, y eso que no se había desmayado.

—¿Metió usted alguna droga en el vino que me ofreció la pasada noche, milord? —le preguntó en voz baja mientras trabajaba—. Dígame la verdad o le atravesaré la herida con la uña que tenga más afilada antes de vendársela.

—Hipócrates se está revolviendo en la tumba —dijo con la respiración entrecortada.

Ravenna cortó el hilo y le extendió un bálsamo sobre la sutura.

—Me gustaría oírle decir la verdad. Ya tengo el dedo preparado.

—Yo no envenené el vino.

—¿Por qué me siguió hasta los establos?

Lord Case abrió los ojos. Los tenía apagados a causa de la fiebre, pero estaba alerta.

—Para ofrecerle oro a cambio de que dejara en paz a mi hermano.

Se le hizo un nudo en la garganta.

Entonces el señor Franklin regresó y ella le vendó la herida al conde, le dio instrucciones al asistente para que le cambiara la cataplasma cada tres horas, y se marchó. Mientras volvía poco a poco hacia el ala de las damas, la luz de su candil se arrastraba por las

paredes. Pensaba que, ahora que por fin había pasado el peligro, desearía seguir teniendo el valor de un lobo para vencer al miedo, ir a la habitación de Vitor y pedir que la dejaran entrar. Pero lord Case le había recordado que, en su mundo, ella no era más que una liebre y que eso no cambiaría nunca.

Cuando despertó, se encontró un mensaje que le había hecho llegar el señor Franklin, donde le informaba de que, aunque a lord Case no le había bajado la fiebre, el conde dormía apaciblemente.

La joven se levantó de la cama, se puso uno de sus vestidos de lana, y salió de su habitación.

Todos los ojos siguieron sus pasos por la casa, primero de camino al comedor, y luego al salón, donde lady Margaret y Ann estaban sentadas con la duquesa, Iona y las hermanas Whitebarrow. Todas tenían un bastidor circular en el regazo, en el que bordaban con agujas más finas de las que ella jamás había utilizado para coser una herida. Todas se la quedaron mirando como si le hubieran salido cuernos.

Iona fue la primera en reaccionar:

—¡Señorita Caulfield! —Corrió hacia ella—. ¿Ya ha desayunado?

—Yo...

Iona tiró de ella hasta el pasillo y le susurró:

—Todo el mundo sabe lo que has hecho por lord Case. Su asistente se lo explicó a lord Prunesly y las noticias se extendieron como la pólvora. ¡Bien hecho, muchacha!

—Ya veo.

Ravenna ya no podía volver al salón, y solo quería ver a una persona para asegurarse de que estaba bien. A ella no le importaba su reputación, lo único que le importaba era cómo podía afectarle a sir Beverley y a Petti. Pero si toda la casa sabía que había estado en

la habitación de un caballero en plena noche con la única compañía de su asistente como carabina, ¿qué daño podía hacer que pidiera audiencia con lord Vitor?

Le estrechó la mano a Iona y se fue a sus aposentos. Cuando se abrió la puerta, se le aceleró el corazón.

—Milord no está, señorita —dijo su educadísimo asistente.

—¿No está? ¿Ya se ha recuperado lo suficiente como para no estar?

Parecía tonta.

—Su señoría tiene una constitución sorprendentemente fuerte —dijo el asistente con sequedad.

—¿Sabe adónde ha ido?

—Me parece que ha bajado a desayunar, señorita. —Levantó la nariz—. Pero como su señoría no me ha detallado el itinerario que pensaba seguir, no se lo puedo asegurar.

A Ravenna le dieron ganas de darle un buen pellizco. Pero se contuvo y bajó de nuevo al salón. Allí vio que monsieur Brazil estaba hablando con el guardia en el vestíbulo.

—Su señoría está en la capilla, mademoiselle.

—¿En la ermita del padre Denis? —preguntó incrédula.

Puede que se recuperara con facilidad, pero aquello parecía un milagro.

—*Non, mademoiselle.* Está en la capilla del castillo.

—¿En el castillo?

—*Bien sûr.*

Le hizo un gesto al guardia para que abriera la puerta principal y luego señaló hacia el otro lado del patio. Acurrucada entre las torres y flanqueada por el cementerio, se erigía la iglesia del castillo. Ravenna no había reparado en ella hasta ese momento. A pesar de todos los paseos que se había dado por allí cuando había salido a pasear los perros de Petti, jamás le había prestado ninguna atención al enorme edificio que había al lado.

—Si lo desea, mademoiselle —le dijo advirtiendo que ella llevaba zapatillas—, puede acceder a la capilla por el comedor.

Fue por donde le había indicado el mayordomo, aunque esta vez caminó más despacio. Se le había acelerado el pulso y le costaba respirar.

En ese momento Arielle bajaba la escalera hacia el salón del brazo de su padre y su diminuto perro trotando entre ellos. Cuando la vio corrió hacia ella.

—Querida señorita Caulfield, es usted valiente, inteligente y muy competente. Yo jamás habría sabido cómo curar una herida.

—Supongo que usted tampoco habrá necesitado saber cómo se hace.

—Lord Case le debe la vida.

En realidad, lo había salvado dos veces. Y, aún así, él la había insultado.

—No debe preocuparse por su fiebre. Bajará en cuanto la herida empiece a cicatrizar.

—Oh. —La joven bajó sus delicadas pestañas—. No quiero agobiarlo con mi preocupación.

Se le sonrojaron las mejillas con preciosa modestia, un color que ella jamás había visto en su piel. Era imposible. La suya no era clara como la de aquella delicada dama. No pudo evitar pensar en la ironía de la situación: por un lado el padre de Arielle le había ofrecido trabajo y, por otro, su novio había pretendido sobornarla para que se alejara de su hermano.

—¿Nos acompaña a desayunar, mademoiselle? —le preguntó el general.

—No, gracias. Tengo que ocuparme de algo.

Ravenna siguió caminando hacia el comedor y evitó la sala de billar, de la que salían distintas voces masculinas. Cuando cruzó la puerta de la capilla, tenía las palmas de las manos sudadas y la garganta apelmazada.

En el interior, el aire estaba calmo y peculiarmente cálido, como el de un establo, pero allí no tenía vida, sino alguna calidad efímera del tiempo mezclada con velas de cera y objetos sagrados que jamás había visto en la pequeña iglesia de su padre. Los rayos de sol que se colaban por los rosetones azules, rojos y dorados, proyectaban brillos coloridos en los arcos de piedra y los pilares. Al fondo había un pequeño grupo de sillas y delante de cada una descansaba un reclinatorio de madera labrado con brocados de satén. A ambos lados había enormes tumbas, centinelas de poder coronados por efigies de hombres y mujeres con coronas en sus cabezas reales.

Vitor estaba de pie al final de la escalera que subía hasta el altar, de espaldas a ella, con una pose despreocupada y los hombros rectos.

A Ravenna se le cortó la respiración. Albergaba toda clase de pensamientos desesperados. Aquel no era su mundo, menos aún que el resto del castillo. Aquel era un lugar de antigua santidad, de piedras esculpidas, inciensos exóticos y toda la civilización de los hombres. Intentó coger aire. ¿Qué podía decirle a un hombre de ese mundo que él quisiera escuchar?

Ella no pertenecía a ese entorno.

Se dio media vuelta y se marchó. Cruzó el comedor a toda prisa y se topó con sir Henry y con lord Prunesly, que salían de la sala de billar justo en ese momento.

—¡Vaya, señorita Caulfield, el héroe del momento! —exclamó sir Henry entre risas—. Bueno, la heroína, más bien. No es cierto, ¿Prunesly? Según tengo entendido, señorita Caulfield, ha hecho usted muy buenas acciones. Muy bien, muy bien.

Entonces se abrió la puerta del comedor y lord Vitor apareció en el pasillo.

—Discúlpenme —le murmuró a sir Henry—. Debo... esto...

Ravenna se marchó. Vio cómo se abría una de las puertas del servicio en el pasillo. Entró y bajó a oscuras por una escalera estrecha. Salió a la cocina, dio la espalda a los olores a pan recién hecho y carne asada, y se dirigió a la puerta que daba acceso al corral, el lugar donde habitaban las aves, la vaca y las cabras, y donde también se tiraban los desperdicios por un agüero que se abría en la base del muro del castillo. Cuando salió, el aire fresco le acarició las mejillas.

Se apoyó en el muro de piedra. La vaca que había al otro lado del corral se volvió para mirarla y meneó la cola. Las gallinas cacareaban bañadas por la luz del sol al fondo.

Ravenna soltó un suspiro tembloroso. Vitor no la encontraría allí. Si la seguía por la escalera del servicio, sir Henry y lord Prunesly se darían cuenta. E incluso aunque lo hiciera, nunca la buscaría allí. A ningún noble con la ropa almidonada y las botas relucientes se le ocurriría entrar en un corral. Durante los seis años que había pasado en Shelton Grange, no había visto que sir Beverley o Petti se acercaran ni a la cocina ni al ganado. El hijo de un marqués no entraría en un lugar como ese.

Pero Vitor entró. Se abrió la puerta de la cocina, y la cruzó: se lo veía fuerte, guapo y, por lo visto, perfectamente bien.

«Podría haber muerto.»

—Ahora te he rescatado yo a ti —le espetó ella—. Y para conseguirlo, he utilizado mi falda que, como tu apuntaste en una ocasión, es muy inconveniente para un rescate acuático, pero ha resultado ser perfecta en este caso. —Se esforzó por adoptar un tono ligero—. ¿No te parece que es la réplica perfecta a tu aventura en el río?

Vitor se acercó directamente a ella, le cogió la cara con las manos y la besó. La besó poderosa y profundamente, como si pudiera poseerla completamente con ese beso, y ella se aferró a su cintura y se entregó a él.

Entonces se retiró un momento.

—Cuando estaba en esa bodega...

—No hables de eso.

—Lo único en lo que pensaba era en esto. En tocarte. Solo quería poder tocarte una vez más.

Le acarició el labio con el pulgar y luego siguió la huella con la boca. No era un beso dulce, sino exigente. La agarró de los hombros y después dejó resbalar las manos hasta su cintura. Ella le rodeó el cuello con los brazos y dejó que él la estrechara entre los suyos. Ravenna se fundió contra él, en su beso y en las manos que tenía extendidas por su espalda. Nunca la había tocado ningún hombre, y se sintió de la misma forma que cuando cayó un rayo sobre un árbol viejo de un campo donde ella estaba bailando bajo la lluvia, era como si ese rayo se estuviera deslizando por su columna.

—¿Por qué has huido de mí? —le preguntó con la boca pegada a sus labios.

—Pensaba que quizá, que tal vez no tendría que haberte ido a buscar, que tú no me habías venido a ver esta mañana porque... porque no me querías ver. Que no me deseabas.

Vitor pegó la frente a la suya y la agarró con fuerza.

—Te he deseado desde el primer momento en que te vi, y todos los momentos posteriores a ese.

—¿Desde el momento...? Pero yo pensaba que éramos amig... —trastabilló—. Amigos.

—Amigos con derecho a roce.

Se apoderó otra vez de sus labios, por completo, y siguió besándola hasta que lo único que existió en la tierra fue ese beso y la necesidad que sentía por él, los fuertes brazos que la rodeaban, y la ingravidez de su cuerpo, que quería echar a volar y unirse al suyo al mismo tiempo. Ravenna notaba la excitante solidez de su pecho y sus muslos, y sintió la necesidad de estar más cerca. Le enterró las

manos en el pelo, le acarició la lengua con la suya, y sintió una oleada de placer tan intenso que jadeó. Intentó pegarse más a él, satisfacer su urgencia, sentirlo más. Perdió el contacto con el suelo cuando él tiró de ella hacia arriba y la estrechó con más fuerza, la levantó como si no pesara nada. Pero eso tampoco le pareció suficiente.

Entonces levantó la pierna. Y luego saltó. Vitor la agarró con facilidad y ella le rodeó la cadera con las piernas y acalló sus risas con la boca. Lo sentía con las manos, la boca y el cuerpo, y él recibió sus besos con el mismo apetito que tenía ella, una necesidad que la empujó a buscar con la mano el bulto que le presionaba los pantalones, una urgencia que la urgió a pegarse a él. Se frotó contra su cuerpo y Vitor la agarró con fuerza y la ayudó con las manos.

—Ravenna, me vuelves loco —murmuró contra sus labios.

Ella se pegó a su erección. Lo necesitaba, necesitaba pegarse a él, necesitaba unirse a él como lo hacían todas las criaturas de la naturaleza. Se sentía como una capa ceñida con demasiada fuerza, como el vapor que presionaba la tapa de un cazo en el fuego. Lo deseaba con desesperación. Él la estrechó con fuerza y ella se frotó contra su solidez.

Entonces explotó después de un inesperado torbellino de sensaciones que se arremolinaron en su interior y le arrancaron un gemido de puro éxtasis. Se estremeció pegada a él. Jadeó. Vitor le besó el cuello temblando de placer. Ella dejó que la besara. Se había quedado sin aliento, se sentía débil y caliente, y lo único que quería era que la besara. Para siempre.

—¿Qué ha sido eso? —susurró ella.

—Eso ha sido un sueño que he estado teniendo últimamente —le dijo muy serio sin dejar de abrazarla. Vitor tenía la boca pegada a su cuello y esa sencilla caricia le provocó una ternura que se coló por todas las grietas de su cuerpo—. Bueno, una parte del sueño.

—¿Y cuál es la otra parte?

—Para eso, tenemos que ir a algún sitio más privado.

Ravenna lo miró con los ojos entornados. Estában en el corral, un lugar perfectamente visible desde una docena de ventanas interiores del castillo.

—Debería bajarme.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

«No.»

—Sí.

Le bajó los pies al suelo y luego la cogió de la mano.

Entonces se abrió la puerta y ella estiró de la mano. Él la cogió con más fuerza, pero ella siguió estirando y al final él la soltó.

—¿Ravenna? —Iona asomó su fogosa cabeza por la puerta—. ¡Oh! Buenos días, milord. —La joven lo examinó con sus brillantes ojos azules y luego hizo lo mismo con ella; se fijó primero en sus mejillas y después en la falda, que todavía llevaba enredada entre las pantorrillas. Esbozó una sonrisa de medio lado que iluminó sus labios sonrosados, y después se puso seria—. Ravenna, tengo que hablar contigo. Bueno, con los dos.

Entraron y subieron por la escalera del servicio. Ravenna notaba que él la seguía de cerca. Le temblaban las piernas de una forma muy extraña, como si hubiera subido corriendo por la colina. Pero cuando entraron en el comedor vacío y Vitor cerró la puerta, ella se dio cuenta de que él parecía tranquilo, seguía tan elegante como siempre a pesar de que ella lo había despeinado con los dedos.

Estaba sin habla.

Iona rompió el silencio.

Se alejó de él. Mientras Iona hablaba, Ravenna fue avanzando con sutileza, pero sin detenerse, hasta que estuvieron separados por la

mesa. Sin embargo, Vitor ya conocía las señales que indicaban que ella se estaba retirando: volvía la cara, tenía la mirada inquieta, y se balanceaba sobre los pies como si se estuviera preparando para salir volando.

Cuando se había puesto de puntillas y lo había abrazado, a punto estuvo de perder todo el control. Ravenna era dulce, exuberante y descarada como solo lo podía ser una mujer que no estuviera sometida a las restricciones de la sociedad. Y su propio placer la había sorprendido. Había tenido que hacer un esfuerzo hercúleo para contenerse de nuevo. No había sido la luz del sol lo que le había detenido, sino la necesidad que sentía de demostrarle que ella no podía rechazar a la ligera las ventajas que le ofrecía. La primera experiencia sexual que tuviera no sería un encuentro apresurado a la intemperie.

Ahora tenía una mirada confusa.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¡No podía! Tienes que comprenderlo.

Lady Iona se acercó a ella con las manos extendidas y la impetuosa elegancia que la definía como una chica de buena cuna y familia privilegiada.

Vitor se colocó entre ellas.

—Milady, por favor, explíquese.

La joven separó los labios sorprendida, luego esbozó una mueca de disgusto.

—Sí. —Asintió y miró a Ravenna por encima del hombro de él—. Fue poco después de cenar, quizá fueran las diez y media o las once. Me había cansado de ese joven... —Miró a Vitor—. De la conversación del salón, y quise explorar un poco el castillo.

Sus ojos dejaban entrever información que Ravenna no sabía que él comprendía perfectamente: se marchó porque se había citado con un amante.

—¿Dónde te encontraste con él? —le preguntó Ravenna.

—¡Oh! No fue un encuentro premeditado. Yo nunca había visto a ese hombre. Pero era evidente que era un caballero, así que... —Con timidez volvió a mirar a Vitor—. Le di las buenas noches.

—Le expliqué que te vi con lord Whitebarrow en la torre —le confesó Ravenna—. Será mejor que hables con franqueza o tendremos que considerarte sospechosa de asesinato.

Lady Iona se volvió hacia él.

—Puede pensar lo que quiera de mí, milord. No es la primera vez que tengo que enfrentarme a esto.

—¿Dónde te encontraste a Walsh?

—En la galería donde están expuestas todas esas armaduras. —Arrugó la nariz—. Están todas muy oxidadas. No entiendo que ningún hombre quiera tenerlas en su casa. Pero son ustedes unas bestias muy peculiares, ¿verdad, milord?

Ravenna se acercó a Vitor.

—¿Cuándo hablaste con él llevaba puesta una armadura?

La joven abrió los ojos de par en par.

—No.

Ravenna miró por primera vez a Vitor desde que habían abandonado el corral.

—Entonces Iona lo vio antes que Ann.

—¡¿Ann?! —exclamó lady Iona—. Pero ¿qué podría querer una chiquilla como Ann de un hombre como ese?

—Presuntamente no tuvo nada que ver con lo tuyo. Creo que ella se lo encontró por casualidad, igual que tú, pero más tarde. ¿Hablaste con él?

—Sí, pero no mucho. Había estado bebiendo y, aunque me estuvo manoseando un rato, no estaba en forma. Y un hombre tan bebido no sirve para nada.

Le lanzó una mirada desafiante a Vitor.

Ravenna se ruborizó y el ardor le resbaló por el cuello y se le coló por debajo del vestido.

—Pero entonces pasó algo muy raro —dijo lady Iona meditabunda—: me llamó gentil dama; lo hizo hasta tres veces, y aunque a duras penas se sostenía en pie, hincó una rodilla en el suelo delante de mí, como si estuviera fingiendo ser un caballero, como una de las armaduras que lo rodeaban.

—¿Gentil dama?

—Sí.

—¿Y a pesar de estar borracho, aun así parecía tener intenciones amorosas?

—Sí.

Ravenna tragó saliva.

—¿Es posible que se tomara el vino envenenado?

Se refería al vino blanco que había tomado Vitor. A pesar de todo lo que había ocurrido, ella seguía sin creerse que él la deseara.

—Es posible —contestó él—. Sí.

—¿Vino envenenado? —repitió lady Iona—. Pensaba que lo apuñalaron.

—¿Por qué? —preguntó Ravenna antes de que pudiera hacerlo él. Era rápida, inteligente y demostraba una gran atención por los detalles, incluso a pesar de estar sonrojada y avergonzada; y él la deseaba—. No le explicamos a nadie cómo lo mataron. —Lo miró con sus ojos oscuros—. ¿Lo hiciste tú?

Vitor sabía que su principal preocupación tendría que ser el asesinato de Walsh, aunque solo fuera para garantizar la seguridad de Ravenna y de las demás personas inocentes del castillo. Pero lo único en lo que podía pensar era en que ella era suya, y que no iba a permitir que se le volviera a escapar.

—Yo tampoco se lo expliqué a nadie. —Se obligó a mirar a lady Iona—. ¿Cómo sabe que lo apuñalaron?

La joven frunció el ceño.

—Me parece recordar que lady Grace mencionó algo sobre un cuchillo. O quizá fuera una daga. No me acuerdo. A principios de esta semana estaba buscando el arma, creía que así podría ayudar en la investigación del alcalde. Yo le dije que no le serviría de nada, que si el asesino sabía lo que hacía, la habría tirado al río hacía varios días. Pero la muchacha seguía decidida a encontrarla.

—Grace. La daga. El río... —murmuró—. La cera...

—¿La cera? —preguntó él.

—El sello de cera que había en la nota del señor Walsh. La huella que había encima era de un dedo pequeño. Muy probablemente fuera el dedo de una mujer.

—¿Cuándo lo descubriste?

—La mañana anterior a... o sea... —Ravenna volvió a mirar a la escocesa y se volvió a sonrojar—. Me olvidé de decírtelo. En realidad lo había olvidado por completo. Pero no tendría que haberlo olvidado. Desde que se produjo el asesinato, tanto lady Penelope como lady Grace han llevado guantes casi todo el tiempo. Lady Penelope se quejó de que hacía frío en todas partes y no le di importancia. Y Grace siempre hace lo mismo que su hermana.

—Las damas de corazón frío llevan guantes porque tienen miedo de tocar la piel de los hombres, muchacha. Las pobres se pierden lo mejor de la vida.

—No había pensado que ninguna de las dos pudiera tener nada que ver por el pelo negro que encontré. Luego, cuando quedó claro que el pelo era de Ann, no llegué a reconsiderarlo seriamente. ¿Y si una de ellas está escondiendo la quemadura que se hizo en el dedo con la cera caliente? ¿Y si por culpa de mi falta de reflexión el auténtico asesino lleva suelto todos estos días?

—¿Crees que es posible que el incidente con el guardia en la armería tenga algo que ver con la ayuda que le pudiera haber prestado para matar a Walsh? —preguntó Vitor.

—O a cambio de hacerte daño a ti. Y lord Case sufrió las consecuencias por accidente solo porque estaba presente cuando el guardia te atacó. —Ravenna hablaba con aparente tranquilidad, pero la angustia brillaba en sus ojos—. Uno de los guardias pudo matar al señor Walsh, o quizá lo hicieran los dos que han desaparecido. Pero ¿por qué lo harían? El equipaje de Walsh parecía intacto.

—Parecía.

—Pero si le robaron algo, ¿por qué no huyeron inmediatamente después?

—Quizá los retuviera la nieve —sugirió lady Iona.

—No lo creo —insistió Ravenna—. Los guardias no tenían ningún motivo para pensar que podríamos considerarlos sospechosos hasta que encontré a aquel hombre con lady Grace en la armería. Todo el mundo sabía que tú y yo estábamos investigando el asesinato. El propio monsieur Sepic dijo que se lo habían contado, y yo no he ocultado que las gemelas Whitebarrow no me caen bien. —Retorció las manos pegadas a la tela de la falda—. Quizá la que fuera que lo hiciera, o las dos, pensaron que no me caían bien porque las consideraba sospechosas de asesinato.

—No parece muy probable —opinó Iona.

—Pero no es imposible. —Vitor quería abrazar a Ravenna y asegurarle que ella no le había hecho daño a nadie y que no tenía la culpa de nada—. ¿Por qué crees que lady Grace o lady Penelope podrían querer asesinar a Oliver Walsh?

—No lo sé. Pero tampoco sé por qué querría hacerlo ninguna otra persona, aparte de la más evidente —añadió—, y ya sabemos que no fue él.

Lady Iona abrió los ojos como platos.

—¿Quién?

—Quizá lo haya hecho para distraer la atención y que no pensemos en él —dijo Vitor.

—Tú no lo crees. Y yo tampoco. Le pegaron un tiro. Los dos... —A Ravenna se le apagó la voz—. Y ya me explicó por qué me siguió al establo aquella noche.

—¿Te viste con lord Case en el establo, muchacha? Pero...

—¿Qué te dijo?

Ravenna negó con la cabeza.

—Eso no importa. No lo hizo. Ya sé que no le gusto, pero no creo que nos quiera mal a ninguno de los dos.

—Le enseñé la botella a monsieur Brazil. Él la había dejado en los aposentos de lord y lady Whitebarrow antes de que los invitados empezaran a llegar la semana pasada.

—¿Ah, si? ¿En los aposentos de lord y lady Whitebarrow? ¿Por qué no me lo explicaste?

—Me he enterado esta mañana.

Luego se había retirado un momento a la capilla para prepararse antes de verla. Pero ella había salido corriendo y había destrozado el discurso que tenía tan bien preparado.

—Entonces la asesina debe de ser Grace, por algún motivo que todavía desconocemos. O... —Un brillo le iluminó los ojos—. Penelope. ¡Sí! ¿La habéis observado? Me refiero a Grace. El día que llegaron todos los invitados y el siguiente, aquella noche que pasamos todos juntos en el salón y después, durante la cena, era la sombra de las maldades de su hermana. Ya la visteis con Ann. En aquel momento su expresión era de frío desdén. Pero eso cambió la mañana siguiente, justo después de que el príncipe anunciara el asesinato. Después de eso se quedó completamente callada, casi diría que parecía triste.

—Pero, muchacha, todos nos quedamos sorprendidos al conocer la noticia del asesinato del pobre hombre, y nos asustó pensar que pudiéramos ser los siguientes.

—Claro. Pero la sorpresa de Grace siempre me ha parecido tan... tan personal. Como si estuviera... de luto —susurró Ravenna como

si lo estuviera comprendiendo justo en ese momento, como si lo estuviera entendiendo demasiado bien.

Vitor se acercó a ella.

—¿Crees que cuando comprendió que su hermana había asesinado al señor Walsh, temió por lo que pudiera pasarle a lady Penelope si se resolvía el crimen...?

—O lo horroroso que había sido.

—¿...podría haberla dejado tan conmocionada que perdió la capacidad de disimular?

—Las gemelas tienen un vínculo muy especial. Todo el mundo lo sabe. Es evidente que Grace es la más débil de las dos, es la que sigue el liderazgo de su hermana.

—Pero ¿por qué querría Penelope matar a un hombre? —preguntó lady Iona.

Ravenna se mordió el labio.

—Y si lo hizo ella, ¿cómo podemos demostrarlo?

—Reúne a todo el mundo y acusa a Penelope. Quizá los demás tengan alguna prueba de su culpabilidad pero todavía no lo hayan considerado una pista. Luego obligadla a quitarse esos estúpidos guantes para inspeccionarle las yemas de los dedos.

Ravenna miró a Victor. Él asintió. Ella se marchó hacia la puerta e Iona la siguió.

Pero Vitor la agarró del brazo.

—No quiero que hables tú —le dijo en voz baja pero con firmeza—. Lo haré yo.

—No lo entiendo. Debo hacerlo.

—No pienso dejar que te vuelvas a poner en peligro al revelar que conoces todos los detalles del asesinato.

—Pero...

—No lo harás tú.

No podía permitirlo.

Entonces se deshizo de su mano sin asentir, y se marchó detrás de Iona.

El príncipe reunió a sus invitados en la misma estancia donde les anunció la muerte del señor Walsh. El único que se ausentó fue lord Case.

Y ahí de pie, en la puerta, flanqueado por dos de sus más fornidos y leales guardias, carraspeó.

—Tal como demostraron los desgraciados acontecimientos de ayer, monsieur Sepic se equivocaba cuando afirmó que fue su sobrino quien mató al señor Walsh. Nos precipitamos al celebrar tales conclusiones. Monsieur Paul no es el asesino. Sin embargo, mi buen amigo Courtenay ha descubierto la verdad y nos va a revelar su identidad.

Fue un anuncio muy teatral, pero sirvió muy bien a su propósito. Los invitados jadearon. Algunos palidecieron. Lady Grace apretó los puños enguantados sobre su virginal falda blanca. Pero la cabeza de Ravenna seguía yendo a mil por hora. ¿Qué motivo podría tener Penelope para asesinar al señor Walsh? ¿Qué pretendería ganar con su muerte? ¿O quizá hubiera sido un accidente? ¿Habría sido una castración accidental? Eso era imposible.

—Esto es absurdo —protestó lord Whitebarrow—. ¿Cómo es posible que Courtenay sepa más que nosotros sobre la muerte de Walsh?

Entonces intervino una voz débil que habló desde la puerta:

—Porque durante la guerra mi hermano pasó siete años en Francia trabajando como agente de la corona, y se ocupaba de descubrir secretos sobre las tácticas de Napoleón que, sin ninguna duda, harían que se nos pusieran los pelos de punta a todos, pero que beneficiaron mucho a Inglaterra.

Lord Case se apoyó en el marco de la puerta. Su ropa estaba inmaculada, pero le costaba respirar y tenía el rostro sonrojado a causa de la fiebre.

Ravenna se acercó a él.

—Tiene que regresar a la cama ahora mismo.

—Ah, la encantadora enfermera. ¿Me va a amenazar de nuevo o no volveré a tener esa suerte?

—Haz lo que te dice, Wes —le ordenó su hermano.

—No tengo ninguna duda de que ella me hará sufrir si no lo hago. Y a Franklin también, aunque es evidente que él lo merecería. —Paseó su febril mirada por la estancia en busca de Arielle. Se llevó la mano al chaleco, la saludó inclinando la cabeza y luego le dio una palmada en el brazo a su hermano—. Confíen en mí, damas y caballeros, si este hombre habla es porque está bien informado.

El señor Franklin ayudó al conde a retirarse.

—Entonces, ¿quién fue, Courtenay? —preguntó sir Henry—. En nombre de Zeus, ya va siendo hora de que lleguemos al fondo de este misterio.

—La nota que encontramos en el bolsillo de Walsh tenía un sello de cera que se lacró con una huella dactilar en lugar de con un tampón —explicó lord Vitor—. Es posible que a la autora de esa nota le haya quedado una cicatriz en el dedo.

—¿La autora?

—El sello es pequeño. Y aunque eso no basta para eliminar a los hombres de la lista de sospechosos, hay otras pruebas que sugieren que fue una mujer. Lady Penelope, ¿sería tan amable de quitarse los guantes?

La joven parpadeó con sus ojos pálidos.

—No pienso hacer tal cosa, milord.

Lady Whitebarrow se levantó.

—Esto es indignante. Mi hija no ha asesinado a nadie.

Grace se tapó la cara con las manos y encogió los hombros.

—¿Grace? —dijo su padre—. ¿Sabes si tu hermana cometió ese horrible crimen? ¿Lo hizo?

—Pues claro que no —intervino su esposa.

—Si tiene que preguntarle si lo hizo, milord —intervino la duquesa—, no es muy buena señal.

Mientras aumentaba la tensión en la sala, Lord Whitebarrow se la quedó mirando estupefacto durante un momento, luego volvió a mirar a su hija pequeña.

—¿Grace? Tienes que decírnoslo.

—Courtenay —dijo sir Henry—, ¿qué otras pruebas tiene que le hayan llevado a pensar que lo hizo esta joven?

—Una daga extraviada, y ciertas pruebas sobre las circunstancias de la muerte.

—Pero ¿qué hay de la comparación de las caligrafías? —preguntó Cecilia—. Monsieur Sepic dijo que ninguno de nosotros éramos culpables porque ninguna de las letras encajaba con la caligrafía de la nota que encontraron en el bolsillo del señor Walsh.

Lord Prunesly frunció el ceño.

—Eres una necia. Cualquiera de nosotros podría haber cambiado la letra para evitar sospechas.

—Sin embargo, la de lady Penelope era la que más se parecía a la de la nota que se encontró en el bolsillo del señor Walsh.

La voz que hablaba desde la esquina de la habitación era ligera, dulce y tenía acento italiano. Todos los ojos se volvieron para mirar a Juliana Abraccia.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó lady Whitebarrow—. ¿Acaso es usted experta en caligrafía?

—Sí —dijo Julianna esbozando una preciosa sonrisita—. He pasado muchísimas horas y días en la cancillería de mi tío clasificando documentos y estudiando escrituras. El Padre Gregorio di

Silvestro es un famoso paleógrafo jesuita, y fue mi tutor durante seis años. Era un hombre muy interesante. —Hizo un bonito puchero con los labios—. Aunque era muy estricto conmigo cuando no estudiaba lo suficiente. —Se encogió de hombros con delicadeza y las mangas de su vestido de muselina flotaron como si fueran una nube de mariposas revoloteando alrededor de sus hombros—. ¿Verdad, tío?

El obispo le dio unas palmaditas en la cabeza como si fuera una niña.

—*Si, cara mia.* Mi rayito de sol.

—Cuando el signore Sepic estudió las caligrafías y no encontró similitudes —explicó Juliana—, no pude resistirme a supervisar su trabajo. Y se equivocó. Lady Penelope fue quien escribió esa nota.

Ravenna no pudo quedarse callada.

—¿Y por qué no nos lo dijo cuando lo descubrió?

Julianna batió las pestañas con inocencia.

—Porque pensaba que nadie me creería. Todas hemos venido a ganarnos los favores del príncipe. Si hubiera acusado a una competidora de asesinato podría haberse interpretado como falta de espíritu deportivo.

—Maldita charlatana —dijo lady Whitebarrow—. Ya verás que pronto te retractas de tu acusación.

—Si se guardó esta acusación hace unos días, señorita Abraccia —dijo lord Vitor—, ¿por qué lo confiesa ahora?

Juliana esbozó una dulce sonrisa en dirección a Martin Anders.

—Porque ya no quiero casarme con ningún príncipe. —Volvió a batir las pestañas, pero en esa ocasión lo hizo mirando al príncipe Sebastiao—. ¿Podrá perdonarme, alteza? Le estoy muy agradecida por haberme invitado a esta fiesta.

Él le respondió inclinando la cabeza.

—Mamá.

Penelope se puso tan blanca como la tela de su vestido.

—La afirmación de esa chica no demuestra nada.

Lady Whitebarrow sorbió por la nariz con desdén.

—¡Pero! —El príncipe levantó el dedo índice—. Quizá yo tenga más pruebas. —Chasqueó los dedos—. Alfonso, tráeme los guiones.

Uno de los guardias inclinó la cabeza y desapareció.

—¿Los guiones, alteza? —preguntó Iona.

—Los guiones de *Romeo y Julieta* con los que puse a prueba las habilidades dramáticas de las damas antes de elegir a mi Julieta. —Miró a Penelope—. Usted escribió algunas notas en el suyo.

—No es verdad —dijo entre dientes. Y luego añadió—: alteza.

—Claro que sí —intervino el señor Anders—. Lo recuerdo. Me preguntó cómo debía recitar los versos sobre la alondra y el ruiseñor, y cuando le aconsejé cómo hacerlo, tomó algunas notas en la página.

Lady Penelope inspiró hondo y se le dilataron las aletillas de la nariz, pero no contestó.

El guardia le trajo los guiones al príncipe. Rebuscó entre ellos y anunció:

—¡Ajá! —Y sacó el cuarto. El resto cayeron al suelo—. «Es la alondra» —leyó—, y en el margen pone: «con poca fuerza, *doucement*. —Levantó la cabeza—. ¿Quién tiene la nota de Walsh?

El mayordomo le acercó una bandeja de plata donde descansaba una única hoja de papel doblada.

—Cuando empezó a hablar de este asunto, alteza, me tomé la libertad de ir a buscarla al salón donde monsieur Sepic había guardado la prueba.

—Perfecto. —El príncipe Sebastiao la cogió y estudió ambos textos colocándolos uno junto al otro. El silencio de las respiraciones contenidas se había adueñado de la estancia—. Lady Penelope, usted escribió la nota que llevó al señor Walsh a la muerte.

—No pienso seguir escuchando esto —anunció lady Whitebarrow—. Milord. —Se volvió hacia su marido—. Debe poner fin a esta difamación. Nuestra hija es inocente.

—¿Por qué escribiste esa nota, Penelope? —preguntó lord Whitebarrow.

—Quizá no sea tan inocente como quería hacernos creer, ¿no? —le dijo la duquesa a lady Whitebarrow.

Esta tenía los labios tan blancos como la cara de Penelope.

—Le encantaría creer que mis hijas son tan frescas como la suya, ¿verdad?

—Ya está bien, Olympia —le ordenó lord Whitebarrow—. Penelope, dime por qué escribiste esa nota.

La joven se puso en pie y levantó la barbilla.

—Yo no asesiné al señor Walsh —declaró con la voz un tanto temblorosa—. Lo hizo mi hermana.

Grace levantó la cabeza con los ojos rebosantes de traición.

—Penny.

—Miren. —Penelope se quitó los guantes—. Es cierto que tengo una quemadura en el dedo, pero eso no es porque lo matara. —Señaló a su hermana—. Grace me pidió que escribiera la nota. Ella le amaba, pero él la despreciaba, y me utilizó a mí como señuelo: yo debía atraerlo para que ella pudiera matarlo.

—¡Penny! ¿Cómo has podido?

Las lágrimas resbalaban sin freno por las mejillas de la joven.

Lord Whitebarrow estaba afligido.

—Gracie, ¿eso es verdad?

—Oh, papá.

Se volvió a tapar la cara con las manos y lloró. A Ravenna se le encogió el estómago. La tristeza de Grace era muy grande. Y entonces lo comprendió. Grace estaba dolida por la muerte del señor Walsh. Ahora le parecía todo muy claro: su mirada triste y vidriosa, el

poco ánimo que había demostrado para hacer cualquier cosa, su melancolía. Su dolor le llegó al corazón, se sumó a la tristeza que sentía y a ese nuevo temor que había sentido el día anterior, el miedo de perder a alguien a quien jamás pensó que apreciaría tanto, y se quedó sin aliento.

—El misterio está resuelto —anunció el príncipe. Su ánimo triunfante se había desintegrado—. Por fin hemos desenmascarado al asesino.

Lord y lady Whitebarrow se levantaron como aturdidos, y Penelope lo hizo a la vez que su madre con un brillo en las mejillas. Solo se oían los suaves sollozos de Grace.

Ravenna se acercó a ella, se arrodilló a su lado y la cogió de la mano. La chica se lo permitió sin oponer resistencia, como si hubiera perdido toda voluntad.

—Le amabas, ¿verdad? —le susurró.

La joven lloraba como si se le estuviera saliendo el alma del pecho.

Y entonces la verdad la golpeó: no ha sido ella.

—Lady Grace —dijo lord Vitor—. ¿Qué arma utilizó para asesinar a Oliver Walsh?

—Cielo santo, hombre —le espetó sir Henry—. ¿Es que no ve lo afectada que está la pobre?

—¿Milady? —insistió lord Vitor.

Ravenna le estrechó la mano.

—Díselo, Grace.

Grace sacudió la cabeza y murmuró:

—Veneno. En el vino.

Luego se atragantó y empezó a llorar otra vez.

«Ella no lo hizo.» Ravenna miró a Vitor y vio en sus ojos que él estaba pensando lo mismo.

Penelope cogió a su madre del brazo.

—Me obligó a darle el vino, mamá. Me dijo que era para que se relajara, que así la aceptaría cuando se entregara a él; qué vergüenza me da explicarlo.

Se tapó la boca con la mano y cerró los ojos como si estuviera horrorizada por la indiscreción de su hermana.

—Era un hombre muy guapo, Grace —dijo Iona en voz baja—. Podrías haber hecho cosas peores.

Iona también lo entendía. Grace no había matado al hombre que amaba.

Penelope estaba mintiendo.

—Grace. —Ravenna se inclinó hacia delante y habló pegada a la cabeza de la chica—: Si no dices la verdad, te colgarán por haber asesinado al hombre al que amabas.

—Me da igual. —Sus palabras apenas eran un suspiro—. Ya no quiero seguir viviendo.

—Si no lo haces por ti, hazlo por él, que te amaba y desearía que fueras feliz por encima de todo.

A Ravenna se le apelmazó la garganta.

La chica se puso tensa. Luego levantó la cabeza y miró directamente a su madre. Tenía toda la cara llena de manchas rojas y estaba sudando, pero le brillaban los ojos.

—Yo no le pedí a Pen que le diera el vino para que me aceptara. Ya me había entregado a él antes, y él quería casarse conmigo. Me suplicó que me casara con él. Lo que más deseaba en el mundo era convertirme en su esposa. —Miró a su padre—. Pero mamá no quería. Le di el vino porque mamá me dijo que lo hiciera. Había venido al castillo a pedir mi mano en matrimonio a pesar de que mamá le había advertido que si se entrometía entre su familia y la posible boda con un príncipe le destrozaría la vida. Cuando yo me negué a ponerlo en peligro, le pidió a Pen que escribiera la nota y vertió droga en el vino para que enfermara. —Encogió el rostro en una mueca—. Pero lo envenenó. Le dio demasiado y lo mató.

Se volvió a deshacer en un mar de lágrimas y Ravenna dejó que se apoyara sobre su hombro y acarició sus suaves rizos.

—Yo no hice eso —dijo lady Whitebarrow con frialdad.

—¿Qué es lo que no hiciste? —Lord Whitebarrow estaba enfurecido—. ¿Actuar con la arrogancia y el orgullo suficientes como para romperle el corazón a nuestra hija, o matar a un hombre a sangre fría? Porque, si no me equivoco, me parece que eres capaz de hacer ambas cosas.

—No era el hombre adecuado —dijo lady Whitebarrow apretando los labios—. Su aventura era indecorosa.

—Y eso lo dice la mujer más fría que he conocido en mi vida —dijo su marido.

—Su situación era muy inferior a la que yo pretendía conseguir para mis hijas.

—¿Y lo mataste?

—Pues claro que no. —Hablaba con desdén—. Lo que quería era que enfermara para que no pudiera pedir la mano de Grace estando aquí. Solo le administré una pequeña dosis, lo bastante como para conseguir que no se encontrara bien, pero decididamente insuficiente como para causar daños permanentes. —Se volvió hacia Grace—. Lo hice por tu bien y por el bien de tu hermana. ¿Te das cuenta del daño que nos has hecho con este escándalo? ¿Qué príncipe querrá casarse ahora con tu hermana?

—Yo no, desde luego —dijo el príncipe Sebastiao encogiéndose de hombros.

—Lady Grace —intervino lord Vitor—, ¿por qué el señor Walsh se puso una armadura en su estado? ¿Lo sabe?

La joven esbozó una sonrisa temblorosa.

—Él siempre me llamaba su «gentil dama». Fingía ser mi caballero y decía que me construiría un castillo y haría realidad todos mis sueños. Quizá la droga le hiciera imaginar que... que... —Miró a su padre—. Él quería que yo fuera su reina.

—¿Cómo lo mataron? —le preguntó lord Whitebarrow a lord Vitor—. ¿Con qué veneno?

—Se desangró hasta morir —contestó Grace en voz baja como si hubiera gastado toda su pena y ya solo sintiera entumecimiento—. Cuando Penny y mamá se metieron en la cama, yo fui a buscarlo. Y le encontré. —Se le volvió a quebrar la voz y le tembló la barbilla—. Ya no podía hacer nada. Era demasiado tarde. Le cerré los ojos, le besé y me despedí. —Miró a su gemela y se le endureció la mirada—. ¿Lo hiciste tú Penelope? ¿Se la cortaste porque nunca te había tocado ningún hombre y estabas celosa de mí? ¿De que Oliver y yo estuviéramos juntos? ¿Temes tener un corazón tan frío que aunque algún hombre llegue a tocarte, no puedas disfrutar de sus caricias?

Penelope abrió los ojos como platos.

—No sé de qué me estás acusando, hermana, pero no estás pensando con claridad. Yo no le hice nada. Yo escribí la nota y vi cómo le ofrecías el vino, pero no hice nada más. —Alternó la mirada entre lord Vitor y el príncipe—. Lo juro.

—Cielo santo —exclamó la duquesa—. ¿Castraron al pobre hombre?

El príncipe Sebastiao dio un paso atrás y miró a Vitor.

—¿Castrado?

Lady Margaret se abanicó con el pañuelo.

—Ann, querida, tápate los oídos. Señores, esta conversación no es adecuada para la presente concurrencia.

—¿Fuiste tú, Olympia? —le preguntó lord Whitebarrow a su mujer—. ¿Castraste a Walsh?

Lady Margaret jadeó. Ann tenía los ojos tan redondos como ruedas de carro.

—Si quisiera hacerle algo así a un hombre, Frederick —le dijo lady Whitebarrow a su marido con un tono gélido—, ¿no crees que habría empezado a hacerlo más cerca de casa?

Cecilia sonrió. Martin Anders se puso verde. Iona se mordió su precioso labio.

—Grace —dijo Ravenna—, ¿quién te obligó a citarte con el guardia en la armería? Dado que ha desaparecido desde ayer, es de suponer que, de alguna forma, está relacionado con el asesinato. Y me quedó muy claro que no te habías citado con él por voluntad propia.

—Mi hermana. Cuando todo el mundo empezó a decir que usted y lord Vitor estaban investigando el asesinato, temió que descubrieran la implicación de mi familia, y que eso arruinara sus posibilidades de convertirse en princesa. Pagó a esos guardias hasta el último penique que tenía para que los asustaran, a usted y a lord Vitor, y así dejaran de investigar. Pero ellos pidieron más.

—¿Te querían a ti?

—La querían a ella. —Miró a su gemela con los ojos entornados—. Por eso me vendió en su lugar. Me dijo que ella seguía siendo pura y que podía casarse bien, mientras que a mí ya me habían corrompido y que no me haría ningún daño. Le dije que no podría hacerlo, que me desmayaría. —Se le endureció la voz—. Entonces me dio el vino envenenado antes de citarme con él. Me dijo que eso lo haría más soportable.

A Ravenna se le revolvió el estómago. Se inclinó hacia Grace.

—No hay ninguna vergüenza en lo que hiciste con el señor Walsh. —Los animales copulaban siempre que sentían la necesidad y se consideraba aceptable—. La unión de dos personas enamoradas nunca puede estar mal.

—Bueno —intervino sir Henry— entonces, ¿al final quién hizo el trabajo sucio? ¿Quién, en nombre de Zeus, es el asesino?

Por detrás del príncipe sonó el acento galo del mayordomo de Chevriot.

—*C'est moi* —dijo monsieur Brazil—. Yo maté a monsieur Walsh.

# 19

## *Naturalmente*

—¿Lo hizo el mayordomo?

Sir Henry se quedó boquiabierto.

Todo el mundo se lo quedó mirando. Con los ojos abiertos como platos. Estupefactos.

Vitor vio cómo Ravenna soltaba la mano de Grace y se levantaba.

—Aquella noche, monsieur Barzil, después de ayudar a trasladar el cuerpo al salón donde lo examinamos —comentó ella—, usted desapareció un rato. Cuando regresé me di cuenta de que se había puesto una corbata y pantalones nuevos. Me pareció muy extraño que se cambiara de ropa solo para volver a cerrar la puerta del salón y desearnos las buenas noches. Usted no tocó el cuerpo cuando lo movimos de sitio, y debió darse cuenta de que llevaba la ropa manchada de sangre y no quería que nosotros lo viéramos.

—*Oui, mademoiselle* —contestó.

El sirviente aguardaba completamente recto, formal e inmaculado, pero Vitor solo la miraba a ella. Era inteligente, preciosa, valiente, decidida, y tenía la situación totalmente controlada.

—Usted guarda las llaves de toda la casa —le dijo—. Fue usted quien me abrió la puerta de la armería cuando estaba buscando la daga.

—*Oui, mademoiselle.*

—Supongo que escondería la daga en algún sitio. ¿En la despensa, tal vez?

—*Oui, mademoiselle.* La lavé y la guardé en el armario. Si quiere se la puedo enseñar.

—¿Por qué le mató? —preguntó Vitor.

—Yo no quería hacerle daño a *le gentilhomme anglais, monseigneur.* Lo confundí con su alteza.

Sebastiao se alejó de su mayordomo con una expresión horrorizada en la cara.

—¿Lo confundiste conmigo?

—*Oui,* alteza. —Monseigneur Brazil inclinó la cabeza—. Monseigneur Walsh llevaba varias medallas vistosas en el pecho. Creí que se trataba de su alteza. También tenía una altura y un peso parecidos a los de su alteza, estaba bebido y portaba ese ridículo disfraz.

—¿Le mataste porque pensabas que era yo?

—Solo quería amputarle el órgano ofensivo. Tenía que hacerlo deprisa. —Negó con la cabeza con tristeza—. Tenía la sensación de que debía hacerlo rápido por si su alteza me descubría en plena faena. Podría haber gritado pidiendo ayuda.

—¡Ya lo creo!

—Hizo mucho más de lo que pretendía, Brazil —le dijo Vitor.

—Monsieur Walsh se despertó. Por lo visto no estaba inconsciente, solo descansando. Forcejeó. Y se me resbaló la daga. —Frunció el cejo—. No abrí la visera del casco hasta que se quedó quieto del todo. Y lamenté el error *énormément.*

—Bueno, a nadie le gusta matar a un hombre —dijo sir Henry con los ojos tan redondos como los de su hija.

Monsieur Brazil se volvió hacia sir Henry.

—Lo lamenté, monsieur, porque no era su alteza a quien había capado con la daga.

Los invitados se sumieron en un horrorizado silencio, estaban sobresaltados y asombrados de la brutalidad de lo que estaba relatando el mayordomo con tanta sangre fría.

—¿Por qué me querías hacer daño, Brazil? —preguntó el príncipe con una expresión dura en el rostro—. ¿Después de todos estos años? ¿Y de esa forma?

—Hace dos años —dijo el mayordomo con aspereza—, su alteza celebró aquí, en Chevriot, la nueva captura de *l'Empereur* y el final de la guerra con una fiesta para sus *amis peu honorables*.

Sebastiao frunció el ceño.

—No recuerdo... ¿Vitor? Ah. Sí. En esa época tú estabas en San Antonio. En aquella ocasión vine yo solo.

—*Oui* —le confirmó monsieur Brazil—. Monseigneur no habría soportado a la gente que su alteza trajo a esta casa. —Levantó la barbilla—. Él es un hombre honorable.

—¿Y qué hice, Brazil? —A Sebastiao le temblaba la voz—. ¿Qué pude haber hecho para ganarme tu odio?

—No fue su alteza, sino uno de esos amigos que tiene con tan mala reputación. Le ordenó a mi hija, a mi joven Clarice, que le sirviera de una forma que a ella no le gustó. Cuando ella protestó, él la forzó. La primavera siguiente dio a luz un hijo varón.

Se volvieron a oír jadeos en el salón, pero a Vitor solo le importaba la reacción de Ravenna. Ella lo había acusado de intentar utilizarla porque había pensado que era una sirvienta. Y en ese momento lo estaba mirando con sus ojos brillantes, aunque su expresión era indescifrable.

—¿Por qué no me lo contaste? —le dijo Sebastiao a Brazil—. Habría hecho que lo azotaran.

—Le informé de la ofensa. Pero su alteza estaba tan borracho que no entendió nada de lo que le dije.

—¿Durante todo el mes?

—*Oui*. Y después su alteza se marchó.

Sebastiao abrió la boca, pero no emitió ningún sonido.

—Y decidiste castigar al príncipe para vengar la deshonra que había provocado en tu familia —concluyó Vitor.

—Su alteza deshonró Chevriot. —Brazil sacó pecho—. Yo no pretendía asesinar a nadie.

Se oyó un murmullo de incredulidad entre los invitados. Y la incredulidad tenía una buena explicación, porque a Walsh le habían cortado la arteria.

—¿No pretendías matarlo, Brazil? —preguntó Vitor.

El mayordomo volvió la cabeza.

—Yo solo quería que su alteza sufriera por la fechoría que había permitido que cometiera su amigo. Pero lamento que mi ajusticiamiento haya acabado lastimando a un hombre inocente. —Miró a lady Grace y se llevó el puño al corazón. Inclinó la cabeza—. Mademoiselle, *je suis navré*.

La joven apartó la mirada.

—Monsieur Brazil —dijo Ravenna—. ¿Qué fue de su hija y del bebé?

—Clarice se casó —dijo con frialdad.

—¿Con quién? —le preguntó Iona.

—*Cet imbécile*, Sepic. Ella es —frunció los labios—, *amoureuse*. Y él con ella también, igual que el hijo que él cree que es suyo. *It is dégoûtant*.

Sir Henry dijo:

—¡En nombre de Zeus! Parece que esto lo aclara todo. —Miró las desorientadas caras que tenía alrededor y luego a Vitor—. ¿No?

Este se volvió hacia el guardia de Sebastiao.

—Ve al pueblo. Trae a monsieur Sepic, pero no le expliques el motivo por el que lo hemos llamado. Dejaremos que sea el padre de su esposa quien se lo aclare. —El guardia asintió y se marchó—. Monsieur Brazil lléveme al lugar donde escondió la daga.

—Yo le escolto, Courtenay —dijo lord Whitebarrow.

—El error de la aristocracia —comentó monsieur Brazil sorbiendo por la nariz—, es presuponer que el hombre común no tiene honor. —Le dio la espalda a lord Whitebarrow y se dirigió a Vitor—. Monseigneur, conmigo está a salvo.

Vitor asintió. Era evidente que Brazil estaba fuera de sí. Lo colgarían por el asesinato de Oliver Walsh, con suerte lo deportarían a una colonia penal. Solo un hombre poseído por una pasión ingobernable sería capaz de hacer algo tan peligroso teniendo en cuenta la cantidad de inconvenientes potenciales.

Aceptó el ofrecimiento de Whitebarrow. Vitor llevaba años poniéndose en peligro sin preocuparse por el futuro. Ahora tenía muchas ganas de seguir con vida.

Recuperaron la daga y el mayordomo se marchó con Sepic y dos guardias a la cárcel del pueblo. Los invitados se dispersaron, algunos a reflexionar sobre lo amargo y absurdo de lo acaecido aquellos días, y otros a descansar aliviados ahora que el asesino ya no estaba entre ellos.

Lord Whitebarrow se llevó a Vitor a un aparte.

—Penelope me ha asegurado que los guardias actuaron contra usted y contra lord Case por cuenta propia. Ella solo les pagó para que lo asustaran y dejara de investigar el asesinato, pero no pretendía hacerle daño. Sospecha que pretendían chantajearla, a ella y a Grace, para que robaran las joyas y otros objetos de valor de los demás invitados, pero cuando dispararon a lord Case por accidente, se asustaron y se marcharon.

—¿Y usted la cree?

Lord Whitebarrow seguía muy serio.

—Sé que es tan fría como su... —Inspiró hondo—. Diría cualquier cosa que creyera que podría convenirle. Pero no creo que ten-

ga el valor de provocarle la muerte a un hombre de forma intencionada, ya fuera a Walsh o a cualquier otro. Pero tiene mi palabra, como hombre de honor, de que recibirá su castigo. Tengo una propiedad apartada en Cumbria, cerca de Workington, que será perfecta para tal propósito.

—Es tierra de minería, ¿verdad?

Whitebarrow entornó los ojos.

—Exacto.

Vitor fue a buscar a Ravenna, pero la joven había desaparecido. No la encontró ni en la casa ni en los establos.

El personal del castillo preparó una cena opulenta, como si se quisieran disculpar por la atrocidad que había cometido su jefe. Sebastiao ocupó su posición a la cabecera de la mesa, con Ann Feathers a su derecha, y por su forma de comportarse daba toda la impresión de que quisiera conservarla allí. Los invitados entraron en el comedor, pero lady Whitebarrow y Penelope no asistieron a la cena. Lord Whitebarrow y lady Grace sí que lo hicieron, y la joven se acercó a Vitor.

—Le agradezco lo que ha hecho, milord.

Tenía los ojos enrojecidos, pero secos.

—Agradézcaselo a la señorita Caulfield. Fue ella quien resolvió el misterio. —Luego bajó la voz—. Lamento su pérdida.

—La señorita Caulfield me ha dicho que Oliver no querría que yo sufriera mucho. Que querría que fuera feliz.

Entonces, la mujer que llevaba buscando toda la tarde apareció en la puerta, con un vestido de color rosa intenso que le acariciaba las curvas y dejaba sus brazos al descubierto: no llevaba mangas, ni pulseras, ni guantes ni ningún otro adorno. Ravenna ladeó la cabeza y su melena brilló como un cielo nocturno salpicado de estrellas.

Lady Iona la cogió de las manos.

—El vestido te queda estupendo, muchacha.

—Gracias por prestármelo.

Se fue hacia el otro extremo de la mesa sin mirarlo y ocupó su sitio entre Pettigrew y el general.

Después de cenar se sentó a la mesa del té que había en el salón en compañía de lady Margaret, la duquesa y otros invitados, como si tuviera intención de quedarse allí todo el invierno. Pero Vitor ya no podía más. Se acercó a las damas e inclinó la cabeza.

—¿Señorita Caulfield, puedo hablar un momento con usted?

Ella lo miró con sus enormes ojos negros.

—¿Ahora?

Lady Iona se rió.

Él tuvo la sensación de que el cuello de la camisa se le encogía dos tallas.

—Si es tan amable.

—Adelante, querida —dijo lady Margaret—. No debe hacer esperar a un hombre tan guapo. Podría desviar la mirada, ¿sabe?

Ravenna se levantó un tanto rígida y lo siguió hasta la puerta arrastrando los pies.

—¿Qué quieres decirme que no puedan oír?

Volvió la cabeza hacia el grupo de mujeres reunidas alrededor de la mesa del té.

—¿Te has vuelto a lastimar el tobillo, señorita Caulfield?

Ravenna lo miró.

—No. Qué...

—Me he visto obligado a recortar mis zancadas para ir a tu paso de caracol —le dijo, y le hizo un gesto para que cruzara la puerta y lo siguiera por el pasillo.

—Oh. Bueno. La conversación que estaba manteniendo con lady Margaret era tan... tan...

—¿Interesante?

—Sí. Claro. —Ravenna miró a su alrededor—. ¿Adónde vamos?

—Me pregunto qué sería lo que te tenía tan embelesada.

Le tocó el hombro y la guió por el pasillo en dirección al expositor de las armas.

—Era muy divertido —murmuró, y volvió a mirar por el pasillo en dirección al salón—. ¿De qué estábamos hablando? Me lo estaba pasando muy bien. Quizá fue... Emm...

—¿Sobre las sorprendentes revelaciones del día?

—Exacto. —Ella contempló la exposición de armamento mientras él la empujaba hacia el hueco que se abría entre los expositores—. No lo entiendo. Ya no tenemos ninguna pista que seguir. ¿Qué estamos haciendo aquí?

Vitor tiró de ella hacia la estancia y la estrechó contra su pecho.

—Lo que deberíamos haber hecho hace cinco noches.

Ravenna se resistió un momento. Luego se ablandó y se abandonó a él. Dejó escapar un suspiro de pura rendición y levantó la cara para que él la besara.

Él ya había memorizado sus rasgos y, sin embargo, podía ver su cara cada día y no cansarse nunca de esa imagen. Se empapó de ella a la luz de las antorchas: labios exuberantes, unas pestañas tan negras como el carbón que ensombrecían el brillo de sus ojos, una nariz perfectamente imperfecta, el pelo despeinado, y esas delicadas arruguitas que crecían en las esquinas de sus ojos como resultado de haber pasado toda una vida riendo al sol.

—¿Me vas a besar?

El aliento de Ravenna le acarició los labios, dulce y cálido. Vitor se sentía embriagado —más bien bebido que drogado—, ebrio de la perspectiva de poder tenerla para él solo aquella noche y todas las noches, alcoholizado por la idea de poder abrazar a la mujer a la que había tenido que engatusar para poder estar con ella a solas.

Entonces dio un paso atrás y la separó un poco.

—Pues me parece que no.

La soltó. Ella pareció bambolearse. Luego abrió los ojos como platos.

—¿No?

—Esta vez no.

Salió de detrás del expositor de armas y empezó a caminar pasillo adelante.

—Pero... —Ella salió a la luz—. ¿Por qué no?

—He cambiado de idea.

Llegó a la escalera y subió.

Las pisadas de Ravenna llegaron rápidamente al pie de los escalones.

—¿Has cambiado de idea?

Vitor se detuvo en el último escalón, exactamente en el mismo sitio donde, ocho noches antes, había mirado sus brillantes ojos y, sin tener que esforzarse y en contra de toda sensatez, se había convertido en su esclavo.

—Me he dado cuenta de que tengo asuntos más importantes que atender.

—¿Asuntos más importantes? —Ella se lo quedó mirando completamente perpleja. Él salió al pasillo. Ella corrió para seguirlo—. ¿Qué clase de asuntos?

—Ya sabes como son estas cosas. —Cruzó el corredor donde ella había descubierto un cadáver y en el que, después, él había blandido un florete del siglo XVI para protegerla—. Le dedicas unas cuantas horas a esto, otras tantas a aquello, y antes de que te des cuenta se te ha escapado el día y, aún así —dobló una esquina, se detuvo, se dio media vuelta, y ella se chocó contra él—, no consigues hacer lo que de verdad querías hacer. —La cogió—. ¿Dónde has estado toda la tarde?

—Aquí y allá. —Tenía la respiración acelerada. Se quedó mirándole la boca—. Bésame.

Ravenna tenía los labios perfectos, generosos y oscuros.

—¿Qué significa aquí y allá?

—En los aposentos de lady Margaret. Me pidió que le examinara una articulación que le duele desde hace tiempo. Luego la duquesa me pidió consejo sobre un asunto femenino de cierta delicadeza que, por supuesto, no te voy a detallar. Después el general Dijon quería saber mi opinión sobre el tratamiento a base de raíz de maranta para el moquillo, sobre el que había leído en una revista. Y sir Henry me ha vuelto a pedir que le eche un vistazo a *Titus*, aunque está perfectamente...

Vitor la hizo callar de la forma más efectiva. Ella se dejó llevar por el beso, separó los labios y suspiró. Y cuando le ofreció la lengua para que se la acariciara, él la entrelazó con la suya y la estrechó con fuerza entre sus brazos. Aquella mujer era exuberante, dulce, salvaje y buena, le cautivaba y lo enfurecía, lo frustraba y endurecía su virilidad como las piedras de la montaña.

Entonces dejó de besarla. Ella seguía con los ojos cerrados y de sus labios escapó un delirante suspiro.

—También pasé a ver a tu hermano —murmuró—. Sigue teniendo fiebre. Pero se recuperará pronto. Bésame otra vez.

—¿Por qué no dejas de huir de mí?

—Ahora no estoy huyendo.

Él se dio cuenta de que le estaba costando mucho hablar en ese momento.

—Wesley Courtenay no es el único hermano que tengo.

Ravenna abrió los ojos y lo miró con duda en los ojos.

—Sebastiao y yo somos hijos del mismo padre —añadió.

—¿Sebastiao? ¿El príncipe?

—Sí. El príncipe con el que tu hermana quería que te casaras.

Ravenna parpadeó varias veces.

—¿Todavía te acuerdas de eso?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

Ella presionó los pechos contra su torso.

—Abrázame —le dijo.

Vitor se rió. No sabía qué respuesta esperaba, pero aquello serviría.

—Ya te estoy abrazando.

Ella le pasó los dedos por el pelo y le obligó a agachar la cabeza. Se puso de puntillas y le susurró al oído.

—Más fuerte.

Dejó que la besara, que la cogiera de los brazos desnudos y acariciara su ágil belleza y la suavidad de su piel hasta llegar a sus muñecas. Ya no pensaba en echar a volar, solo quería entregarse a sus deseos. Vitor la cogió de la mano y se la llevó a su habitación.

*Gonzalo* los recibió con mucha alegría. Ella se arrodilló en el suelo.

—No —dijo él con firmeza—. Tendrá que esperar su turno.

Chasqueó los dedos y el perro salió corriendo hacia el vestidor. Entonces cerró la puerta y se volvió hacia la mujer que seguía de rodillas con la falda extendida a su alrededor y la mirada recelosa.

—¿Tu asistente también está aquí? —le preguntó.

—Esta noche le he dado permiso.

—¿Toda la noche?

Se arrodilló delante de ella y Ravenna no opuso ninguna resistencia cuando tiró de ella y se la colocó entre las rodillas.

—No es la primera vez que paso la noche sin él. Me gusta la privacidad. Y esperaba tener compañía esta noche. Por fin. —Agachó la cabeza para acercarle los labios y ella le rodeó el cuello con los brazos para aceptar su beso con entusiasmo. Vitor le acarició el pelo con las yemas de los dedos, su piel, su olor y su disposición le resultaban embriagadoras, y tenía la sensación de estar a punto de tocar

el cielo con los dedos—. Ravenna. —Su tono era vacilante—. Necesito saber que lo deseas de verdad.

Ella le acarició el pañuelo del cuello, le deshizo el nudo, se lo quitó y después le desabrochó el botón de la camisa.

—Lo deseo. —Le besó el cuello con suavidad y cuando le presionó el pecho con las manos a él se le aceleró el corazón. Ella le besó, deslizó la mano por su cintura y le acarició la erección, fue una caricia suave, vacilante. Él rugió y ella susurró—: Esta noche.

No eran las palabras que él quería escuchar. Pero ya era demasiado tarde. Ignoró el nudo que tenía debajo de las costillas y solo respondió a la necesidad que sentía de tenerla debajo de su cuerpo. Ravenna le quitó la casaca y el chaleco. Cuando él se sacó la camisa y la cogió entre sus brazos, ella le extendió las manos sobre el pecho. A Ravenna se le aceleró la respiración. Se observó a sí misma mientras lo tocaba y lo exploraba con unas manos ágiles y fuertes pero vacilantes. Él se esforzó por no perder el control.

—Ravenna.

Le agarró las manos.

—Tus heridas —le dijo ella con la voz ronca deslizando los dedos por las quemaduras que tenía en los nudillos.

—No es nada.

—Tendría que habértelas curado.

Él intentó sonreír.

—No me curaste el moretón de la pierna ni el labio roto.

—Pues muy a mi pesar quería hacerlo.

Entonces se soltó y le volvió a pegar la mano al pecho. Le acarició la piel, le palpó los músculos y a él se le paró la respiración.

—Yo... —dijo sorprendida y en voz muy baja—. Esto no es como yo lo imaginaba.

Vitor encontró los cierres de su vestido. Ella dejó que separara la tela que le ocultaba los pechos, que desatara los lazos de sus ena-

guas, luego le quitó la blusa y le bajó el corsé. Era una preciosidad. Una auténtica belleza.

—¿Qué imaginabas?

Le acarició su pezón perfecto. Ella se estremeció y entornó los ojos.

—Nunca me había imaginado nada —susurró—. Jamás pensé que esto me pasaría a mí.

Él no podía esperar más.

La poseyó allí, delante del fuego. Le acabó de sacar la ropa y luego se quitó las prendas que llevaba él. Se pegó a ella, piel con piel, y mientras Ravenna temblaba, los fundió en un único ser. Sin necesidad de palabras, pero mediante las caricias, los besos y el ritmo de su cuerpo, ella le dijo que lo necesitaba, lo animó a disfrutar de su cuerpo y luego le suplicó hasta que la llevó al orgasmo. Vitor también lo alcanzó, y el mundo terminó y renació al mismo tiempo.

Cuando todo acabó y los dos tuvieron la piel pegajosa y caliente y ella jadeaba tumbada debajo de él, se dio cuenta de que no podía separarse de ella. Si la soltaba, podría desaparecer en un segundo. Podrían pasar días hasta que volviera a capturarla, y solo para verse obligado a soltarla una vez más cuando ella quisiera huir. Le besó el cuello, degustó el sabor salado de su piel e inspiró su apasionado aroma. Ella le acarició la espalda con más seguridad que antes.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Ravenna sin abrir los ojos y con los labios un poco separados a causa del placer y, quizá, de cierta incertidumbre.

Él acarició el valle que se abría entre sus pechos, por encima de las costillas que protegían la fortaleza en la que ella había encerrado su corazón, y siguió bajando por su vientre, la suavidad de su belleza femenina, y continuó por sus rizos oscuros hasta llegar al calor y la humedad que anidaba debajo.

—Lo volvemos a hacer.

Ravenna inspiró hondo. Vitor encontró el centro de su placer y la acarició. Ella separó los muslos para invitarlo.

—Y otra vez —dijo Vitor.

—Otra vez —repitió ella con un suspiro.

Entonces él se detuvo.

—Pero no pienso seguir hasta que digas mi nombre.

Ravenna abrió los ojos, la luz de las velas brilló en ellos cuando se quedó mirando el techo.

—¿Disculpa?

Entonces se separó de ella, se levantó y alargó el brazo para coger su camisa de dormir.

—Es el precio que debes pagar a cambio de mis servicios, señora. Si no oigo pronunciar mi nombre de tus labios, no sacarás nada más de mí. —Se puso la prenda de ropa y el roce del fino satén contra la piel le proporcionó un placer muy débil después de haber sentido las caricias de Ravenna. Cogió el decantador y una copa de vino de la mesita de noche—. ¿Vino? No creo que esté envenenado, pero ya nos enfrentamos a esa situación con muy buenos resultados. Si volviera a ocurrir, tú nos salvarías con tus brillantes conocimientos.

Ella se sentó y se rodeó las rodillas con los brazos. Los mechones negros de su melena se descolgaron por sus hombros y le resbalaron por la espalda, tan salvajes como su corazón y tan libres como su espíritu. Por entre sus rizos de ébano, brillaba una tiara de diamantes.

—¿Tu nombre?

Vitor tomó un sorbo de vino, tanto para hacer acopio de valor como con la intención de parecer despreocupado.

—Me parece un precio justo, ¿no? A fin de cuentas, soy el despreciable segundo hijo de un marqués, por muy ilegítimo que sea. —Hizo un gesto con la copa en la mano—. Supongo que los terceros y cuar-

tos hijos de duques y príncipes, tanto los legítimos como los ilegítimos, merecen que se les pague el mismo precio. Pero tendré que confirmarlo con los chicos la próxima vez que visite mi club. —Dejó de mirarla. Ya no veía la sorpresa que se adivinaba en el rostro de Ravenna ni la imagen de su feminidad que ella no parecía advertir que le estaba enseñando en ese momento. Dejó la copa en la mesa—. ¿Estás segura de que no quieres un poco de vino?

—Bastante. —Alargó el brazo para coger su ropa y se levantó. Cuando Vitor vio su glorioso cuerpo desnudo en medio de su habitación, estuvo a punto de ponerse de rodillas—. Prefiero no beber con locos —murmuró.

—¿Ah, no?

Se apoyó en uno de los postes de la cama y observó cómo ella se peleaba con la blusa. Por fin consiguió ponérsela, pero se le enredaron los lazos en el pelo.

—No estoy acostumbrada a estas prendas —rugió mientras tiraba de la tela.

Vitor se acercó.

—Deja que te ayude.

—Puedo hacerlo sola.

—Estoy convencido de que sí. —Le apartó las manos y le desenredó los lazos de satén del pelo—. Pero yo soy un caballero. Y estamos programados para ayudar a las damas en apuros. —Le colocó el lazo sobre el hombro, apartó la espesa melena y posó los labios sobre la curva que se extendía entre su cuello y su hombro. A ella se le escapó un suspiro y luego, como si de una gata se tratara, estiró el cuello para darle más libertad para que la acariciara. Él le rodeó la cintura con una mano y dejó resbalar la otra por su cadera hasta colarla entre sus muslos. Fue acariciando hacia dentro, por encima de la finísima tela, y la sintió—. ¿Estás caliente, señorita Caulfield?

Ella ladeó la cabeza y le acercó los labios.

—Sí —susurró.

Se pegó a sus caricias.

Entonces le subió la prenda de ropa interior muy despacio, le descubrió los muslos y levantó la tela hasta encontrar su húmedo calor. Pero no la tocó. Alargó el momento, esperó a que a ella se le acelerara la respiración.

—¿Mi pago? —le repitió.

—Estás loco —susurró.

Agachó la cabeza y la besó.

—Todavía no, pero tú me estás acercando bastante a ese estado. —El olor de su belleza lo embargaba: dulce, suntuoso, salvaje—. Dilo.

Ella cerró los ojos y le tembló todo el cuerpo.

—Vitor.

La acarició, y cuando se estremeció, le posó los dedos sobre la carne. Perfecta. Su belleza era perfecta. Era una mujer perfecta.

Ravenna arqueó la espalda y buscó el poste de la cama a tientas.

—Qué... qué estás...

—No sabías esto —le dijo convencido por su respiración profunda y la sorpresa que veía en sus ojos.

Le volvió a internar los dedos.

—No —susurró Ravenna y movió las caderas hacia él. Vitor la sintió, estaba memorizando su belleza con la mano, el caliente y suave centro de su feminidad—. Pero me alegro de saberlo ahora.

—¿Y esto?

La penetró con profundidad.

Ella jadeó.

—Esto también.

Ravenna apoyó la cabeza en el poste de la cama, sus brillantes rizos caían en cascada por encima de sus hombros y sus pechos, y

se veían sus pezones erectos asomando por debajo de la tela. Era exquisita. Él quería volver a poseerla desnuda, quería agarrarle los pechos y notar el contacto de su vientre contra el suyo. La quería entera.

Ella gimoteó con suavidad y empezó a mover las caderas para darse placer con el dedo de él. Lo sacó y ella le espetó:

—No pares.

Entonces gimió cuando la penetró con dos dedos. Besó la dulce curva de su pecho, luego cubrió la cresta con sus labios y la chupó por encima de la tela. Ravenna se estremeció y él notó cómo se contraía alrededor de sus dedos.

—Eso es —murmuró—. Córrete para mí.

Ella le apoyó la frente en el hombro y susurró:

—Ahora, milord, te lo suplico.

Él se colocó la rodilla de Ravenna encima de la cadera. Ella le rodeó los hombros con los brazos, levantó la otra pierna y dejó que la hiciera suya como quisiera. La tenía con la espalda pegada al poste y alargó los brazos y se agarró de la madera grabada aceptando sus embestidas con gemidos de placer. La humedad que él había dejado con la lengua sobre sus pezones resaltaba la oscuridad de sus pechos, y ahora los tenía pegados a la fina tela de la blusa; Ravenna arqueó la espalda rebelándose contra el confinamiento. Aquella mujer era una belleza salvaje, y era suya. Tiró de su cuerpo hasta que estuvieron completamente pegados. Ella lo buscó con urgencia y la tempestad de su necesidad lo estimuló apretando y acariciando su polla. Entonces gritó con los ojos cerrados mientras se corría.

Vitor la tumbó boca arriba sobre el colchón, le separó las piernas y se internó de nuevo en ella, más fuerte y más profundamente con cada embestida, para sentirla del todo, para conocerla lo más completamente que pudo. Nunca se cansaría de aquello, de sentir su

cuerpo bajo el suyo, de tocarla y poseerla, de notar cómo lo agarraba embriagada de necesidad.

—En nombre de Zeus —dijo ella sin aliento—, si esto es lo que pasa cuando te llamo milord, tendré que hacerlo más a menudo.

Vitor dejo escapar un sonido divertido y, por un momento, no pudo continuar.

—¡No! No pares, te lo suplico. Soy una bocazas.

—Tienes una boca preciosa. —Le cogió la cara con las manos—. Tu preciosa boca con la que, sin embargo, acabas de citar a sir Henry Feathers mientras todavía estoy dentro de ti.

Aquello fue demasiado. Se deshizo en carcajadas. Ella le besó, entrelazó el tobillo con el suyo y el ruido que hizo fue de absoluta alegría.

—Venga, milord —le dijo aguantándose la risa y acariciándole la espalda—. Tienes que seguir, porque te he pagado y ahora espero que me prestes un servicio completo.

Él le apartó un mechón sudado de la cara.

—¿Ah, sí?

—Ya lo creo. —Ravenna levantó las rodillas—. Lord Vitor Courtenay, deja de hacerme reír y... —Le posó la mano en la nuca, tiró de él hacia abajo y le dio un largo beso—. Hazme cantar.

Y él la hizo cantar. Por lo menos a ella le pareció que los suspiros que se le escapaban eran muy musicales.

La hizo bailar —después de todo—, con paciencia, con mucha generosidad, enseñándole todos los pasos de una coreografía intrincada que la dejó sin aliento entre sus brazos. Era un baile que no requería que los bailarines estuvieran de pie.

Más tarde, después de que se quedara dormida y despertara refugiándose del frío de la noche en el calor de su cuerpo y al am-

paro de sus caricias, consiguió que deseara volver a tenerlo dentro con tal traviesa intensidad, que gimoteó y suplicó, cosa que a Ravenna le pareció despreciable y divina al mismo tiempo.

Cuando por fin le dio lo que ella necesitaba, la obligó a gritar su nombre de nuevo. Aunque lo hizo de forma involuntaria, con una impotencia absoluta. Al final temblaba, y pegó la boca a la piel de Vitor para acallar sus gritos de éxtasis. Pero lo oyó de todas formas y sospechaba que él también.

Después lo rodeó con los brazos y lo abrazó.

Luego la hizo reír. Dejó salir a *Gonzalo* del vestidor y le enseñó todas las prendas de ropa y otros objetos personales que había destruido el cachorro, empezando por su brocha de afeitar y, tras una larga lista, acabando con un par de botas que antes eran un buen par de botas.

—Ahora no puedes abandonarlo —le dijo con una sonrisa soñolienta. Una brillante calidez se había apoderado de todo su cuerpo. Ravenna se hizo un ovillo entre las sábanas y suspiró como una tonta, aunque probablemente fuera de esperar teniendo en cuenta que era una mujer a la que le habían hecho el amor cuatro veces en las últimas cuatro horas—. Se ha comido tantas cosas tuyas que se ha acostumbrado a tu sabor —murmuró—. Ya no podría estar con nadie más.

El noble que estaba sentado en la cama junto a ella con una camisa de dormir del mismo color azul medianoche que sus ojos, la miró de reojo.

—¿Con nadie más, dices?

—Ya lo creo —murmuró ella—. Con nadie más.

Vitor le apartó un mechón de pelo de los ojos.

Ella cerró los ojos.

—Tengo que irme.

—No —le dijo él en voz baja.

Ravenna se estremeció.

—Tengo que volver a mi habitación antes de...

—Te quedarás aquí.

Entonces notó el contacto de sus manos sobre su cuerpo como si estuviera en un sueño. Pero no la tocó donde ya le había dado tanto placer. Acarició con dulzura la curva de su hombro y la longitud de su brazo, luego cada uno de sus dedos. Ella peleó contra las crecientes sombras y sintió las manos de él en su cintura, cómo la rodeaba con los brazos, su hombro bajo la mejilla, la palma de su mano sobre la dura superficie de su pecho.

—Duerme —oyó que le decía.

O sintió.

Y se dejó llevar por el sueño.

# 20

## *La despedida*

Cuando Vitor se despertó a la luz gris del alba, ya no había ninguna mujer de ojos negros decorando su cama. Tampoco estaba sentada en el sillón que aguardaba junto al fuego o en el vestidor, que estaba vacío. Se frotó la barba incipiente de la mandíbula y se preguntó cómo y cuándo habría regresado a su habitación con el vestido que llevaba la noche anterior, y cómo les explicaría a las personas que se cruzaran con ella, por qué andaba por ahí con su perro antes siquiera de que despuntara el día.

Su perro.

Su mujer.

El siguiente pensamiento lo dejó helado: él era su hombre.

Se quedó muy quieto y lo consideró con el corazón acelerado: era absurdo.

Cuando cumplió quince años descubrió la verdad sobre su filiación y dos semanas después se embarcó en una fragata rumbo a Lisboa. Tres años después, cuando la corte portuguesa se marchó de Lisboa, se comprometió a cumplir con un proyecto con el que sus dos padres estaban de acuerdo: servir a Portugal y a Inglaterra en España o Francia, o dondequiera que lo necesitaran. Enseguida se cansó de la combinación de largas esperas propias del trabajo de inteligencia y de los escasos días de acción, a veces semanas, de terrible peligro, así que viajó a Inglaterra y, sin querer, se vio mezclado en el

desastroso cortejo de Wesley y Fannie Walsh. Regresó a Portugal, cruzó los pirineos y entró en Francia, donde cayó en manos de unos mercenarios que se lo devolvieron a los ingleses a cambio de una buena suma de dinero. Ellos utilizaron a su vengativo hermano para que lo torturara.

El honor, la lealtad, y todas las lecciones que había aprendido en la escuela, en la guerra y de boca de sus padres... todo desapareció en quince días. Después de aquello, esconderse en un monasterio de la remota Serra dal Estrela le pareció la mejor forma de superar su ira mediante el trabajo duro y la contemplación silenciosa de entidades superiores. Incluso cuando aceptó el hábito, sabía que no estaba hecho para la vida monacal, y estuvo seguro, desde el principio, que añoraría a las mujeres. Pero en ese momento le vino muy bien la soledad y dejar de ponerse en peligro.

El descanso fue corto. Dos años. Entonces se sintió preparado para volver a empezar.

Y ahora, por primera vez tras una vida de perseguir aventuras y cortejar el peligro, estaba aterrado. Denis solía regañarlo por ser tan vagabundo. Pero aquello no era cosa de risa. ¿Por fin podría dejar de correr después de catorce años? ¿Por una mujer?

Pero Ravenna Caulfield no era una mujer cualquiera.

Agachó la cabeza y cerró los ojos.

Alguien llamó a su puerta. No cabía duda de que se trataba de la dama, que regresaba a su habitación con su perro antes de que la viera alguien. Se puso la camisa de dormir y fue a abrir la puerta.

El anciano asistente de su hermano aguardaba entre las sombras, estaba muy serio.

—Milord. —Le temblaba la voz—. Su señoría está muy enfermo. Debe acompañarme.

La nieve de la montaña empezó a fundirse y se deslizaba por la ladera con un goteo tan poderoso como el de la lluvia. Árboles, tejados y muros fueron apareciendo gradualmente por debajo de su helado manto a medida que la primavera trataba de asomar la cabeza con valentía.

Cuando el sol asomó la nariz por encima de la montaña, Ravenna estaba sorteando los charcos del patio, y la joven pensó que era muy adecuado que las carreteras empezaran a despejarse justo ese día. Lord Whitebarrow y su familia se marcharían. Y era evidente que se les llenaría el carruaje de barro por el camino. Qué lástima.

Sonrió.

Aunque Grace no se lo merecía. Lo único que la había empujado a seguir el ejemplo de su hermana era su falta de carácter. Pero la joven había amado de verdad, a pesar de la censura que le habría impuesto la sociedad por elegir una unión tan desigual. Ella comprendía ese dolor. Grace había recibido un castigo más que suficiente por las crueldades que hubiera cometido en el pasado.

A medida que se acercaba a la puerta principal, se fue poniendo cada vez más nerviosa. Había dormido muy poco y se había despertado junto al cálido cuerpo de un hombre que se había quedado dormido agarrado de su brazo. Durante la noche, Vitor le había hecho cosas que ella jamás había imaginado y que ahora, solo con pensarlas, conseguían que le ardiera la cara y esa sensible zona de su cuerpo que tenía escondida entre los muslos. Luego le había ordenado que se quedara, como si fuera perfectamente razonable que le pidiera que durmiera en su cama y que se despertara allí también. Era evidente que no se había planteado cómo se marcharía o cuándo, solo había pensado en conseguir lo que quería, según sus órdenes y sus condiciones.

Ella se había quedado un momento de pie junto a su cama, envuelta por un halo de luz del amanecer. Mientras lo veía dormir,

había querido tocarlo, pasear las manos por los contornos definidos de su pecho y los brazos que se adivinaban bajo las sábanas, había querido despertarlo besándole la piel. Se le había calentado el cuerpo y había querido abrazarlo e inspirar su olor, para después acariciarlo como él le había enseñado a hacerlo durante la noche, como ella había hecho por voluntad propia y con tanto entusiasmo.

Algunas órdenes eran fáciles de obedecer.

Entró en la casa acompañada de *Gonzalo* y con una sonrisa secreta en los labios, y siguió el aroma a café y a pan recién hecho que la llevó hasta el comedor. Se cruzó con Ann en el pasillo.

—¡Oh, gracias a Dios, por fin te encuentro!

A Ravenna se le pusieron los nervios de punta. La noche anterior había quedado bastante claro que se marchó del salón con él. A Iona no le importaría. Pero Ann era muy recatada. Quizá no lo comprendiera.

—Te hemos buscado por todas partes —anunció Ann—. Acabo de mandar a un lacayo a la torre pensando que quizás estuvieras allí. Pero el señor Franklin...

—¿El señor Franklin? ¿Lord Case no se encuentra bien?

—Está muy mal. El señor Franklin teme por su vida. Tienes que ayudarle, Ravenna. No soportaría ver morir a un hombre tan bueno de esa forma. Y la pobre Arielle... Ella no debe sufrir el mismo destino que Grace y...

Se le quebró la voz y le estrechó las manos a Ravenna.

Ella se apartó.

—Subiré a por mi botiquín e iré directamente a sus aposentos.

Cuando llegó a la puerta de lord Case, el señor Franklin la dejó pasar. Las cortinas de la cama estaban abiertas y Vitor sentado en una silla a los pies del lecho, en mangas de camisa con los codos apoyados en las rodillas y las manos en la cara. Levantó la cabeza y

advirtió enseguida lo compungido que estaba. Se levantó de un salto. Ella cruzó la habitación. Lord Case descansaba completamente inmóvil y tenía la piel cerúlea. Apartó la colcha que le cubría el brazo herido y el olor la obligó a arrugar la nariz.

—Quítele la camisa.

Dejó el botiquín en la mesita y lo abrió.

—Pero, señora... —empezó a decir el ayudante.

—Quítesela ahora mismo. Córtela si es necesario. Y el vendaje también.

Vitor alargó el brazo para coger su casaca, agarró el cuchillo que había utilizado en el río para cortarle el vestido y poder quitárselo, y deslizó la cuchilla por la camisa de noche del conde, desde el cuello hasta la muñeca.

—Dios mío —murmuró.

Tenía el brazo tan hinchado que había aumentado dos veces su tamaño hasta el codo, y se le veía la piel morada. El vendaje, amarillo, estaba pegado a la piel.

—Corta la venda —dijo Ravenna—. Aunque lo note, seguro que le aliviará.

Vitor hizo lo que ella le decía y la herida quedó al descubierto: era una úlcera supurante. El señor Franklin se sobresaltó y dio un paso atrás llevándose un pañuelo a la boca. Lord Case no movió ni un músculo.

—Necesito vino tinto —ordenó ella—. Hay que limpiar y secar la herida. ¿Cuándo fue la última vez que le administró el medicamento para la fiebre, señor Franklin?

El asistente no contestó.

Vitor se dirigió a él con aspereza:

—Habla.

—Ayer por la mañana, milord.

Ravenna lo miró.

—¿Y por qué no se lo administró con la regularidad que yo le expliqué?

El anciano se llevó el pañuelo a la boca.

—El señor Pierre me dijo que no debía darle más medicinas que pudieran espesarle la sangre, pero que hoy debía sangrarle...

—¿El señor Pierre? —Ravenna pegó el trapo empapado en vino sobre la herida—. ¿Es que hay un médico en el pueblo?

—El señor Pierre es el cocinero del castillo —dijo Vitor—. Franklin, ¿le pediste consejo médico al cocinero?

—Sí, milord. Él es quien se encarga de atender a los sirvientes cuando están enfermos y a los aldeanos cuando...

—¿Le aplicó usted el ungüento que le dejé en la herida, señor Franklin?

La carne infectada estaba pegajosa, y el vino se deslizaba por encima del brazo en chorretones.

—No, señora. El señor Pierre me recomendó que le pusiera grasa curada de cerdo...

—¿Grasa de cerdo? —Ravenna se tragó el pánico—. Cielo santo, le ha envenenado la sangre. Linaza. Carbón vegetal, incluso estiércol, si es necesario. Pero nunca hay que utilizar grasa animal. Pero lo arreglaré. —Se concentró intentando que no le temblaran las manos—. Lo arreglaré. No hay nada que temer.

«No hay nada que temer.» No habría más muertes en aquella casa. No habría más pérdidas. Ella lo salvaría con sus manos. Tenía que salvarlo.

—¿Por qué siguió el consejo del cocinero cuando yo le había dejado perfectamente claro que debía consultar con la señorita Caulfield cualquier cosa que tuviera que ver con la herida de lord Case?

—Milord...

Ravenna apenas podía oír la voz del asistente. El pulso le latía en los oídos con fuerza mientras trabajaba; como las olas del océano

rompiendo en las rocas, era un sonido de su más tierna infancia, unos años que ya casi había olvidado, pero no del todo. Nunca se alejaban lo suficiente.

—Es una mujer —dijo el asistente.

—Sal —le espetó Vitor—. Dile a mi asistente que venga, e informa a su alteza de que necesito que se persone aquí enseguida. Ahora. —Se acercó a ella—. Confío en ti. No tengo miedo de nada.

Pero ella sí. Tenía miedo de no poder soportar una nueva pérdida. Le perdería a él, a ese hombre que estaba a su lado y cuyo mundo no tenía nada que ver con el suyo. Lo sabía con la misma seguridad con la que sabía cómo curar a su hermano. Y en lo más profundo de su corazón deseó, por milésima vez, haberse marchado volando con aquel pájaro que había conocido hacía ya tanto tiempo y, al igual que él, no haber regresado nunca.

Ravenna no volvió a quedarse a solas con él excepto cuando estaba junto a la cama de su hermano. Vitor le pidió que se fuera a dormir, pero ella no lo dejaba entrar en su habitación ni tampoco recibía a ninguna de sus amigas. Durante el almuerzo, los invitados se quedaron mirando sus respectivos platos sin apenas comer nada. Estaban malhumorados. Nadie podía imaginar entregarse a ningún entretenimiento mientras la vida del conde siguiera en peligro. Y cuando apareció, fue solo para comer lo que lady Iona le servía en el plato; luego dejaba que Vitor estuviera presente mientras examinaba a Wesley. Solo hablaba de la herida, de la fiebre y de cómo había que tratarlas.

—Hay que cambiarle el hielo con frecuencia. El frío es esencial para evitar que el calor de la herida siga infectándola.

Le limpió el brazo a Wesley y se lo volvió a vendar, le colocó compresas de hielo nuevas alrededor y luego cerró su botiquín médico y se marchó hacia la puerta.

—Ravenna...

—Volveré dentro de una hora. Deberías quedarte con él. No le confíes su cuidado a nadie.

—No lo haré.

—Lo hiciste mientras estabas en el comedor.

—Había bajado a buscarte.

—No vuelvas a hacerlo. Envía a algún sirviente a por mí. Si hay algún cambio, haz que me avisen enseguida.

—Ravenna, déjame...

Pero ella se volvió. Lady Iona y la señorita Feathers aguardaban en la puerta.

—No hay cambios.

Ella ignoró la preocupación de las chicas y se marchó sola.

La hinchazón del brazo del conde disminuyó durante la noche. La mañana del día siguiente le bajó la fiebre. Un lacayo fue a informar a Ravenna. Ella corrió hasta su habitación y entró sin llamar.

Lord Case estaba incorporado en la cama y su hermano sentado en una silla a su lado.

Vitor se levantó.

—¿Lo ves, Vitor? —dijo el conde con debilidad—. Ella se pasea por aquí como si a mí me gustara que me viera en este estado, cosa que podría ser cierta en otras circunstancias, pero ahora no, por el amor de Dios. —Hablaba despacio pero con la voz muy clara, y ella se empezó a sentir más aliviada. El conde la observó con los párpados entornados—. No tiene ningún respeto por la vanidad o el orgullo de un hombre.

Entonces trató de controlar sus nervios y se acercó a la cama.

—Me alegro de que esté mejor.

Le cogió la muñeca con el dedo pulgar y el índice y contó en silencio.

—¿Fui un monstruo despreciable mientras estaba inconsciente?

Su voz había perdido parte de su arrogancia.

—Absolutamente —respondió ella—. ¿Verdad?

—Sí —admitió Vitor—. Pero en tu caso no es nada fuera de lo normal, Wes.

—Me ofendéis. Los dos. Os echaría pero, probablemente, el imbécil de Franklin me mataría en menos de una hora. Supongo que no puedo deshacerme de vosotros. —La miró a la cara—. ¿Estoy muerto?

—Hoy no. —Ravenna reprimió una sonrisa vacilante y lo soltó—. He dado órdenes en la cocina de que traigan caldo y té. —Se volvió hacia Vitor—. Asegúrate de que se bebe ambas cosas. Nada de vino ni alcohol o me enfadaré mucho.

—No me gustaría ver eso —murmuró el conde, pero Vitor sonrió.

La sonrisa anidó en el vientre de Ravenna y luego se deslizó hasta los dedos de sus pies, se hizo un ovillo y le dieron ganas de echarse a reír, correr por un campo de flores silvestres, sentir el calor del sol en su piel y volver a hacer el amor con él.

Cogió su botiquín y se fue hacia la puerta tratando de mantenerse seria.

—Volveré a venir después de desayunar.

—Señorita Caulfield —dijo el conde—. Espere un momento, si es tan amable. Vitor, sal un momento, por favor.

—No pienso dejarla a solas contigo.

El conde se puso serio.

—Puedes salir —le dijo Ravenna—. Soy inmune al abuso y, en cualquier caso, es muy probable que en este momento sea diez veces más fuerte que él. Me sorprendería que pudiera ponerse en pie.

—Lo que me preocupa no es que pueda ponerse de pie —dijo Vitor, pero se adelantó. Cuando pasó junto a ella le tocó la mano y Ravenna sintió una oleada de cálido placer—. Esperaré.

Ella cerró la puerta y se volvió hacia la cama.

—Señorita Caulfield —dijo lord Case—. Le ruego que me disculpe y espero, con vehemencia, que algún día encuentre la indulgencia necesaria para perdonarme.

—Un discurso precioso. Me parece que el príncipe se equivocó con el reparto. Tendría que haber tenido usted más texto.

—Me comporté como una bestia.

—No. Me habría encantado que se comportara como *Bestia* —le dijo— y, en realidad, es usted muy inferior a él. Pero no soy tonta...

—Más bien lo contrario, si debo creer lo que dice mi hermano.

—...y reconozco que habló y actuó acorde con su posición. Le perdonaré por haberme insultado si usted promete no volver a comportarse de esa forma tan lamentable en el caso de que algún día vuelva a levantarse.

Él negó con la cabeza.

—Usted no es consciente de la superioridad de mi posición, ¿verdad?

—Soy tan consciente de la superioridad de su posición y de la del resto de personas de esta casa, que no puedo pensar en otra cosa. Pero soy plenamente consciente del lugar que ocupo en el esquema de las cosas, es más, estoy muy contenta con ese lugar. Su insulto no me ofendió ni me dolió, pero ahora tengo mejor concepto de usted por haberse disculpado.

—¿Cuándo cree que volveremos a tener la ocasión?

—¿Disculpe?

—¿Cuándo cree que volveré a sentir la necesidad de proteger a mi hermano de una mujer que pueda tener malas intenciones?

A Ravenna se le aceleró el corazón.

—Yo... yo...

—Me parece, señora, que esa tarea en particular podría ser cosa suya en un futuro.

Ravenna no tenía nada que decir al respecto y se dio media vuelta con las mejillas enardecidas. Vitor aguardaba apoyado en la pared opuesta del pasillo. Ella cerró la puerta; él se acercó y la cogió de la mano, solo de la mano, cuando en realidad podría haberse apropiado de todo su ser si quería.

—Tengo que ir a lavarme y a cambiarme de ropa —dijo un tanto vacilante.

—Has estado magnífica, muy competente y concentrada todo el tiempo. Te agradezco mucho lo que has hecho.

—Yo...

Y entonces se apropió de ella, pero solo le cogió las manos con delicadeza y la besó. No fue un beso largo ni particularmente apasionado, pero cuando la soltó, ella se moría por quedarse entre sus brazos, pegar la mejilla a su pecho y embriagarse de su solidez y su vida.

—Ahora vete —le dijo y se separó de ella haciendo un evidente esfuerzo—. Lávate. Cámbiate de ropa. Come algo. Estás muy delgada. Me gusta que las mujeres tengan un poco de carne; tendrás que ponerle remedio enseguida.

—¿Para complacerte?

—Para complacerme, claro. —Le hizo un gesto para que se marchara—. Venga, vete. Cuando termines ya sabes donde estoy.

Le dedicó una sonrisa que no se le clavó en el estómago, sino que se coló por debajo de sus costillas. Iba cargada de un deseo dulce y profundo que le provocó dolor, un dolor bueno y alegre.

Se marchó a toda prisa balanceando el botiquín en la mano. La puerta de su habitación estaba abierta. Cruzó el umbral y reconoció la espalda recta y elegante del hombre en cuya casa había pasado los últimos seis años de su vida. Estaba junto a la ventana.

—¡Buenos días! —Ravenna estaba muy feliz—. ¿Te has enterado? Lord Case ya está mucho mejor. Le ha bajado la fiebre y la

herida se está curando bien otra vez. Ya no hay ningún asesino en el castillo y la terrible Penelope y su madre se han marchado. Y te aseguro que solo lo último ya es motivo suficiente para celebrarlo. Todo va bien y...

Sir Beverley se dio media vuelta con una expresión muy triste. Estaba llorando. En los seis años que hacía que lo conocía, no le había visto llorar ni una sola vez.

—Francis ha muerto —se limitó a decir.

Fue como si el mundo se detuviera, palideciera y se congelara. Ravenna negó con la cabeza.

—Llévame con él. Yo le ayudaré. Yo...

—Ocurrió hace algunas horas, querida —le dijo—. Murió mientras dormía. Parece que se ha marchado apaciblemente, no se advierte ninguna señal de angustia. Lo encontré hace treinta minutos, cuando fui a buscarlo para desayunar.

—No. —Ravenna parecía incapaz de dejar de negar con la cabeza—. No. No puede habernos dejado.

—No —se limitó a repetir sir Beverley, y el temprano sol de la primavera se reflejó en sus lágrimas como si se burlara de ellos.

No le pidió a nadie que lo llamara ni fue en su busca. La mañana dio paso a la tarde y, cuando por fin Vitor salió de la habitación de su hermano y lo dejó al cuidado de su competente asistente, descubrió el motivo de que ella no hubiera vuelto.

—Estamos todos conmocionados, se lo aseguro, milord. —Se encontraban en el salón. Lady Margaret estaba sentada con su hija, sir Henry y Sebastiao, y la dama se enjugó las lágrimas con un pañuelo—. Era un hombre encantador. Y divertido. Demasiado joven como para irse de noche de esta forma. No podía tener más de sesenta y cinco años. Pero sir Beverly nos ha dicho que tenía el corazón débil,

y que el querido señor Pettigrew ya lo esperaba. Y, sin embargo, no se lo dijo a nadie, ni siquiera a esa pobre chica. Estoy asombrada. Y devastada. Se lo aseguro, devastada.

—Es una lástima. —Sir Henry negó con la cabeza—. En nombre de Zeus, nunca me había encontrado con un hombre que conociera igual de bien a sus caballos que sus corbatas.

Vitor se despidió inclinando la cabeza y se marchó hacia la puerta.

Sebastiao lo siguió.

—Vitor, espera.

Se detuvo, pero quería irse, necesitaba encontrarla y... No sabía qué hacer, pero le daría cualquier cosa que ella necesitara.

—Es muy inoportuno —le dijo Sebastiao—, pero tengo que decirte una cosa antes de que lo descubran los demás. Le he pedido a sir Henry la mano de su hija en matrimonio. Me ha dado su aprobación y Ann, la señorita Feathers, a pesar de todo lo que sabe acerca de mi pasado, me ha aceptado.

Ya llevaba sobrio casi quince días y volvía a parecer el niño que fue, un chiquillo alegre con ganas de complacer; el príncipe lo miró con esperanza en los ojos.

—Enhorabuena, Sebastiao. Os deseo mucha felicidad a ti y a la señorita Feathers.

—Papá se pondrá contento, ¿no crees? Las caballerizas de sir Henry son soberbias y tiene intención de darle a su hija una buena parte de todo lo que posee.

—Estoy seguro de que se alegrará de saber que te casas.

—Supongo que no debería importar que me guste —dijo con más alegría y su habitual despreocupación—. Pero en realidad me gusta mucho.

—Me parece que eso es lo más importante.

—Gracias por haber venido conmigo a Chevriot, Vitor. No tenías por qué, y ha sido una fiesta espantosa. Pero te agradezco todo lo que has hecho. Por lo que has hecho siempre.

Él asintió y se marchó.

—¿Vuelves a la habitación de Case? —Sebastiao sonrió—. La verdad es que eres un hermano devoto. Tanto él como yo somos muy afortunados.

—Estoy buscando a la señorita Caulfield. ¿La has visto?

—Hace un cuarto de hora estaba en el patio, supervisando los preparativos del carruaje de sir Beverley para esos perros ridículos... Ups. —Se le borró la sonrisa y frunció el ceño—. No debería hablar mal de los muertos. Me parece que los perros eran de Pettigrew. Sigo siendo un imbécil.

—¿Carruaje? ¿Es que sir Beverley se marcha?

—Quieren aprovechar que hace frío para llevarse el cuerpo a Inglaterra. Lo están ultimando todo mientras hablamos.

—¿Hoy? ¿Se marchan hoy?

—¿No lo sabías?

Mientras salía, el enfado que le presionaba el pecho se convirtió en una bola de ira que se afincó en su estómago. Vio a un grupo de lacayos que cargaban el equipaje en un carruaje y, a lo lejos, a una mujer ataviada con una capa paseando por entre las tumbas del cementerio. La reconoció por su silueta y su forma de moverse.

Salió de detrás de un mausoleo y, a sus pies, había cuatro perritos marrones atados con tres correas que llevaba cogidas de la mano. Ravenna levantó la vista como si hubiera percibido el peso de su mirada.

Aguardó inmóvil hasta que llegó. Pero antes de que pudiera cogerle las manos, ella las escondió entre los pliegues de la capa y dio un paso atrás. Estaba pálida y tenía una sombra alrededor de los ojos.

—Ravenna, lo siento.

—Tú no has hecho nada por lo que debas disculparte —le dijo sin ánimo—. Pero ya te entiendo. Gracias.

—Me han dicho que te vas, y lo veo con mis propios ojos, pero no me lo puedo creer.

—Sí. Cuanto antes partamos hacia el norte, menos hielo tendremos que comprar por el...

—Me lo ha explicado Sebastiao. —Dio un paso hacia ella, pero Ravenna se alejó de nuevo. Vitor no conseguía llenarse del todo los pulmones—. Puedes estar segura de que os acompañaré a...

—No. —Se volvió un poco y escondió la cara en la capucha—. Sir Beverley es un viajero experimentado. No necesitaremos nada durante el viaje. No tienes por qué preocuparte.

—No es eso lo que me preocupa. Te acompañaré porque quiero estar contigo.

Se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—No puedo estar contigo como estuvimos la otra noche.

—Por el amor de Dios, yo no he dicho que quiera eso ahora. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

—Un hombre de privilegios acostumbrado a tener todo lo que quiere. Como has dejado claro que en este momento me quieres de esa forma, sería absurdo por mi parte que imaginara...

—Para. —Se acercó a ella, pero por muchas ganas que tuviera de abrazarla, no podía hacerlo. Si la tocaba sin su permiso solo demostraría que ella tenía razón. Apretó los puños—. Solo quiero consolarte, hacer que te resulte más fácil sobrellevar esta tragedia.

—Y te agradezco tu amable oferta. Pero ya tendré suficiente con los perros de Petti y también cuento con otra distracción que ocupará mis pensamientos y mis planes durante un buen tiempo: el general Dijon me ha ofrecido un puesto en Filadelfia. Estoy muy cualificada para...

—No.

—Claro que estoy cualificada.

—No tengo ninguna duda de que estás cualificada, para ese puesto y para muchos más. Pero eso es ridículo, Ravenna.

—¿Ridículo?

Vitor negó con la cabeza.

—¿De verdad pretendes marcharte a América?

—No es ridículo. Siempre he deseado un trabajo como ese. Lo había soñado. Y ahora lo tengo al alcance de la mano. No es habitual que nadie ofrezca un puesto de trabajo así a una mujer. En realidad no ocurre nunca. Es la oportunidad de mi vida.

La ira que sentía Vitor se estaba desintegrando y a su paso dejaba solo confusión. ¿Tanto la había malinterpretado? ¿Habría visto a una gatita asustadiza cuando en realidad lo que ella sentía era una sincera indiferencia? La relajada convicción que estaba demostrando en ese momento sugería que podía ser así. La pasión con la que lo había tocado decía todo lo contrario, pero él había hecho el amor con mujeres por las que no sentía mucho apego. ¿Por qué no podía hacerlo también una mujer? Aquella mujer era única. Sería un error por su parte imaginar que ella pudiera comportarse de una forma predecible.

—Cuando regreses a casa de sir Beverley —le dijo esforzándose por reordenar todo lo que había estado imaginando desde aquel encuentro en la escalera de la torre, recordar las palabras de Ravenna y verlas de una forma distinta. «Por favor, no dejes que acabe.» Quizá esa frase fuera cosa del vino. Le había dicho directamente que no quería atraparlo para que se casara con ella. Y, sin embargo, él nunca había imaginado que no la conseguiría. Quizá fuera cierto lo que ella decía y él era completamente inconsciente de las expectativas que se creaba como fruto de su posición privilegiada. Era un necio—. ¿Viajarás sola a América?

Ella esbozó una tímida sonrisa de medio lado.

—Estoy muy acostumbrada a estar sola.

Volvió de nuevo la cabeza y tiró de los perritos hacia delante.

—Ravenna —le dijo a su espalda con un cosquilleo de pánico en la piel, era la misma clase de miedo que sentía cada vez que pensa-

ba en seguir adelante, en buscar una nueva aventura, un nuevo peligro—. Tienes que dejar que te acompañe a Inglaterra.

—No. Será mejor que nos despidamos ahora. —Lo miró por encima del hombro—. Ha sido un placer conocerte, lord Vitor Courtenay. Nunca había tenido un amigo como tú. Un amigo con derecho a roce. —La sonrisa de medio lado volvió a asomar a sus labios—. Pero ahora debemos separarnos.

Vitor no la creía. No podía.

«Solo un hombre poseído por una pasión ingobernable sería capaz de hacer algo tan peligroso teniendo en cuenta la cantidad de inconvenientes potenciales.»

Ella parpadeó deprisa y luego se volvió para alejarse. Pero se detuvo de nuevo.

—¿Cómo se despide la gente en este país? ¿Se dice *au revoir* o *adieu*?

—*À bientôt* —dijo—. Dicen *à bientôt*.

Ravenna asintió y él se quedó allí plantado entre las tumbas mientras la veía desaparecer.

«Hasta la vista.» No pensaba despedirse de ella para siempre, le daba igual lo que dijeran los franceses. «Hasta la vista.» Porque le parecía una eternidad pensar en pasar un solo momento sin ella.

# 21

## *El regalo*

Enterraron a Petti en el mar. Durante su aventurera juventud, había servido un corto periodo de tiempo como oficial de la marina real de su Majestad, y siempre había querido que lo enterraran con el uniforme azul y blanco. Le daba igual haber sido solo sublugarteniente o algo así. Ravenna estaba convencida de que habría sido igual de encantador sobre la cubierta de un barco como lo era en tierra. Sir Beverley no volvió a llorar, pero cuando los marineros inclinaron la palanca y el mar se tragó el cuerpo de su compañero, la joven lo cogió de la mano y se dio cuenta de que estaba temblando.

Antes de regresar a Shelton Grange, pararon en Londres, donde sir Beverley escribió una necrológica en el *Times* y se reunió con el abogado de Petti.

—Sesenta y ocho tarjetas de visita —exclamó Ravenna dejando la pila sobre la minúscula mesa dorada del vestíbulo de la casa de sir Beverley—. La noticia ha salido publicada en el periódico de esta mañana y solo hemos estado fuera tres horas. Siempre supe que era popular, pero nunca comprendí hasta qué punto. —La joven les quitó los collares a los carlinos y los mandó escaleras arriba para que fueran a descansar a su salón preferido. Se detuvo a medio escalón—. Por cierto, Beverley —le dijo por encima del hombro—. ¿Qué vas a hacer con su casa?

—¿Por qué, querida? —Su antiguo jefe estaba junto a la mesa, era un elegante retrato vestido de negro que ordenaba la pila de correspondencia—. ¿Acaso quieres abandonarme y vivir aquí en solitario esplendor?

Ravenna ya sabía que bromeaba, pero su acento urbano escondía una nota de angustia.

—Pues claro que no. Solo me preguntaba qué pasaría con ella. Adoro los rosales, los jardines y el estanque. Están muy descuidados.

—Ya sabes que Francis prefería gastarse el dinero en vino que en jardineros. —Se deshizo de algunas de las cartas y luego se acercó al pie de la escalera—. En cuanto a la casa, chica impertinente, te la dejó a ti junto con el resto de sus pertenencias.

Ravenna tuvo que sentarse en la escalera durante unos cuantos minutos para recuperar el aliento. Sir Beverley le trajo una bebida en una copa de cristal que la hizo toser y escupir. Entonces alguien llamó a la puerta y el sonido resonó por el vestíbulo.

—Supongo que son más visitas.

—Se puso en pie y corrió escaleras arriba en dirección al salón.

No encontró a los carlinos en la sala de estar. En su lugar vio a un hombre alto con el pelo negro que le llegaba casi por los hombros. Lucía una sonrisa de medio lado en su atractivo rostro y estaba sentado en la repisa de la ventana. Tenía los brazos cruzados y miraba fijamente la puerta, era evidente que aguardaba su llegada.

—¡Tali!

Corrió hacia él.

Taliesin aceptó su abrazo con tolerancia masculina, luego se retiró.

—Hola, bicho.

—¿Qué haces aquí?

Hizo ademán de cerrar la puerta y, cuando el correcto lacayo londinense de sir Beverley la miró frunciendo el ceño con desaprobación, ella le sacó la lengua.

—Ya veo que te has convertido en toda una dama —dijo Taliesin entre risas. La risa de aquel chico siempre había sido un bálsamo que la ayudaba cuando las señoras de la iglesia la regañaban y ella se escapaba hasta la caravana de gitanos para olvidarlo todo. Y ahora esa risa procedía de un pecho profundo y ancho—. ¿Cuál de tus hermanas te enseñó que era buena idea sacarle la lengua a un hombre adulto? Supongo que Arabella.

—Ninguna de las dos. Lo aprendí por mi cuenta. Soy muy lista para esas cosas.

—Por lo que he oído, eres muy lista en general.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? ¿Has ido a ver a papá?

—No.

Ravenna sospechaba que hacía años que no iba. Hubo un tiempo en que Taliesin había sido como un hijo para el reverendo. Pero ahora, cuando viajaba a Cornwall para la feria de verano, ya no visitaba la vicaría donde Eleanor seguía viviendo con su padre.

—Justo ayer me estaba hablando de ti un hombre llamado Henry Feathers —dijo.

—¡Sir Henry! ¿Está en Londres?

—Estoy pensando en comprarle una yegua para criar. Estábamos negociando y mencionó que hacía poco había conocido a una chica, una jovencita escurridiza, dijo, que sabía más que cualquier veterinario que hubiera conocido sobre cómo curar la pezuña de un caballo.

—Y así es —admitió ella—. Aunque me lo enseñaste tú.

—También me dijo que le habías salvado la vida a un hombre. A un lord con título.

—Eso también es verdad.

«Aunque me ayudaron.» Se le hizo un nudo en el estómago, y esa puerta que estaba escondida en su pecho y que tenía que volver a cerrar cada hora porque se le había roto el cierre, se abrió de par en par y le recordó la desesperación que había guardado allí.

—¿Un lord con título? —repitió Taliesin.

Ella negó con la cabeza.

—No me mires así.

—No te estoy mirando de ninguna forma en particular. —Entonces repitió—. ¿Un lord con título? —Se cruzó de brazos de nuevo—. De Arabella lo comprendo. Pero ¿tú persiguiendo a un lord por su título, bicho? Aquí hay algo que no encaja.

—Yo no intentaba conseguir que me contratara. Estaba enfermo de verdad.

—Su propiedad debe de ser mucho más extensa que la de Clark —dijo con unos ojos brillantes que eran tan negros como los suyos—. Kilómetros y kilómetros de tierra.

Ese chico la conocía casi tan bien como sus hermanas. La había ido a buscar tantas veces a los lugares más alejados del terreno de la parroquia como Arabella o Eleanor. Taliesin conocía muy bien sus escapadas. Pero ella estaba convencida de que él, que se había criado entre almas nómadas, comprendía que ninguna tierra sería nunca lo bastante grande para ella.

—Me han ofrecido un puesto magnífico en Filadelfia —le explicó—. Pero todavía no he decidido si lo aceptaré.

Su respuesta fue completamente contraria a la de Vitor Courtenay. El perfecto y atractivo rostro de él se había teñido de sorpresa. Taliesin se limitó a levantar una ceja que lo decía todo.

—¿De qué estás huyendo esta vez?

—Arabella sigue... —empezó a decir, pero tuvo que tomar aire para continuar—: Arabella sigue teniendo la estúpida idea que le

metió en la cabeza la pitonisa, eso de que una de nosotras tiene que casarse con un príncipe.

—Pensaba que ella se había casado con un duque. Lycombe, ¿verdad?

—Sí. Y ahora quiere que yo me case con un príncipe, pero yo no quiero.

—¿Y piensas que tienes que irte a América para evitarlo? —Se rió—. Ravenna Caulfield, puede que tengas un don especial con los animales, pero en todos los demás aspectos estas tan loca como...

—Yo no estoy loca. Y pienso que si encuentro a alguien que quiera casarse conmigo, Bella dejará de molestarme con eso del príncipe. —Tenía el corazón tan encogido que apenas podía respirar—. ¿Te quieres casar conmigo?

El chico levantó las dos cejas. Entonces algo cambió en su mirada. Negó con la cabeza muy despacio y le sonrió con cierta lástima pero con compasión.

—Ya sabes que no puedo, bicho.

—Claro que lo sé. —Y entonces, para picarlo, añadió—: Y supongo que eso de estar casados sería un poco raro.

Taliesin esbozó una sonrisa traviesa.

—Quizá no tanto.

Ravenna le lanzó un libro desde la otra punta de la sala. Él lo esquivó y se volvió a reír.

—Eres una chica preciosa, Ravenna, y tienes muy buen corazón. Te mereces un hombre que te entregue también el suyo.

—¿Igual que hiciste tú hace ya tanto tiempo?

No le contestó, pero apretó los dientes.

Por fin dijo:

—Adelante.

Hizo un gesto con la barbilla en dirección a la puerta.

—¿Adelante, qué?

—Ve a buscarlo.

—¿A quién?

—A ese hombre del que pretendes huir escapando a América. Es un príncipe, ¿no?

—No.

«Es mejor que un príncipe.»

—Hazlo, bicho. —Se le oscureció la mirada—. ¿O prefieres que le rompa los brazos?

Ella frunció los labios.

—Te daría bastante guerra.

—No me ganaría.

—Si pelearais con espadas, no tendrías nada que hacer.

Taliesin se levantó de la repisa de la ventana y se marchó hacia la puerta, era un gitano alto y delgado que se dedicaba a comprar y vender caballos, y era muy extraño ver a alguien como él en la casa de un caballero de Londres.

—Ve a buscarlo, Ravenna. Deja de huir para variar.

—Tali —se apresuró a contestar ella—, ¿alguna vez has pensado que podríamos ser parientes? ¿Hermano y hermana?

—Ravenna...

—No me refiero... —Ella guardó silencio. Nunca mencionaban a Eleanor en momentos como ese—. Me refiero a que nos parecemos, es como si pudiéramos tener el mismo padre.

Llevaba muchos años sin permitirse pensar en eso. Pero entonces Vitor le explicó lo de su padre.

—Yo no sé quien es mi padre —le recordó Taliesin.

—La pitonisa de Arabella dijo que si una de nosotras se casaba con un príncipe, descubriríamos quiénes eran nuestros padres.

Él guardó silencio durante un momento. Y entonces dijo:

—¿Y ella se creyó la profecía?

Ella. No se refería a Arabella. Sino a Eleanor.

—Es posible.

Entonces lo miró a los ojos, esos ojos que tanto se parecían a los suyos: negros y con las pestañas largas, pero que nó eran gitanos. A pesar de cómo la llamaban las niñas del orfanato, ella —y él tampoco—, tenía nada que ver con esa gente con la que había vivido toda su vida y que lo habían aceptado como uno más. Pero en realidad, tanto ella como él parecían extranjeros.

Se preguntó por qué Taliesin nunca había hecho nada por encontrar a sus verdaderos padres. Viajaba a Cornwall cada verano —a la feria gitana que se celebraba en los terrenos que había cerca de la vicaría—, con la esperanza de tener la oportunidad de ver a la chica que tanto había amado. ¿Acaso creía que si algún día encontraba a sus verdaderos padres, eso podría llegar a cambiar? Aunque quizá sencillamente le importara tan poco el pasado como a ella.

—Taliesin, ¿crees que debería decirle a Arabella que no me puedo casar con un príncipe? ¿Que le pida a Eleanor que lo haga ella?

Su viejo amigo se detuvo con la mano en la manecilla de la puerta.

—Si necesitáis mi ayuda... cualquiera de vosotras... ya sabéis dónde encontrarme.

Abrió la puerta y se marchó.

Cuando el último de los invitados de Sebastiao se hubo marchado, Vitor bajó de la montaña por entre las píceas y los abetos, y se fue a su habitación a preparar el equipaje. Ya le había dado permiso a su asistente para que se marchara. No lo necesitaría en su próximo destino.

Quizá antes solo hubiera elegido el monasterio equivocado. O la orden religiosa equivocada. Denis era fraile. Puede que tomara esa

dirección. Los frailes hacían todo tipo de buenas obras en el mundo, alimentaban a los pobres y... otras cosas. O eso pensaba.

Pronto lo sabría. Su familia inglesa pensaría que se había vuelto loco otra vez. Wesley le estaría haciendo bromas durante el resto de su vida. Pero Raynaldo lo comprendería. Y el marqués.

*Gonzalo* estaba a sus pies y lo miraba mientras mordisqueaba la esquina de la alfombra. Metió sus corbatas almidonadas y sus rígidos cuellos en el fondo de la maleta. Tampoco necesitaría nada de todo eso. Ni su broche de zafiro, el reloj de oro ni el caballo pura sangre.

—No pienso dejar a *Ashdod* —dijo en voz alta—. Prefiero ir de monasterio en monasterio hasta que encuentre uno donde me permitan quedármelo.

El cachorro apoyó la cabeza sobre las patas y dio un golpe en el suelo con la cola.

—Vale. También me quedaré contigo.

Aunque no quería predicar. Él no tenía consejos que dar a las personas que se acercaban a la iglesia en busca de salvación, lo único que podía decirles era que abrieran bien los ojos. De eso sabía mucho.

Ahora ya no había nada en su vida que le impidiera aceptar el hábito. La idea de estar con otra mujer que no fuera ella no le interesaba lo más mínimo. Aunque suponía que, quizás, eso pudiera cambiar con el tiempo.

No. No cambiaría.

—¿Te vas a marchar, *mon fils*, sin despedirte de este anciano?

Vitor se volvió y se encontró con el fraile en la puerta.

—Pensaba ir a verte, claro. ¿Has venido a bendecir el viaje de Sebastiao?

—He venido a darte esto. —Se sacó un sobre de la manga—. La joven Grace me lo dio la mañana que se marchó con su familia. Me dijo que ella no creía en «las ignorantes supersticiones de los papis-

tas», me parece que lo dijo así, pero que me dejaba esta nota para aliviar la culpabilidad que le había quedado por haber mentido.

—¿Mentir? ¿Sobre el asesinato?

—Léela. A fin de cuentas, no me la dio bajo secreto de confesión.

—Debió de esperar que le guardarías el secreto, Denis.

El fraile se encogió de hombros.

—Yo me debo a mis votos, *mon fils*, y no a las inconstantes conciencias de las jovencitas.

*Mi gentil dama:*

*Por mucho que me duela escribir esto antes de poder ver de nuevo tu preciosa cara, debo despedirme de ti. Las objeciones de tu familia a nuestra unión son demasiado poderosas y no puedo luchar contra ellas. Tu madre me ha dejado bien claro que, si nos casamos, tu familia te despreciará y te repudiará. Y yo me estremezco al pensar en las inevitables consecuencias de ese aislamiento. Mi sueldo es pequeño, y nuestro hogar sería pobre. Me duele indeciblemente imaginarte viviendo en un departamento minúsculo y pensar que cada día que pasara iría viendo cómo menguaba tu belleza mientras yo me marchaba a trabajar para mantenerte con escasas comodidades.*

*Lo que yo deseo para ti, mi gentil dama, no es la ignominia y la pobreza, sino felicidad y un lugar entre aquellas personas a las que perteneces por derecho. ¡Si tus padres cedieran y consintieran nuestra unión, todo iría bien! Pero eso no ocurrirá nunca y ya no tengo ninguna esperanza de ser feliz. Por el amor que siento por ti, debo liberarte ahora. Cásate con un hombre de tu mismo rango que pueda ponerse junto a tu padre con orgullo. Querida dama, olvídate de mí.*

*Tu más leal caballero,*
*OW*

—Emm... —dijo el fraile—. ¿Qué te parece la retirada de nuestro fallecido Lotario?

—O dejó de amarla cuando supo que sus padres no le pagarían ni un centavo...

—¿O?

Vitor arrugó la nota al cerrar el puño.

—O era un cobarde.

—¿Un cobarde? Eres muy duro, *mon fils*.

—No soy duro. —No tendría que haber dejado marchar a Ravenna—. Soy tonto.

Lady Grace les había mentido a todos porque no creía que su amante la abandonaría. Ella había creído en su palabra. Y a pesar de que la carta era una despedida, cuando le pidió que se reuniera con ella, él acudió a la cita.

«Estoy muy acostumbrada a estar sola.»

Ravenna nunca le había dicho que no lo quisiera.

No tendría que haber dudado.

«Por favor, no dejes que acabe.»

El ermitaño se metió las manos dentro de las mangas del hábito.

—Dime, *mon fils*, ¿ya has encontrado una aventura digna de ti?

—Sí.

Aunque quedaba por ver si acabaría por darle caza.

Para despedirse de su amigo, sir Beverley celebró una gran fiesta con fuentes de champán, exquisiteces de la cocina francesa, un titiritero italiano que hizo caricaturas de todos los invitados y bailarinas turcas. Según las columnas de chismorreo, la alta sociedad londinense estaba escandalizada. Pero acudieron todos. Fue todo un éxito y, cuando se encontraron en el carruaje de camino a Shelton Grange

al día siguiente, mientras sir Beverley dormía apoyado en los cojines, Ravenna por fin se puso a llorar.

La tarde siguiente, al ascender por el camino, se detuvieron frente a la casa, la joven se bajó del carruaje, subió al montículo de tierra que descansaba bajo el viejo roble, y se tendió boca abajo.

—Le echo de menos, *Bestia* —dijo con la boca pegada a la hierba—. Solo he pasado quince días con él y, sin embargo, le añoro tanto como a ti o como a Petti. Te quiero —susurró—. Te quiero.

Una semana después, llegó una carta del general Dijon donde les comunicaba la noticia del compromiso entre su hija y el conde de Case. Como se quedaría en Inglaterra hasta que se celebrara la boda, no necesitaba que le contestara a su oferta de empleo todavía. Le adelantaba que estaba invitada a la boda, y le comunicaba que pronto le llegaría una invitación formal de parte de Airedale.

—¿Aceptarás? —quiso saber sir Beverley.

Ella tiró la carta a la chimenea y contempló cómo la devoraban las llamas.

—Todavía no lo he decidido. Ahora que tengo la casa de Petti y con todo el trabajo que genera este condado, parece absurdo que acepte un puesto en América. Estoy pensando en montar mi propia consulta en la otra casa.

—Pero ¿aceptarás la invitación a la boda?

La puerta que anidaba bajo sus costillas se volvió a abrir y todo el dolor volvió a escapar.

Ravenna fingió encogerse de hombros.

—¿Por qué no? Arielle es una chica muy dulce. Me cae muy bien. Y es probable que Iona también asista. Me gustaría volver a verla.

Sir Beverly la miró con los ojos entornados.

—Claro, ¿qué motivo podrías tener para no ir?

«Que él me dejó marchar.»

No le había engañado. Ravenna había imaginado que él se

desencantaría y había sido lo bastante lista como para alejarlo cuanto antes.

Entonces llegó otra carta, esta vez la habían enviado desde Londres.

*La boda se celebrará en Lisboa. Papá se muere por unir sus establos a los del príncipe Raynaldo. Oh, querida amiga, ¿cómo es posible que pueda ser tan afortunada y tener la suerte de casarme con el hombre que admiro por encima de los demás y poder hacer felices a mis padres al mismo tiempo? Parece un sueño, ¡pero nunca me despierto! Tienes que venir a la boda. Sebastiao tiene hermanas y primos que me asistirán en la ceremonia, pero no seré feliz si tu no estás. Me prometiste que vendrías. Te espero en junio.*

Ravenna también tiró esa carta al fuego.

—Es posible... —Por la ventana del salón veía cómo el sol poniente iba dejando el parque a la sombra—. ¿Es posible amar a un hombre al que solo conoces de quince días?

Sir Beverly volvió una página de su periódico y se oyó el crujir del papel.

—Es posible enamorarse en solo una hora, querida.

Ella se quedó mirando el sillón vacío de Petti, que ahora aguardaba a la sombra.

—Y aún así, y teniendo en cuenta..., la tristeza, la soledad, el dolor, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, ¿no te arrepientes?

Sir Beverley bajó el periódico.

—Precisamente teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, ¿cómo podría lamentarlo?

Cuando la avisaron de que la primera oveja del arrendatario había dado a luz, fue a la granja a ayudar. Como siempre, todas las

ovejas fueron naciendo a intervalos de pocos días. Los animalitos eran minúsculos y llegaban a este mundo muy confundidos, luego se mostraban hambrientos y, por fin, se dormían. Ella también quería dormir, quería dejarse caer en un campo de flores silvestres bajo el sol de la primavera y desaparecer.

Los largos días y las interminables noches que pasó asistiendo los partos de las ovejas llegaron a su fin una mañana nublada. Ravenna salió arrastrándose del granero muy cansada, y no dejó que el granjero la llevara a casa en su carro; prefirió volver dando un paseo por el camino salpicado de campanillas que cruzaba el bosque.

Empezó a llover. Al principio eran gruesas gotas de agua que caían separadas. A medida que los árboles se separaban, la lluvia iba aumentando, y las gotas aterrizaban sobre su nariz y sus mejillas en proporciones gigantes, se llevaban la suciedad y la paja, le empapaban el pelo y se apoderaban del bosque con su ritmo suave y continuo.

Cuando llegó a las puertas del bosque, le flaquearon los pasos. Y la superó el cansancio de las piernas, de cada pensamiento, de cada uno de los sentimientos que había estado reprimiendo. Se paró y se bamboleó un momento. La lluvia le resbalaba por las mejillas y se mezclaba con el sabor a sal de sus lágrimas. La envolvió un olor a primavera mezclado con el de los carneros recién nacidos, y quiso levantar la cabeza y separar los brazos y correr como siempre lo había hecho. Pero no le funcionaban las piernas.

Le cedieron las rodillas y se dejó caer sobre la cama de flores. Buscó el suelo con las palmas de las manos, luego apoyó la cabeza en la alfombra empapada, se hizo un ovillo y cerró los ojos. Pensó que si fuera Arabella quizá pensara que aquello era cosa del destino: dejar que la lluvia la empapara hasta los huesos, enfermar de fiebre y fallecer justo cuando había comprendido sus verdaderos

sentimientos. Si fuera Eleanor pensaría en algo profundo, y luego escribiría sobre ello.

Pero ella no creía en el destino y no era buena escritora. Y aquella tristeza tan intensa era insoportable. Y se quedó allí sufriendo, hecha un ovillo bajo la lluvia y, al final, se durmió.

La despertaron los lametones de la lengua de un perro. Ni siquiera en sueños podría confundir el tamaño de aquel animal con el de *Bestia*. Y, aún así, se le encogió el corazón. Luego se le volvió a encoger, con más fuerza todavía, por otra pérdida, porque eso es lo que le ocurría últimamente, los agujeros de su corazón se unían los unos a los otros hasta formar una herida enorme.

Abrió los ojos para ver cuál de los perros pastores del granjero le estaba limpiando las gotas de lluvia saladas de la piel, y se le paró la respiración. Levantó las manos, agarró aquella suave cara blanca y negra y la separó para poder verla bien. Tenía el hocico un poco más largo, las orejas más peludas y la nariz un poco más oscura, como cualquier cachorro que crece a una velocidad sorprendente. Pero aquella cara le resultaba muy familiar.

—*Gonzalo* —susurró con el corazón acelerado.

El perro ladró y salió corriendo.

Entonces se apartó el pelo mojado de los ojos y se pasó una manga empapada por las mejillas, se incorporó y miró por entre la lluvia, que ya estaba amainando. Y en ese momento vio un precioso caballo andaluz moteado que se acercaba a ella por el campo; el hombre que lo montaba era todavía más bello. Ravenna no se podía levantar, ni conseguía moverse: sus temblorosas extremidades se habían rebelado en su contra.

Vitor detuvo el caballo, desmontó con ágil elegancia y se acercó a ella.

—Qué... —empezó a decir bajo la lluvia mientras se ponía en pie un tanto vacilante. Era real, estaba allí, en medio de la tormen-

ta, delante de ella, y observaba con sus ojos oscuros su pelo despeinado y su vestido lleno de excremento de oveja—. ¿Qué estás haciendo aquí? —consiguió decir al fin.

—¿Estás bien?

Vitor vio la marca que había dejado sobre las campanillas y luego la miró a ella.

—Yo... estaba... Es época de crianza, ¿sabes? O sea, que no he dormido desde... —Desde que se separó de él. Inspiró hondo—. Iba de camino a casa y me paré a descansar. Supongo que me he quedado dormida.

—Bajo la lluvia —le dijo—. Sobre un lecho de flores silvestres.

—Bueno, ya sabes —contestó con despreocupación haciendo ondear la mano con inseguridad—. Cuesta mucho mantener secas las almohadas si las usas a la intemperie. A veces hay que buscar otras alternativas.

—Ya veo.

En sus ojos oscuros brilló una sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a darte esto. —Se abrió las solapas del abrigo y sacó una bola de pelo blanco poco más grande que su mano. La lluvia aterrizó sobre la sedosa cabeza del cachorro. El perrito levantó el hocico, abrió los ojos y olisqueó el aire—. Ya sé que no es *Bestia*. Pero no me gusta que estés sola. Y a este... —miró el perro que correteaba por entre sus piernas— le gusta, así que he imaginado que funcionaría.

Ravenna tenía miedo de alargar la mano para tocarlo, para tocarle, por si acaso desaparecía y resultaba que solo era un sueño.

—¿Cómo sabes lo de *Bestia*?

—Se lo explicaste a mi hermano. Después de decidir, tras pensarlo mucho, que la bestia de la que le hablaste no era un hombre, recordé que ya me lo habías mencionado a mí antes. Sir Beverley me acaba de llevar a visitar el viejo roble. Lo siento, Ravenna.

—¿Has venido hasta aquí para darme un cachorro? ¿Para sustituir a mi perro?

A él pareció no gustarle la pregunta.

—No es para reemplazarlo. Ya imagino que eso es imposible.

Y lo era. Igual que sería imposible reemplazarlo a él.

—¿Lo aceptas?

Extendió el brazo.

Ravenna se acercó y cogió al cachorro con cuidado de no tocarlo. Pero podía olerlo a través de la lluvia, ese olor familiar a colonia, a piel de caballo y a él, y la nostalgia se apoderó de su corazón. Retrocedió.

—Gracias. —No podía decir nada más. Vitor le estaba regalando un cachorro porque se preocupaba por ella y no quería que estuviera sola. Eran buenos amigos—. ¿Vas de camino a algún otro sitio? —Kent no estaba muy lejos. Debía de haber parado en Shelton Grange cuando cruzaba el campo—. ¿A Airedale?

Se quitó el sombrero, se pasó la mano por la mandíbula y miró hacia el otro lado del campo.

—Sí. Yo... —Frunció el ceño y la volvió a mirar mientras las gotas de agua se le posaban en el pelo y en las mejillas—. La boda de mi hermano se celebrará dentro de algunas semanas y nuestra madre está muy nerviosa con los preparativos.

—Comprendo. —Si no se marchaba, rompería a llorar. Asustaría al cachorro. Y esa era un forma terrible de conocerse—. Entonces supongo que deberías marcharte —le dijo a pesar del clásico dolor de garganta que daba paso a las lágrimas.

Él parecía triste.

—Debería.

—Gracias. Otra vez. Por el perrito.

Se pegó el cachorro al cuello.

—Muy bien. Buenos días.

Se despidió inclinando la cabeza y fue un gesto tan bello y tan caballeresco, que a ella no le importó que fuera completamente absurdo que inclinara la cabeza en medio de una alfombra de campanillas bajo la lluvia. Vitor se alejó unos cuantos pasos y ella tuvo la sensación de que alguien le estaba retorciendo el corazón.

—No. No puedo —le oyó decir con firmeza. Dio media vuelta—. Ravenna, te quiero. Estas últimas semanas han sido un infierno. Me esforcé todo lo que pude para convencerme de que podía separarme de ti, de que podíamos ser amigos, o quizá recordarte con cariño. Pero no podemos hacer eso, por lo menos yo, y no quiero vivir sin ti. Te quiero y quiero que estés conmigo. Si te vas a América ahora y me abandonas, me estarás haciendo lo mismo que te hicieron *Bestia*, Pettigrew y ese maldito pájaro. No sé si tú también deseas esto, pero no puedo dejarte marchar. Te seguiré hasta el otro lado del Atlántico si es necesario.

Ella se quedó sin habla durante un buen rato; la marea de felicidad que sentía era abrumadora.

—No creía que me amaras. Pensaba que tu mundo estaba tan alejado del mío que era imposible que encontraras en mí lo que yo había encontrado en ti.

Vitor se acercó a ella, mucho.

—Dime que eso significa que me quieres.

—Cuando pensé que habías... Esa noche en el castillo, cuando no regresaste, y la mañana siguiente, fue como si mi vida hubiera acabado. No podía soportarlo. Entonces pensé que si fingía que mi corazón no estaba ligado al tuyo podría... podría... escapar.

—¿Escapar?

—Escapar al dolor de perderte.

Vitor se quedó completamente quieto con los brazos tensos a ambos lados de su cuerpo. La emoción brillaba en sus ojos.

—Si me dejas abrazarte, no te soltaré nunca más.

Se apoderó de ella una delirante felicidad.

—Claro que te dejo. Yo...

La besó, enterró las manos en su pelo y se la pegó al cuerpo para que ella se abandonara a su amor. Ravenna posó la palma de la mano sobre su corazón. El fuerte y rítmico latido de su vida retumbó por su brazo.

Él le besó la mejilla, la frente.

—¿Por qué huiste de mí?

—Porque sabía que me dejarías.

—Pues te equivocabas.

—No quería que me cogiera por sorpresa.

La sonrisa de Vitor era tierna y divertida.

—Eres una controladora. —Le rozó los labios con la boca—. ¿Ravenna Caulfield?

—¿Sí, Vitor Courtenay? —Esbozó una sonrisa radiante porque los agujeros de su corazón se estaban cerrando, todos, era como si su amor se estuviera tragando el dolor de la pérdida y la estuviera recomponiendo—. Bueno, lord Vitor Courtenay. Como verás utilizo tu título con la esperanza de despertar tu ardor.

—Tu despiertas mi ardor por el mero hecho de existir, así que en realidad el título no es necesario. Y ahora, ¿me podrías hacer el favor de dejar el perro en el suelo?

—Sí. —Ravenna obedeció enseguida y dejó el animalito en la hierba—. ¿Por qué?

Vitor la abrazó y la estrechó con fuerza.

—Porque te voy a pedir matrimonio, y me gustaría recibir tu asentimiento entusiasmado sin que haya nada que me impida poder disfrutar de él.

Las gotas de lluvia le resbalaban por la nariz y por encima de sus esculpidos labios. Ella se puso de rodillas y besó aquellos labios que ahora le pertenecían para siempre.

—¿Vitor?

Él le acarició la comisura de la boca con la nariz.

—¿Mmm?

—¿Cuándo nos hayamos casado dejarás que siga trabajando con animales?

Él se echó hacia atrás con una preciosa sonrisa en los labios y el pliegue de su mejilla muy pronunciado.

—¿Acabas de aceptar convertirte en mi prometida?

—Eso depende de lo que contestes.

—Te quiero, Ravenna. —Tenía un precioso tinte ronco en la voz—. Me gusta quien eres, lo que haces y como lo haces. Quiero que sigas siendo como eres y yo disfrutaré sabiendo que eres mía. Y dado que soy un hombre con debilidad por el pecado, presumiré de ti ante cualquier conocido con el que me encuentre. El orgullo, ¿sabes? Es uno de los siete pecados capitales.

Entonces se volvieron a besar. Ese beso fue mucho más largo, y ella lo utilizó para transmitirle lo mucho que apreciaba lo que él opinaba sobre ese tema.

—Sin embargo —dijo Vitor con la boca pegada a sus labios—, si me vuelves a meter otra criatura salvaje en la cama, pediré la anulación instantáneamente. El papel estará firmado en el Parlamento esa misma noche.

Ella se rió.

—¿Y qué pasa si esa criatura salvaje soy yo?

La estrechó con fuerza.

—Pues que siempre serás bienvenida, tanto en mi cama como en mi corazón. Y ahora di que te casarás conmigo.

—Me casaré contigo. ¿Ya ha llegado mi turno?

—¿Tu turno?

—Para darte órdenes como acabas de hacer tú.

—Supongo que sí. —Asintió—. La mujer que me ha robado el

corazón acaba de aceptar casarse conmigo, así que en este momento me siento muy magnánimo.

—Hazme el amor ahora mismo.

—Encantado. —Miró a su alrededor con curiosidad—. ¿Aquí?

Ella le enterró los dedos en el pelo y le besó la mandíbula.

—Llevo varias semanas soñando con hacer el amor con un lord atractivo sobre un campo de flores silvestres. Tú eres un lord atractivo. Y esto es un campo de flores silvestres. Además, estamos los dos muy mojados, y eso me recuerda a cuando me sacaste de un río, me cogiste en brazos y yo pensé que, a pesar del frío y la humedad, me podría haber quedado allí para siempre.

Vitor esbozó una sonrisa que le calentó el corazón.

—Mientras no haya ninguna horca para remover heno por aquí, estoy a tu disposición, señora. Pero ¿cuándo has dejado de llamarlo copulación?

—Cuando tú me obligaste a decir tu nombre y yo quise salir corriendo. El problema era que quería que vinieras conmigo. —Se pegó la frente de él al pecho y lo abrazó con fuerza—. Vitor, te quiero.

Entonces él cumplió sus deseos, en aquel campo de flores silvestres, mientras la lluvia daba paso a un sol dorado, y demostró así que era su lord y su servidor al mismo tiempo. Y a cambio, igual que antes, por voluntad propia y con sinceridad, ella le adoró.

# *Nota de la autora*

En 1807, amenazado por las ambiciones imperiales de Napoleón, el príncipe regente de Portugal se marchó de Lisboa y cruzó el Atlántico en barco para establecer su corte en la lucrativa colonia de Brasil. Y en ese Portugal despojado de sus líderes es donde he situado a mi rama menor de la familia real, en algún lugar remoto oculto en las montañas. Los primeros años del siglo XIX, tanto en Europa como en Inglaterra, fueron una época tumultuosa y, por tanto, es un contexto muy emocionante en el que contar una historia, incluso aunque esa historia tenga lugar en un castillo remoto aislado por una tormenta de nieve. Me lo he pasado muy bien revistiendo mi misterioso asesinato con un reparto de actores de origen internacional procedentes de distintos puntos de todo el mundo.

Como ocurre con la rama portuguesa de la familia real de Raynaldo, también me he inventado otros detalles históricos de este libro. Los bichones que aparecen en el libro, con esas lenguas con manchas negras, son una raza de bichones que solo existe en mi imaginación. Lo mismo ocurre con la Linnaeus Society. Aunque Carl Linnaeus, un zoólogo, botánico y doctor sueco que vivió entre los años 1707 y 1778 fue, realmente, un pionero en el estudio genético, y es cierto que muchos científicos de principios del siglo XIX siguieron sus innovadoras teorías, lord Prunesly, sin embargo, es

miembro de un club completamente ficticio. Por su parte, el castillo de Chevriot, a pesar de parecerse al castillo de Cléron, tanto en su fachada exterior como en el paisaje que lo rodea y su localización en el Jura, su interior es completamente inventado. Lo remodeló el abuelo ficticio del personaje ficticio de Sebastiao, y lo decoró con el estilo moderno (es decir, el estilo propio de finales del siglo XVIII y de principios del XIX), convirtiéndolo así en un lugar mucho más cómodo para mis personajes, que no habrían estado tan a gusto en un castillo medieval.

Sin embargo, mi imaginación solo ha embellecido algunos de los detalles de la historia. Otros llegaron a la manera antigua, es decir, a través de los archivos históricos reales. El *Treatise on Veterinary Medicine* que sir Beverley le lee en voz alta a Ravenna, lo escribió un hombre llamado James White, y se publicó en 1807. Tanto ese libro como *The Veterinary Surgeon, or, Farriery*, que se publicó en Filadelfia en 1836, me proporcionaron horas de lectura fascinante en la biblioteca de libros y manuscritos raros David M. Rubenstein. Estoy segura de que a Ravenna le habría aburrido muchísimo, pero yo me lo pasé muy bien. (Y, por cierto, el título completo del libro de Hinds es *The Veterinary Surgeon, or, Farriery Taught on a New and Easy Plan: Being a Treatise on All the Diseases and Accidents to Which the Horse is Liable, the Causes and Symptoms of Each, and the Most Approved Remedies Employed for the Cure in Every Case.* ¿No os parecen maravillosos los títulos de los libros antiguos?)

Cambiando de tema, también debo explicar que no era imposible que la realeza católica se casara con personas que no fueran católicas, aunque no era lo más común. Tampoco era normal que los miembros de la realeza se casaran con plebeyos. Pero como el príncipe anglicano Jorge, regente de Inglaterra en el momento en el que trascurre esta historia, contrajo una unión de esta clase (a pesar de que lo hizo en secreto, provocando un gran escándalo y sin lograr

que se alargara mucho en el tiempo), decidí que la de Ann y Sebastiao podía haber ocurrido.

En cuanto a los hermanos Courtenay, debo explicar algo sobre los bastardos en la era de la regencia en Inglaterra. Resumiendo, se podría decir que, si a nadie le importaba, eran casos que se podían guardar en secreto para siempre. Por otro lado, si había alguien a quien le importaba, podía ser algo muy importante. Normalmente la verdad sobre la paternidad dependía de la palabra de la madre del niño. Si la dama pertenecía a la nobleza, el niño era del padre que ella señalara. A menos, claro está, que su marido la acusara de adulterio (en cuyo caso estaba completamente perdida), o a menos que se pudiera demostrar que mentía con pruebas irrefutables. Dado que tanto el padre de Vitor como el de Wesley eran cómplices del marqués y la marquesa de Airedale, que no podían tener hijos, ninguno de los dos tuvo nunca ningún deseo de interponerse en la legitimidad de sus hijos ilegítimos a los ojos del mundo. En realidad, desde la era medieval hasta la moderna, tanto en Inglaterra como en Europa, se engendraron bastantes hijos fruto de uniones adúlteras e ilegítimas entre mujeres de alta cuna y del pueblo, casadas o solteras, y tanto con su consentimiento como sin él. La marquesa de Airedale y la pobre Clarice Sepic née Brazil son dos caras de la misma moneda histórica.

Y en el apartado literario, quiero decir que si hay alguna obra de no ficción de toda la historia que me habría encantado escribir es *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare. Es una historia tan brillante, con romance, aventura, intriga y profunda emoción, que cada vez que la veo o la leo, me quedo anonadada —y muy triste—, cuando los jóvenes amantes mueren. Su amor es tan poderoso, tan impetuoso y apasionado, la escritura es tan sublime y la historia está tan bien contada, que sencillamente no me puedo creer que todo acabe en una procesión funeraria. Supongo que eso demuestra que soy

una eterna optimista (motivo por el que escribo romances y no tragedias). Pero he disfrutado, más de lo que soy capaz de expresar, poniendo en boca de los personajes que he creado para este libro los inmortales versos de Shakespeare.

Quiero darles las gracias, por haberme ayudado tanto a escribir este libro, a Helen Lively, que me echó una mano con mi inspiración con Vitor, a la doctora Diane Leipzig, por el fabuloso título del libro, a Noah Redstone Brophy, por sus consejos sobre animales y varios asuntos médicos, a Brian Conaghan, por la información que me facilitó sobre los monjes de la antigüedad, a Laura Berendsen, por su preciosa pintura *Dawn*, que inspiró una escena entera, a Heather McCollum, por los consejos que me dio sobre las damas de las Tierras Altas, a Beth Williamson, por compartir conmigo sus investigaciones sobre venenos, y a Sandie Blaise y a la doctora Teresa Moore, por su valiosa ayuda con el francés. También quiero dar las gracias a la maravillosa gente del Triangle Veterinary Hospital, en especial al doctor Robin Scott, al doctor Chuck Miller, y a la doctora Mari Juegenson, cuya devoción por la sanación y su infinita compasión me han servido de inspiración para el personaje de Ravenna. Quiero agradecer especialmente a Georgie Brophy y a Mary Brophy Marcus, por leer y comentar el manuscrito, me ayudasteis mucho. Espero que quede bien claro que cualquier error que pueda haber en el libro, ya sea histórico o de cualquier otra clase, solo debe atribuirse a los pequeños elfos que viven debajo del porche de mi casa, que son muy traviesos.

Como siempre, quiero darle las gracias a mi agente Kimberly Whalen, a mi editora Lucia Macro y al fabuloso personal de Avon, que invierten todo su talento en mis libros, en especial a Nicole Fischer, Gail Dubov, Eleanor Mikucki, Pam Jaffee y Katie Steinberg.

Gracias también a mi madre, a mi marido y a mi hijo por su amor y su apoyo, y por darme el tiempo y el espacio que necesito para escribir.

A mis lectoras, cuya devoción por las historias de amor solo puede ser eclipsado por mi reconocimiento a su bondad y alegría de espíritu, os agradezco una vez más que hayáis compartido esta aventura conmigo.

Y finalmente quiero darle las gracias a mi *Bestia*, que ya no está conmigo, y a mi *Gonzalo*, que sí que está: *Atlas* e *Idaho*, vosotros no podéis leer las páginas de este libro, pero los dos estáis presentes en cada una de ellas así como en cada rincón de mi corazón para siempre.

Si habéis disfrutado leyendo *Me enamoré de un lord*, por favor, dejad algún comentario en la red. Encontraréis los links necesarios en esta dirección: www.KatharineAshe.com/I-Adored-A-Lord

¡Gracias!

# ECOSISTEMA DIGITAL

NUESTRO PUNTO DE ENCUENTRO

www.edicionesurano.com

**2** **AMABOOK**
Disfruta de tu rincón de lectura y accede a todas nuestras **novedades** en modo compra.
**www.amabook.com**

**3** **SUSCRIBOOKS**
El límite lo pones tú, **lectura sin freno**, en modo suscripción.
**www.suscribooks.com**

DISFRUTA DE 1 MES DE LECTURA GRATIS

**1** **REDES SOCIALES:**
Amplio abanico de redes para que **participes activamente**.

**4** **APPS Y DESCARGAS**
Apps que te permitirán leer e **interactuar con otros lectores**.

iOS

MAY 26 2017

NO LONGER PROPERTY OF
THE QUEENS LIBRARY.
SALE OF THIS ITEM
SUPPORTED THE LIBRARY

«Un sólido argumento y unos diálogos excepcionales atraerán a los seguidores del misterio así como a los amantes del romance.»

*Publishers Weekly*

«Katharine Ashe escribe con elocuencia y gran poder.»

*Lisa Kleypas*

«Brillante e ingeniosa, con tierno romance y ardiente sensualidad»

*Kirkus Reviews*

**Otros títulos en Titania:**

- *Me casé con el duque*, Katharine Ashe
- *Los secretos de Sir Richard Kenworthy*, Julia Quinn
- *La condesa libertina*, Joanna Shupe

**Nube de tags**

**Histórica** **Regencia** **Romance**

**Código BIC:** FRH | **Código BISAC:** FIC027050

*Diseño de cubierta:* **Luis Tinoco**

quieroleer

www.quieroleer.com

QUEENS LIBRARY
0 2285 9092267 7

*Tras su boda con un duque, Arabella hace lo posible para que alguna de sus dos hermanas conozca a un príncipe y cumpla la profecía. Por eso, cuando obtiene la invitación de un príncipe portugués que busca esposa, para acudir a una fiesta campestre en el centro de Francia, Arabella envía a su hermana pequeña.*

*La menor de los Caulfield, Ravenna, odia los actos sociales, y su peor pesadilla se cumple cuando una nevada la obliga a permanecer allí.*

*Sin embargo, la aparición de un cadáver dentro de una armadura envolverá su estancia en un misterio fantástico que ella misma querrá resolver con la ayuda de Vitor, el hermano del príncipe.*

*¿Lograrán dar con el asesino? Y, ¿qué ocurrirá con el corazón de Ravenna? Cuando el misterio se une con los enigmas del amor y la pasión, las consecuencias pueden ser imprevisibles.*

Maspeth
69–70 Grand Avenue
Maspeth, NY 11378
(718) 639–5228

ISBN: 978-84-16327-15-7
9 788416 327157
Época